

**NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS**

«Autor de *Contrátame y gana* y *Traición en Almazara*»

# APUESTA EQUIVOCADA

**APUESTA  
EQUIVOCADA**

por

Nicolás López Cisneros

Autor: Nicolás López Cisneros  
Título original: *Apuesta equivocada*  
1ª edición: noviembre 2017

© Nicolás López Cisneros 2017  
Diseño de portada: Alexia Jorques  
Edición: Nicolás López Cisneros

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

# Índice

- [1. Parada nocturna](#)
- [2. Eres mía.](#)
- [3. Acuerdos comerciales](#)
- [4. Extracción](#)
- [5. Aliados](#)
- [6. En casa](#)
- [7. En el coche](#)
- [8. Infancia truncada](#)
- [9. Venganza](#)
- [10. Casinos](#)
- [11. Nueva misión](#)
- [12. Esclava](#)
- [13. Por la causa](#)
- [14. Calabozo](#)
- [15. Negocios](#)
- [16. Hasta pronto](#)
- [17. De viaje](#)
- [18. Tel Aviv](#)
- [19. Jerusalén](#)
- [20. Despliegue](#)
- [21. Tiflis](#)
- [22. Diplomacia caucásica](#)
- [23. Depravado](#)
- [24. Cambio de planes](#)
- [25. Asalto al monumento](#)
- [26. Evaluando pérdidas](#)
- [27. Nuevo plan](#)
- [28. Nuevo jugador](#)

- [29. Ankara](#)
- [30. Estás muerta](#)
- [31. Angustia](#)
- [32. Hospital](#)
- [33. Coartada](#)
- [34. Te lo advertí](#)
- [35. Vuelta a casa](#)
- [36. No estabas a salvo](#)
- [37. Entierro](#)
- [38. Despedida](#)

*"Con una mentira suele irse muy lejos,  
pero sin esperanzas de volver."*

***Proverbio hebreo***

# 1. Parada nocturna

## *Sanliurfa. 13 de septiembre.*

La ciudad de Sanliurfa en la actualidad turca y una de las más viejas de la humanidad, ha visto muchas batallas, peleas y negociaciones. A lo largo de su existencia, ha tenido varios nombres, pero el que más ha perdurado en el tiempo ha sido el de Urfa, siendo una de las ciudades más antiguas de Turquía y con más historia a sus espaldas. “Sanli” significa glorioso en turco. La ciudad se ganó el prefijo en 1984 debido a su feroz comportamiento en la Guerra de Independencia Turca.

Existen evidencias de asentamientos mesopotámicos que se remontan al siglo VIII a. C. Era una más de las ciudades pertenecientes a ese imperio que se establecieron en la cuenca del Éufrates. Debido a su ubicación geográfica ha sido conquistada y dominada por múltiples civilizaciones: acadios, sumerios, hititas, asirios, seléucidas, romanos, bizantinos, etc. Su importancia en la Edad Media fue tal que su reconquista se considera el motivo principal de la Segunda Cruzada.

A pesar de tener un clima cálido y seco la mayor parte del año durante el mes de septiembre no era raro el que la lluvia hiciese su aparición, así como las tormentas de truenos. Aquella era una de esas noches.

Hacia un par de horas que la oscuridad se había cernido sobre la ciudad. En aquella zona, la negrura era aún superior que en otros barrios. Las bombillas de las escasas farolas que aún quedaban en su lugar, o bien no tenían bombillas o bien estaban rotas sin reponer.

Una muchacha con una edad indefinida entre veinte y treinta años, se encontraba mirando en todas direcciones con aire confuso y con apariencia de andar perdida. No era una lugareña. Sanliurfa estaba considerada como la segunda ciudad más devota del islam de toda Turquía. No vestía ropas tradicionales musulmanas. En su lugar mostraba unas zapatillas de deporte, un pantalón vaquero y una sencilla camiseta. Llevaba la cabeza cubierta, escondiendo su pelo en el interior de un pañuelo. Todas estas prendas, así como la mochila a su espalda, mostraban el aspecto desgastado de haber sido utilizadas en numerosas ocasiones. El aguacero la había calado hasta los huesos, presentando una imagen de triste desamparo.

Viendo una luz en el único local que aquellas horas tenía la apariencia de

encontrarse todavía abierto, se dirigió hacia su decadente puerta con paso vacilante.

Se apoyó en el tirador, dudando unos segundos como si aquella decisión no fuese la más acertada que iba a tomar esa noche. Al final, moviendo la cabeza de un lado a otro, cabeceando como si estuviese dedicando el gesto a alguien en quien pensase, trasmitiéndole que probablemente se iba a arrepentir de lo que iba a hacer dio un paso hacia delante y atravesó su umbral.

Nada más andar un metro, se encontró lo que se había temido: un local de mala muerte. Las bombillas suministraban una luz escasamente superior a la que había en la calle, con toda la intención de que la gente que se encontraba en su interior se sintiera en cierta manera oculta.

Había media docena de mesas alejadas unas de otras para aumentar el nivel de privacidad de los individuos de mala vida que elegían aquel lugar para reunirse. Todos los presentes se volvieron en su dirección. Para aquellos hombres, el ver a una mujer en aquel local, más que una sorpresa, era una afrenta. Y más aquel tipo de mujer. Y vestida de aquella manera.

Para ellos, unos simples vaqueros y una camiseta, eran un reflejo de la civilización occidental. Aquella que odiaban a muerte. En vez de ver a una joven sola e indefensa, empapada por la lluvia, contemplaban a una arrogante extranjera que se atrevía a entrar insolentemente en lo que ellos consideraban un lugar de refugio solo para hombres. Y aquel en concreto, para un determinado tipo de hombres: los violentos.

En ese momento, la chica se quitó el pañuelo que debido a la lluvia se le había desplazado a un lado de la cara no mostrando bien su rostro. Se hizo un silencio sepulcral. Al ver aquel rostro perfecto, enmarcado por aquella cabellera rubia, la mirada de los hombres pasó de mostrar odio a mostrar algo peor: deseo.

A pesar de las ropas, a pesar del agua que la cubría, o quizás debido a que la humedad hacía que las prendas se le pegasen a su esbelto cuerpo y mostrase sus suaves curvas, delineándolas. Con una altura algo inferior al metro ochenta, era difícil no destacar. Los allí congregados no le quitaban los ojos de encima.

La sencilla camiseta empapada en agua se había tornado prácticamente transparente dejando poca de la tersa forma de sus senos a la imaginación. Tenía un escote en forma de pico que terminaba en el comienzo de sus pechos, sin mostrar nada, pero jugando con la tentación.

De ahí colgaba un bolígrafo. Algo tan banal como aquel objeto para tomar notas, con el mojado estado de la prenda y el movimiento que le imprimía la joven al desplazarse, se había convertido en un péndulo hipnótico que atraía hacia esa zona de su cuerpo todas las miradas.

Ella se adentró un par de pasos más en el local con la mirada baja,

intentando averiguar en qué siniestro lugar se había metido. Evitando por todos los medios que se le considerase arrogante o entrometida, e intentar hacerse una idea de los parroquianos que en ese momento se encontraban murmurando dentro. Después, con cierto reparo y una tímida sonrisa en su cara se dispuso a hablar.

—¿Alguien habla mi idioma? —preguntó despacio en inglés.

Como si hubiesen pulsado un oculto resorte, dos hombres sentado en dos mesas diferentes, se levantaron y avanzaron hacia ella. Antes de que diesen un par de pasos, un gigantón con extremidades como troncos de árboles que había cerca de la barra del local, se les adelantó y utilizando un brazo con cada uno de ellos, los empujó con tal fuerza hacia atrás, que ambos trastabillaron y casi acaban de nuevo sentados donde estaban.

—¡Quietos! —pronunció en árabe.

No hizo falta nada más. Nadie movió un músculo y se hizo un silencio sepulcral. Los ocupantes de la mesa, pasaron a fijar su vista en él y en sus siguientes movimientos.

El hombretón se situó a un par de metros de la joven y mirando su bello rostro, se esforzó por hablar en un rudimentario y tosco inglés.

—¿Quién eres? ¿Qué estás buscando en este local a estas horas? —aunque su pronunciación fue lenta y pretendió solo parecer curioso, sonó como una auténtica amenaza.

—Soy una estudiante alemana de la Universidad de Hannover. Pertenezco a una expedición que está analizando la mezquita de *Mevlid-i Halil Camii*, donde se halla la cueva en la que nació el profeta Abraham.

—¡Ibrahim! —exclamaron varios como si les hubieran insultado, corrigiéndola por haber mencionado el nombre en hebreo.

—Perdón, perdón..., Ibrahim —dijo en voz baja con una expresión en su cara que pedía disculpas—. Tenemos un permiso especial del gobierno turco para hacerlo en un horario donde menos molestamos a los fieles.

—¿Y que haces aquí? ¿Tan lejos de esa zona? —entonó el hombretón.

—Me quedé un poco más tarde de lo esperado y cogí un taxi para que me llevase a mi hotel. No entiendo por qué motivo, al llegar aquí me dijo que me bajase. Que había recibido una llamada urgente de un hermano suyo que había tenido un accidente, que estaba grave y que el lugar a donde tenía que desplazarse estaba justo en dirección contraria. Me dijo que aquí tenían ustedes teléfono y que podría utilizarlo para llamar a otro taxista.

Conforme la chica se iba explicando, el rostro de aquel gigante se fue transformando como si todo lo que le iba contando aquella mujer, tuviese un claro sentido para él. Su pétreo rostro fue cambiando de una inexpresividad casi

absoluta a un profundo interés evidenciado por el extraño brillo que apareció en sus hundidos ojos. El resto de los clientes del local no se perdían nada de la conversación que los dos mantenían, aunque estaba claro que la gran mayoría se fijaba más en los gestos que en las palabras debido a sus deficiencias con el idioma.

—Sí. Tenemos teléfono —dijo despacio como si estuviese escondiendo algo tras aquellas simples palabras.

—Por favor, ¿me deja utilizarlo? —preguntó ella con amabilidad paseando su mirada por el lugar, intentando buscar la ubicación del aparato— por supuesto, pagaré el consumo que haga.

—Sí. Puede usarlo. Pero está arriba en el despacho del jefe —respondió señalando con una de sus manazas unas cochambrosas escaleras de madera que se encontraban en una esquina del local a unos diez metros—. Sígueme.

Y se encaminó con paso cansino en aquella dirección sin añadir nada más. La muchacha se recogió el pelo y lo volvió a colocar dentro del pañuelo, haciendo que además ocultase parte de su cuello y su rostro. Andando como si el hombre que la guiaba siguiese una delgada senda de la que no debía apartarse, bajó la cara para no dar ningún motivo a aquellos hombres a que le volviesen a dirigir la palabra, y con celeridad pasó a través de ellos evitando acercarse y darles la oportunidad de que la tocasen.

El hombretón debía imponerles mucho miedo, pues, aunque la lujuria se veía reflejada en sus rostros, nadie hizo intención de molestar e interceptar a la muchacha. Algunos de aquellos rostros cambiaban su expresión entre la de deseo y una fría maldad, como si estuviesen al tanto de un secreto que se escondiese al terminar de subir aquellas escaleras.

La joven, no teniendo otro lugar al que dirigir sus pasos, comenzó a ascender aquellos peldaños despacio y con resignación, como si condujesen a un cadalso.

## 2. Eres mía.

*Sanliurfa. 13 de septiembre.*

El hombretón, tras subir un par de tramos de escalera hasta llegar a la planta superior, traspasó una arcaica pero robusta puerta de hierro que desentonaba con el resto de la vieja madera con que estaba construido aquel vetusto local. La puerta se mantenía abierta. Cuando la muchacha avanzó también a través de ella, el hombre que la había guiado hasta allí, la dejó adelantarle, se puso a su espalda y cerró la puerta guardando el acceso a la salida. Sonó como si se hubiese tapado un sepulcro.

La habitación era una mezcla entre un salón y un despacho. En una esquina había un escritorio donde se encontraba sentado un individuo que debía ser el dueño del local. Delante de él y a uno de los lados de la mesa, se sentaba un huraño individuo, algún otro de sus trabajadores. El que llevaba el mando, era un hombre de unos cincuenta años que irradiaba confianza en sí mismo. A pesar de tener buena estatura, estaba sentado de manera encogida, con la pose de un avaro que esconde entre su ropa parte de su dinero y no quiere que se la arrebaten. Aunque no era guapo, se le notaba que le gustaba emplear tiempo en cuidarse. Como muestra, su pelo entrecano estaba muy cuidado y perfumado. Para cierto tipo de mujeres y más en aquella zona del país debía tener cierto atractivo.

El otro, sin embargo, era de corta estatura, con un rostro como si le hubiese picado la viruela y con un extraño tatuaje en el cuello. No paraba de moverse, como si la ropa en la que estaba embutido le produjese escozor o la silla en la que se sentase tuviese pinchos. Era enjuto y su mirada mostraba a una persona que no se fía de nada y de la que nadie a su vez se puede fiar. Miraba a la joven con desprecio.

Por el contrario, el mejor parecido la observaba con interés. Las femeninas curvas resaltaban en la húmeda ropa de la muchacha, y el tenso sujetador que mostraba aquella camiseta le había llamado poderosamente la atención. El bolígrafo que llevaba colgando del cuello de aquella prenda, y que oscilaba permanentemente como un péndulo al más mínimo de sus movimientos, no hacía más que orientar la mirada de aquellos sujetos hacia esa zona de su anatomía.

Al entrar en la habitación, la joven había bajado la cabeza sobre su pecho y girado parcialmente su cuerpo, por lo que no se le apreciaba bien el rostro. Como

el hombre no veía su cara con claridad, la miraba con intensidad intentando discernir si era guapa o no.

—¿A quién traes a mi presencia Tarkan? —preguntó autoritariamente en un inglés más fluido que el de su sirviente.

—Es una joven que ha venido en taxi, señor.

Al parecer, aquella frase despertó la curiosidad en aquel hombre, ya que miró a la joven con mayor interés.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

Sin levantar la cabeza, ni mostrar su rostro, ella dio un par de pasos en su dirección. En voz baja y tímida se dirigió hacia él en un tono que casi era una súplica, señalando con el brazo levantado el teléfono que se veía encima de la mesa.

—Solo quiero volver a mi hotel. Por favor, déjeme hacer una llamada.

—¡Enséñame tu rostro! —ordenó con la voz alta y autoritaria del que está acostumbrado a que se cumplan sus deseos.

Ella dubitativa, no tuvo los reflejos necesarios para obedecer de inmediato, por lo que el inquieto compinche que todavía no había hablado, abandonó de un súbito salto la silla en la que se encontraba. Rápidamente se acercó a ella y agarrándola bruscamente del brazo y dando un tirón, la arrastró hasta el escritorio. Cogiéndole con la otra mano el mentón, de un duro movimiento le levantó la cabeza.

—¡Ramera occidental! ¡Te ha ordenado que muestres tu faz! ¡Ya aprenderás a obedecerle! ¡Veremos cuanto nos ofrecen por ti cuando te subastemos!

Su voz era como el chirriar de las bisagras de una puerta mal engrasada y sus ojos mostraban el odio feroz de un fanático.

Al jefe de la banda se le iluminó el rostro al ver por fin la cara de la joven con claridad. Era realmente bella, con aquella altura, ese brillante pelo rubio y aquellos ojos de color azul como el agua de una cala escondida, su valor de venta en el mercado de trata de blancas le iba a reportar unas cuantas decenas de miles de dólares. No creía que fuese virgen. Lástima, aquello hubiese incrementado en una cantidad importante la puja por ella.

En esos momentos sucedió algo extraño en la manera de comportarse de la muchacha. Dirigió su mirada directamente a aquel hombre del que solo le separaba aquella mesa y una cruel sonrisa apareció en su boca.

—Hola Osman. Me alegro de verte. Me ha costado mucho llegar hasta aquí.

A partir de ese momento fue ella la que se puso en movimiento. Agarrando el bolígrafo que llevaba colgando de la parte superior de su camiseta como si

fuese un cuchillo, asestó un preciso y seco golpe en la sien del malhechor que la sujetaba. Cayó fulminado al suelo, mientras un hilillo de sangre y materia gris salía de su cabeza.

—¿Qué?! —y de repente una luz se hizo en su cerebro al entender que es lo que aquella chica no tan inocente esgrimía en su mano— ¡Cuidado Tarkan tiene un bolígrafo táctico!

Ella dio un salto por encima de la mesa y aprovechando la sorpresa reinante y antes de que él pudiese defenderse, con el canto de la mano desarmada le asestó un seco golpe en la garganta. El agredido se puso a boquear como un pez fuera del agua intentando introducir aire en sus pulmones. A sabiendas, había medido la fuerza del impacto para dejarlo indefenso, no para matarlo. Utilizando la misma mano, cogió el teléfono de encima de la mesa y esgrimiéndolo como un martillo le atizó un brutal golpe en la cabeza. Poniendo los ojos en blanco, fue a reunirse con su hombre a los pies del escritorio.

—Al final, si he podido utilizar el teléfono.

El hombretón viendo como había neutralizado en segundos a sus dos compañeros, se dirigió hacia ella con una mirada asesina en su rostro repitiendo:

—¡Te mataré! ¡Te mataré!

La muchacha desprendiéndose de la mochila a su espalda, bajó de la mesa de otro salto y sin ningún tipo de miedo, esperó el inminente ataque de aquella mole que se dirigía furibundo hacia ella.

Cuando estaba a un paso, con sus largos brazos, el matón le lanzó un salvaje puñetazo a la cabeza. Sin ningún esfuerzo lo esquivó y en un instante le lanzó tres golpes con el bolígrafo táctico, que le alcanzaron dos en la cara y uno en las costillas.

Un bolígrafo táctico, está hecho de una sola pieza de acero con la longitud de un portaminas normal y algo más de grosor. Si no lo tienes en la mano y lo analizas en detalle, pasa perfectamente por su homónimo utilizado para escribir. No tiene la penetración de un cuchillo, pero su duro y puntiagudo extremo es capaz de perforar sin problemas diversas superficies. En el caso del cuerpo humano puede llegar a un par de centímetros o romper el hueso dependiendo de la fuerza del golpe.

Y desde luego, aquella muchacha sabía utilizarlo. Aquel hombretón había cometido el gran error de subestimarla. En vez de abrir la puerta y acudir en pos de ayuda, en su sed de venganza, había decidido enfrentarse solo con ella. Y la fuerza no sirve para nada si no puedes aplicarla.

La lucha se había convertido en una sangrienta danza, donde él lanzaba puñetazos intentando alcanzarla, que ella esquivaba con facilidad mientras como una avispa mortal le iba perforando todo el cuerpo. La cara ya era un amasijo

sanguinolento que no le permitía ver con claridad a la figura que se movía en torno a él sin misericordia. El cansancio se iba apoderando poco a poco de su cuerpo.

De repente, la joven agachándose en un grácil movimiento, le asestó dos rápidos y contundentes golpes en la rodilla. Sin piedad y con precisión lanzó otra patada a la misma zona. La articulación crujió y el hombre se vino abajo aullando de dolor.

—¡Te mataré! ¡Maldita! ¡Te mataré! —chilló medio sentado apoyándose en uno de sus brazos.

Sin dejar de moverse, la muchacha extrajo de uno de los bolsillos de su pantalón una brida de plástico de la longitud de un brazo y sin miedo y aprovechándose de la escasa visión de su oponente, se colocó a su espalda y en un veloz movimiento se la enroscó alrededor del cuello.

Aquel hombretón percatándose de su angustiada situación, se llevó las manos a la garganta. Mas, ya era demasiado tarde. Soltando el bolígrafo, apoyó una rodilla en su columna y tirando con toda su alma del extremo libre con ambas manos, ella la tensó de tal manera que se adentró en el cuello del hombre profundamente. Acto seguido se apartó de él.

El gigante boqueaba e intentaba introducir sus dedos entre el plástico queriendo ganar espacio para respirar. Era un movimiento inútil. Solo había una forma de escaparse de esa presa mortal y era cortando el plástico. Pero en la práctica era casi imposible. A poco que esté apretada, nadie es capaz de introducir algo cortante con la suficiente habilidad, y lo más importante, no hay tiempo. En unos segundos estás ahogado.

Sin quedarse a ver los últimos espasmos de aquel malhechor, la muchacha se dirigió hacia su mochila y extrajo varias abrazaderas más. Se acercó al único hombre que quedaba vivo en aquella habitación y le ató las manos. Le colocó otra en la boca de forma que no lo ahogase, pero estuviese lo suficientemente tensa para que le impidiese hablar.

La puerta encajaba perfectamente en el marco y las paredes de la habitación eran gruesas, pero a pesar de ello, era poco probable que no se hubiese oído ningún ruido en la planta inferior del local. Lo que era sentirse seguro e inalcanzable en tu supuestamente segura guarida. Probablemente los rufianes debajo de aquel cuarto, estaban acostumbrados a aquel tipo de ruidos y se estaban riendo de cómo se lo estaba pasando el dueño del local con la imbécil de la muchacha.

“Esta vez se han cambiado las tornas” —pensó ella con un profundo odio en la mirada.

Una muestra más de la prepotencia de los turcos, había sido el hecho de

que no se dignasen registrar su mochila a su entrada. Extrajo un pequeño transmisor del interior y activó las comunicaciones.

—*Caza Dos*, todo en orden. Lista para la extracción. ¡Moveros! —mirando hacia una de las paredes añadió—. En la parte de atrás del local buscad una ventana grande, metálica, verde, vieja y oxidada. Traed bajo ella la furgoneta.

Sin parar de moverse, sacó de la mochila una cuerda parecida a las que se utilizan para practicar escalada. Era delgada, pero resistente. Se apreciaba claramente que a pesar de su delgadez era capaz de soportar un gran peso. Acercó el cadáver de su primer atacante al del hombretón y juntando sus piernas las enlazó con la cuerda mediante un par de resistentes nudos. Calculó que aquellos hombres pesaban juntos unos doscientos veinte kilos. Más que suficiente para hacer de contrapeso del que quedaba.

Acto seguido, se desplazó hasta el que quedaba vivo y tirando sin miramientos de una de sus piernas, lo arrastró hasta la ventana. Descorrió no sin trabajo los agarrotados pasadores metálicos y la abrió. Afortunadamente para ella, el alfeizar estaba cerca del piso por lo que no iba a tener que emplear mucha fuerza para levantar el cuerpo. Calculó la distancia a la calle y ató el otro extremo de la cuerda a una de las piernas de Osman.

Se asomó al exterior y esperó pacientemente a oír el sonido del transporte de sus compañeros acercándose. Debía estar aguardando en las inmediaciones, ya que no habían pasado unos segundos cuando la reconoció acercándose por el extremo del callejón.

En esos momentos comenzó a recobrar el conocimiento su prisionero. Viendo su situación, atado y amordazado a los pies de aquella mujer, intentó desasirse y chillar. Fueron absolutamente fútiles sus movimientos. Ella le sujetó la cabeza contra el suelo y le miró con unos ojos fríos como el hielo.

—No esperes piedad por mi parte. Ojo por ojo. Veremos ahora cuanto me pagan por entregarte. Hay mucha gente que estaba deseando echarte el guante.

La faz del hombre se congestionó de miedo, pensando cuál de sus múltiples enemigos había pagado por que lo secuestrasen.

Mostrando que aquel bello cuerpo, tenía más fuerza de la que aparentaba, le levantó la cabeza por encima del alfeizar dejando un tercio de su cuerpo fuera mientras él desesperadamente continuaba agitándose. Después, sin pensarlo un segundo, le levantó las piernas y lo arrojó por la ventana.

### 3. Acuerdos comerciales

*Washington. 13 de septiembre.*

Se habían reunido en uno de los amplios salones del *Eisenhower Executive Office Building* (EEOB), situado al oeste de la Casa Blanca, en la calle 17 NW. El imponente edificio terminado en 1888 durante el denominado *Segundo Imperio Francés*, está catalogado como monumento histórico nacional y alberga a la mayoría de las oficinas del personal de la Casa Blanca. Se halla decorado con muebles tradicionales de madera de cerezo.

Una enorme mesa taraceada mandaba en el centro de la habitación y estaba rodeada por diez recias sillas de ornamentada madera, con los respaldos tapizados de un vivo cuero rojo. Allí se encontraban algunos de los hombres que, durante el actual mandato presidencial, más poder tenían en las cuestiones diplomáticas de los Estados Unidos. Determinaban las prioridades, tanto positivas como negativas en las relaciones comerciales y políticas, así como los países a las que iban a ir dirigidas.

A pesar de que la reunión no era excesivamente trascendental para los intereses de la nación, en la sala se hallaban los dos hombres más importantes en la línea de sucesión del Presidente: el Vicepresidente y el Secretario de Estado. Junto a ellos y como apoyo, cada uno se había llevado a esa reunión un par de asesores de su confianza, todos ellos hombres acostumbrados a aquel tipo de sesiones. Silenciosos, atentos y elegantemente vestidos.

—Buenas tardes señores —dijo el vicepresidente educadamente.

—Hola Mike —le correspondió el Secretario de Estado, mientras el resto respondía con un deferente hola y algún gesto de saludo con la cabeza.

—¿Para que nos has mandado llamar James? ¿Es un asunto prioritario?

—No en absoluto. No es un tema de seguridad nacional, ni se ha producido ningún tipo de crisis. Pero lo que te vamos a exponer puede ser interesante y oportuno a medio plazo.

—Tú dirás...

—Nuestros analistas en Oriente Próximo han visto una oportunidad de quizás matar dos pájaros de un solo tiro.

—Cuéntame.

—Ya habrás oído que las relaciones internacionales de Turquía con occidente se están enfriando. La llegada al poder de un nuevo partido más tradicionalista que los anteriores, ha hecho que la Unión Europea posponga la

entrada del país dentro de su comunidad y que sus contactos tanto políticos como comerciales vayan disminuyendo.

Además, como muy bien sabes, nos acusaron de estar detrás del golpe de estado que sufrió hace unos meses el actual gobierno. Aunque sus acusaciones eran falsas, les han servido para ganarse amigos en algunos países árabes y en que les hayan apoyado frente a la opinión pública mundial a la hora de sofocar duramente la intentona golpista y seguir con las represalias hacia aquellos militares y políticos que se oponían a su forma de gobierno.

—¿Qué quieres hacer?

—No mucho. Enviar a alguien en misión diplomática para mostrar al mundo que nosotros no hemos tenido nada que ver y que estamos dispuestos a mejorar nuestras relaciones con Turquía. Escuchar de primera mano de altos cargos de su gobierno su política hacia los Estados Unidos y valorar nuestros siguientes pasos.

—¿Quieres que vayamos a ese viaje el presidente o yo?

—No, en absoluto. No quiero haceros perder el tiempo sin disponer de más información. Mandaríamos a alguien de nuestro cuerpo diplomático y en función de los resultados ya nos plantearíamos vuestra posterior visita. En el caso de que fuesen favorables, ya buscaríamos algún acuerdo que firmar en unos meses por el Presidente.

—En principio, me parece buena idea.

—Hay algo más... —repuso despacio el Secretario.

—¿Qué más hay James? —preguntó lentamente el vicepresidente enarcando una ceja.

—El segundo pájaro para el que aprovecharemos el mismo tiro. En este caso el mismo viaje. Nuestras relaciones con Georgia desde hace muchos años, prácticamente desde que se separaron de la U.R.S.S., han sido frías y distantes. Varias de nuestras empresas les vende armas, pero desde nuestro gobierno no hemos movido ficha, salvo algún contado apoyo a nuestras compañías. A pesar de que sus diferentes presidentes, siempre han querido trasladarse a Washington a visitarnos, nunca les hemos recibido. Siempre les hemos dado mil y una excusas para que no viniesen. En algún caso, incluso estuvieron a punto de presentarse aquí sin que les hubiésemos invitado, habiendo inundado la prensa de su país con noticias de que lo habíamos hecho. Es más, cuando les paramos los pies antes de que envasen a nadie, volvieron a mandar a los medios varias notas de prensa con su indignación por haber cancelado nuestro Presidente la reunión, con poco tiempo y con total carencia de diplomacia.

—Me suena haber oído algo hace unos años. ¿Por qué motivo nos interesan ahora?

—Israel, nuestro mayor aliado en esa zona del planeta, al contrario que nosotros, lleva varios años en los que ha consolidado sus relaciones con Georgia y mediante diferentes acuerdos comerciales les está vendiendo armas, maquinaria y utillaje industrial.

—¡No fastidies!

—¡Pues sí! Si mejorásemos nuestras relaciones con ellos al mismo nivel, obtendríamos dos beneficios importantes: tener otro aliado a las puertas de Rusia desde una zona geográfica diferente y el poder aumentar nuestras ventas. Los israelitas principalmente les suministran fusiles de asalto. Intentaríamos quitarles parte de la tostada y a poder ser incluir aviones y helicópteros. Queremos explorar si esta negociación nos puede salir bien.

—Entonces, ¿aprovecharías el viaje para visitar los dos países?

—¡Eso es! Georgia se encuentra entre Rusia y Turquía y tiene fronteras con ambos países. Para llegar a ella hay que atravesar cielo turco. Sería aprovechar al máximo el desplazamiento, incrementando la estancia solo dos o tres días más. Además, —añadió guiñándole un ojo de complejidad—, como sé que estás muy concienciado con el gasto público, en proporción el añadir un segundo país sería ridículo. Estamos pensando en abaratarlo aún más obteniendo sin embargo más beneficios.

—Mira que eres... Sigue contando James.

—Estamos dándoles vueltas a compartir el viaje con la diplomacia israelí. Ellos son los que tienen las buenas relaciones con los georgianos y su ayuda podría resultarnos beneficiosa. En el caso de Turquía nuestros intereses son parecidos. No tenemos muy claro que esperan, ni que opinan de nuestros respectivos países el gobierno turco.

—¿Cómo organizarías el viaje? ¿Quién sería el encargado de liderar la misión diplomática?

—Hemos pensado en Henry Peterson.

—No me suena. ¿Qué tal es?

—Durante años ha resultado un buen negociador, aunque siempre ha complicado las transacciones políticas y comerciales por ser un individuo excesivamente pagado de sí mismo. Algunos de los acuerdos que no llevó a buen puerto se debieron a que la otra parte consideró que era tratada con desprecio. Uno de los últimos puestos que ocupó hasta hace dos años fue el de embajador en Tailandia. Tuvo algún tipo de lío de faldas y nos lo trajimos rápidamente a Washington tapando el asunto.

—¿Qué clase de lío de faldas?

—Ocurrió en el anterior mandato y no hemos querido hurgar en la documentación del caso. De vez en cuando Peterson se debe aburrir del sexo

normal y le gusta algún tipo de numerito sadomasoquista. Salvo el asunto de Tailandia que conseguimos que pasase desapercibido, nunca ha llamado excesivamente la atención. Debe saber esconder sus trapos sucios con habilidad.

—Y, ¿por qué vamos a utilizar a este individuo en esta misión? — preguntó recalcando la cuestión—. El viaje parece lo suficientemente importante para que la persona que lo lleve a cabo salga airosa y satisfaga los intereses de nuestro país. ¿No te parece que arriesgas demasiado?

—Confío en que no... Si hubiese tenido libertad para elegir, probablemente el candidato hubiese sido otro, pero no estimamos que tengamos problemas. Si las negociaciones no nos resultan del todo favorables, no creo que se le pueda achacar a él. Será que los dirigentes de Turquía y Georgia no están de acuerdo con nuestros planteamientos.

—¿Cómo es eso de que no tienes libertad de elegir...?

—Es una forma de hablar. Por supuesto que puedo elegir a otro, pero Henry es muy amigo desde la época en que estudiaron en Yale, de una de las personas que más dinero dona a nuestro partido. Probablemente su capital nos ha puesto a ti y a mí en los puestos que ocupamos actualmente.

—Entiendo... —repuso en voz baja el Vicepresidente, mientras cabeceaba levemente con un gesto de leve resignación.

—Hace unos días el asesor personal de nuestro benefactor se puso en contacto conmigo y me dijo, que Henry era una persona de valía y que era una pena que lo estuviésemos desaprovechando. Que quien le había pedido que mantuviese esa reunión conmigo, vería con buenos ojos que le diésemos una pequeña misión diplomática que reavivase un poco su carrera. En definitiva, que lo sacásemos por un tiempo del dique seco. No era necesario que fuese algo espectacular, ni llamativo. Si el resultado era satisfactorio, ya se encargarían ellos de darle publicidad en los diferentes medios.

—Y...

—Su jefe, no es alguien al que se le lleve la contraria. Al menos Mike, yo no lo haría. Desde entonces me he puesto a buscar algo que cumpliera con los requerimientos que nos estaban demandando y creo que lo que te he acabado de exponer lo cumple a la perfección. En el peor de los casos, no pone en riesgo ningún acuerdo importante, y si triunfa, le daremos su minuto de gloria y tendremos a todo el mundo contento.

—¿Necesitas mi colaboración para algo?

—En principio no, pero quería que estuvieses al tanto.

## 4. Extracción

*Sanliurfa. 13 de septiembre.*

Echó una mirada a la habitación y con celeridad registró el interior de los muebles. En un cajón del viejo escritorio encontró un portátil que introdujo en su mochila. No hallando nada más de valor, se la colocó en la espalda, se subió al alfeizar y descendió por la cuerda que el cuerpo en el otro extremo se encargaba de mantener tensa. No le costó nada de tiempo recorrer los tres metros de distancia hasta llegar a donde se encontraba Osman colgado boca abajo. Había calculado la distancia con precisión y la cabeza se encontraba a unos cincuenta centímetros del suelo. Su pierna se había descoyuntado por la caída y a pesar de la abrazadera de mordaza, emitía gemidos de dolor.

Cuando se acabó la cuerda, ella siguió utilizando el cuerpo de él para seguir descendiendo, agarrándose donde más podía dolerle. Cuando estuvo de pie en la calle, le miró directamente a los ojos. Él le devolvió un gesto de profundo odio.

—Tu mirada no me impresiona. —dijo con un acusado tono de desprecio en su voz—. Si tardan mucho en llegar mis hombres, te vuelvo a tirar atado a la otra pierna y así te las igualo.

En esos momentos una vieja furgoneta dio la vuelta al vetusto edificio y se paró junto a ellos. Las puertas de atrás se abrieron y tres musculosos individuos vestidos de manera occidental descendieron. Se acercaron a donde Osman se encontraba amarrado y a pesar de la dureza de sus curtidos rostros, no pudieron dejar de mostrar la sorpresa de ver a su presa atado de aquella manera. Uno de ellos se dirigió hacia la joven.

—¿Todo en orden *Caza Uno*? —preguntó con un tono de admiración.

—Todo en orden *Caza Dos*. Vámonos rápido de aquí.

El denominado *Caza Dos*, le entregó una *Glock* en su funda y un cuchillo de combate. Ella se ató mediante la correa el arma al muslo y mientras sus hombres sujetaban a Osman, cortó la cuerda. Le pusieron unos tapones en los oídos y una capucha negra en la cabeza para que durante el viaje estuviese totalmente desorientado. Lo cogieron en volandas sin esfuerzo y lo introdujeron en la furgoneta.

Se desplazaron a través de aquella zona de Sanliurfa, buscando salir a la mayor brevedad posible de la misma. A pesar de ello, iban lo suficientemente despacio para no llamar la atención. No era la hora más frecuente que los

vehículos utilizaban para recorrer la ciudad. Cuando se encontraron en las afueras, ya a varios kilómetros de distancia, ella se dirigió a uno de los hombres que manejaba un dispositivo de comunicaciones.

—¿A qué distancia estamos de nuestro transporte de evacuación?

—Cerca *Caza Uno*. A unos tres kilómetros.

—¿Están listos?

—Sí, nos están esperando —y sabiendo que con los tapones en los oídos su prisionero no podía escuchar nada, se atrevió a añadir—. Por cierto señora y con todo el respeto del mundo, está muy cambiada con ese pelo rubio y esos ojos azules.

—Sí, a este tipo de gentuza, este aspecto que no es lo que acostumbran a ver les vuelve locos.

Durante lo que duró el recorrido por aquella vacía y antigua carretera que prácticamente era un camino de piedras y tierra, aunque sus raptos no lo viesen, el rostro de Osman se había ido transfigurando, mostrando el miedo que se iba apoderando de él.

Se encontraba en una furgoneta rodeado de tres hombres más el conductor, todos ellos de apariencia peligrosa, y de aquella misteriosa mujer a la que todos obedecían. Es más, durante los pocos segundos que le habían dejado ver, cuando se dirigían a ella lo hacían con una mezcla de adoración y respeto.

Estaba seguro de cualquiera de ellos entregaría su vida por ella. Y no eran hombres corrientes. Su musculación, la forma de moverse y su sincronización, indicaban que pertenecían a algún tipo de comando de élite.

“¿Quién me habrá capturado?” —pensaba angustiado—“¿Qué querrán de mí?”

Y ninguna de las respuestas que se daba, le satisfacía. No tenía muchos amigos. Él siempre había pensado que el local de donde lo habían extraído, era uno de los lugares más seguros donde podía refugiarse.

Se había apropiado de aquella tetería y de los locales que la rodeaban que le servían de almacenes hacia años. Estaba situada en uno de los barrios más fundamentalistas de la segunda ciudad más devota del país, donde la mayoría de turistas no se atrevían a entrar y cualquier occidental no era bien recibido. Eso de por sí, ya era una buena primera barrera.

Entre los parroquianos del local además de los dos que había liquidado sin problemas aquella mujer, tenía camuflados a otros tres de sus hombres.

Desde allí regentaba sus negocios de trata de blancas, tráfico de armas y drogas, y contrabando de objetos preciados y tecnología punta que suministraba a distintos grupos terroristas de la cercana Siria a buen precio. Como todo el que se dedicaba a ese tipo de negocios tenía enemigos, pero con el tiempo habían

delimitado ciertas zonas, clientes y servicios de actuación, por lo que llevaban un tiempo sin enfrentarse los unos con los otros.

“¡Maldita mujer!” —exclamó en su cabeza.

Cuando Tarkan la subió a su despacho y vio la esbeltez de su cuerpo y su forma de moverse, pensó que una nueva presa había caído en su red de trata de blancas y en la enorme suma de dinero que le iban a dar por ella. Solo había que “valorar” debidamente la mercancía: si era virgen, si tenía tatuajes o cicatrices, si su piel era suave o áspera y otro tipo de características que el mismo se encargaba de apreciar y degustar a conciencia.

Tenían varios taxistas en la ciudad que pertenecían a su banda cuyo objetivo era capturar a jóvenes guapas, solas e indefensas y llevarlas a su presencia, a poder ser turistas occidentales. Una vez “valoradas”, él se encargaba de venderlas al mejor postor. Era un negocio muy lucrativo que desgraciadamente esta vez no le iba a salir bien.

En aquellos momentos, empezaron a oír el sonido de las aspas de un helicóptero. Conforme se desplazaron en su dirección se fue acrecentando.

—*Caza Uno*. Al girar tras aquel recodo, detrás del promontorio se encuentra esperándonos nuestro medio de transporte —comentó el responsable de las comunicaciones.

—Perfecto, vamos sobre el horario previsto.

Llegaron a la curva y al avanzar tras la pequeña elevación, se encontraron con una aeronave camuflada. Aunque era de construcción militar, no mostraba a que cuerpo de combate y ejército pertenecía. Estaba claro que estaba preparada para incursiones clandestinas.

Detuvieron el vehículo a una distancia de seguridad, fuera del alcance de las turbulencias producidas por las hélices, y rápidamente los ocupantes del vehículo descendieron de la furgoneta. De nuevo, tres de los hombres llevaron en volandas a su prisionero como si no pesase nada.

Tampoco al trasladarlo lo trataron con ningún tipo de consideración. En su mente estaba presente que, aunque le habían tendido una trampa, aquel miserable tenía la intención de vender a su jefa dentro de su mercado de trata de blancas.

Si no fuese por sus órdenes, lo hubieran liquidado allí mismo sin ningún tipo de remordimientos. Por sus cerebros pasaba en aquellos instantes, la de veces que habían hecho sufrir a otras muchachas. Lo lanzaron como un saco de patatas al interior de la cabina. Hicieron un segundo viaje, para ayudar al conductor a trasladar el resto del equipamiento.

Cuando ya se encontraban todos dentro, uno de los comandos le tendió la mano a la joven para que subiese. Ella sin aceptarla, pero dándole las gracias con

la mirada, se quitó la mochila de la espalda, introdujo en ella un paquete que le había pedido al conductor y extrajo el portátil que había sustraído del despacho de su presa.

—Toma *Caza Dos*. Que nuestros especialistas lo analicen en profundidad —le ordenó mientras se alejaba en dirección a la furgoneta.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? —le preguntó extrañado.

—A visitar de nuevo la guarida de ese imbécil. Voy a destruir las armas de sus almacenes. Esta noche en esa zona de la ciudad va a haber fuegos artificiales —respondió con una irónica sonrisa en su voz— Además, no quiero que nadie encuentre esta furgoneta, ni ningún rastro de nuestro lugar de extracción. Nunca se sabe cuándo puedes volver a necesitarlos de nuevo.

—Deja que lo hagamos uno de nosotros. Eres una mujer, llamarás más la atención y ya te has arriesgado suficiente por esta noche.

No se lo ordenó, ni lo de mujer lo dijo en tono ofensivo, por el contrario, parecía más una muestra adicional de respeto y de la deferencia que sentían por aquella joven. Preferían correr los riesgos ellos, aunque su jefa no se lo ponía nada fácil.

—De verdad, valoro mucho tu ofrecimiento, pero no te preocupes por mí, en un par de días nos vemos. Esta noche me queda todavía mucho trabajo por realizar. Debo saldar una cuenta que tengo pendiente con un taxista.

*"Tanto un invitado como un pescado  
empiezan a oler mal al cabo de tres días".*

***Proverbio hebreo***

## 5. Aliados

*Washington, 15 de septiembre.*

Esta vez, la reunión estaba teniendo lugar en el despacho del Secretario de Estado, ubicado en el edificio *Harry S. Truman* situado en la calle 2201 C. En tamaño, la habitación era menor que la del salón en la que habían mantenido la anterior con el Vicepresidente, debido principalmente a que tenía un cariz menos institucional y a que los muebles que la componían eran más funcionales y menos recargados.

Por el contrario, aunque la mesa, siguiendo el patrón del resto de la habitación era relativamente sencilla, era más grande y podían sentarse más personas a la misma. Casaba mejor con el carácter del Secretario que era reacio a perder el tiempo moviéndose entre salas de reuniones y le gustaba convocar a sus colaboradores en su lugar de trabajo.

Las personas que allí se encontraban y que les acompañaban tanto a él como al Vicepresidente, eran los mismos asesores con los que se habían sentado hacía un par de días. Una vez que se acomodaron, el Vicepresidente tomó la palabra sin dilación.

—Hola James. Por la urgencia con la que me has pedido que viniese, entiendo que tienes algo importante entre manos que se te ha complicado.

—Me temo que sí. ¿Recuerdas la conversación que mantuvimos hace un par de días?

—¿El viaje diplomático a Turquía y Georgia?

—El mismo. Aunque no era lo que se puede considerar un asunto ultra secreto, tampoco lo habíamos aireado. Pues bien, de alguna de las maneras ha llegado a oídos del gobierno israelí antes de que nosotros decidiéramos si queríamos que nos acompañaran o no.

—¿Y? ¿Por qué pensáis que se nos complica nuestro objetivo?

—Porque si recuerdas nuestra conversación —cosa que no dudada en absoluto. Si su interlocutor había llegado a Vicepresidente, una de las cualidades a la que se lo debía, era su excepcional memoria—. Ellos también tienen intereses en esos dos países. Esta mañana me ha llamado mi homónimo, el ministro de Relaciones de Exteriores de Israel, diciéndome que evidentemente ellos no se inmiscuyen en la política exterior de Estados Unidos, pero que consideran que siendo su país el mayor aliado nuestro en aquella región, no debíamos pisar esa zona geográfica sin tenerlos en cuenta. Quieren que el viaje diplomático sea conjunto, que nos acompañe una delegación del *Misrad HaHutz*,

es decir de su Ministerio de Relaciones Exteriores. Según sus propias palabras ellos nos ayudan, y nosotros les ayudamos.

—¿Nos supone algún tipo de problema?

—No necesariamente, pero lo que intentábamos que fuese un asunto discreto, va a pasar a figurar en mayor o menor medida en las páginas de periódicos de todo el mundo, al menos, mientras dure el viaje. Esta misión diplomática, como te comenté a priori no se la hubiese encargado a Henry Peterson, pero después de haber tenido una reunión ayer con él, habérsela ofrecido y haberlo comentado posteriormente a nuestro benefactor, no veo fácil el que podamos volvernos atrás. No sin consecuencias. Quisiera conocer tu opinión.

Durante unos segundos se hizo un espeso silencio en aquella sala. El Secretario de Estado miraba el rostro del Vicepresidente y en él podía apreciar, la velocidad con la que aquel hombre estaba calculando los inconvenientes que les podía causar el seguir con lo planeado o el volverse atrás.

—Como muy bien dijiste en nuestra pasada reunión, a nuestro influyente donante no le va a hacer ninguna gracia que le hayas dicho que está solucionado, para a las pocas horas decirle que no, que su amigo Henry no va a estar a la altura de las circunstancias y lo retiras para poner a otro. En última estancia, prefiero que fracase la misión a que nos retire su apoyo y nos introduzca en su lista negra. Lo primero no es tan importante y ya habrá más encuentros. Además, siempre le podremos cargar la culpa a alguien: a los georgianos, a los turcos o a los israelís. Lo segundo, su pérdida de favor, es para siempre y no tiene ningún arreglo.

—Me reconforta que pienses de la misma manera que yo. De todas formas, hablaré con Henry para que sea consciente de la importancia que va a cobrar la misión y que esperamos que sepa llevarla a buen puerto. Para motivarlo, le ofreceré alguna pequeña recompensa.

—¿Cómo vas a plantear el viaje?

—Ya hemos hablado con miembros del gobierno turco y georgiano. En el primer caso ha costado varias llamadas y conversaciones con diferentes altos cargos el que nos permitan visitarles y concedernos un par de días de su tiempo. Que si estaban muy ocupados, que si no veían claros los temas a tratar y otras excusas con el fin de evitar el que nos entrevistemos con ellos. Al final, les hemos convencido, pero no ha sido nada fácil. Mañana cuando les llame, veremos si el que los israelitas se sumen, hace que definitivamente se vaya al traste el viaje.

—¿Cómo se llevan los gobiernos de ambos países?

—Aunque han tenido altibajos, en la actualidad bastante bien. En 2010

rompieron relaciones por un ataque a la llamada "*Flotilla de la Libertad*" cuando el navío Mavi Marmara intentaba romper el bloqueo a Gaza. Agredido por un convoy israelí hubo diez muertos turcos, voluntarios de la ONG "*Fundación de Ayuda Humanitaria*". En 2013 Benjamin Netanyahu pidió disculpas y se comprometió a pagar 20 millones de dólares a las familias de las víctimas. En 2016 el gobierno turco confirmó que habían recibido el dinero y reanudaron las relaciones diplomáticas.

—¿Se han materializado en algo o es solo pura imagen de cara al resto de países?

—¡Vaya si se han materializado! Van a rentabilizar cada euro de las indemnizaciones. Ambos países están colaborando en la construcción de un gasoducto para llevar gas natural a Europa desde los yacimientos israelíes descubiertos en el mediterráneo. Estos judíos saben cómo sacarle partido a sus inversiones.

—¡Ya lo creo que sí!

—Y no solo eso. Turquía está a la espera de nuestra aprobación para poder adquirir a Israel satélites espía del tipo *Ofeq* que permita al personal de inteligencia de sus fuerzas armadas turcas vigilar el programa nuclear de Irán.

—¿Algún aspecto más sobre la misión que yo deba conocer?

—En principio el resto de cuestiones atañen más a la mera logística del viaje. Llevaran un equipo de hombres del Servicio de Seguridad Diplomática (DSS), que como bien sabes es nuestra agencia especializada en investigaciones internacionales, análisis de amenazas, contraterrorismo, y la protección de diplomáticos. Tienen el poder para portar armas de fuego y detener a criminales y terroristas.

## 6. En casa

*Haifa, 15 de septiembre.*

Abrió los ojos contemplando como el sol al no haber bajado la persiana la noche anterior, entraba a raudales en su dormitorio. Aquel, en el que todo lo depositado sobre sencillos muebles de madera eran recuerdos queridos y objetos entrañables. Empezó a despertarse estirando los brazos despacio para desperezarse. Miró su reloj de pulsera y vio que eran las nueve y diez de la mañana.

Hacía muchos días, demasiados, desde que había dormido por última vez en aquella cama: *su cama*. Probablemente la única donde daba igual a qué hora del día o de la noche decidiese abandonarla. Estaba en su hogar, la casa de su familia, un lugar donde la paz y la tranquilidad tenían un amplio cobijo. Allí, siempre se había sentido segura y a salvo.

Miró uno de los muebles de madera y sonrió. Sin que se percatase, su tía ya había estado contemplándola. Para ella seguía siendo su niña y velaba su sueño. Había dejado temprano su huella en la habitación. Sobre el tocador de madera de cedro había un florero con un puñado de *Kalanit*, la flor de Israel. Aunque las había de colores rojos, rosa, púrpura, azul y blanco, la favorita de su tía siempre había sido la púrpura. Trasmitía a su cuarto un olor a frescura y limpieza.

La vivienda era un bloque de dos pisos que pertenecía a su tío desde hacía unos treinta años. Estaba ubicada en la barriada de *Ein HaYam*, en una zona modesta, tranquila y cercana al mar. En diez minutos caminando, se llegaba por el paseo a la playa.

Cuando sus padres murieron, ella fue a vivir allí. No tenía hermanos y sus tíos siempre le habían dado muestras de algo más que afecto. Sus progenitores desaparecieron de su vida en un estúpido atentado con bomba. Sus parientes la adoptaron como a la hija que Dios no les había mandado.

A pesar de no vivir en la abundancia, ya que su tío Joshua era un simple teniente del ejército ahora retirado, nunca le faltó de nada. A su vez profesaba a sus tíos un amor de hija y los quería por encima de cualquier cosa en el mundo. Siempre estaba dispuesta a hacer lo que ellos le pidiesen. Cualquier cosa. Sin preguntar.

Abandonó la cama y vestida con un sencillo y juvenil camisón de dibujos florales se dirigió al cuarto de baño donde se dio una breve y refrescante ducha. Después, volvió a su habitación y sentada delante de un pequeño comodín se

peinó el cabello. Estaba orgullosa de su melena. Según le repetía de vez en cuando su tía Behira, había heredado el color de su madre. Un tono caoba brillante que generaba una especie de aura alrededor de su ovalado rostro.

Behira le decía incansable que tenía que llevar cuidado con como lucirlo, ya que ondearlo con coquetería en determinados momentos, podía volver locos a los hombres. Así era como su madre, la hermana de su tía, había atrapado a su padre.

Su tío Joshua, le repetía por el contrario, que lo que de verdad volvía locos a los hombres y con lo que tenía que tener verdadero cuidado, no era el pelo, sino lo que había debajo de él. Su casi un metro ochenta de estatura de cuerpo perfectamente moldeado por el ejercicio al aire libre, su suave piel dorada por el sol, sus enormes y rasgados ojos negros inmensos como el infinito, capaces de atrapar a un hombre en su interior, y aquellos amplios y carnosos labios que incitaban a probarlos.

Estuvo dudando si ponerse otra ropa, pero al final sabiendo que estaban en la casa solo sus tíos y ella, y que no esperaban visita a aquella hora de la mañana, decidió que estaba más cómoda así y que ya se cambiaría de atuendo más tarde. Dejó el cepillo, abandonó su dormitorio y bajando las escaleras se encaminó hacia la cocina.

Allí estaba Behira, como siempre la recordaba, dedicándole una sonrisa radiante que enmarcaba un rostro bondadoso. Estuviera donde estuviese siempre conseguía ser el centro de atención. No por su belleza, de la que, a pesar de la edad mantenía reminiscencias. Sino por la energía y bondad que desprendía. Sabía que aquella mujer a lo largo de su vida había visto demasiadas cosas y no todas ellas agradables, pero solo era capaz de transmitir alegría. Todo el mundo la quería.

—¡Buenos días tía! ¿Qué estás preparando? —le pregunto desde la puerta.

Olfateando la cocina de manera exagerada, recorriendo el cuarto con la mirada como si fuese una niña buscando un regalo, se acercó despacio a su tía. Le miró cariñosamente y le dio un suave abrazo y un par de sonoros besos en la mejilla. Sin prisa, haciendo que su tía saborease el momento.

Eran casi de la misma estatura. La anciana, estaba cercana a los setenta años, pero se mantenía delgada, fibrosa y ágil. Había perdido parte de la fuerza de su juventud, pero mantenía un vigor superior a las mujeres de su edad. Seguía trabajando algunas horas en una pequeña tienda cercana a su casa, encargándose a su vez de las tareas del hogar.

En un lateral de aquella habitación estaban colocados la mayoría de los escasos electrodomésticos de la casa: una lavadora, una cocina de cuatro fuegos y un horno que en esos momentos se encontraba encendido.

Eran aparatos modestos, pero no muy viejos y aún se hallaban en buen estado. En la encalada pared de enfrente se hallaba una amplia mesa que era en la que comían habitualmente. Encima de la misma un cuadro representaba al monte *Arbel*.

Sus tíos y ella preferían durante los momentos que estaban juntos hablar entre ellos en vez de ver la televisión, por lo que no solían utilizar el salón ni para comer, ni para cenar, salvo en contadas ocasiones. Algunos de los mejores pasajes de su vida y donde sus tíos le habían comunicado decisiones importantes, como los colegios donde la habían apuntado, la universidad que le habían elegido, etc., habían tenido lugar en torno a aquel modesto mueble de madera.

—A ti..., ¿qué te parece que tenemos hoy para desayunar Elana? —le preguntó a su vez su tía, separándose un poco de ella, pero sin soltarse del todo de su abrazo.

—¡*Lekach!*

—No.

—¡*Ghorayebah!*

—No.

—¡Galletas *Tahini!*

—¡Sí! ¡Menos mal! ¡Pensaba que estabas perdiendo el olfato y que teníamos que ir a que te analizase al otorrino!

—Tía, ¡eres maravillosa! ¡Sabes que me encantan! Solo tú mezclas de esa manera especial la pasta de sésamo, la harina, la mantequilla y el azúcar gracias a esa receta que espero que algún día me confíes.

—¡Ni hablar! ¡Todavía no te has hecho merecedora de ella!

—Pero, ¡si nunca me dices lo que tengo que hacer para ganarme ese derecho!

—¡Como que no! ¡Te lo he dicho mil veces! ¡Quererme un montón!

—¡Pero si nadie te quiere más que yo! —y de nuevo la acercó a su cuerpo y le dio otro par de sonoros besos.

Se separaron después de unos segundos y su tía mirándola despacio de pies a cabeza se percató de la pulsera que llevaba en la muñeca. Su rostro no pudo disimular su extrañeza. Su sobrina era enemiga de collares, anillos y abalorios.

Además, o bien era de una excelente bisutería o bien era carísima. Parecía confeccionada de una sola pieza de gruesa lámina de platino con un raro diamante incrustado en el centro. Lo que inicialmente parecía una impureza negra en el centro de la joya, era lo que le dotaba de unos destellos de luz irrepetibles.

—¿Te has echado por fin novio? —le preguntó, no pudiendo resistirse y

señalando el brazalete.

—Más o menos... —respondió ella sin aclararle nada.

—¡No me hagas esto! ¡Vamos cuéntame! —rogó su tía teatralizando el gesto.

—Bueno... —repuso con resignación la joven— hace unos días he conocido a un apuesto joven —cuando dijo aquellas palabras los ojos de su tía refulgieron—. Hemos pasado últimamente unas maravillosas veladas juntos durante una de las cuales me ha regalado esto.

—Pues le has debido calar muy hondo cariño. Parece una joya cara...

Prefería contarle una verdad a medias que mantuviese vivas sus ilusiones de que ella estuviese emparejara con algún apuesto muchacho de su edad, que decirle la verdad. Durante la misión que había concluido hacía unos días, había conocido a un joven con el que increíblemente para ella, habida cuenta de que no era su costumbre, había pasado unas tórridas noches donde el deseo se había mezclado con la pasión y el sexo. Por unos momentos llegó a pensar que estaba enamorada. Pero era una profesional y acabar la misión era lo importante. Se había valido de aquel joven sin su conocimiento, para poder llevarla a cabo.

Sin despedirse, lo había abandonado, robándole de paso aquella pulsera que él adoraba y que le recordaba a una novia con la que había tenido un trágico final. Los motivos que le habían conducido al hurto de la joya, habían sido tanto las ganas de conservar algo de él, como de los celos que sentía por no ser la mujer principal de su vida.

No dada a emociones, solo mantenía breves relaciones que exasperaban a su tía. Todavía no podía creerse las encontradas emociones que le generaban sus celos. Era una sensación ajena a ella. No lo veía posible, pero daría lo que fuese por volver a sentirse en los brazos de aquel que había sido su amante hacía un par de semanas. De vez en cuando, volvía a rememorar aquellos momentos de placer.

Rompiendo el cauce de sus pensamientos oyeron que la puerta que daba a la calle se abría y el sonido de unos pasos recorriendo el pequeño pasillo que unía la entrada de la casa con la cocina. En el dintel de la puerta apareció su tío.

Antes de que tuviese la oportunidad de hablar, ella se abalanzó sobre aquel enjuto y nervudo hombre y le prodigó el mismo trato que a su tía. Un fuerte y cariñoso abrazo y un par de sonoros besos. El, no la soltó.

Durante toda su vida, había sido militar y participado en la mayoría de las campañas de los últimos treinta años de Israel. Hablar de Joshua Safadi era hablar de un hombre honesto y muy competente. Quizás excesivamente rígido en las relaciones sociales y poco dado a hablar en público. Ni tenía numerosos amigos, ni los buscaba. Si a sus antiguos compañeros de cuartel les hubiesen

contado aquella escena, no se la hubiesen creído.

Uno de los motivos de su nulo entusiasmo por la compañía de otras personas y de su circunspección, se debía al tiempo que había pasado fuera de su casa en peligrosas misiones militares. Dios no le había dado hijos y había perdido al resto de su escasa familia hacía muchos años en un estúpido atentado.

Cuando volvía a su hogar no quería desaprovechar el tiempo y quería pasar cada minuto con su familia. Nunca sabía cuándo iba a tener que abandonarla de nuevo. En la actualidad, estaba ya jubilado y disfrutaba paseando con su mujer por las orillas del cercano mar.

—¿Qué tal estás tío?

—Más viejo que la última vez que nos vimos Elana. Tus ausencias me sientan muy mal.

Aquellas palabras eran una mezcla del cariño que sentía por ella y a la vez un reproche. Así como su tía solo intuía a que se dedicaba, aquel hombre de su misma estatura, cuerpo y cara curtidos por la vida, pelo negro en el que empezaban a aparecer las canas y ojos marrones de mirada sincera y directa era una de las pocas personas que conocían sus secretos.

—Pues yo te veo en forma. Seguro que todavía eres capaz de darme una paliza si me porto mal —le dijo ella con una sonrisa mientras le guiñaba un ojo.

—Tú jamás te has portado mal —y su serio tono no era capaz de disimular el cariño que sentía por su sobrina.

Elana, le agarró suavemente de la mano después de que le diese un tierno beso a su mujer y lo llevó con ella a la mesa donde ambos se sentaron juntos. En esos momentos, su tía abrió la puerta del horno y extrajo una bandeja de humeantes galletas que depositó sobre la mesa. Su tío acercó la cabeza a la comida y la olfateó.

—Behira cariño, solo tú sabes con estas galletas hacer de un simple desayuno un momento especial —le dijo mientras elegía una un poco más tostada y se la llevaba a la boca.

—El tío tiene razón —le secundó mientras le imitaba saboreando otro de aquellos dulces —. ¿Hay café?

—Y recién hecho —afirmó su tía mientras acercaba una vieja cafetera de hierro humeante y se sentaba a compartir la mesa con ellos —. Sírvete también una taza a tu tío.

Durante un rato, con calma, comieron varias de las galletas, tomaron un par de cafés y comentaron las últimas banalidades que habían ocurrido en el vecindario.

—Tío, ¿puedes llevarme a trabajar?

—¿Tienes prisa?

—No. Ninguna.

—Perfecto pues, entonces nos tomamos una última taza de café antes de irnos.

Al cabo de unos minutos, cuando lo dieron por terminado, Elana ayudó a recoger los restos del desayuno mientras su tío iba a por las llaves de coche. Acto seguido, subió a su habitación y se cambió de ropa, unas botas, un pantalón, una camisa a juego y una gorra de plato. Todo ello de corte militar y color arena del desierto. Su imagen había cambiado por completo. De parecer casi una niña, inocente en su camisón a flores, al de una imponente mujer con aspecto marcial. Hasta su forma de caminar era diferente.

—¡Hasta la noche tía! —le dijo dándole un cariñoso abrazo y otro par de besos.

—Espero que te refieras a una hora de la noche decente, donde podamos cenar y hablar de cualquier cosa antes de acostarnos.

Su tía, sin necesidad de emplear ningún tono irónico, se estaba refiriendo a su llegada, cuando había entrado en la vivienda sobre las dos de la mañana, más como un ladrón que como un residente en la casa.

—Te prometo tía que llegaré a una hora “decente”.

Volviéndose hacia su tío que no había participado en la conversación, pero cuya mirada lo decía todo, lo siguió fuera de la vivienda. Al dar la vuelta a la casa, y debajo de una pequeña tejavana que lo protegía del sol en verano y de la lluvia en invierno, se encontraba uno de los pocos caprichos que se había dado aquel hombre a lo largo de su vida. Su coche.

Era un viejo Renault ocho que hacía más de veinte años había adquirido de segunda mano. Lo cuidaba con esmero y para él, dar un paseo conduciendo con su mujer hasta alguna playa cercana donde pasar el día, era uno de sus placeres favoritos.

Su sobrina, conociendo su pasión por conducir, más de una vez le había dicho que ya era hora de cambiar de coche, adquirir uno más nuevo y con aire acondicionado. Que si quería ella pagaba la mitad, ya que conocía de sobra que nunca se lo hubiese admitido como regalo. Él siempre le respondía lo mismo.

—Uno no se desprende de un viejo y fiel amigo.

## 7. En el coche

*Haifa, 15 de septiembre.*

Una vez acomodados dentro del coche, giró la llave del encendido y el motor se puso en marcha a la primera. Su sobrina se seguía maravillando de que aquel vehículo con su antigüedad, a pesar de los cuidados prodigados por su tío, nunca fallase.

—¿Te llevo al cuartel?

—Si por favor.

Se pusieron en movimiento y en unos segundos, aunque ninguno de los dos dijese nada, el ambiente dentro del coche cambió radicalmente. No era por el calor exterior, ni por el tráfico circundante. Era por el tipo de conversación que se iba a dar en su interior.

Como tenían que atravesar Haifa para llegar a los cuarteles, fueron recorriendo sin prisas los tres niveles en los que se divide la montaña sobre la que está construida la tercera ciudad más grande del país. Partiendo de la ciudad baja donde se encuentra la bahía, circularon cruzando el nivel intermedio por la principal calle comercial *Herzl*, llegando al paseo *Yefe Nof* y sus increíbles vistas panorámicas desde la denominada ciudad alta.

—¿Qué tal te ha ido en las últimas misiones?

—Bien tío. Sin ningún tipo de problemas.

—Mis contactos dentro del ejército me dicen que tienes a tu cargo uno de los comandos que más éxitos tienen en sus incursiones.

—Tengo un trabajo que hacer y procuro cumplirlo lo mejor que sé. Tú me enseñaste a ser así —pronunció despacio, recalcando cada una de las palabras.

Desde pequeña, su tío le había inculcado el ser responsable y trabajadora, el no meterse en problemas y procurar ayudar a los demás. Tras la muerte de sus padres y tras un incidente que tuvo en su niñez, le enseñó a defenderse por sí misma.

—Esos moratones de tus brazos, ¿son parte de un trabajo bien hecho?

—No son nada, en unos días desaparecerán.

—Tu tía, ¿te ha dicho algo?

—No. Ya sabes que aunque tú y yo no hablamos de estas cosas delante de ella, no tiene un pelo de tonta y tiene una idea aproximada de a que me dedico. Pero, nunca se meterá en mi trabajo y nunca me recriminará nada.

—¿Alguna otra lesión que yo no vea?

—No tío. Te lo prometo.

Para él, la palabra de su sobrina era más que suficiente. Nunca le había mentido, ni nunca lo haría. Esa era la base de toda confianza. Sabía que hablar de las misiones que ella llevaba a cabo era considerado alta traición a su país, y él nunca le preguntaba por los detalles. Solo quería saber si estaba bien, tanto físicamente como mentalmente.

—Llevas muchos meses de actividad permanente, ¿no va siendo hora de que te den un permiso prolongado? ¿Al menos dos o tres semanas seguidas?

—Pienso que sí. Debido a nuestra eficiencia, hemos encadenado varias misiones exitosas, pero mi equipo necesita descansar. Unos más y otros menos. Pero al menos un par de semanas no nos vendrían mal a ninguno. Tengo una entrevista con el coronel y espero que el motivo trate de esto.

—A ver si hay suerte y te puedes ir unos días con tu novio a pasarlo bien por algún lugar que elijáis.

—¿Qué novio?

Una de las pocas obsesiones que tenían sus tíos era que de una vez por todas, empezase a salir con alguien de su edad de forma firme y se comprometiese. Aunque todavía era muy joven, sus tíos le decían que a su edad ellos ya se habían casado.

En algunas de sus cenas y en los momentos donde más relajados estaban le confesaban que su mayor ilusión era tener un nieto. Aunque legalmente fuese un sobrino nieto. Ella enseguida cambiaba de tema.

—¡Pues ya va siendo hora! —le espetó él sin poder contenerse.

—Tranquilo tío. Todo llegará —aunque su tono demostraba claramente su nulo interés. Volviendo al tema anterior prosiguió—. Si me conceden un par de semanas elegid el sitio que queréis ir y nos vamos. Yo pago. A la tía siempre le ha hecho ilusión viajar a alguna playa más al sur o volar a Chipre. Podíamos complacerla.

—No sé. Ya veremos. ¿Sabes algo de Arisbeth?

—Me imagino que estará en el cuartel. Espero poder verla a lo largo de la mañana.

—Estupendo. Hace varios días que no la vemos. A ver si con suerte podéis venir las dos a cenar a casa y darle una alegría a Behira.

—Por mi parte, cuenta con ello. No creo que me sea muy difícil convencerla.

En esos momentos, llegaron a la zona donde estaban situados los cuarteles del ejército que controlaba y protegía aquella zona del país. Dentro del mismo se encontraban varios comandos *Sayeret Matkal*. Era una unidad de élite creada en 1957 a partir de las brigadas de paracaidismo *Sayeret*.

Su objetivo principal era obtener información detrás de las líneas enemigas y sus especialidades: el rescate de rehenes israelíes en países extranjeros, el contraterrorismo, el reconocimiento y la inteligencia militar.

Estaban compuestos de personal voluntario proveniente generalmente de otras unidades militares. El reclutamiento era famoso por su dureza, manteniendo a los aspirantes varios días sin dormir mientras realizaban las pruebas. Al finalizar eran supervisados por diversos doctores y psicólogos. Los que las superaban, pasaban a un entrenamiento de veinte meses en diferentes disciplinas: infantería, navegación marítima, artes marciales, camuflaje y contraterrorismo.

Los estudiantes israelíes, al acabar sus estudios secundarios, deben enrolarse en el servicio militar de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI). Tres años para los hombres, dos para las mujeres.

En vez de ello, hay quién solicita una prórroga para seguir estudiando en una universidad. Lo deben hacer bajo el programa *Atudá Beth*, y el importe de los estudios corre a cargo del ejército. Los que eligen este camino deben firmar un contrato con las fuerzas armadas y al acabar prestar un servicio dentro de él de dos o tres años.

Su tío nunca había querido que siguiese sus pasos en la carrera militar, pero todo se confabuló en su contra. Elana era una enamorada de la mecánica y desde pequeña otra de sus aficiones había sido el montar y desmontar todo tipo de artefactos. Como ella solía decir, sus mejores juguetes eran la caja de herramientas y el Renault ocho.

Cuando terminó sus estudios secundarios, le dijo a su tío que quería estudiar ingeniería mecánica. Era una carrera que estaba muy bien valorada y al matrimonio le hizo ilusión el que uno de los miembros de la familia tuviese estudios universitarios. En esos momentos, no le dieron importancia al compromiso que conllevaba con el ejército y la trampa que al final resultó ser.

Elana terminó sus estudios de ingeniería con buenas notas, siendo la segunda de su promoción. Cuando ingresó en el ejército, sus superiores enseguida se dieron cuenta de la alta capacidad de análisis que tenía y lo rápida que era tomando decisiones. Su innata habilidad con las artes marciales y el hecho de que le encantase apuntarse a torneos en los que normalmente ganaba, hicieron que destacase entre el resto de los reclutas. A ella, la vida militar, le fue gustando cada vez más en contra de los deseos de sus tíos.

Cuando terminó su contrato, sus superiores le pidieron que se apuntase para pertenecer a los *Sayeret Matkal*. La noche en que comunicó a sus tíos que había aceptado la propuesta y que se iba a presentar voluntaria, fue cuando les dio el mayor disgusto de su vida, después de la muerte de sus padres.

Behira lloró durante un par de días y su tío, no le dirigió la palabra en una semana. No tenían ningún consuelo basado en la posibilidad de que no superase las duras pruebas. Conocían de sobra las habilidades de su sobrina.

Desde el momento en que pasó a formar parte de aquella unidad, su tía no le volvió a mencionar palabra alguna sobre su nuevo trabajo. Ocasionalmente le preguntaba si era feliz y si estaba contenta con lo que hacía. Joshua por el contrario, le hacía preguntas más precisas, sin superar nunca los límites de la confidencialidad.

Salieron de la ciudad y circularon por la *carretera 75*. Al cabo de quince minutos llegaron a un recinto cerrado con un muro de unos dos metros y una valla que añadía un metro más de altura. Les dieron el alto en la puerta principal y después de comprobar su documentación les dejaron pasar. Uno de los seis guardas reconoció el coche y les lanzó un saludo. Después de atravesar varias calles, Joshua aparcó el coche en un lateral del asfalto del edificio principal, sin interrumpir el tráfico. Antes de bajarse del vehículo, ella le dio otro abrazo y un par de besos.

—Te quiero mucho tío —le dijo con cariño. Después se encaminó hacia la puerta custodiada por un par de soldados armados y que impedía el acceso a las instalaciones.

Él la vio alejarse, con aquel andar felino y aquellos movimientos que denotaban e irradiaban una increíble seguridad en sí misma. Tenía uno de los trabajos más peligrosos del mundo y era probablemente una de las mejores en lo suyo. No era lo que él había soñado para ella cuando era una niña, aunque si había sido el principal culpable de forjar en que se había convertido. ¿Quién sabe? Quizás, si aquel maldito día hubiese desaparecido de sus vidas...

## 8. Infancia truncada

*Haifa, quince años antes.*

Era el día de su trece cumpleaños. Su tía se había empeñado en que aquel fuese un día especial y le había comprado un bonito vestido con el cual ir al colegio. Su tío que también quería celebrarlo con algo diferente, iba a ir a buscarla a la salida de las clases para después ir a recoger a su mujer e ir todos juntos a un restaurante modesto donde preparaban un *Kofta* de pescado frito con especias, hierbas, cebollas y piñones que les encantaba. Aderezado con pasta de sésamo o salsa de yogur era un plato delicioso. Querían celebrar su onomástica de entrada en la pubertad de una manera especial.

—¿Elana?

—Dime tía.

—¡Estás preciosa! ¡Este vestido te queda estupendo! ¡Date una vuelta!

Ella obediente y viendo lo feliz que ese día se había levantado su tía, estaba siguiendo al pie de la letra todas sus instrucciones. Habían madrugado más de lo normal para dedicar tiempo a prepararla debidamente.

Después del temprano desayuno habían subido a su habitación y su tía le había rizado su melena. Sobre el cabello, le había vaporizado una esencia que hacía que brillase. Behira le había ordenado que no se tocara el pelo para que el efecto durase casi todo el día.

A continuación, le había ayudado a vestirse con aquella prenda que Elana sabía que para el modesto sueldo de aquella familia había supuesto un desembolso importante dentro de las cuentas mensuales.

Desde que se lo había puesto, la niña se sentía como una actriz de las que de vez en cuando, veía en alguna película americana de las que echaban en la televisión.

Además, para colmo de sorpresas, por primera vez en su vida llevaba maquillaje. Su tía que no era muy dada a esas cosas y que ella no recordaba haberle visto nunca el rostro pintado, había sacado de uno de los bolsillos de la bata que solía llevar puesta en casa, una caja de colorete y un pintalabios de color rojo carmesí. Los había comprado con mucha ilusión para aquella ocasión.

Behira la había sentado de espaldas al espejo de su tocador, de tal manera que la pequeña no viese la transformación que se estaba operando en ella con toda aquella puesta en escena. De una tierna e inocente niña a una preciosa joven.

Elana estaba sorprendida. Los movimientos de su tía con la brocha al extenderle por su rostro aquellos polvos y los dibujos realizados con la máscara de pestañas para dar mayor profundidad a sus ojos, denotaban una habilidad que ella no hubiese imaginado en las manos de aquella mujer. Nunca la había visto maquillada y aunque de vez en cuando, le seguía sorprendiendo con alguna habilidad oculta, aquello jamás se lo hubiese esperado. Después de casi una hora trabajando en su cuerpo, cabello y cara, por fin le dijo la esperada frase:

—Bueno..., creo que ¡ya estás lista! Puedes darte la vuelta y ver el resultado final.

Elana, lentamente como si tuviese miedo de lo que se iba a encontrar, giró muy, muy despacio sobre sí misma, hasta contemplarse en el espejo. Durante unos segundos no pronuncio palabra alguna, aunque para su tía, su expresión de sorpresa lo decía absolutamente todo.

En un primer momento, no se reconoció en la joven que la miraba desde el espejo. Aparentaba tres años más debido al maquillaje y a los altos tacones de los nuevos zapatos que le había comprado su tía. No sabía si era su imaginación acelerada, o tantos cambios le hacían creerse que se había convertido por un día en una de las actrices que tanto captaban su atención en aquellas películas que solía ver junto a sus tíos de vez en cuando.

—Tía..., tía..., gracias —dijo tartamudeando, presa de una emoción incontenible.

—¡Eh! ¡Eh! Nada de llorar jovencita. No nos hemos tomado las dos casi una hora de tiempo para que en unos segundos estropees todo mi trabajo.

—Si tía —respondió obediente, aguantando las lágrimas de alegría que pugnaban por salir a borbotones de sus enormes ojos negros.

Elana siempre había sido una niña alegre y divertida en casa, e introvertida y callada en el colegio. Era aplicada y muy buena estudiante, pero de forma análoga a lo que había visto en sus tíos, siempre había sido modesta, intentado pasar desapercibida. De tal forma que, en vez de lucir su belleza, más bien trataba de ocultarla.

Solía llevar un pañuelo en la cabeza que ocultaba su preciosa melena caoba y cuando se movía por los pasillos del colegio, casi siempre lo hacía mirando al suelo tratando de ocultarse de la vista de los demás. En clase, solo participaba en las actividades en grupo cuando la asignatura así lo requería. Tampoco, al revés que otros niños y niñas de su edad, le preocupaba excesivamente el hacer amigos y ser conocida en su clase.

Tenía varios amigos, tanto niñas como niños con los que había ido intimando con el tiempo, pero nunca se demoraba en salir del colegio por permanecer jugando con ellos. No era famosa, ni le preocupaba el serlo. Jamás

se le había pasado por su cabeza el sacarle partido a su belleza.

Era feliz con su sencillo estilo de vida. Le encantaba ayudar a su tía con las labores de la casa y hacer los trabajos que le mandaban en el colegio. Cuando había terminado con estos deberes, o bien salía a pasear con sus tíos si Joshua estaba en casa, o bien se iba a andar o a nadar sola por la cercana playa. Para Elana, no había nada mejor que aquellas jornadas en las que su tío disponía de un día libre y los tres cogían su viejo coche y se iban a alguna playa a pasar el día paseando, pescando y disfrutando cada momento del descubrimiento de un nuevo lugar en su compañía. No necesitaban a nadie más.

—¡Vamos! ¡Que se nos va a hacer tarde!

Ambas bajaron a la cocina, y recogieron de la mesa las dos bandejas de dulces que su tía había preparado para aquel día con el fin de que los compartiese con el resto de sus compañeros al finalizar las clases. Cada una cogió una bandeja, cogieron el autobús y se encaminaron al colegio. Cuando llegaron a la puerta de la entrada, su tía continuó con ella hasta su clase donde ya se encontraba la maestra que les daba la primera asignatura de la mañana.

—Buenos días —repuso su tía con aquel tono amable y educado con que se dirigía a todo el mundo. Hoy es el cumpleaños de mi sobrina y solicitamos la semana pasada a la directora que le dejase vestir de una forma especial y que nos permitiese traer unos dulces y unas botellas de refrescos.

Su maestra, la miró de arriba abajo, con tal sorpresa y detenimiento que Elana se preguntó si el haberse vestido así no había sido un tremendo error. Desde la entrada al colegio hasta la clase, por todo el recorrido, todo el mundo se le había quedado mirando. Pudo ver los rostros de admiración de los muchachos y los de envidia de las muchachas. Ella no estaba acostumbrada a aquellas reacciones y no se encontraba a gusto.

—Estás verdaderamente preciosa Elana. Hoy vas a ser blanco de todas las miradas.

—Lo siento señorita, no era en absoluto mi intención —dijo ella azorada mientras los colores acudían a sus mejillas y se ruborizaba.

—No Elana. No tienes que pedir disculpas. Hoy es tu cumpleaños y debes disfrutarlo. Los demás haremos lo posible para que así sea. A última hora de la tarde, después de las clases, lo celebraremos.

La mañana transcurrió como una más, salvo los momentos de descanso entre clases, donde los jóvenes solían salir al patio del colegio a jugar y hablar entre ellos. La mayoría de las miradas de aquel día, principalmente de los chicos, convergieron en ella. Como no estaba acostumbrada, sobre todo a determinado tipo de observaciones que le dirigieron, no se sintió a gusto.

En más de un momento lamentó el haberse vestido de aquella manera con

la que llamaba tanto la atención. No se sentía en absoluto cómoda. Aunque algunos compañeros, tanto chicas como chicos le decían con amabilidad lo guapa que estaba, eran los menos. Proliferaban más los rostros con envidia en las muchachas y de algo que ella no sabía identificar, porque anteriormente no se había encontrado con ello en los rostros de los muchachos. Aquella emoción era desconocida para ella. Era deseo.

Al final de la jornada escolar, varios de los maestros y maestras que les daban clase, acompañaron al grupo que componía la clase de Elana a un gran cuarto apartado del resto de las aulas, en el que se solían celebrar los cumpleaños. Era un comedor donde había un frigorífico, un microondas y un fregadero con agua caliente y fría. Estaba pensado para las personas que deseaban quedarse a comer allí. En su aislada ubicación, se podía levantar la voz y cantar sin molestar al resto de las personas que se encontrasen todavía recibiendo las últimas clases.

Era viernes, por lo que las asignaturas ya se habían impartido y tanto profesores como alumnos se daban prisa en abandonar el edificio para irse de fin de semana. Debido a ello, la celebración del cumpleaños de Elana, fue breve. Los profesores y los compañeros que habían acudido se limitaron a cantarle un par de canciones y a volverle a felicitar por su cumpleaños. En unos quince minutos todo acabó.

Aunque algunos profesores se prestaron voluntarios para echarle una mano en recoger lo que había sobrado de los dulces y a limpiar lo poco que habían manchado, ella les dijo que no era necesario. Que al ser tan poca cosa, se encargaba ella sola sin problemas. Les dio las gracias y les deseó un buen fin de semana. En unos minutos se quedó sola.

Con mucho cuidado para no manchar su precioso vestido, había depositado los vasos en el fregadero para después proceder a lavarlos. Se dirigió a un pequeño armario donde le habían dicho que se encontraban los utensilios de limpieza y extrajo una escoba con la que se puso a barrer los residuos del suelo.

De repente, oyó un ruido y vio cómo se abría la puerta y dos muchachos después de entrar en el interior del salón, la volvían a cerrar. Al parar de barrer y centrar su mirada en ellos, se fijó en que aparentaban tener un par de años más que ella. En un principio no le resultaron conocidos, pero al cabo de unos segundos los identificó como aquellos que en sus salidas al patio durante ese día, no le habían quitado el ojo de encima.

—Hola. ¿Estáis buscando a algo o a alguien? —preguntó con timidez y amabilidad, intentando ayudar para que se alejase de allí pronto.

—Sí, a ti.

Todas sus esperanzas de que el motivo de que hubiesen entrado en aquel

cuarto no fuese ella, se desvanecieron en un instante.

—¿A mí? ¿Qué deseáis de mí?

—No te hagas la tonta. Hoy te has vestido y te has pintado de esa manera con el fin de buscar a alguien que te haga pasar un rato inolvidable —dijo con voz ronca y los ojos encendidos el más alto de los dos y el que parecía por sus gestos ser el que llevaba la voz cantante.

—No he venido a buscar a nadie —respondió ella con voz baja mirando hacia el suelo como sí de esa manera se pudiese esconder —Mi tía me vistió así para que hoy que es mi cumpleaños, me sintiese especial.

—Pues sí que nos has hecho sentir a nosotros algo especial —dijo con sorna el más bajo, mirando a su compañero como buscando la aprobación de su ingeniosa frase.

—Muy especial... Y ahora vas a hacer que nosotros también disfrutemos del día de tu cumpleaños.

Avanzaron despacio y en línea, formando una barrera, mostrándole claramente que no iba a poder salir de allí, sin caer en sus manos.

—¿Qué queréis? ¿Qué queréis de mí? —chilló con una voz quebrada por el miedo.

Elana siempre había vivido protegida por sus tíos y al contrario de muchos israelíes, incluidos sus padres, había tenido la fortuna de no tener que vivir ninguna situación peligrosa. Su vida había transcurrido entre su casa y la escuela, y nunca había sufrido ninguna agresión. No podía creerse lo que le estaba ocurriendo, y mucho menos entre las paredes de un recinto en el que había pasado muchas horas de su vida y que siempre le había parecido el lugar más seguro del mundo después de su hogar.

De forma torpe e inexperta, sujetó el mango de la escoba con ambas manos y lo puso delante de su cuerpo como intentando formar una defensa que aquellos dos muchachos no pudiesen traspasar.

—¿Qué? ¿Nos vas a atacar con esa escoba? —preguntó con una cruel sonrisa el más fuerte de los dos mientras se abalanzaba sobre ella y se la quitaba de un manotazo.

—¡Dejadme en paz!

—Cuando nos des lo que queremos —añadió el otro, mientras la agarraba por un brazo.

Entre los dos la echaron al suelo y empezaron a rasgarle la ropa. La diferencia de años en esa edad suponía un abismo. Dos muchachos de dieciséis años, deportistas, fuertes y en forma, frente a una niña de trece años, sola, tierna e indefensa.



Joshua llevaba horas a la cabecera de aquella cama de hospital velando a Elana. Hombre curtido en múltiples combates, se había encontrado con muchos horrores de la guerra, miembros amputados, heridos, muertos, pero nunca nada le había impactado como lo que estaba viendo en esos instantes. En la guerra, uno se convierte en el profesional que el ejército espera y se inmuniza frente a lo que se encuentra, haciendo que las imágenes que circulan por sus ojos se sientan como si no fuesen propias.

Lo que menos se esperaba un hombre duro como él, era que a una de las dos personas que más quería en este mundo, le pasase lo que estaba contemplando en esos momentos. Su sobrina llena de golpes y contusiones, amoratada y con un hombro dislocado.

No podía quitarse de la cabeza que aquello había tenido lugar en el colegio al que iba todos los días desde hacía años y que lo habían llevado a cabo dos jóvenes de su país, de su raza y de sus creencias. No enemigos de su patria como a los que él se tenía que enfrentar.

Todavía no se podía creer que a pesar de todo, Elana había tenido suerte. El guarda de seguridad que a última hora se encargaba de revisar que todo el mundo había abandonado las aulas y de cerrar las puertas y ventanas, había oído los chillidos de la muchacha y había llegado milagrosamente a tiempo de impedir que la niña fuese violada. Había puesto en fuga a los dos violadores y llamado a una ambulancia.

Los médicos le habían colocado el hombro en su sitio y le habían curado las heridas y puesto pomadas y tratamiento a las contusiones. Le habían recetado calmantes y sedantes, tanto por el dolor, como por la conveniencia de que estuviese dormida y relajada.

En cuanto les habían avisado, sus tíos habían acudido al hospital a toda velocidad. Él, había pedido permiso para abandonar el cuartel. Afortunadamente no se encontraba en ninguna misión fuera de la ciudad. Al llegar ambos a la habitación y encontrarla en aquella situación, Behira se acercó a la cabecera de la cama, la abrazó y la acunó suavemente como cuando era pequeña y le cantaba canciones de cuna para que se durmiese. Lloró y lloró sobre la niña dormida. Joshua, se acercó a ambas y le dio la mano a su mujer mientras le miraba a los ojos pugnando por no derramar más lágrimas, intentando ser un punto de anclaje fuerte para Behira.

Al cabo de unas horas, su tía se había quedado dormida en la butaca de la habitación, y era él, el que se encontraba a la cabecera de la cama. En esos momentos, Elana abrió el único ojo que no tenía hinchado y amoratado.

—¿Tío Joshua? —preguntó con voz ronca y gutural. Se había quedado afónica de tanto chillar pidiendo ayuda.

—Dime cariño —susurró él acercando su oído a la boca de ella—. No fuerces la garganta. Ya me dirás lo que quieras cuando estés un poco mejor.

No se acordaba de cuando era la última vez que su tío le había llamado cariño. A pesar de que la quería con locura, le era difícil expresar sus sentimientos con palabras y prefería llamarla por su nombre.

El hombre, ahora que su mujer no lo veía, estaba llorando. Elana, tampoco se acordaba de haber visto derramar una lágrima su duro y curtido tío.

—Quiero pedirte un regalo de cumpleaños —solicitó no haciendo caso de sus consejos.

A aquella voz rota le costaba dar la precisión y el acento adecuado a sus palabras, pero su tío se dio cuenta de que lo que le quería pedir era importante para ella. Muy importante. La sorpresa producida por aquellas palabras, en aquel momento y situación, había pillado al hombre totalmente sorprendido.

—¿Quéééé? —preguntó desconcertado y extrañado.

—Quiero pedirte algo como regalo de cumpleaños.

—Si está en mis manos, dalo por echo —respondió mientras intentaba quitarse las lágrimas de su cara y recomponerse.

A pesar del claro esfuerzo que le supuso, Elana se enderezó sobre su espalda hasta sentarse y miró con aquel único ojo, directamente a los de su tío.

—Quiero que me conviertas en un arma.

Para que no hubiese ninguna duda en cuanto a lo que estaba diciendo, pronuncio con cuidado y muy despacio cada una de aquellas palabras. Joshua que continuaba atento, permaneció sin poder decir nada y atónito ante lo que acababa de escuchar. No le respondió, por lo que al cabo de unos segundos, ella volvió a repetir su petición.

—Tío, prométeme que me convertirás en un arma —y apretándole una de las manos con las que le sujetaba, le apremió —¡Prométemelo!

Él sabía que, si por algo destacaba su sobrina era por su constancia. Nunca lo hubiese denominado tozudez, sino ganas de hacer las cosas, de vitalidad, de entusiasmo. Allí estaba él, un hombre duro, un militar que estaba curtido en decenas de combates y situado con la edad más allá del miedo personal. Él no tenía temor por sí mismo, sus hombres le adoraban por eso, pero si tenía un pánico cervical por su mujer y su sobrina. Había perdido al resto de su familia, los padres de Elana, y no tenía intención de perder a nadie más. Desde siempre, había apartado a su mujer y a su sobrina de las zonas de peligro, y era uno de los motivos principales por los que se había largado de la franja de Gaza a vivir a su actual hogar. Miraba a aquella niña y le parecía inconcebible lo que le había ocurrido. Más increíble aún le parecía el que hubiese sido agredida por unos compañeros, un par de cursos mayores que ella, en el interior de su propio

colegio.

Su tierna y dulce sobrina, aquella que durante la mañana de aquel día, saltaba de alegría con su vestido nuevo, le estaba mirando llena de contusiones y golpes, un hombro dislocado, dos ojos morados, uno de ellos que no podía abrir y le pedía, realmente le suplicaba que la convirtiese en un arma. Sin entender realmente lo que le estaba implorando. Pero él si era consciente del significado de sus palabras. Al menos de lo que significaban para él. Le estaba pidiendo que le enseñase a defenderse. Le estaba pidiendo que no quería volver a ser vulnerable. Al menos, eso era lo que él quería entender. Convertirla en un arma, era otra cosa. Mientras todos estos pensamientos cruzaban por su cabeza, su sobrina volvió a enfocarlo con su único ojo sano.

—Tío, prométeme que me convertirás en un arma —y apretándole más fuerte aún la mano, le repitió—. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo Elana. Te prometo que te convertiré en un arma — exclamó en un susurro mientras esperaba no tener que arrepentirse de su promesa.

## 9. Venganza

*Haifa, quince años antes.*

Elana tardó un mes en recuperarse completamente y salir del hospital. Durante todo aquel tiempo su tía no se separó de la cabecera de su cama, y su tío acudió al hospital siempre que su trabajo en el ejército le dejaba tiempo disponible. Los médicos les aseguraron que estaba totalmente recuperada y que no le iba a quedar a la muchacha ninguna secuela física. Con respecto a las que le podían haber quedado a nivel mental, no se atrevían a realizar un diagnóstico a futuro. Les recomendaron que le prestasen toda su atención y cariño, principalmente los primeros días, y después que se fijasen en su evolución. Ante cualquier aspecto de su comportamiento que les pareciese extraño, como que se volviese excesivamente introvertida o retraída, debían llevarla sin tardanza a un especialista. Les dieron los teléfonos de las consultas privadas de tres psicólogos y dos psiquiatras.

Durante su estancia en el hospital, mientras se recuperaba de la paliza que le habían dado, su tía vigilaba constantemente todos sus movimientos físicos, su comportamiento y su lenguaje, intentando averiguar cualquier variación sobre cómo había sido su sobrina hasta el momento del desgraciado incidente. Para ella, se comportaba con normalidad y no parecía que tampoco le hubiesen quedado secuelas psíquicas. En sus conversaciones se había mantenido con su tono dulce y amable con el que solía hablar con ella.

La primera vez que abandonaron la habitación y se pusieron a andar por los pasillos, tampoco dio las muestras de miedo, sentimiento que los médicos les habían avisado que podían aparecer. En ningún momento de su estancia en el hospital tuvo pesadillas, ni se despertó chillando o recordando lo acaecido durante el asalto.

Sus tíos la llevaron en su viejo coche a su hogar, y al llegar a la casa se dirigieron a la cocina, donde la muchacha y su tío se sentaron alrededor de la mesa.

—¿Os apetece beber o comer algo? ¿Un té? ¿Un café? ¿Unos dulces que te he preparado esta mañana? —preguntó su tía casi con ansiedad.

—Para mí un té —respondió su tío, mientras ambos se giraban hacia la muchacha.

—Yo otro té y algo dulce. Aunque me han tratado muy bien en todos los aspectos, prefiero tu comida a la del hospital —dijo la joven con aquella sonrisa

que era la delicia de sus tíos.

—Ahora mismo jovencita.

—¿Elana? —le dijo Joshua con un tono de voz con el que pretendía captar toda su atención—. En las próximas semanas, se celebrará el juicio donde se analizará tu caso. Será algo desagradable donde te encontrarás con los que te atacaron y te dieron la monumental paliza. Probablemente al verlos de nuevo revivas aquellos momentos. No queremos que sufras, por lo que en todo momento estarás acompañado de tu tía y de mí mismo. He pedido días de permiso para el tiempo que dure el juicio. No me han puesto ningún tipo de problema.

—No te preocupes por mí tío. Estoy bien. Iré y haré lo que vosotros me digáis.

A su tierna infancia, no conocía, ni sabía, ni había estado jamás en un juzgado, pero confiaba plenamente en sus tíos y haría todos lo que ellos le pidiesen. Joshua no pudo contenerse y se levantó de su silla y la abrazó.

—Eres una auténtica joya Elana.

Ella, aprovechando el abrazo, acercó su boca al oído de su tío y en voz baja para que su tía no le oyese le susurró:

—Tío, me hiciste una promesa y tú nunca mientes. Empezamos mañana mismo.



A las cinco semanas de su salida del hospital se celebró el juicio. Las familias de los jóvenes que le habían agredido eran ricas e influyentes y contrataron a un caro abogado que argumentó que la chica había provocado a los dos jóvenes. Que en ningún momento ellos habían querido violarla aunque debido a lo que habían bebido se propasaron pegándole.

El juez había retrasado el juicio hasta que Elana pudiese acudir por su propio pie y el abogado consiguió posponerlo otro mes a partir de la salida del hospital. Durante ese tiempo Elana no acudió al colegio y se quedó en casa con sus tíos terminando de recuperarse.

Cuando se produjo la vista, la joven no presentaba ningún tipo de señal de la agresión, y al no haber constancia de agresiones sexuales, el juez disminuyó considerablemente la importancia de la agresión. Impuso como condena a los asaltantes una multa de trescientos mil *shekels* y seis meses de trabajos sociales. Además, para minimizar el impacto en la vida cotidiana de la joven, les ordenó que se cambiasen de colegio. A pesar de las demandas del fiscal y del abogado de Elana, el juez no aumento la pena, ni se hizo eco de sus peticiones.

Al día siguiente de finalizar el juicio, Elana volvió a acudir al colegio. No

dio ninguna explicación a ninguna de sus amigas y compañeros sobre lo que había vivido y aceptó sin recriminarles nada las múltiples disculpas que el director y los diferentes responsables de la escuela le prodigaron durante días.

Según ellos, era una deshonra para el centro y lamentaban profundamente lo ocurrido. Durante un par de meses se sintió vigilada por varios conserjes durante su estancia en el recinto, como si la quisieran proteger de que no le volviese a suceder lo mismo.

Por las tardes, mientras su tío no estaba el cuartel, sino en casa, empezó la formación de Elana en *Krav magá*. Al principio empezaron por técnicas básicas, pero los sorprendentes avances de la muchacha y su insistencia en aprender más y más hicieron que su tío le enseñase movimientos más avanzados. Él, cuando no estaba en alguna misión, era instructor militar de artes marciales en el cuartel y su formación iba más allá de los golpes, patadas, luxaciones y estrangulamientos. Su especialidad eran las técnicas de cuchillos, porras y armas improvisadas como botellas o piedras.

Después de cuatro meses de prácticas, empezó a ejercitarse con su sobrina en técnicas de combate en las que utilizaban bastones de madera de unos sesenta centímetros de longitud. Era un arma sencilla de conseguir o fabricar y muy utilizada en diferentes artes marciales, como el *Silat* o el *Aikido*.

En los comienzos, su tío le había transmitido sus conocimientos de *Krav magá* y cuando a la edad de dieciséis años, la alumna superó al maestro, le buscó a través de sus contactos, nuevos especialistas que le ayudasen a mejorar su técnica. Era una apasionada de todo tipo de disciplinas de combate, por lo que compaginó el *Krav magá* con el *Aikido* y con un arte de lucha del que inicialmente su tío no fue muy partidario: el *Pencak Silat*. Para él, dentro del combate cuerpo a cuerpo era el arte marcial que menos piedad tenía con el oponente y el que utilizaba técnicas más agresivas. No quería que su sobrina se lesionase.

A pesar del cariño profesado a su tío, decirle a Elana que no podía hacer algo, era sinónimo de que lo desease aún con más fuerza. Insistió repetidamente ante su tío que según su punto de vista, era el arte marcial donde más se practicaba el esquivar y contraatacar, y ambos aspectos eran los más apropiados para la constitución física de una mujer. Adicionalmente se usaban aquellos palos fáciles de manejar y de encontrar en cualquier parte, lo que les confería a ese tipo de enseñanzas un carácter sencillo y eficaz. *Pencak Silat* significa en indonesio: ataque eficaz. Al final su tío se rindió ante su petición y le buscó un profesor adecuado.

Joshua estaba impresionado con los increíbles avances de su sobrina. Llegó a la conclusión de que además del interés y la dedicación que se

autoimponía, su constitución corporal y su mente eran las apropiadas para el combate. El éxito de los deportistas de élite se debe en un veinte por ciento a su entrenamiento y en un ochenta por ciento a sus características físicas y mentales. El mismo caso de Elana, solo necesitaba la preparación adecuada para convertirse en un arma mortal. En cuanto su tío la empezó a entrenar, descubrió en ella una rapidez, una velocidad de reflejos y una capacidad de adivinar el siguiente movimiento de su contrincante y adelantarse a él que hacían de ella un enemigo temible. La fuerza frente a la velocidad, el conocimiento y la precisión, pasaba a un tercer lugar.

Al principio y debido a su tierna edad y su falta de preparación, no tenía fuerza en sus golpes. Cuando su tío le empezó a enseñar los puntos vulnerables del cuerpo humano, sus técnicas empezaron a ser más contundentes. Cuando puso aquellos palos en sus manos y transcurrieron un par de meses de formación continua, la tierna niña se convirtió en un peligroso adversario. Junto con el conocimiento en combate, vino el cambio mental: se volvió más dura y confiada en sí misma. Las pesadillas de los primeros días que en ningún momento había contado a sus tíos para no preocuparlos, desaparecieron progresivamente hasta llegar la paz y la tranquilidad. Solamente en casa y con su tía seguía siendo la niña tierna, dulce, adorable y delicada.



Llevaba dos años preparándose para aquella noche. Al día siguiente era la graduación de aquellos dos jóvenes. Su momento de gloria y un día para celebrar. Durante aquellos dos años había adquirido los conocimientos de artes marciales necesarios para enfrentarse a aquella situación. Durante meses los había seguido sin que nadie lo supiese. Conocía todas sus costumbres y hábitos. Qué hacían a la salida del colegio, dónde iban a tomar algo, cuál era el camino que recorrían y donde se detenían a tomar algo. Todos sus hábitos de cada día de la semana. Todos esos detalles los conocía mejor que ellos mismos. Sus actos reflejos, sus tics, su manera de andar, su manera de reaccionar frente a imprevistos, su forma de reír. TODO.

En aquella época del año todavía oscurecía temprano, lo que era ideal para lo que se proponía llevar a cabo. Esperaba en aquel callejón en penumbras con una cazadora con la capucha sobre la cabeza a que ellos apareciesen. A pesar de lo inhóspito de aquel lugar, era un atajo que utilizaban para llegar a sus casas. Juntos iban confiados y seguros, igual que cuando la atacaron dos años antes. Pero aquella noche..., iba a ser diferente.

Oyó las risas de los jóvenes que se acercaban y se arrimó a la pared de uno de las casas, para pasar desapercibida e identificar si iban solos o acompañados.

Afortunadamente para sus planes solo se encontraban en aquel oscuro lugar ellos tres.

Aguardó a que se internasen unos metros y entonces, fue a por ellos. Llevaba un palo en cada mano.

Al ver aquella sombra de la que no podían distinguir las facciones de su cara por llevarla oculta, los dos hombres se sobresaltaron. Por reflejo se separaron para posicionarse cada uno a uno de sus costados. Habían bebido varias cervezas, celebrando anticipadamente el día siguiente. Al ver que era una persona más delgada que ellos, en vez de amedrentarse, se envalentonaron.

—¡Estúpido ratero! ¡Largo de aquí! —exclamó el más alto.

—¡Vete antes de que te metamos cada uno de esos palos por el culo!

Sin pronunciar palabra, el encapuchado se abalanzó sobre ellos y empezó metódicamente a repartir golpes. Con precisión. Sin piedad.



—¿Elana? —le llamó por su nombre, mientras como cada tarde practicaban artes marciales en el patio interior de la casa.

—¿Dónde están tus palos de *Silat*?

—Me los han robado tío. Esta mañana he ido a la playa a practicar y después de un rato, me he lanzado al mar para refrescarme. Cuando he vuelto habían desaparecido. La ropa de deporte que llevaba también. He tenido que volver a casa en bañador. Pregúntale a la tía.

—Ya me lo ha contado.

—Por favor, ¿me regalarás otros? —pidió con aquella mirada tierna y aquella sonrisa a la que sus tíos eran incapaces de negar nada.

—Si Elana. Te regalaré otros.

—Gracias tío —y acercándose le dio un par de sonoros besos.

—Hoy he leído una noticia curiosa en el periódico... —dijo despacio.

—¿Cuál tío? —preguntó sin mostrar ningún tipo de curiosidad o interés.

—Hoy era el día de la graduación de los jóvenes que te agredieron hace dos años —al ver que ella no decía nada continuó—. Anoche los encontraron apaleados en un callejón con múltiples huesos rotos: clavículas, costillas, rodillas y codos. Estaban inconscientes y les habían grabado con un objeto punzante una enorme “E” en la mejilla derecha. Les quedará una horrible cicatriz de por vida.

—¿Debiera sentir piedad? O..., ¿lástima?

—No. Supongo que no.

" Un viejo amigo es mejor  
que dos nuevos amigos ".

***Proverbio hebreo***

## 10. Casinos

*Ereván, 10 de septiembre.*

—¡Vladimir! ¡Ven aquí y mira esto!

—¿Qué ocurre?

Las dos personas que hablaban, junto con una tercera sentada un poco más apartada de ellos, estaban en una habitación rodeada de instrumental de alta tecnología. Lo último en vigilancia de salas de casinos. Junto con otros dos individuos ausentes en aquellos momentos, formaban una curiosa banda. Eran los dueños de dos casinos en las afueras de Ereván, la capital de Armenia. Aquellos locales no eran los edificios por los cuales los turistas inicialmente se desplazaban a aquel país, pero habían surgido al amparo de los monumentos.

El origen de la capital se remonta al siglo VIII a.C., y su germen fue una fortaleza, por aquel entonces denominada Erebuni, una de las más importantes ciudades del reino de Urartu. A Armenia se le considera el primer país cristiano de la historia y su capital como muchas de las ciudades fundadas en aquella época en Oriente Próximo, estaba situada en un verdadero cruce de caminos. A lo largo de su historia fue motivo de disputa de numerosos reinos y civilizaciones: persas, partos, romanos y otomanos, hasta caer durante el siglo XX en manos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) de la que se independizó en el año 1991.

Después de la separación y tras la crisis sufrida a finales del siglo pasado, actualmente Ereván representa el renacer de la nueva Armenia, siendo una ciudad joven, en expansión, y con una de las mejores ofertas culturales de toda esa región caucásica.

Uno de los méritos de la ciudad ha sido conservar múltiples huellas de los distintos pueblos que a lo largo de su extensa existencia han recalado en ella. Aunque la primera impresión de los turistas al recorrer el camino que lleva del aeropuerto a la ciudad no es agradable. Dicho recorrido está plagado de casinos, discotecas, y sobre todo de locales de dudosa reputación, como en el que se encontraban aquellos tres personajes. La zona, era una especie de "Las Vegas" al estilo ruso.

Es necesario traspasarla para adentrarse en la capital y encontrarse con amplias avenidas de edificios históricos, monasterios, pequeñas tiendas y galerías de arte. La ciudad está tan imbuida de cultura que la UNESCO no dudó en declararla "*Capital Mundial del Libro*" durante el año 2012. En sus calles, al

contrario que en muchas capitales de países del Medio Oriente, prácticamente no se ve mendicidad.

A los individuos de la sala, la cultura y los libros, salvo que fuesen objetos de antigüedad valiosos, no les interesaba en absoluto. Formaban un curioso grupo de eficaces asesinos. Tres de ellos provenían de las fuerzas especiales de la inteligencia rusa: la temida *Spetsnaz*. Asignados desde hacía lustros a la capital de Armenia, cuando esta se separó de la URSS, decidieron desertar y quedarse en Ereván. Durante años utilizaron sus siniestras habilidades al servicio del mejor postor y cuando en aquella zona, empezaron a erigir locales de diversión nocturna, decidieron invertir todos sus ahorros en un casino.

Al principio de la construcción del moderno local que habían mandado diseñar tuvieron algunos problemas y fueron sabotados por los hombres de un par de gánsteres locales que pretendían hacerse con el monopolio de la zona.

Si en algo eran buenos, era en el arte del asesinato y de la muerte, por lo que después de liquidar a varios sicarios, a los cabecillas de aquellas bandas y a parte de sus familias dejando claro que no se iban a dejar amedrentar, nadie más se atrevió a molestarles.

Hacía cinco años, después de unirse a otros dos asesinos habían decidido construir un segundo casino. Los últimos integrantes del grupo habían sido durante gran parte de su vida terroristas, perteneciendo durante su última época en el oficio a ISIS. Al final, hartos de matar para otros por motivos políticos y religiosos habían decidido seguir asesinando, pero en su propio beneficio.

Una de las motivaciones principales que les había empujado a desertar, era el haber visto cómo sus líderes empujaban al resto de los miembros de la organización, sobre todo a los más recientes a inmolarsse, mientras ellos disfrutaban de los placeres terrenales derivados de sus diversas fuentes de financiación. Debido a su eficacia en los golpes que llevaban a cabo, su fama dentro de la organización iba creciendo y generando con ello la envidia de los mandatarios que se escondían detrás de ellos sin correr ningún riesgo.

Cada nueva misión que les asignaban era más peligrosa que la anterior. Decidieron de forma tácita que, si el Edén llevaba siglos esperándoles, podía aguardar unos años más para recibirlos. Su forma de vida no profetizaba que muriesen en la cama, por lo que su entrada en el Paraíso estaba asegurada. Así que en la última misión que les encargaron, simulaban su propio fallecimiento y abandonaron el país, empezando a trabajar de mercenarios.

Para un siniestro trabajo en Angola, les habían contratado tanto a ellos como a los rusos. Allí forjaron bajo complicadas circunstancias en las que se necesitaron mutuamente para sobrevivir, una amistad fruto del bien común. Cuando los rusos les propusieron unirse a ellos y trasladarse a Ereván, no lo

dudaron ni un instante.

Actualmente seguían realizando aquello para lo que habían sido entrenados: la tortura y la muerte. Tanto por el dinero, como por su insana afición al riesgo y al peligro aceptaban ser contratados como asesinos profesionales. Solo, si el encargo estaba lo suficientemente bien pagado como para merecer la pena.

Los beneficios obtenidos los invertían en mejorar y ampliar sus dos locales de juego y ya se estaban planteando la posibilidad de construir un tercero. El ley del 2009 de Vladimir Putin en la que se prohibían los casinos en Rusia, no había hecho más que aumentar el número de viajeros que desde aquel país se desplazaban regularmente a jugar a Armenia. Les encantaba poder disfrutar de unas manos de *Póker Ruso*, *Durak* o *Blackjack*.

A veces en privado, se preguntaban si les merecía la pena seguir aceptando aquel tipo de trabajos. Siempre llegaban a la misma conclusión: no solo lo hacían por dinero. Se divertían planificando aquellas muertes y demostrándose a sí mismos que todavía eran lo suficientemente buenos para permanecer en el mercado. Quizás más adelante se retirasen, pero aún..., no había llegado ese momento.

Vladimir siguiendo las indicaciones de su compañero se acercó a una de las pantallas que mostraban lo que ocurría en una zona del casino monitorizada por un par de cámaras.

—¿Qué ves? ¿Qué pasa Lukyan?

—¡Fíjate en la mesa 15!

—¡Están jugando al *Blackjack*! ¿Qué es lo que tengo que ver?

—¡Fíjate detenidamente en el jugador con camisa verde durante unos minutos!

Y haciendo caso a lo que decía su socio, observó cuidadosamente las siguientes manos del juego. Al *croupier* como repartía y al de la camisa verde como apostaba.

—¡La madre que lo parió! ¡Nos están robando!

—¡Efectivamente Vladimir!

—¿Qué habéis visto? —preguntó a su vez el tercer ocupante de la sala al ser captada su atención por el comportamiento de sus colegas.

—¡Ven! ¡Acércate Khalid! —exclamó Vladimir— Nuestro *croupier* de la mesa 15 está repartiéndole buenas cartas al jugador de la camisa verde. No hace que gane en todas las manos. Solo cada cuatro o cinco. Tampoco le da unas cartas como para hacer jugadas con las que conseguir mucho dinero y llamar la atención. Hace que se lleve unos *drams* y que ocupe un lugar insignificante entre los que han conseguido una buena jugada.

—De esta manera —le interrumpió Lukyan— he calculado que nos limpia aproximadamente trescientos mil *drams* a la semana. Es decir, unos quinientos dólares. Lo suficiente para repartirse un pico al mes, pero escaso para que nuestros vigilantes del casino los detecten.

—Y tú, ¿cómo lo has averiguado? —le preguntó Khalid.

—Ya sabes que tengo paciencia y que me gusta fijarme en este tipo de cosas. No me aburro contemplando nuestras mesas durante horas. De esta forma descubro comportamientos extraños y a tramposos que quieran llevarse nuestro dinero.

—¡Voy a pegarle un tiro! — exclamó con los ojos inyectados en sangre Khalid.

Apartándose de la pantalla, comenzó a dirigirse furibundo hacia la puerta de salida de la habitación. Era uno de los dos ex terroristas de ISIS. Tenía la sangre caliente y saltaba a la menor provocación. La mano férrea de Lukyan lo detuvo.

—¡Quieto! —le dijo despacio con voz autoritaria.

Lukyan, aunque nadie lo hubiese nombrado como tal, ni él tenía ningún interés en que fuese así, era de facto el líder del grupo. El que conseguía los mejores trabajos y el que los planificaba y diseñaba en detalle. Era cerebral y meticulado. Se tomaba el tiempo necesario para realizar las cosas con extremada precisión. Odiaba la improvisación y a los aficionados.

Cada uno de los componentes del grupo tenía una serie de características que hacían que fuesen complementarios y que funcionasen de manera sincronizada. En cierta manera trabajan de forma similar a un comando de fuerzas especiales. Cada uno era bueno en una determinada especialidad: logística, cuchillo, explosivos, arma corta o disparo a distancia.

—¿Cuánto tiempo llevas observándoles? —exclamó excitado Vladimir. Algo más bajo que Lukyan e igual de fornido provenía de la *Spetsnaz*. Había sido su compañero durante años y lo conocía mejor que nadie.

—Diez días.

—¿Nos llevan robando durante diez días y no has hecho nada? —gritó el enjuto Khalid.

—Quería estar seguro. Necesitaba conocer hasta el mínimo detalle el método que emplean. El aprender estas cosas nos sirve para conocer más trucos y estar prevenidos para las siguientes ocasiones. También quería saber si trabajaban ellos dos solos o si tenían más cómplices. Las prisas nunca han sido buenas consejeras. Para la quinta noche ya conocía el método y estaba seguro de que no tenían cómplices, pero los *drams* que nos han robado han merecido la pena. Sé dónde van cuando salen, que vehículos utilizan, donde viven sus

familias y por supuesto, que cuando nosotros queramos le pondremos fin y recuperaremos nuestro dinero. Esta noche, por ejemplo —finalizó con una cruel sonrisa.

—¿En qué has pensado? —preguntó Vladimir prestando mucha atención a sus siguientes palabras.



El hombre de la camisa verde decidió que ya había ganado suficiente dinero aquella noche. Una de las premisas dentro del trato que había hecho con el *croupier* estaba el no abusar de su estratagema. Lo principal de su forma de actuar, era no llamar la atención. Ambos sabían que sería fatal. A pesar de la falta de pruebas, los dueños del casino tenían fama de ser gente despiadada con la que uno no debía jugársela.

En el camino hacia su automóvil iba pensando que al fin y al cabo no resultaba tan difícil ganar un dinero extra. A pesar de toda la tecnología de que disponían, él y su pariente llevaban más de un mes engañando al casino.

La idea había sido de su primo Krikor. Una vez más, como siempre a lo largo de la historia del ser humano, la codicia había intervenido. Después de un par de años trabajando en el local y viendo pasar por sus manos miles de *drams* cada noche, se había convencido a sí mismo de que no era justo que él, que ayudaba a ganar todo ese dinero, tuviese que conformarse con un mísero sueldo.

Tras semanas de idear el mejor método para apropiarse de cierta cantidad sin que nadie se diese cuenta, llegó a la conclusión de que tener un cómplice al que de vez en cuando repartirle una mano ganadora era lo más sencillo. Y no una jugada donde se llevase una gran cantidad de dinero. Eso llamaría la atención de alguno de los múltiples vigilantes que paseaban por las salas y aunque tuviesen suerte y él no resultase sospechoso, el ganador quedaría marcado, no pudiendo volver a entrar sin que cada uno de sus movimientos fuese estrechamente observado.

No, el jugárselo todo a una mano era excesivamente arriesgado. Era mucho mejor, el endosarse una pequeña cantidad de dinero cada vez y quedar en tercera o cuarta posición para que todo el mundo se fijase en el que más dinero se había llevado y de esta forma pasar desapercibido.

Aunque al principio le había costado el dejarse convencer debido a lo peligrosos que eran en general los dueños de los casinos. Era de dominio público que aquellos locales estaban en manos de las mafias de la zona. Lo persuasivo que había sido su primo convenciéndole de que probase un par de noches para demostrarle que su método era totalmente seguro, había sido suficiente.

Sí, Krikor era un genio. Hasta había pensado en la forma en que debía

vestirse: de manera sencilla, con ropa nada llamativa y bastante usada. Sin ningún tipo de anillo, pulsera o collar que hiciesen que lo recordasen. Como aquella camisa verde que llevaba esa noche, con la que parecía un simple obrero de la construcción.

En todo ese mes y a base de pequeñas cantidades, habían conseguido juntar una cantidad superior a lo que ambos juntos tardaban en ganar en sus respectivos trabajos más de un año. Además, solo eran dos, con lo que era más fácil guardar el secreto, y pocos para repartirse las ganancias.

Con estos pensamientos en la cabeza llegó al lugar donde tenía su viejo coche aparcado. Siguiendo con la misma tónica, lo había dejado en un callejón a un par de manzanas del casino, donde nadie reparase en él.

Estaba sacando las llaves del bolsillo del pantalón, cuando oyó unos pasos a su espalda. Volvió el rostro en un acto reflejo, pero no le dio tiempo de ver nada. Notó un fuerte golpe en un lateral del cráneo y perdió el conocimiento. La oscuridad se apoderó de él.



A Krikor no le costó mucho darse cuenta de que algo no iba bien. Le dolía enormemente la cabeza. Se encontraba amordazado con una especie de saco que no le permitía ver nada y fuertemente atado de pies y manos. Estaba tirado en el suelo como si fuese un saco de patatas. Intentó escuchar algún sonido y pudo percibir los pasos de varias personas caminando alrededor suya. Por el ruido ambiental, se encontraban fuera de la ciudad, ya que no oía ningún tipo de sonido típico de las calles. Debía estar confundido por el golpe, pero le parecía percibir el fluir de un río, y el trino de unos pájaros. En esos momentos, sus captores le quitaron la capucha.

A un metro, junto a él, pudo contemplar a su primo en sus mismas condiciones, pero inmóvil. Se temió lo peor, hasta que también le quitaron aquel pequeño saco y le echaron un balde de agua fría por la cabeza. ¡Estaba vivo! Al recibir el impacto del líquido en su cara había abierto los ojos y recuperado la consciencia.

Su vista confirmó lo que su oído llevaba trasmitiéndole desde que se despertó. Sus cuerpos estaban tirados a la orilla de un río. En aquel tramo no parecía muy ancho, pero por la espuma que producía el movimiento de las aguas, si debía ser profundo. El estar allí y de aquella guisa, solo se podía deber a un siniestro motivo. Se fijó en sus captores. Le pareció reconocer a uno de ellos como uno de los dueños del casino. Así que era eso. Les habían descubierto. ¡Qué estúpidos habían sido!

—¡Hola Krikor! —le dijo uno de ellos quitándole la mordaza de la boca y

dándole una patada en la boca del estómago —¡A nosotros nadie nos roba!

—¡Perdón señor! ¡Perdón señor! Les devolveremos todo el dinero y trabajaremos gratis para ustedes ¡No nos maten! ¡Ambos tenemos mujer e hijos!

—¡No pensasteis en ellos cuando nos robasteis! ¡Quizás también los matemos para que se reúnan pronto con vosotros!

—¡No! ¡No! ¡Son inocentes! ¡Son inocentes!

—Hoy sí, pero si llevan vuestros genes, mañana serán unos miserables traidores. Eras un muerto de hambre, te enseñamos el oficio, te acogimos en nuestra casa y ¡así nos lo pagas! —exclamó Khalid mientras le seguía dando patadas y se iba exaltando cada vez más con cada nuevo golpe.

—¡Para! —le ordenó fríamente Lukyan.

Después pasando su mirada de uno a otro de los primos para captar su atención, les preguntó:

—¿Dónde está nuestro dinero?

Tardaron unos segundos en responder, mirándose el uno al otro, queriendo indicar con sus ojos que si hablaban eran hombres muertos. Pensaban que el dinero robado era su única vía de escape. La ilusión se desvaneció pronto.

—El dinero no nos importa mucho, pero es nuestro y no soportamos el que nos traicionen. Es malo para el negocio. Si nos decís lo que queremos saber, moriréis relativamente rápido y sin sufrir. Si no nos lo decís, os torturaremos y moriréis lentamente e iremos a aniquilar a vuestras familias.

—¿Cómo sabemos que decís la verdad? ¿Qué no iréis después a por nuestras familias? —preguntó llorando el primo de Krikor.

—No hay ninguna forma de que lo sepáis salvo fiándoos de mi palabra. De todas formas, la elección es vuestra.

—El dinero está en un armario de metal cerrado con un candado, situado en una esquina del garaje de mi casa donde guardo el coche —confesó atropelladamente entre sollozos.

—¿Cuántas personas más saben que nos estabais robando?

—¡Nadie! ¡Lo juro! ¡Nadie! —respondió chillando Krikor.

—De acuerdo. Echémoslos al fondo del río y volvamos al casino.

Khalid, les ató el cuello utilizando una sola cuerda con un nudo corredizo a cada extremo. Cada uno de ellos sería el contrapeso que haría que el otro se ahogase. Aunque intentaron debatirse, tal y como estaban atados, sus movimientos fueron del todo inútiles. Los tres asesinos, se repartieron el traslado de los cuerpos. Dos de ellos levantaron el cuerpo más pesado y Vladimir el más ligero. En un par de minutos los lanzaron al río, y contemplaron como se hundían. Aquel lugar era perfecto para desembarazarse de los estúpidos que se inmiscuían en sus negocios. El fondo de aquellas aguas podía dar fe de ello.



## 11. Nueva misión

*Haifa, 13 de septiembre.*

Estaba esperando sentada en un modesto banco de desgastada madera a que el coronel de su unidad terminase lo que estaba atendiendo y la recibiese. Le había comunicado que en cuanto llegase a la base se reuniese con él, pero no le había indicado cuando, por lo que teniendo en cuenta las condiciones y la intempestiva hora a la que había aterrizado la noche anterior, la joven no se había esmerado mucho en madrugar.

Al llegar, el soldado que hacía guardia en la puerta del despacho, le había indicado que el coronel estaba ocupado con una llamada del general Ghozlan y que había dado orden de que no se le interrumpiese. No sabía el tiempo que le iba a tomar y que o bien esperase allí mismo o en algún cercano lugar donde la pudieran localizar fácilmente.

No tenía prisa, ni nada mejor que hacer, por lo que cómodamente reclinada y relajada, entró en uno de esos escasos momentos de introspección y se puso a pensar en lo que había acontecido en su vida durante los últimos tiempos.

A pesar de que sus tíos y principalmente su tía se había opuesto firmemente a que entrase en el ejército, ella no se arrepentía. Behira hubiese querido que hiciese una carrera diferente a la de las armas: enfermera, maestra, u otra como decía ella más femenina. Pero conocía a su sobrina y enseguida se percató de que no tenía nada que hacer. Al cabo de un tiempo y viendo que a pesar de lo raro que le resultase a ella, Elana era feliz, se resignó a que su sobrina mantuviese aquel tipo de vida. Entre ellas nunca hablaban de su trabajo. Solo lo hacía con su tío y nunca en su presencia.

Le encantaba su oficio y era tremendamente eficaz en su ejecución. Dotada de una inteligencia poco común, su cerebro reaccionaba eficientemente ante situaciones de riesgo y peligro. No sentía miedo. También era una excelente analista de información y una buena interrogadora. Le encantaban tanto las misiones de combate, como las de infiltración. Sus superiores siempre sabían que podían contar con ella. Solo tenía una debilidad: Arisbeth y sus tíos. Los adoraba y era con los únicos que se mostraba dulce y cariñosa. Solo ellos conocían su manera de ser más íntima y emotiva.

Dentro del ejército, principalmente en sus primeros tiempos por su obsesiva manera de comportarse queriendo ser la mejor y gracias a su demostrada eficiencia, había subido rápidamente en el escalafón, siendo la mujer

más joven en alcanzar el título de capitán. Eso y la protección y apoyo recibidos tanto por su tío como por la persona que estaba al mando del cuartel y al otro lado de aquella puerta: el coronel Yeudiel.

Desde que había recalado bajo su mando, había sido su protector, recomendándola continuamente para el siguiente ascenso, sin que por ello le eximiese de las misiones más peligrosas y arriesgadas. Era demasiado honesto y amante fiel de su país.

Probablemente fuese para él, la hija que hacía unos años había perdido junto a su mujer, cuando se complicó su parto y ambas fallecieron. Para el coronel era un reflejo en femenino de sí mismo. Una persona que no se andaba con tonterías a la hora de realizar su trabajo y que tenía ganado el respeto de todos sus compañeros y las personas a su cargo.

En esos momentos, la puerta se abrió dejando ver a un hombre alto y atlético de algo más de cincuenta años. En su pelo moreno habían aparecido canas y en su rostro pequeñas arrugas, pero su porte seguía siendo marcial y con solo verlo infundía respeto. A pesar de tener que pasar gran parte del tiempo en su despacho, todas las mañanas madrugaba y hacía dos horas de ejercicio que le servían para disfrutar y continuar en forma. De vez en cuando le gustaba mantener algún combate de *Judo* de corta duración para probarse a sí mismo. Estaba constatado por sus oponentes que seguía siendo difícil vencerle.

—Hola capitán —le saludó formalmente delante del guarda de la puerta.

—Hola coronel —le respondió en el mismo tono respetuoso Elana.

—Pase por favor, tenemos varias cosas importantes de las que hablar.

—Sí señor.

Mientras él se dirigía con paso firme hacia su escritorio, detrás del que se sentó, Elana cerró la puerta y le siguió. El despacho, de un tamaño amplio, estaba amueblado de manera sencilla. En una esquina la mesa que le servía de escritorio donde se podía ver un portátil encendido, tres sillas para que se sentasen los que venían a departir con él y dos grandes estanterías, llenas de libros. En el otro extremo, una amplia mesa en la que podían sentarse cómodamente unas diez personas. Allí era donde se mantenían las reuniones semanales entre los oficiales de más alto rango del cuartel. Un par de armarios con las puertas cerradas donde guardaba la información más confidencial y un cuadro grande del primer ministro actual presidiendo la sala, componían el resto del mobiliario. Todo ello de madera de cedro originaria de aquella región y de estilo tradicional. Objetos sencillos, robustos e inmutables con el tiempo.

—Siéntate por favor —le pidió en un tono más coloquial que el empleado delante del guardia—. ¿Te apetece un café, un té o un poco de agua?

—No gracias, coronel. Vengo de casa de mis tíos donde he desayunado

estupendamente.

—Seguro. Tu tía hace unos postres para chuparse los dedos.

Lo decía con conocimiento de causa. A petición de Behira, pensando la buena mujer que debía tener contentos a sus compañeros y jefes, por su cumpleaños, más de una vez les había llevado bandejas de dulces.

—¿Me puedes contar los detalles de tú última misión?

—Ahora mismo me dirigía a redactar el informe.

—Ya lo leeré, pero prefiero que me hagas un breve resumen.

—Tal y como me ordenó hace unas semanas, seguí el rastro de las armas de última generación que nos habían robado. Las habían sustraído los hombres del turco Osman, y se las habían vendido a una mafia búlgara liderada por los hermanos Nitchev. A su vez, éstos se las habían vendido a unos mercenarios que operaban en el norte de África. Tardé más de lo previsto en seguirles la pista y para obtener toda esta información tuve que recorrer varios países, hasta que por fin las recuperé hace unos diez días en Marruecos. Después volví tras mis pasos y hará tres noches me infiltré en la guarida de Osman, donde apoyada por mis hombres, lo secuestramos. Si todavía no lo habéis trasladado, seguirá en los calabozos de este cuartel, siendo interrogado. Ha estado operando durante años contra los intereses de varios países, principalmente del nuestro, en su beneficio propio.

—Gracias a ti, se le acabó la buena vida. Se pudrirá en una de nuestras prisiones o en la de un país que nos solicite su expatriación. No quisiera estar en su pellejo. Comparada con alguna de las naciones que se han puesto en contacto con nosotros, su cárcel actual es más parecida a un hotel de cinco estrellas.

—Es un auténtico cerdo. Trata de muchachas, drogas, tráfico de armas, no hay nada lo suficientemente ruin en lo que no esté metido. A mí me quería vender a alguno de sus clientes para satisfacer sus deseos carnales. Por supuesto, después de *catarme* adecuadamente

—¡Pues se equivocó de presa!

—Bastante...

—Por cierto, he oído que lo descolgaste con una cuerda haciendo dos de sus hombres de contrapeso y que le has destrozado la pierna. ¿No se te ocurrió otro método?

—Ninguno tan rápido, ni eficaz —respondió resueltamente mientras sus ojos refulgían de satisfacción recordando el momento—. Teníamos poco tiempo para realizar la operación y largarnos de allí deprisa.

—Ya... —repuso el coronel en un tono que dejaba claro que no se había tragado su explicación.

—¿Qué nos ha contado de interés?

—Todavía nada. No tiene ganas de hablar, pero no tardará en hacerlo. Si no, emplearemos otros métodos.

—¿Quiere que me encargue yo? Aún le queda una pierna sana —Y aquel brillo especial que aquel hombre conocía tan bien apareció de nuevo en sus ojos.

—No, gracias. Necesito que realices una nueva misión fuera de Israel —le dijo observando detenidamente su siguiente reacción.

—¡Y yo que esperaba que me iba a dar un par de semanas de descanso después de mi última misión...! Bueno, más que yo, los que verdaderamente lo pensaban eran mis tíos. Les hacía ilusión que nos tomásemos unos días de vacaciones y nos fuésemos en coche a visitar un par de ciudades playeras del sur del país. Quizás..., incluso viajar a Chipre.

—Lo siento. De verdad te has ganado a pulso ese descanso, pero me ha llamado hace unos minutos, el general Ghozlan y me ha dicho que es necesario que la persona al cargo sea uno de nuestros oficiales y que tenga por lo menos el rango de capitán.

—Podría encargarse Jared.

—Me temo que ahora mismo no. Está en la enfermería.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Ha resultado herido en alguna misión?

—No. Ha sido Arisbeth.

—¿Quéeee? —y cayendo en la cuenta de algo que le vino a la cabeza añadió— ¡Mierda!

—Eso mismo dije yo.

—¿Cómo ha sido?

—Arisbeth estaba hace unos días bebiendo en la cantina cuando se le acercó Jared. No podía haber elegido peor momento. Ya sabes que a ella no le sienta demasiado bien el alcohol. Se había tomado unas copas de más, debido a lo enfadada que estaba contigo porque no te la habías llevado a tu última misión. Jared también estaba bastante bebido y ya sabes que lleva tiempo detrás de ti y de Arisbeth. Al impertinente de él le gusta mantener su fama de galán y sois de las pocas en el cuartel que se le resistís.

—¡Estúpido!

—Se aproximó a donde estaba sentada y le dijo que ahora que la habías abandonado podía dejar de ser lesbiana y probar a que sabían los hombres. Que lo mejor era que empezase con él, que tenía sobrada experiencia.

—¡Imbécil!

—Dicen algunos soldados que estaban presentes que Arisbeth aguantó hasta que el muy idiota dijo en voz alta y llamando la atención de los que allí se encontraban que era una lesbiana estúpida, una ramera barata de la cual tú eras su única cliente. Entonces tu hermana se levantó y se fue de cabeza a por él.

Fueron necesarios cuatro hombres para sujetarla y a pesar de ellos, le dejó un ojo morado, le partió un labio y le rompió una costilla. Tardará un par de días más en salir de la enfermería. Ya sabes lo rencoroso que es y lo influyente que es su familia. Se ha ganado un enemigo peligroso.

—Coronel, hable con él seriamente y dígame que se olvide del asunto. Si no será él, el que se gane dos enemigas muy, muy peligrosas. Y le aseguro que no nos importa nada su familia.

El coronel vio como la mirada de Elana cambiaba, se había vuelto fría, feroz y asesina. Apretaba los puños en un esfuerzo por contenerse delante de él. Conocía de sobra esa mirada. La había visto en las innumerables misiones en las que ella había estado bajo su mando, segundos antes de lanzarse sobre el enemigo. Probablemente estaba pensando en ir a la enfermería y aumentar los días de permanencia de Aaron en aquel lugar.

Sin embargo, Elana sabía que en esos momentos debía permanecer tranquila. Si quería interceder por Arisbeth, tenía que mantener la calma. Una vez más, su cerebro imperaba sobre sus emociones.

—Jared quería denunciarla por agresión a un superior, pero ninguno de los testigos ha estado dispuesto a declarar a favor suya. De todas maneras, para tranquilizarlo he tenido que condenar al calabozo a Arisbeth durante dos semanas.

—Solo se defendió de la agresión del capitán —repuso con voz tranquila.

—¡La agresión fue verbal! ¡Tenía que haberse controlado!

—No le quito la razón mi coronel —repuso sin alterarse—, pero ya sabe cómo reacciona cuando la llaman ramera. Y el capitán también. La provocó queriendo.

—Bueno, dejemos el asunto. El caso es que eres la oficial de más rango disponible en estos momentos. Te encargarás de la misión —aseveró el coronel sin dejar ningún resquicio a la negativa.

—¿En qué consiste?

—Tenéis que proteger a uno de nuestros equipos diplomáticos en un viaje para cerrar acuerdos comerciales favorables a nuestro país.

—¡Pero señor...! —exclamó Elana con un gesto en el rostro que lo decía todo— ¡Nosotros somos comandos especiales! No las niñeras de unos diplomáticos. Ese trabajo hay mucha otra gente que puede hacerlo.

—Lo sé —repuso el coronel bajando levemente el rostro en un rictus que indicaba claramente que a pesar de sus órdenes estaba totalmente de acuerdo con aquella joven—, pero no sé por qué motivo, quieren que seamos nosotros. El general no me lo ha explicado. Tenemos que dedicar cuatro efectivos para protegerlos. Tú estarás al mando. Puedes elegir a los otros tres. No debiera ser

una misión de riesgo. En unos diez días estarás de vuelta y podrás disfrutar de esas tres semanas de descanso que hace tiempo te has ganado.

—¿Señor?

—¿Sí capitana?

—Jamás una misión que usted me haya encomendado ha resultado ser fácil —dijo con una voz tranquila, dejando que el peso de sus palabras calase en aquel hombre—. Dudo que vayamos a empezar con esta.

—¡Mira que eres una funesta agorera! Esta misión no es tras las líneas enemigas. Te juego trescientos *shekels* a que no tienes ningún incidente.

—Le acepto la apuesta. Es algo menos de ochenta y cinco dólares, pero con mi sueldo, es mucho dinero para despreciar la oportunidad que me brinda. ¿Cuándo salimos?

—Esta misma tarde. Os cogéis un vehículo y conducís con destino a Tel Aviv —respondió con un timbre de voz más seco al que estaba utilizando hasta ese momento.

Al coronel no le había hecho ninguna gracia que la apuesta que él había planteado como una broma que confiaba que iba a pasar de largo, se formalizase. Tampoco la referencia al escaso salario. Cada año más de diez mil jóvenes israelíes se fugaban cuando estaban prestando el servicio militar obligatorio debido al bajo sueldo que percibían. Se estaba convirtiendo en un problema importante. No era el caso de Elana, que como capitana, miembro de los *Sayeret Matkal*, y especialista en misiones de alto riesgo por las que cobraba complementos importantes, percibía un salario nada despreciable.

—Cuando llegues, te presentas ante el general y él te transmitirá el resto de las órdenes. Me ha dicho que no llevéis ningún tipo de armamento o equipaje. Allí se encargarán de suministraros todo lo necesario.

—Me llevo a Arisbeth. Puede cumplir el resto de su pena durante la misión. Estará fuera del país y aislada. Es como si fuera una especie de arresto domiciliario —viendo como el coronel dudaba añadió—. Señor, me están empezando a doler las tripas. Habrá sido el agua turca. Si no me permite llevarme a Arisbeth para que se preocupe de mí y me cuide, creo que caeré inmediatamente enferma y tendré que acompañar a Jared en la enfermería.

—Elana, no te he visto enferma nunca —dijo con voz sarcástica el coronel mientras la miraba fijamente con un ojo cerrado escépticamente.

—Siempre hay una primera vez —repuso con una sonrisa Elana— Además —añadió viendo que el coronel no se había negado enérgicamente—, si acepta, me llevaré también a los dos primeros soldados que estén pendientes de realizar su primera misión de campo.

Con aquellas palabras, sabía que estaba jugando sucio tocando una fibra

sensible del corazón del coronel. Las misiones de los *Sayeret Matkal*, eran peligrosas y los comandos eran grupos muy cerrados, por lo que solían pasar meses antes de que alguien que hubiera superados las pruebas de admisión dentro del cuartel y estuviese en la lista de espera, fuese admitido en un grupo para realizar su primera operación real.

—Usted decide coronel. Me empieza a molestar terriblemente el estómago. Salgo hacia la enfermería a saludar efusivamente a Jared —sentenció dándole un doble sentido a su expresión—, o..., a liberar a Arisbeth y organizar esa misión.

—Eres una tramposa —dijo con una sonrisa en su boca que quitaba dureza a sus palabras mientras cogía un papel y redactaba la orden de liberación de Arisbeth.

—Lo sé coronel, pero usted me lo consiente.

—Otra cosa.

—Diga señor.

—Controla a esa chica o te meterá en más problemas —le aconsejó con voz más seria.

—Lo intento señor, lo intento. Pero usted sabe por lo que ha pasado y lo fácil que salta ante cualquier provocación.

## 12. Esclava

### *Incursión de rescate, 5 años antes.*

Al principio les pareció una misión más, peligrosa, pero no más que el resto de los trabajos que hacían. No se enviaba a los *Sayeret Matkal* a nada que pudiesen hacer otros. Habían recibido información de que un grupo de fanáticos palestinos de la *Franja de Gaza* tenían secuestrados a varios judíos desde hacía unas semanas y que por algún extraño motivo no habían pedido ningún tipo de rescate.

Enviaron para liberarlos a dos grupos en un par de helicópteros *Black Hawk* de transporte, con dos *Gatling M35* de calibre 7,62x51 con una cadencia regulable de tres mil a seis mil balas por minuto. A estas ametralladoras se les denomina el *Dedo del Diablo*, porque allí donde impactan siembran destrucción. Por aquel entonces, Elana era todavía sargento y la tercera al mando en el comando detrás de un capitán y un teniente. Según la planificación acordada, llegarían al amanecer. Las aeronaves darían un par de vueltas para eliminar cualquier amenaza tierra-aire, como puestos de cañones antiaéreos o similares. Uno de los helicópteros aterrizaría llevando los dos grupos de asalto y el otro se quedaría en el aire cubriendo la zona. Su informante no había sabido precisar el número de enemigos que se iban a encontrar en tierra.

El primer grupo era responsable de realizar el ataque principal y eliminar la resistencia armada con que se encontrasen. El segundo grupo, en el que iba Elana, tenía como misión cubrir la retaguardia del primero y neutralizar cualquier amenaza que hubiese quedado a sus espaldas.

Habían salido del cuartel de Netivot al sur de Israel, a las cinco de la mañana. Todavía en penumbra, en media hora habían cubierto la distancia al objetivo sin ningún tipo de incidente. Tal y como estaba previsto, las condiciones meteorológicas eran favorables. Empezaba a amanecer y los primeros rayos de sol despuntaban tímidamente al alba. El cielo iba a estar despejado.

—¿Capitán? —preguntó el piloto del helicóptero que iba en cabeza reclamando la atención del más alto cargo al mando de aquella fuerza de ataque.

—¿Sí *Caza1*?

—Según los dispositivos de medida del helicóptero, llegaremos en unos diez minutos.

—¡Gracias *Caza1*! —y dirigiéndose a sus hombres ordenó—. En diez

minutos saltaremos del aparato. Comprueben una vez más su equipamiento. El grupo uno saltará conmigo en cuanto estemos a un metro del suelo y nos dirigiremos a toda velocidad hacia el poblado. El grupo dos esperará cinco segundos, analizando cualquier tipo de reacción que se produzca. Después nos seguirán cubriendo nuestras espaldas. Iremos casa por casa, haciendo prisioneros.

—Si señor —asintieron al unísono sus hombres, confirmando que todos habían entendido las instrucciones.

—¡Magen10! ¡Magen11!

—¿Señor? —preguntaron con voz firme los aludidos. Eran los francotiradores del equipo de asalto, con un porcentaje de eficacia en misiones anteriores del noventa y ocho por ciento de objetivos alcanzados.

—En cuanto estéis en tierra buscad dos lugares altos y alejados entre sí para cubrirnos. Elimina a cualquier sospechoso. No quiero correr riesgos.

—Sí señor.

Tal y como el piloto había predicho, en diez minutos llegaron a la ubicación que era su objetivo. Desde el aire, los integrantes del comando situados en los laterales que disponían de más campo visual pudieron observar que aquello era poco más que una aldea con unas veinte cabañas de madera situada en una aislada colina. Algunas estaban semienterradas en la tierra para ser más difícil su visualización desde el aire. Si los pilotos no hubiesen dispuesto de las coordenadas GPS de aquel lugar, su búsqueda hubiera sido muy complicada. El informador que había arriesgado su vida para localizar aquel poblado les había suministrado la ubicación exacta.

Como estaba planeado, dieron un par de vueltas alrededor de la aldea, y al no visualizar amenazas el helicóptero de cabeza procedió a descender. Como un mecanismo de relojería de alta precisión, al estar a una distancia de un metro del suelo, el primer grupo saltó a tierra y comenzaron a moverse a toda velocidad. Los dos francotiradores habían aprovechado el tiempo de sobrevolar la aldea para fijar las posiciones donde se iban a situar, uno al este y otro al oeste, de espaldas al sol, para que no les molestase y en cambio dificultase a sus enemigos el poder localizarlos.

El resto del comando con el capitán al frente se abrieron en abanico y se fueron acercando a las chozas. Todo había transcurrido a tanta velocidad y era tan temprano que nadie se había percatado de que estaban siendo atacados. Conforme el cuerpo de asalto se fue acercando a las primeras viviendas, los perros que utilizaban para hacer guardia empezaron a ladrar, advirtiendo de la presencia de personas ajenas al poblado.

Tal y como había ordenado el capitán, el segundo grupo abandonó el

helicóptero y abriendo un segundo abanico se dispusieron a proteger a la avanzadilla.

Debido a la escandalera generada por los perros, los primeros lugareños empezaron a salir de sus casas encontrándose con sus enemigos armados con rifles de asalto de última generación apuntándoles a la cara y ordenándoles por gestos que guardasen silencio. A pesar de estar encañonados, algunos de aquellos fanáticos comenzaron a chillar para avisar al resto de sus camaradas. Incluso un par de ellos se abalanzaron en un acto suicida blandiendo los puñales que portaban contra miembros del comando. Los israelitas no corrieron riesgos y los abatieron.

—¡Rendiros! ¡Rendiros! —ordenó el capitán en árabe a los indecisos y mirando al resto de sus hombres les arengó— ¡Rápido! Por parejas recorred estas chabolas y llevad a todos sus ocupantes al centro del pueblo. Ordenadles que se rindan, pero no os esponzáis, ante cualquier duda disparad a matar.

Con todo tipo de precauciones, los miembros del primer grupo fueron recorriendo las chozas y desocupándolas. Solo en un par de ocasiones se oyeron disparos. Los componentes de la segunda formación se desplegaron en círculo en el centro del pueblo; mirando la mitad de sus componentes hacia el interior y la otra mitad hacia el exterior, cubriendo a los prisioneros que sus compañeros iban introduciendo en aquel anillo, separando a los hombres en un grupo y a las mujeres, niños y ancianos en otro. Fuera del círculo habían amontonado las armas que habían ido encontrado. Pistolas *Tokarev* y rifles *AK47* principalmente.

Elana en una de las posiciones interiores del círculo, miraba a aquellos seres, enemigos desde tiempo inmemorial de su pueblo. Sus miradas destilaban odio, que en la mayoría de los casos era correspondido por el brillo de los ojos de los hombres a su mando. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

En esos momentos, el primero de los grupos de asalto llegó a una edificación más amplia y de un material más robusto que las anteriores. Se encontraron con que las puertas que daban acceso a las mismas estaban reforzadas y cerradas por candados. El capitán desenfundó su pistola y descerrajó un par de tiros sobre el primer cerrojo, que saltó por el impacto, después continuó con el resto hasta tener acceso al interior.

Con dos hombres a cada lado del marco de la puerta cubriéndole con rifles de asalto y dispuestos a disparar al menor movimiento extraño, apuntó con su pistola al interior y con toda la precaución del mundo comenzó a introducirse en aquel local. No tenía ninguna ventana, ni ningún agujero hacia el exterior por donde se filtrase la luz. Olía a cerrado, sudor y excrementos humanos. Podía percibir al fondo de aquella habitación que medía unos cuatro metros de ancho por unos seis de longitud, movimiento de gente apelmazada.

Sin dejar de apuntar con la derecha, metió su mano izquierda en su uniforme de combate y extrajo una linterna de bolsillo con la que iluminó el fondo de la estancia. Quedó desolado. Una veintena de hombres y mujeres le observaban con un miedo irracional.

—Hola hermanos. Tranquilos. Hemos venido a liberaros —dijo en un tono de voz sosegado queriendo alejar sus temores. Enfundó de nuevo su pistola y levantó la mano en señal de paz —. Por favor ir saliendo. No os pasará nada. Sois libres.

Los soldados que cubrían la puerta, se quitaron los rifles del rostro y con gestos con los que querían infundirles calma, les animaron a abandonar aquella inmunda prisión.

En un primer momento nadie se movió, pero viendo que ninguno de aquellos hombres armados les chillaba, ni les obligaba a hacer nada por la fuerza, una mujer fue la que dio los primeros pasos hacia la libertad. Al ver como los soldados le daban la mano acompañándola hacia el exterior y escuchar las palabras de ánimo en hebreo que les seguían trasladando, el resto se puso en movimiento. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la luz del sol, pudieron ver en los uniformes de los soldados la bandera de Israel. También el círculo donde sus captores estaban prisioneros.

—Gracias, gracias —exclamaron la mayoría con un torrente de lágrimas surcando sus mejillas.

Los soldados, continuando con palabras de ánimo formaron un pasillo por donde las personas liberadas fueron conducidas hasta el primero de los helicópteros que se encontraba con las aspas en movimiento pero posado en el suelo.

De repente, uno de los dos miembros de una pareja de soldados a la que el capitán había encargado explorar los límites del pueblo, llegó con el rostro congestionado a donde se encontraban todos sus compañeros.

—¡Capitán! ¡Sargento! —exclamó con un tono de voz extraño dirigiendo sus miradas más sobre Elana— por favor vengan conmigo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a su vez el capitán.

—¡Señor! ¡Es mejor que lo vea usted con sus propios ojos! —respondió el soldado.

—¡Vamos! —ordenó mirando a Elana y poniéndose en movimiento en la dirección por la que había venido aquel hombre— ¡Teniente! ¡Queda usted al cargo de estos hombres!

—¡Si señor! ¡A sus órdenes! —repuso el segundo en el mando.

Con el mismo paso ágil que su capitán, Elana le siguió. En un par de minutos llegaron a una miserable edificación, con una estructura similar a la que

había servido de cárcel a sus compatriotas, pero de mucho menor tamaño. Una superficie rectangular de unos tres por dos metros de lado. El candado de la puerta había volado de un disparo y vigilando la entrada se encontraba el otro integrante de la pareja exploradora. Cuando su compañero, acompañado de los dos oficiales llegó a su lado, se hizo a un lado alumbrando el interior con su linterna. El capitán asomó el rostro y echó un vistazo.

En la esquina más alejada de la entrada, en cuclillas y encogida sobre si misma se encontraba una joven. Llevaba puesta una túnica rota en innumerables zonas, que dejaba ver más de lo que tapaba. Debajo de la misma, la joven estaba totalmente desnuda y se apreciaba en diferentes partes de su anatomía moratones y magulladuras. Llevaba una larga melena negra con el pelo enredado, desaliñado y sucio. Tenía pinta de tener piojos.

Cuando el capitán dio un paso en el interior de la pequeña habitación, la joven se le encaró, estiró las manos enseñando las uñas y gruñó.

—Muchacha. No venimos a hacerte daño. Todo lo contrario. Queremos liberarte —dijo con voz calmada el capitán intentando trasmitirle tranquilidad.

La joven respondió poniéndose en pie y adelantó las manos como si fuesen garras y haciendo ademán de abalanzarse sobre el capitán. Este retrocedió para no provocar el enfrentamiento. Al ver que se alejaba, la joven volvió a la esquina y se puso en cuclillas de nuevo. De vez en cuando les lanzaba miradas de profundo odio. Elana analizó su comportamiento desde el exterior.

—Capitán, déjeme a mí —pidió con una voz tensa.

Ante los atónitos ojos de su superior y los dos soldados que le acompañaban comenzó a desvestirse.

—¡Qué diablos...! —exclamó el que los había llevado hasta allí.

—¡Apartaros de la puerta! ¿Qué no os vea! —ordenó ella en voz baja.

Se desprendió rápidamente del casco, del chaleco antibalas, de las armas, y de las botas hasta quedarse en ropa interior y descalza. Llevaba una braga y un sujetador de estilo deportivo de color carne y ceñidos al cuerpo, por lo que con la mala luz del interior de la habitación, mostraba la apariencia de estar desnuda. Los hombres se quedaron sin respiración y si no hubiese sido por lo extraño de la situación habrían disfrutado de la visión del espectacular cuerpo de Elana.

—¡Fuera! —repitió ella en voz baja.

—¡Elana! ¡No tenemos tiempo! ¡Estamos retrasando la operación y poniéndonos todos en peligro!

—¡Diez minutos capitán! ¡Deme solo diez minutos! —suplicó.

—Diez minutos —dijo mirando su reloj de combate—. En diez minutos volveremos y os llevaremos a las dos a la fuerza u os abandonaremos aquí.

Sin responder y dándole la espalda, Elana se puso en cuclillas y avanzó

despacio hacia la chica hasta colocarse a su lado. La joven sorprendida por su comportamiento, no la atacó y le dejó acercarse. Elana levantó despacio su mano y se la tendió en señal de paz y amistad.

—Amiga —le dijo en voz suave.

Durante unos segundos, ninguna de las dos realizó ningún movimiento. Después, la joven maltratada cogió con su mano aquella que Elana le tendía. Ambas se miraron a los ojos. Los ojos negros y profundos de Elana, analizaron en detalle aquellos ojos marrones. A pesar de estar enmarcados por aquella sucia cara, eran grandes, rasgados y hermosos. Mostraban muchas emociones: furia, odio, energía, rebeldía y nada, nada de miedo. Con mucha delicadeza, le apartó el maltrecho pelo de la cara y la miró con detenimiento.

Algo se removi6 intensamente en el interior del coraz6n de la sargento. Había participado en m6s incursiones de aquel tipo y no era la primera en la que encontraban a muchachas que habían sido violadas, pero mirando aquel rostro, le pareció verse a sí misma reflejada en un espejo. Ambas, frente a frente y con las manos unidas permanecieron un par de minutos inm6viles contemplándose.

—¿C6mo te llamas? —le pregunt6 Elana.

—Ramera judía —respondió ella, con una voz gutural.

Le costaba pronunciar aquellas palabras y la soldado dedujo que debía llevar mucho tiempo encerrada y aislada. La carencia de conversar con alguien había llevado a ese estado su voz.

“Malditos cobardes” —pens6 enfurecida— “lleva tanto tiempo aislada y sin hablar que tiene las cuerdas vocales agarrotadas. La falta de interacci6n con otro ser humano salvo estos malnacidos, le ha llevado a olvidarse de su nombre y solo es capaz de repetir el insulto con el que se dirigen a ella”

—Soy tu amiga y he venido a ayudarte. Te prometo que nunca m6s abusar6n de ti. Nunca m6s te golpear6n. Nunca m6s te tocar6n. ¿Ves esa luz? —le pregunt6 despacio señalando el exterior—. Conduce a tu libertad. Acompañame. Soy tu amiga. Confía en mí. Yo te guiaré y te cuidaré.

Suavemente la impuls6 con su brazo a ponerse de pie a la vez que ella. Se alegr6 enormemente cuando no opuso resistencia. Despacio, paso a paso se dirigieron a la puerta.

—Cierra los ojos hasta que se acostumbren a la luz del sol. No tardar6n mucho. Soy tu amiga. Yo te guiaré.

La joven no cerr6 los ojos del todo, pero al menos lo hizo parcialmente. Con unos pasos vacilantes abandonaron aquella habitaci6n que había sido m6s que una c6rcel. Continuaron juntas de la mano y despacio se acercaron al c6rculo donde estaban todos reunidos. A pesar de que el capit6n ya había advertido al resto de sus hombres, aquellos duros soldados contemplaron con diferentes

emociones a la extraña pareja que se acercaba. Unos con sorpresa, otros con furia por el estado de la joven, otros con admiración hacia su sargento y otros empuñaron sus rifles con odio dirigiéndolos hacia sus prisioneros.

A los cabecillas del poblado les habían atado sus pies y manos con bridas de plástico, colocando las extremidades a la espalda. Los habían puesto de rodillas y apartados de las mujeres, niños y ancianos.

Elana sin soltar su mano izquierda de la de ella, que seguía sus pasos dócilmente mirando en todas direcciones, se dirigió resueltamente hacia el que parecía ser el líder de la aldea.

—¿Qué le habéis hecho a esta chica? —le preguntó con voz gélida mientras acercaba su rostro al de él y sus ojos lo traladaban.

El otro viendo a aquella mujer semidesnuda, no se dejó amedrentar. Su machismo, odio hacia los hebreos, y su intención de dar ejemplo al resto, imperó sobre el estado de indefensión en que se encontraba.

—Rameras judías —chilló mientras escupía a la cara de la sargento.

En un movimiento tan veloz que el soldado que estaba a su lado no pudo seguir, le arrebató la pistola y le pegó un tiro entre los ojos al que le había escupido. Acto seguido se situó encarándose al siguiente hombre de la fila y muy despacio le puso la pistola en la frente y la amartilló.

—¿Qué le habéis hecho a esta chica? —preguntó de nuevo con el mismo tono: letal, frío, duro, sin emociones.

Ni el capitán, ni ninguno de los soldados a su lado intervinieron. En parte por la resolución de Elana, en parte por el odio que sentían hacia aquellos enemigos de su patria y en parte por lo que presentían que le habían hecho a la muchacha que agarraba firmemente la mano de su compañera.

—La hicimos prisionera hace cuatro años —respondió el hombre aterrado con la cara llena de la sangre salpicada por el muerto a su lado y viendo como terminaba de desangrarse— desde entonces ha sido nuestra esclava sexual. Una vez a la semana, eligiendo un día al azar para que no se lo esperase, nuestras mujeres la lavaban y los hombres del pueblo satisfacíamos nuestros deseos con ella. Siempre se resistió y nunca ha habido forma de doblegarla, por eso nos sigue gustando. Su rebeldía hace más interesante el someterla.

Elana le descerrajó un tiro en la frente y continuó disparando a los siguientes de la fila.

—Tres y cuatro. Uno por cada año —exclamó deteniéndose por unos segundos. Girando la cabeza con decisión hacia la chica, a la que en ningún momento había soltado, le preguntó— ¿Sigo?

—¡Elana! ¡Deténte! —le ordenó el capitán a voz en grito— ¡Son prisioneros y están desarmados!

—¡Ella también lo estaba!

—¡Necesitamos interrogarlos! —exclamó en árabe mientras se acercaba apresuradamente a ella.

—¿Cuántos son suficientes capitán? —le preguntó en el mismo idioma mientras apuntaba al siguiente.

—¡Elanaaaa!

Por fin y debido principalmente al aprecio que le tenía a su superior, bajó el arma. En ese momento, el oficial anduvo los pasos que los separaban y le quitó la pistola mirándole fijamente a los ojos. Ella no apartó la mirada. Al cabo de unos segundos fue el, el que se separó. Los soldados giraron los rostros hacia otro lado, no queriendo mostrar preferencia por ninguno de los dos.

—¡Introducid a nuestra gente en el primer helicóptero! —ordenó no queriendo prolongar el incidente —¡Tú Elana! ¡Sube también con la chica!

Mientras sus hombres acompañaban a sus compatriotas y les ayudaban a introducirse en el primer aparato, se dirigió a un par de soldados a su lado y les dijo.

—¡Coged sus armas! ¡Introducirlas en el local donde estaban encerrados nuestros paisanos y voladlas con un par de granadas!

Se dirigió a la cabina del primer aparato y acercándose al piloto le ordenó:

—Ponte en comunicación con el otro tripulante. Cuando todos los que hemos liberado estén a bordo, alzas el vuelo e intercambiáis las posiciones: tu vigila y el desciende. En el segundo helicóptero iremos los prisioneros y nosotros.

De nuevo volvió sobre sus pasos y se dirigió con paso rápido al círculo.

—Cuando aterrice el segundo *Black Hawk*, coged a los prisioneros y los subís junto con todos nosotros. A las mujeres, niños y ancianos los dejamos. ¡Moveros rápido! ¡Hemos perdido demasiado tiempo!

Siguiendo disciplinadamente las órdenes de su capitán en unos minutos abandonaron aquel lugar. La operación no se había cobrado ninguna baja y había sido todo un éxito.

## 13. Por la causa

*Ereván, 16 de septiembre.*

Un mensajero de una famosa empresa de paquetería de la capital había entregado esa mañana una carta a la atención del director del casino. El sobre no tenía remitente. En la sala de vigilancia completamente solo, Lukyan la estaba leyendo en esos momentos. Era una simple nota, en un papel normal, escrita por una impresora láser vulgar y corriente.

*Estimado Lukyan:*

*Estamos muy interesados en resolver favorablemente para nosotros una situación que se va a plantear en los próximos días. Según nuestras fuentes de información, usted y sus hombres son especialistas en este tipo de trabajos.*

*Para nosotros es una oportunidad que probablemente no llegue a repetirse, por lo que estamos dispuestos a pagar una elevada cantidad de dinero para que su equipo trabaje para nosotros y consigamos el fin que perseguimos.*

*Si se presenta en el número 5 de la calle Arin Berd hoy a las 16:00, Le daremos más detalles sobre el encargo que les queremos ofrecer. Créanos, les merecerá la pena.*

*Su futuro contratista*

La había leído cuatro veces y según su experiencia, aquel texto no contenía ningún mensaje cifrado, era simple y llanamente lo que expresaban sus palabras. Había mirado el papel a contraluz y estudiado su composición, la tinta y el tipo de fuente de letra utilizado. Todo era normal y sencillo. No escondía nada, salvo lo misterioso del mensaje.

Había pensado en compartir con sus camaradas aquella carta, pero todavía le estaba dando vueltas a seguir las instrucciones o tirarla a la papelera. Pero, aquello podía ser una oportunidad..., y las oportunidades o las aprovechabas o se perdían para siempre. En ningún caso y haciendo caso a su instinto, le daba la sensación de que aquello fuese una trampa.

En aquel momento eran las 15:00. Tenía tiempo de sobra para acudir a la cita.

“¿Qué demonios?!” —pensó— “¿Quién no arriesga no gana!”

De normal, o estando en un país extranjero no habría acudido al encuentro sin la compañía de alguno de sus compañeros y con la cobertura adecuada, pero esta vez no lo consideró necesario.

“Si me equivoco quizá no haya otra oportunidad...” —se dijo emulando la nota, mientras sonreía de forma irónica.

Cogiendo una pistola y un llavero de un cajón de uno de los escritorios de la sala, se dirigió a la zona reservada del aparcamiento del casino. Las llaves que sujetaba en la mano abrieron uno de los dos utilitarios que utilizaban para moverse por la ciudad. Era pequeño, discreto y les permitía desplazarse por las estrechas callejuelas del centro de la ciudad.

Al lado del diminuto coche, estaban aparcados dos *Mercedes*: un *S500* y un *GLS400*, ambos blindados. Miró con una sonrisa ambos vehículos que multiplicaban por cuatro el tamaño, el confort, la potencia y la seguridad del coche en el que estaba sentado. Se puso en movimiento.

Atravesó la ciudad y realizó varias maniobras para detectar si alguien le estaba siguiendo y despistar al posible conductor, pero no vio a nadie. Cuando estaba a un par de manzanas de su destino aparcó el automóvil y realizó el resto del camino andando. El *número 5*, era un triste local abandonado. Se acercó al lugar y empujó la ruinoso puerta que daba acceso a su interior.

Nada más dar dos pasos, se encontró entre la podredumbre muebles rotos y todo tipo de desechos que le rodeaba, a dos hombres vestidos de negro con pasamontañas cubriendo sus rostros. Uno era alto y delgado, el otro más bajo y regordete. Por su forma de moverse, no tenían pintas de pertenecer o haber pertenecido al ejército o a ningún cuerpo de seguridad. Como mucho, debían ser miembros de una banda o grupo armado local.

Le indicaron que se acercase a la única zona limpia de aquel local de mala muerte. Estaba claro que la habían despejado para la ocasión recientemente y a pesar de que la luz que existía en aquel lugar eran los escasos rayos de sol que se filtraban entre las rendijas de las persianas rotas de unos pequeños tragaluces, pudo contemplar que en ese trozo de suelo, habían depositado unos plásticos nuevos que formaban un rectángulo de unos tres metros de lado. Al ver aquello, las alarmas saltaron en el cerebro de Lukyan.

—¿Vais a liquidarme?

—No, tranquilo. Los que te han enviado la nota quieren hablar contigo en un lugar seguro, pero son desconfiados por naturaleza. Sitúate encima de estos plásticos y desnúdate. Ponte la túnica que está depositada ahí —dijo señalando una de las esquinas del rectángulo donde había una amplia prenda limpia junto a una capucha. Ambas negras.

—¿No os fiáis de que entre mis ropas, lleve cosido algún dispositivo electrónico de seguimiento? —preguntó con una media sonrisa en su rostro.

—Exacto. Consideran que todas las medidas de seguridad son pocas contigo y con el resto de tu equipo. Aunque te resulte extraño, confía en nosotros. Nuestros jefes quieren contrataros, no eliminaros, pero no quieren que sepáis quienes son. Todo se realizará bajo la más estricta confidencialidad y secreto. Te vamos a poner tapones en los oídos y la capucha sobre la cabeza. También te ataremos y te trasladaremos a otro lugar para la entrevista. Si no aceptas, te puedes marchar tranquilamente por dónde has venido, pero te aseguramos que habrá otros que acepten el encargo.

Semejantes medidas de seguridad solo podían indicar que las personas que estaban detrás de todo aquello eran poderosas y querían salvaguardar su identidad. También mostraba claramente que lo que deseaban hacer era completamente ilegal y muy bien pagado.

—No hay problema —dijo mientras se desnudaba.

—No te preocupes —añadió riéndose— uno de nosotros vigilará tus pertenencias. Te entregaremos todo en unas horas cuando regresemos aquí.

Lo subieron a la parte trasera de un vehículo. Al no poder ver ni oír, su sensación de equilibrio y orientación estaban totalmente mermados, por lo que no pudo memorizar ninguna referencia que le permitiese conocer el camino que había seguido. A los pocos segundos de ponerse el vehículo en movimiento y darse cuenta de su indefensión, lo que hizo fue contar los segundos para tener una idea del tiempo transcurrido. El conductor era un profesional que mantuvo el vehículo a una velocidad baja constante, por lo que tampoco pudo averiguar si circulaban por carreteras comarcales, o por alguna de las avenidas que circunvalaban la ciudad.

Aproximadamente cuarenta minutos más tarde, notó que la furgoneta en la que viajaba se detenía sin por ello parar el motor. Después de unos segundos, el vehículo se puso de nuevo en marcha para detenerse definitivamente casi de inmediato. Debían haber traspasado alguna especie de verja o puerta y llegado a su destino. Esta vez sí apagaron el motor. Le ayudaron a bajar, y tras andar unos pasos, le indicaron que se sentase. Le quitaron los tapones y la capucha.

Enfrente suya y en una mesa estrecha y alargada como si fuese la de un tribunal, le aguardaban tres hombres sentados y vestidos de igual manera que él. Llevaban puestos unos pasamontañas que no dejaban ver sus rostros y debido a la posición en que se encontraban y la túnica que usaban, era difícil distinguir su estatura, complexión u otras características físicas.

A pesar de la escasa luminosidad que imperaba en aquel local, pudo vislumbrar una diferencia entre los individuos que tenía sentados enfrente de él:

los ojos. El del centro los tenía de un color gris acerado. Parecía el líder y fue el que tomó la palabra.

—Buenas tardes Lukyan.

—Buenas tardes señor...

—Después de tomar todas estas medidas de seguridad para mantener nuestra identidad en secreto, comprenderá que no le voy a dar nuestros nombres.

—Está claro que no. Ha sido un pobre intento por mi parte.

—De todas formas, nos alegra que haya aceptado venir.

—Ustedes dirán —repuso el ruso.

—En los próximos días se va a realizar una misión diplomática conjunta entre Estados Unidos e Israel. Visitarán Georgia y Turquía, intentando establecer nuevos acuerdos comerciales.

—¿A quién quieren que eliminemos?

—A nadie. No se trata de un asesinato. Queremos que secuestren para nosotros al embajador israelí. Que nos lo traigan aquí sano y salvo. No debe sufrir ningún tipo de daño.

—¿Por qué quieren que lo secuestremos fuera de su país?

—Las razones del secuestro no son de su incumbencia y es más fácil llevarlo a cabo en Turquía o en Georgia que en Israel. Las medidas de seguridad son de niveles mucho más bajos y sus fuerzas de seguridad están peor entrenadas. En cuanto a cuál de los dos países elijan para llevar a cabo la misión, nos es indiferente. En Georgia, tenemos un contacto en las altas esferas del gobierno que es el que nos ha puesto en antecedentes del viaje. En Turquía no contamos con nadie, pero ustedes son los que deciden. A nosotros, no nos interesa conocer los detalles de cómo lo van a llevar a cabo. Usted y sus compañeros decidirán el momento, el lugar y los medios que utilizarán. Nosotros solo queremos que nos lo traiga aquí.

—¿Cuánto están dispuestos a pagar?

—Seis millones. Uno para cada uno de ustedes y otro para los gastos de la operación.

—Veo que están muy bien informados de la composición de los miembros de nuestro equipo.

—Nosotros hacemos bien nuestros deberes.

—Necesito comentar lo que me acaban de pedir con mis camaradas. Esta misma noche les doy una respuesta —y no queriendo alarmar a aquellos individuos añadió— no creo que haya ningún problema en que nos hagamos cargo del trabajo, pero comprenderán que no puedo tomar la decisión yo solo.

—Lo entendemos —repuso al cabo de unos segundos el que había llevado el peso de la conversación, aunque su tono dejaba claro un leve inconformismo

con la demora en la respuesta.

—¿Cómo les hago llegar mi respuesta?

—Si están de acuerdo con el encargo, hagan que el guarda de seguridad de la puerta de su casino lleve puesto en el turno de noche un sombrero de copa de color verde. Nosotros nos encargaremos de hacerles llegar al día siguiente los códigos de acceso a una cuenta bancaria donde estará depositada la mitad de su paga. A partir de ese momento comenzará la cuenta atrás para la entrega. Cuanto antes se realice, antes recibirán la otra mitad.

" Quien da no debe acordarse,  
quien recibe no debe olvidar nunca".

***Proverbio hebreo***

## 14. Calabozo

*Haifa, 13 de septiembre.*

“Imbécil. Lo he vuelto a hacer” —pensó dando un puñetazo—. “le debo todo, todo lo que soy y le he vuelto a fallar. Por no saber controlarme. Podía haber pasado de las provocaciones de aquel estúpido capitán, pero no, tuve que entrar al trapo como él quería. Soy tremendamente estúpida. No aprenderé nunca”.

En la soledad de la celda, y con todo el tiempo del mundo para pensar, rememoró una vez más el día en que Elana la sacó de aquel inmundo agujero en el que estaba presa y le salvó la vida. Y algo más importante: su dignidad. Qué diferencia con el limpio y ordenado habitáculo en el que se hallaba. Entonces, le dio la mano y no se separó en ningún momento. Al aterrizar en la base de Haifa, le acompañó al hospital y permaneció junto a ella, los días que estuvo ingresada. Sin separarse, ni un momento, sin abandonarla. Con cariño, con tesón, con intensidad.

Fue la primera en reclamar los análisis médicos y en leerlos. Le dijeron que probablemente físicamente se iba a recuperar bien, salvo que no podría tener hijos. Los maltratos sexuales que le habían infringido lo imposibilitaban. Lo que ningún especialista se atrevió a diagnosticar fue si se iba a recuperar mentalmente. Lo que había vivido podía destrozar a cualquiera. La única forma de minimizar los daños era invertir mucho tiempo en ella a base de intentar suministrarle el cariño que se le había negado.

Cuando ya no tuvo sentido que continuase en el hospital, porque estaba físicamente recuperada, los médicos pensaron en enviarla a alguna institución especializada en encargarse de casos como aquel. Elana se negó. Dijo que se iba a quedar con ella y que cuidaría de que no le faltase de nada. Les rogó a sus tíos que así como se habían encargado de ella al quedarse huérfana, debían incluir a aquella muchacha en su familia.

Al principio su tío se negó, alegando que no se podía uno apiadar de todas las víctimas que se encontrase en sus misiones. Es más, intentando que abandonase su idea, le dijo que se temía que se estaba volviendo demasiado blanda para aquel trabajo. Era la primera vez que Elana discutía con Joshua. Cuando dijo que iba a alquilar un piso para ellas dos y que se marchaba de casa, Behira se encargó de convencer a su marido con lágrimas en los ojos, de que mantener a una muchacha más no les generaría ningún problema. Con el sueldo

que Elana aportaba a la familia, tenían más que de sobra para vivir holgadamente.

Nadie salvo sus tíos, se explicaba dentro del círculo de sus conocidos y de los hombres que componían su grupo de combate, por qué Elana se había encaprichado tanto de aquella muchacha. Al final las autoridades dieron el visto bueno para llevar a cabo la adopción.

A pesar de su edad, y debido a su incapacidad para recordar su nombre, decidieron celebrar un acto formal donde la bautizaron con el nombre de Arisbeth, que en hebreo significa “Dios ha ayudado”. Decidieron que a partir de aquel día celebrarían su cumpleaños el día que había sido liberada y le asignaron la misma edad que Elana.

Se la llevaron a su casa y desde entonces las trataron de igual manera a las dos. Ellas rápidamente se consideraron hermanas. La empezaron a llevar a una escuela para mayores de dieciocho años y con paciencia y tesón fue recuperando la fluidez en el habla y en la escritura. Cuando terminó el año académico Elana le preguntó qué quería estudiar y ser el día de mañana.

—Quiero ser como tú —le dijo despacio, más con aquellos enormes ojos marrones que con sus palabras.

Y aquella fija mirada le transmitió claramente que nadie ni nada en la tierra se lo iba a impedir, por lo que recordando sus propias decisiones, tuvo claro que no iba a tener sentido oponerse. A partir de ese momento pensó en el mejor modo de ayudarla y allanarle el camino.

Después de estudiar y practicar horas y horas, en cuanto Elana consideró que ya estaba lista, Arisbeth se presentó a las pruebas de admisión en el ejército, solicitando como destino el mismo cuartel que su hermana. Entró inicialmente en el cuerpo de infantería. Por sus estudios y preparación física no podía aspirar inicialmente a más.

Con la infatigable ayuda de su hermana continuó con su formación militar. El día más triste de las dos hermanas fue cuando no superó las pruebas de entrada para el *Sayeret Matkal*.

En esa convocatoria coincidieron algunos de los mejores reclutas de los últimos años y Arisbeth, debido principalmente a los nervios producidos por sus ganas de entrar, cometió dos fallos que la dejaron fuera. Estuvo a punto de derrumbarse emocionalmente, pero una vez más Elana la sostuvo. Al día siguiente la llevó al cuartel y empezaron a preparar la siguiente convocatoria. Había detectado que los problemas no estaban en las pruebas físicas, sino en las psicológicas. Día tras día, cuando no se encontraba en alguna misión, estaba con ella, con el principal objetivo de ayudarla a mejorar el control sobre sí misma.

Cuando Arisbeth se hallaba sola en el cuartel repitiendo sin descanso los

ejercicios que su hermana le había preparado, el resto de sus compañeros le oían repetir una y otra vez: “Quiero ser como Elana” “Quiero ser como Elana”.

En la convocatoria del siguiente año fue admitida. No por ello se relajaron, para Arisbeth la entrada solo había sido el principio. Quería seguir todos sus pasos. Siguieron entrenando duro hasta el día en que, con la ayuda de su hermana, que había ido subiendo en el escalafón, consiguió que la destinaran a su mismo comando. Aquel día, probablemente fue el más feliz en la vida de Arisbeth. Había conseguido su sueño. Fueron a casa de sus tíos a contárselo y los cuatro en un acto inusual para aquella familia decidieron ir a un caro restaurante a celebrarlo.

Sin embargo, al día siguiente ambas hermanas tuvieron la única discusión de su vida. A pesar de que habían solicitado una jornada de permiso en el cuartel, cuando Elana se despertó aquella mañana y bajó a desayunar con su tía, se extrañó de no verla.

—Tía, ¿sabes dónde ha ido?

—Ni idea. Solo sé que se ha ido muy contenta bastante temprano y me ha dicho que nos iba a dar una sorpresa a la hora de comer. ¿Tú no sabes nada?

—No. Qué raro...

No le dieron más importancia y a petición de su tía la acompañó a hacer la compra a un mercado de un barrio cercano. Quería hacer una comida especial para celebrar el logro de Arisbeth. Ambas disfrutaron del paseo, ya que a pesar de que a Elana le encantaba satisfacer a su tía con aquellas pequeñas acciones que eran para la mujer un auténtico placer, sus obligaciones en el ejército no le dejaban el suficiente tiempo para llevarlas a cabo tan a menudo como ambas hubiesen deseado. Cuando volvieron y entraron en la cocina para dejar las vituallas que habían comprado, se encontraron a su hermana con un pañuelo que le cubría la cabeza. Al verlas se acercó a ellas rápidamente.

—¡Sorpresa! —exclamó quitándose el pañuelo.

Con aquel acto mostró donde había pasado toda la mañana: en la peluquería. Se había recortado su negro pelo color azabache con el mismo estilo que Elana y se lo había teñido de color caoba. La cara de su hermana y su tía expresaban el asombro que les había causado.

—¿¡Que has hecho?! —exclamó Elana visiblemente enfadada.

Las otras dos mujeres no la habían visto nunca en ese estado, parecía que se iba a abalanzar sobre la muchacha y golpearla. Sintiéndose culpable, aunque no entendiendo el motivo Arisbeth agachó el rostro y se puso a llorar sin emitir ni un solo sollozo. Enormes lágrimas corrían por sus mejillas. Aquello tocó la fibra sensible que la unía con su hermana y está cambiando el tono de voz, le agarró con delicadeza el mentón y le levantó el rostro mientras acercaba el suyo

hasta colocarlo a unos pocos centímetros de distancia.

—Hermana. Tu pelo es precioso. Tu cara es preciosa. Todo en ti es precioso. No quiero mirarte y verme a mí. Quiero mirarte y ver a mi hermana.



De nuevo oyó los pasos del soldado encargado de vigilar aquellos calabozos, caminar por el pasillo. Le extrañó que se parase delante de la puerta metálica y la abriese.

—Tienes visita —exclamó en un tono marcial carente de emoción.

Detrás de él apareció una silueta que reconocería en cualquier situación.

—¡Hermana! —exclamó la prisionera.

Como impulsada por un resorte saltó del catre y se abalanzó hacia ella, estrechándola cariñosamente entre sus brazos. Antes de que la otra tuviese tiempo de reaccionar, con la misma velocidad se separó y agachó la cabeza.

—Lo siento... —balbuceó.

La visitante indicó mediante un gesto con su cabeza al carcelero que se largase y las dejase solas.

—Lo siento —repitió de nuevo la presa, replegándose sobre si misma a punto de sollozar— Te he vuelto a fallar.

—¡Arisbeth mírame! —ordenó con voz firme, pero sin elevar el tono.

Su hermana sin dudar lo levantó la cabeza hacia ella, momento en que aprovechó Elana para abrir sus brazos y estrecharla con cariño.

—Nunca me has fallado y nunca lo harás —le dijo mirándole fijamente a los ojos y para que se relajase añadió— ¿Qué tengo que hacer contigo?

—Cuidarme, alimentarme y nunca, nunca abandonarme.

Era una frase que durante los primeros días de la estancia de Arisbeth en la casa de los tíos de Elana, habían oído juntas en una película, echadas en el sofá del salón y que habían hecho suya. Elana le repetía la pregunta frecuentemente.

—Además, tú no tienes la culpa de que ese imbécil te provocase.

—Pero he saltado demasiado rápido. Tú siempre me dices que me tengo que controlar. Que tengo que contar hasta diez, a veces hasta veinte y respirar antes de tomar una decisión equivocada —continuó con voz compungida.

—En eso sí que tienes razón. Y más si el que te provoca es un capitán de tu escuadrón. Aunque sea tonto del culo ¡está mal enviarlo a la enfermería! —exclamó su hermana sin poder contener su risa.

El momento de tensión había desaparecido y a Arisbeth se le habían vuelto a iluminar aquellos preciosos y enormes ojos marrones.

—Siéntate a mi lado y... —dijo haciendo lo propio en el catre— ¡Cuéntame tu última misión! ¡Me han dicho que tú también haces locuras!

—Primero explícame tú con todo detalle que pasó con el capitán.

Durante un buen rato, ambas hermanas se estuvieron poniendo al día de sus últimas andanzas.

—Bueno... vámonos —dijo en un momento dado Elana poniéndose de pie y encaminándose hacia la salida.

—Pero todavía me quedan por cumplir en esta celda, casi dos semanas de calabozo.

—Ya no. He hablado con el coronel y te vienes conmigo de misión. Eso sí como tenemos tiempo de sobra, antes de salir de viaje, te reto a una carrera y quizás a un par de combates antes de salir para el aeropuerto. Me parece que aquí en el camastro, se te ha puesto el culo un poco fofo —añadió mientras le lanzaba un pellizco a la dura nalga.

—Te voy a machacar...

## 15. Negocios

*Ereván, 13 de septiembre.*

—¿Para que nos has reunido con tanta prisa Lukyan? —preguntó Sergei mientras se llevaba a la boca un dátil de uno de los platos de aperitivos que reposaban sobre la mesa.

Los cinco socios se encontraban reunidos en la sala de control del más grande de sus casinos. El habitáculo además de contar con la última tecnología en videovigilancia y comunicaciones, estaba insonorizada y disponía de medidas de contravigilancia. Cada semana, ellos mismo dedicaban una tarde a recorrer la sala en detalle y comprobar que nadie había instalado ningún equipo de escucha. A pesar de que encargaban a dos de sus hombres más fieles a que nadie entrase en aquella sala, su experiencia les había enseñado que era mejor no confiarse.

Cada uno de los casinos contaba con una sala de esas mismas características y se dividían diariamente en un grupo de tres personas y otro de dos. Iban variando las composiciones de los grupos y su ubicación en uno y otro local. Mediante este tipo de rotación, los cambios eran permanentes y aprovechaban las características de observación de cada uno de ellos de mejor manera.

“La rutina y el acomodarse, te pueden matar” era uno de los lemas que imperaban en la forma de proceder del grupo.

—Si lo queremos para nosotros..., tenemos un posible trabajo —respondió Lukyan?

—¿Bien pagado? —preguntó irónicamente Khalid mesándose la barba.

De sobras conocía que todos los encargos que venían de la mano de Lukyan eran de cantidades importantes. Sin responderle, el ruso le lanzó una mirada lo suficientemente elocuente.

—Quieren que nos encarguemos de secuestrar a un político israelí.

—¿Para qué y cuánto nos pagan? —preguntó Vladimir.

Las dos preguntas eran el mismo modo de determinar lo peligrosa que podía resultarles la misión. Detrás de Lukyan, Vladimir era el segundo cerebro más frío del grupo y a la hora de pensar en cómo diseñar la estrategia adecuada para cumplir con los encargos se complementaban estupendamente. Los cinco eran unos asesinos despiadados, pero entre ellos se entendían bien.

No tenían a nadie más en el mundo y eso fomentaba su compañerismo. Se servían de un estilo común de ver las cosas y aunque ello no derivase en un

código de honor, sí que definía ciertas reglas de actuación. La más importante, que nadie iba a traicionar al resto, básicamente porque el resto se encargaría de perseguir al traidor costase lo que costase.

—Nos pagan un millón de euros para cada uno y otro para gastos —dijo respondiendo a la segunda pregunta, mientras hacia una parada para ver el efecto que aquello causaba en sus compañeros.

—¡No está mal! ¿Por qué perro judío nos darán tanto dinero? —exclamó Bassem mientras se rascaba la cabeza. El hecho de haber dejado ISIS, no implicaba que hubiese dejado de odiar a los israelís.

—¡Esperad! ¡Esperad! Antes de que me acoséis a más preguntas, sentaros y dejadme que os explique el encargo desde el principio.

Los cinco se desplazaron a una mesa amplia de reuniones de corte moderno y funcional que era la que solían utilizar para juntarse y tomar decisiones.

—Esta mañana, me han atado, amordazado y con una capucha en la cabeza me han trasladado a un lugar donde he podido hablar con nuestros posibles clientes. Me han explicado que un representante diplomático de Estados Unidos y otro de Israel en misión conjunta, van a trasladarse a Georgia y Turquía a negociar con altos cargos acuerdos comerciales.

—¡Y algún grupo terrorista árabe quiere que los secuestremos y los liquidemos! —exclamó Bassem exaltado interrumpiéndole.

—No Bassem. Nadie quiere que matemos a nadie. Tranquilízate —repuso con voz fría Lukyan mirándole fijamente a los ojos para que el mensaje quedase claro— al americano no lo necesitan para nada y si matamos al judío, no veremos ni un miserable *dram*. Lo tenemos que capturar vivo.

—¿Quién lo quiere? —preguntó Sergei. Era el más alto y musculoso de los rusos. También el más fácil de distinguir por el brillante color rubio de su pelo y su corte militar a cepillo.

—Al conocer que un diplomático hebreo venía a Tiflis se me ocurrió una idea con respecto a la posible identidad de nuestros clientes. Hay un par de grupos de fanáticos radicales, algunos de ellos compuestos por personas ricas de este país que no perdonan al gobierno israelí que no los apoye en proclamar y defender internacionalmente un triste episodio de la historia del siglo XX, cuando en Turquía se perpetró el denominado *Genocidio Armenio*. Los acusan de hipócritas al estar todo el día rememorando la *Shoah* o el *Holocausto Hebreo* de los nazis y que no los apoyen en la ONU con una situación similar, padecida por un pueblo que además tiene fronteras con ellos.

—No me acordaba de esa parte de la historia de este país —repuso Vladimir.

—Es un tema que de vez en cuando vuelve a estar en el candelero político. El gobierno actual prefiere obviar el tema y llevarse bien con Israel, pero algunos grupos de la oposición lo sacan a colación de vez en cuando. En ellos hay algunos descendientes de los armenios masacrados.

—¿Qué idea se te ha ocurrido? —preguntó Khalid.

—Como os he dicho, este grupo de fanáticos es defensor de que se reconozca y se le dé un tratamiento similar al del genocidio judío en el seno de la ONU. El apoyo del gobierno israelí sería fundamental debido a su influencia en dicho organismo.

—¡Sí que hay gente interesada en remover el pasado! ¡A veces dan más lata los muertos que los vivos! —exclamó Vladimir.

—No solo es un tema de reconocimiento —explicó con calma Lukyan—. Si la ONU apoya ese derecho, igual que los judíos recibieron importantes indemnizaciones de los alemanes, el gobierno armenio podrá reclamar de la misma manera al gobierno turco.

—Ahora me cuadra más —dijo Sergei—. No es solo un tema sentimental por la memoria de los muertos.

—No. Con que solo recibiesen una décima parte de lo percibido por Israel, las cantidades serían muy importantes —añadió Vladimir—. Y teniendo en cuenta la influencia de ciertas familias tanto en el gobierno actual como en la oposición, el reparto de las sumas recibidas quedaría en su mayor parte en sus manos.

—Además, la facción que lo consiguiese, ¡pasaría a ser una especie de héroe nacional! —arguyó Bassem.

—¡Eres un genio Lukyan! —exclamó riéndose a mandíbula batiente Sergei— ¡Es estupendo que esa enorme cabeza tuya no pare de pensar!

—¿Deberías haber pedido más dinero? —preguntó Vladimir.

—No. A día de hoy no podemos tener en cuenta las posibles indemnizaciones. Serán una ingente cantidad de dinero, pero si todo va como ellos pretenden y el gobierno de Israel acaba apoyándoles, pasarán años antes de que los turcos se avengan a pagarlas. Más importante que el dinero, será el que contemos con su apoyo en este país para siempre.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Vladimir queriendo avanzar en la parte importante y peligrosa de las explicaciones.

—Nuestra misión es capturar sano y salvo al diplomático israelí. El norteamericano no les interesa. En el momento en que aceptemos el trabajo, nos darán la mitad del importe. El resto cuando les entreguemos al judío. A partir de ese instante, estoy seguro de que de negociar las condiciones con el gobierno israelí se encargarán ellos. Como el secuestrado es primo del primer ministro,

confían en llegar pronto a un acuerdo.

—¿Por qué Israel no ha apoyado a Armenia?

—Se suele hablar de diferentes causas, las dos más extendidas son que si se empezase a hablar del *Genocidio Armenio*, el *Holocausto Hebreo* del que se lleva escribiendo décadas, es muy probable que perdiese parte de su protagonismo, y a día de hoy sigue reportando ingresos a Israel desde diferentes fuentes. Además, aunque en los últimos tiempos Turquía mira con malos ojos a Israel por sus relaciones comerciales con Chipre, los judíos no ganan nada con llevarse mal con ellos. Bastantes enemigos tienen en esta zona del mundo. Dicho de otra forma, Israel no se beneficia apoyando a Armenia en su demanda.

—Pero nosotros sí, ¡si aceptamos el trabajo! —exclamó con los ojos encendidos Khalid.

—Nosotros sí —afirmó Lukyan.

—¿Has estudiado como llevar el trabajo a cabo? —preguntó Vladimir.

—No en detalle. Pero no me parece excesivamente complicado. La misión diplomática va a tener lugar en Georgia, país contiguo al nuestro y lleno de miembros del gobierno corruptos, donde contaremos con toda la ayuda y medios que queramos pagar. Es fácil que podamos sobornar a los guardias encargados de protegerlos a un coste mínimo. Ya lo hemos hecho otras veces. Ellos por el contrario, estarán en un país desconocido con pocos efectivos. Tenemos un importante contacto en el Ministerio de Asuntos Exteriores que nos suministrará toda la información de su ubicación y recorrido mientras se encuentren en el país. En mi opinión, con la planificación adecuada debiera ser más fácil que otros golpes que hemos dado. A estas alturas y habiendo diseñado junto con nuestros contratantes las líneas maestras de la operación, si no lo hacemos nosotros, se lo encargarán a otros. Perderemos el dinero y aún más importante su favor. Residiendo en este país, me preocupa más lo segundo que lo primero. Vamos a someterlo a votación. ¿Quién está a favor?

Se miraron los cinco entre sí durante unos segundos y todos levantaron al unísono la mano.

## 16. Hasta pronto

*Tel Aviv, 15 de septiembre.*

Como no tenían nada que hacer hasta la hora de dirigirse al aeropuerto, Elana había llevado a su hermana a hacer algo de ejercicio. Conociéndola como la conocía, sabía que correr una hora y retarla a unos combates, la relajarían y le servirían para olvidarse de su reciente estancia en el calabozo.

Aunque nunca lo reflejaba delante de ella, lamentaba profundamente el que le siguiese costando tanto el controlar ese temperamento que tantos problemas les acababa acarreado a las dos. Arisbeth solo tenía el grado de cabo, cuando por su inteligencia y habilidad podía haber llegado perfectamente a teniente o al menos a sargento. El resto de los hombres que componían el grupo de Elana la adoraban y declaraban abiertamente que no preferían a nadie cubriéndoles las espaldas.

Fueron a las dependencias que tenían asignadas cada una en el cuartel en función del rango, y al cabo de unos minutos salieron vestidas con la ropa que utilizaban para entrenar. Unas mallas y un *top* ceñidos que resaltaban sus jóvenes, esbeltos y bien formados cuerpos. Para entrar en calor decidieron correr alrededor de las instalaciones.

Viéndolas juntas desde unos metros de distancia era difícil distinguir las diferencias entre una y otra. El continuo ejercicio había moldeado sus cuerpos y las había hecho esbeltas y atléticas. Arisbeth era un par de centímetros más baja, pero teniendo en cuenta su altura, la diferencia era inapreciable.

El color bronceado de su piel era similar y sus bellos rostros ovalados presentaban leves diferencias. Los rasgos más distintivos eran sus ojos y su pelo. Elana tenía unos ojos negros como el azabache y Arisbeth los tenía marrones y más rasgados que su hermana. La melena de color caoba en forma de ondas, a Elana le caía hasta los omoplatos, mientras su hermana lucía en su negro pelo, un recto corte que enmarcando su rostro llegaba hasta los hombros.

Sus movimientos eran felinos, armoniosos y fluidos, sin cansancio aparente. Muchos de los soldados que las veían pasar se quedaban un rato contemplándolas hasta que se perdían de vista. En un momento dado su marcha les llevó cerca de un grupo de reclutas que se incorporaban a recibir instrucción.

—¡Guaaaapas! —les gritó uno más atrevido.

—¡Tías bueeenas! —exclamó otro animado por el primero.

—¡Hemos elegido el cuartel apropiado! —añadió un tercero no

quitándoles la vista de encima—. Como el resto de chicas sea igual esto es el paraíso.

—¡Soldados! —gritó para poner orden el sargento que les acompañaba. De inmediato se giraron hacia él en silencio —La forma más segura y dolorosa de meterse en problemas en este destino, es dirigirse a esas dos oficiales en el tono en que lo estáis haciendo. Creedme.

Las hermanas que no se habían perdido palabra de la conversación mientras seguían trotando, sonrieron.

—Parece que no tienes el culo tan fofo como me había parecido al principio. O bien alguno de esos reclutas está más cegato de lo que parece —exclamó riéndose Elana.

—¡No seas envidiosa! Con los próximos reclutas que nos encontremos a lo mejor tienes más suerte y consigues que se fijen algo en ti —le respondió lanzando una pulla a su hermana mientras le guiñaba un ojo.

A lo largo de su itinerario, muchas personas fueron las que les mandaron un gesto de saludo, pero sin molestarlas en su carrera. El extraño dúo de hermanas era muy famoso. Ambas eran conocidas por el elevado porcentaje de éxito de sus misiones. A muchos oficiales y soldados de aquel recinto les seguía pareciendo inusitado que un par de mujeres tan hermosas prefiriesen llevar la vida que llevaban.

A pesar de que estaban destinadas al mismo cuartel y pertenecían al mismo comando, la mayoría del tiempo y debido a la diferencia de rango, mantenían diferentes actividades y responsabilidades. El rato en que preparaban las misiones, estaban rodeadas del resto de los miembros del grupo y tenían que permanecer concentradas en los objetivos de la misión. Les encantaba pasar ratos juntas y era en aquellos momentos de ejercicio cuando disponían de tiempo para sincerarse la una con la otra.

—¿Qué has estado haciendo mientras yo me pudría en ese triste calabozo?

—Exagerada. El calabozo en el que te he encontrado está más limpio y ordenado que tu cuarto.

—¡Tendrás cara! ¡Ya quisieras tener tu habitación la mitad de cuidada que la mía! Se lo preguntaremos a nuestra madre la próxima vez que la veamos.

Desde el día en que la habían acogido en su casa, Arisbeth había interiorizado a aquella familia como suya. Elana que había perdido a sus padres a los nueve años, a pesar de que los quería con todo su corazón siempre les había dado el nombre de tío y tía. Arisbeth a los pocos días de estar en esa casa, les había empezado a llamar madre y padre. A Joshua, durante semanas se le había hecho extraño y al principio aunque no le decía nada a la muchacha para no herir sus frágiles sentimientos, cuando no estaba ella refunfuñaba. Por el contrario, a

Behira, le había hecho enormemente feliz. Decía que si bien Dios, al principio, se había equivocado no concediéndoles ningún vástago, después lo había reconsiderado y les había mandado dos hermosas niñas.

—¿Hace cuánto que no estás con ella?

—Unos quince días.

—Demasiados. Sabes que no puede estar sin vernos tanto tiempo. A su edad, somos su mayor alegría y ella se lo merece todo.

—¡Tu llevas más tiempo sin verla! —exclamó a la defensiva, levantado la voz.

—Tienes toda la razón —repuso en voz baja con la intención de que no se enfadara.

—Es que..., es que... Cuando te marchaste a tu última misión sin decirme nada, me enfadé mucho y estuve encerrada en mí misma en el cuartel sin hablar con nadie. Solo le dirigía la palabra al saco de entrenamiento, mientras lo golpeaba pensando que eras tú. Y después..., vino lo del calabozo.

—Lo siento...

—¿Por qué te marchaste sola? ¿A dónde fuiste?

—Hace unas semanas, mientras los trasladaban de la fábrica a este cuartel para probarlos, nos robaron los prototipos de la última versión de nuestros rifles de asalto "Tavor". El coronel me encargó que descubriese quien había sido, los neutralizase y recuperase las armas.

—¿Y TENÍAS QUE IR TÚ SOLA? —preguntó con énfasis su hermana.

—Era una misión durante la cual tendría que infiltrarme para obtener información acerca del recorrido que habían seguido las armas y por qué manos habían pasado. Hace un minuto has visto una prueba tangible de cómo llamamos la atención las dos juntas.

—Pero... para algo te habría servido. De apoyo, de...

—Olvídate. El pasado, pasado está.

—¿Qué tal fue?

A Arisbeth le encantaba que su hermana le contase los pormenores de las misiones en las que había participado. Era extraño que una joven de su edad, en vez de preferir charlar sobre muchachos, ropa o música, prefiriese conocer los detalles de las operaciones de su hermana. Cuando alguien se lo comentaba, solía responder que el último cantante de moda era difícil que le salvase la vida en la siguiente misión, las experiencias vividas por su hermana sí. Incluso de las operaciones que ambas llevaban a cabo conjuntamente, necesitaba conocer el punto de vista de Elana y si aprobaba lo que ella había hecho, o era mejor que rectificase alguna actuación o decisión para la siguiente operación. Eran muy críticas y sinceras la una con la otra.

Después de relatarle su persecución por el sur de Europa, hizo una parada y se quedó pensativa durante unos segundos, como dudando si continuar o no. Era su hermana y con ella no tenía secretos.

—Conocí a un hombre...

—¿Está relacionado con esa pulsera? —le preguntó señalándole la muñeca izquierda.

—¡Te habías fijado!

—Por supuesto, pero estaba esperando que me lo contases. ¿Tenía que ver algo con tu misión? ¿Era de los buenos o de los malos? —le inquirió con curiosidad

—No, no tenía nada que ver con la misión. Y estoy segura de que no era de los malos. Es más, me aproveché de él para tener éxito.

—¿Lo utilizaste y te largaste?

—Sí. No tuve tiempo de despedirme de él. Solo le deje una nota.

Arisbeth la conocía perfectamente en todos los sentidos y percibió rápidamente que aquel hombre había calado hondamente en el corazón de su hermana. Aquello no era nada habitual. Sentía curiosidad por saber más.

A pesar de la belleza natural de ambas, sus relaciones no eran a largo plazo y no conseguían permanecer unidas a un hombre durante mucho tiempo. A Elana que era más sociable, le era más fácil salir con algún joven de su edad, pero no solía superar los dos meses antes de que normalmente él, lo dejase.

Arisbeth que era más introvertida, le costaba mucho más congeniar con alguien y cuando se daba el caso, normalmente venía derivado de alguna noche en que había salido con Elana y habían conocido a un par de chicos, llevándose bien con el que le había tocado. Aunque Arisbeth dudaba de que en esos casos hubiese intervenido el factor suerte. En las últimas ocasiones se había acentuado su sensación de que Elana intentaba que se emparejase con el hombre que para ella tenía más posibilidades de encajar con su hermana.

Por su belleza, su estatura, su confianza en sí mismas y su inteligencia, solían amedrentar un poco a los posibles novios. Cuando ellos les preguntaban por su trabajo y les respondían que eran militares, más de uno se echaba hacia atrás y otros dudaban. Cuando debido a sus misiones, tenían que ausentarse sin dar explicaciones, la relación solía terminar.

—¿Cómo era? —le interrogó queriendo tirar más de la cuerda.

—Increíble: guapo, atento, inteligente.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! Jamás he oído que me describieses a uno de tus fugaces novios así. ¿Qué tenía que lo hacía diferente?

—Creo que su seguridad en sí mismo y su ternura conmigo. Resultó ser un amante perfecto.

—¿Dónde lo encontraste y de donde era?

—Lo conocí hace tres semanas en Marruecos y me dijo que era mexicano, que se llamaba Manuel Muñoz y que estaba allí de vacaciones. Pero me mintió. En esos momentos yo me hacía pasar por Hanna, una periodista alemana en busca de un reportaje sobre los bandidos de la zona. Como te he dicho, lo utilicé a mi conveniencia y después lo abandoné. Una semana más tarde, me envió un correo electrónico a mi cuenta personal. Sabía perfectamente quien era yo. Para eso bien sabes que hay que disponer de recursos especiales. A la vuelta de nuestra siguiente misión, espero tener algo de tiempo libre para averiguar quién es él. Tengo que adelantarme. La pulsera no me la dio, se la robé. En el correo electrónico me comunicó que vendría a por ella. Y no sé cómo lo hará, pero creo que no era un farol.

—¿Quiere vengarse?

—No. Tengo la certeza de que no quiere causarme ningún daño. Solo quiere la pulsera.

—¿Tanto dinero vale? ¿Por qué se la quitaste?

—No sé el importe exacto. El grueso anillo de metal que rodea el diamante es de platino de primera calidad, pero no es por lo que pueda costar, para él su valor es sentimental.

—¡Se la quitaste para hacerle daño! —exclamó no saliendo de su sorpresa.

—Sí, te he de reconocer que ese fue uno de los motivos. Sentía celos porque se la había regalado una mujer a la que él quería mucho. Pensé que si me quedaba con ella, él no se olvidaría de mí. El otro motivo fue que no sé por qué extraña razón deseaba conservar un recuerdo suyo.

Arisbeth estaba perpleja. Su hermana irradiaba pasión y fuego por aquellos profundos ojos negros que se encendían como el carbón al mencionar a aquel hombre. Le extrañaba oírle hablar con aquella intensidad y excitación. No recordaba haberle visto jamás celosa. Estaba claro que fuese quien fuese, aquel joven le había dejado una profunda señal en lo más profundo de su corazón.

## 17. De viaje

*Haifa, 17 de septiembre.*

A pesar de que la intención inicial era después del gimnasio, practicar un poco de artes marciales y entablar un par de combates, se les había ido la mañana velozmente, por lo que decidieron darse una ducha rápida y escaparse un par de horas a ver a Behira. Hacía varias semanas que no las veía a las dos juntas y sabían que eso la complacía.

Además, Elana esa mañana había salido de casa como si fuese a coger un par de semanas de permiso y lo que menos se esperarían sus tíos era el que le encomendaran una nueva misión. Se iban a llevar un gran disgusto. Llevaban demasiado tiempo retrasando ese viaje de toda la familia.

Elana por su rango, podía permitirse el coger un todoterreno del cuartel para realizar viajes personales. En aquel caso, era el mismo vehículo que iban a utilizar para trasladarse por la tarde a Tel Aviv-Yafo o como se le denomina normalmente Tel Aviv. Rellenaron el papeleo correspondiente para la reserva del vehículo y se dirigieron a su hogar.

Iba al volante Arisbeth. Le encantaba manejar todo tipo de vehículos, tanto por tierra, mar y aire, y era una experta piloto de helicópteros de combate. Se sentía libre conduciendo, aunque su hermana tenía que estar continuamente avisándole de que respetase las estrictas normas de circulación del país.

Israel es un país que tiene ciertas peculiaridades en el reglamento vial y cámaras de video vigilancia en casi todos los cruces importantes de las calles. Obligaciones como no arrojar nada por la ventana, conducir con las dos manos en el volante y respetar los límites de velocidad, sobre todo en ciudad. El tener entre sus manos un automóvil potente y no acelerar, se le hacía muy difícil. Más de una vez, Elana en ciudades desconocidas, le había tenido que sustituir al volante para evitar un percance.

Era cerca del mediodía y la mayoría de los habitantes de la ciudad se debían encontrar comiendo, porque no hallaron excesivo tráfico durante su recorrido. No se complicaron mucho la vida para aparcar y dejaron el vehículo junto a la puerta de la casa, en una zona no permitida, pero sabedoras de que ningún guardia de tráfico iba a multar a un vehículo del ejército.

Entraron en aquella sencilla casa de paredes encaladas, donde tanto cariño habían recibido las dos. Al oír ruidos en la cocina se dirigieron hacia allí. Al verlas, Behira que estaba preparando la mesa para comer, dejó los platos en una

esquina y se dirigió hacia ellas. Primero abrazó a Arisbeth. Aquel gesto que para cualquiera podía haber pasado por inadvertido, era una costumbre que habían acordado Elana y ella.

Al principio de haber acogido a Arisbeth, cuando ambas volvían a casa, Behira sin querer daba primero un abrazo a Elana y después a Arisbeth. Elana que era una observadora a la que tanto por su forma de ser como por su formación no se le escapaba un detalle del comportamiento de las personas, se dio cuenta de que aquello afectaba a su hermana. Para Arisbeth tenía un sentido profundo e importante, en el que no habían caído: siempre sería la última en aquella casa.

Elana le comunicó su impresión a su tía y le pidió que a partir de aquel momento siempre le diese primero los abrazos y los besos a Arisbeth. Fue curioso como aquel simple cambio de hábitos, iluminó la cara y el corazón de la joven. Tanto a su tía como a Elana, les sirvió para poner mucho cuidado en todos los detalles y expresiones de afecto para con la joven.

—¿Qué hacen mis niñas?

Daba igual que “sus niñas” fuesen unas jóvenes cercanas a los treinta años y miembros de uno de los comandos más letales de las fuerzas armadas israelíes. Siempre, siempre, serían sus adoradas niñas.

—¿Qué tal se encuentra madre? ¡Tiene muy buena pinta! —dijo a su vez Arisbeth.

La joven idolatraba a aquella sencilla mujer por encima de cualquier persona. Incluso de Elana. Quizás la pequeña diferencia estribaba en que, sin darse cuenta, veía a su hermana capaz de defenderse de cualquier amenaza. En cambio a su tía, a pesar de la fortaleza y la salud que tenía para su edad, la veía frágil y delicada.

—Además, ¡cada día está más guapa! —añadió Arisbeth guiñándole un ojo.

—Tía —repuso Elana sonriendo—. Seguro que quiere sacarte algo. Que le des más dulces que a mí, de esos que estoy oliendo.

—¡Envidiosa! —dijeron las dos al unísono, para después estallar en carcajadas.

En esos momentos oyeron que se abría la puerta de la casa y los pasos de un hombre que se acercaba. A los pocos segundos Joshua, entró en la cocina y repitió el ritual de darle primero el abrazo y los besos a Arisbeth.

—¡Que sorpresa! —exclamó su tío con cierta ironía en la voz—. Llego a casa y me encuentro con dos jóvenes que no tengo claro si siguen viviendo aquí o no. Elana, ya me ha contado esta mañana donde ha estado. ¿Tu Arisbeth?

—He estado... —empezó a decir la joven, deteniéndose por la vergüenza

que le daba confesar que le habían mandado otra vez al calabozo.

—Encerrada, en unas jornadas de reflexión para medir el control que una tiene sobre si misma —se le adelantó su hermana que siempre acudía en su auxilio.

—Y, ¿qué tal? —le preguntó Joshua con un tono que indicaba claramente que no se lo tragaba. A pesar de ello no pensaba descubrir a la muchacha, disgustando con ese proceder a su mujer— ¿Has aprendido mucho?

—Yo creo que sí —se adelantó de nuevo Elana—. Esta mañana ha repasado conmigo lo que ha aprendido y me ha parecido que no ha perdido el tiempo.

—¡Venga a sentarse a la mesa! ¡Que se va a enfriar la comida que he preparado! ¡Ya hablareis del trabajo en otro momento! —ordenó su tía.

Y en aquella casa, a pesar de no ser ninguna oficial del ejército, estaba claro quien mandaba. Dentro de aquellas paredes no imperaba el rango, regía el cariño y en aquella partida, Behira era la ganadora de largo.

—¿Qué hay para comer madre?

Los alimentos que se preparan en Israel provienen de la larga historia del pueblo judío, de sus diferentes éxodos, de su aprendizaje de otras culturas y las mezclas con las mismas, por lo que el origen de sus platos es diverso y variado. Behira era una experta cocinera, conocedora de múltiples recetas, a la que le encantaba contemplar como los comensales de aquella casa disfrutaban sentados a la mesa saboreando lo que ella había preparado.

—Como había intuido que hoy vendría mi niña favorita a comer —dijo dirigiendo su mirada hacia Arisbeth. Aquello era parte de la forma que junto a Elana habían ideado para tratar desde que llegó a aquella casa a la joven. Para Behira, ambas eran iguales. No existía “la favorita”—. Tienes *labneh*, *mujaddara*, *jraime* y de postre *halva*.

El *labneh* es un queso muy cremoso que se hace de leche de oveja o vaca y que se especia con tomillo o menta. La *mujaddara* es un potaje sencillo, compuesto de lentejas preparadas junto con trigo o arroz y servido con aceite de oliva y cebolla frita. Se le denomina el “*favorito de Esau*”, por su mención en la Biblia.

Al ser Haifa una ciudad cercana al mar, el pescado se encontraba en la mayoría de las viandas que componían las comidas. El *jraime* es un plato realizado con trozos de pescado acompañado de una mezcla de ajo, aceite de oliva, tomate y especias picantes. Para finalizar, Behira había elegido *halva* como postre. Una mezcla de pasta de *tahina*, hecha a base de semillas de sésamo molidas, endulzadas con miel.

—¡A ver si venís más a menudo! —exclamó Joshua riéndose. Hasta el

duro militar, acaba contagiándose de la alegría que existía en aquella casa cuando todos estaban reunidos—. Si no estáis vosotras solo como *Pita*.

—¡Tendrás cara! —le respondió su mujer— Sigue diciendo eso, y tu deseo se hará realidad.

Se lavaron las manos y bendijeron los alimentos antes de empezar a comer. Se fueron sirviendo cada uno de ellos de los diferentes platos y mantuvieron una conversación amena, alegre y trivial sobre las últimas noticias que habían escuchado sobre Haifa y el resto de Israel. Después de los postres, Behira les preparó el té aromatizado con cardamomo y canela que solía reservar para las ocasiones.

Tranquilos y relajados, Elana pensó que era el mejor momento para soltar la mala noticia que por desgracia tenía que darles.

—Tíos, vamos a tener que retrasar un poco nuestro plan de vacaciones —dijo despacio, esperando que calase la mala nueva.

—¿Por qué? —preguntó Joshua también en un tono sosegado. Sabiendo a lo que se dedicaban sus hijas, no era muy difícil adivinar el origen de la causa.

—Arisbeth y yo tenemos que ausentarnos aproximadamente una semana. Son pocos días y se os pasarán rápido. Os prometo que a la vuelta realizaremos el viaje al sur de Israel. O si preferís, nos vamos a Chipre.

—Pero..., si acabas de llegar —dijo arrastrando lentamente las palabras su tía.

—Sí. Pero son órdenes directas del general Ghozlan. No sé por qué, quieren que sea nuestro grupo el encargado de esta misión, pero va a ser prácticamente un paseo. Tenemos que acompañar a unos diplomáticos en un corto viaje.

Su tío entornó los ojos y estuvo a punto de decir algo parecido a que no se utilizaba un comando del *Sayeret Matkal* para realizar un paseo. Estando presente su mujer optó por no mencionar palabra alguna. Era un militar y a su edad comprendía mejor que nadie los sacrificios que aquello conllevaba. A pesar de que nunca hablaba de ello, ni siquiera con su esposa, a veces se odiaba a si mismo por haber aceptado cumplir la promesa que su sobrina le arrancó en aquella cama de hospital.

*"Dios le dio al ser humano dos oídos y una boca  
para que escuchara más y hablara menos".*

***Proverbio hebreo***

## 18. Tel Aviv

*Tel Aviv, 17 de septiembre.*

Después de un prolongado rato de sobremesa, ayudaron a sus tíos a recoger los restos de comida y la vajilla. Cuando terminaron, el matrimonio les acompañó hasta el todoterreno y le dieron un fuerte abrazo y un par de besos a cada una como cada vez que se despedían para ir a una misión. Se habían montado en el vehículo y empezaba a moverse, cuando Behira les gritó:

—¡*Mazal Tov* mis niñas! ¡*Mazal Tov*!

Por el camino de regreso al cuartal y debido a la emotiva despedida, intercambiaron pocas palabras.

—A nuestra madre, le sienta fatal que nos vayamos de casa —repuso Arisbeth—. Con la edad, cada vez le cuesta más vernos marchar.

—Sí. Aunque el tío siempre disimula mejor, ambos se han llevado una profunda decepción por haber tenido que cancelar nuestras vacaciones. Les hacía mucha ilusión.

—A la vuelta, tenemos que cogernos al menos un par de semanas de fiesta. Sin impedimentos. El coronel nos debe un montón de semanas de permiso.

Condujeron hasta la entrada del edificio de oficinas donde les estaban esperando puntualmente tal y como habían acordado, los dos soldados que iban a componer junto con ellas el equipo de la misión. Portaban al hombro un petate con escaso contenido.

—Buenas tardes cabo. Buenas tardes capitán —exclamaron los dos con voz potente al unísono, cuadrándose delante de las dos hermanas en un saludo marcial.

En ambos rostros, se apreciaba la felicidad que sentían por haber sido elegidos al fin para su primera misión operativa. Y más que los hubiesen elegido ellas.

—Soldado Otoniel a sus órdenes— dijo el más alto, con el pelo corto y pelo más claro.

—Soldado Aaron a sus órdenes— repitió en el mismo tono su compañero. Era más bajo, pero más fornido. Su rostro irradiaba energía.

—Buenas tardes soldados.

—Mi capitán —dijo Otoniel— enhorabuena por el éxito de su última misión.

—¡Pues menos mal que era secreta! ¡Aquí todo el mundo está al corriente

de lo que pasa! ¡Tendré que hablar seriamente con el coronel!

Y al ver que el soldado que acabada de hablar se sonrojaba de vergüenza, le lanzó una sonrisa y le guiñó un ojo para indicarle que les estaba gastando una broma. El hombre lanzó un tremendo suspiro.

—Dejad las bolsas detrás y subiros al vehículo.

Rápidamente las depositaron en el maletero y se sentaron en los asientos de la segunda fila.

—Otoniel, Aaron, aunque a todos nos parezca que la misión que nos han encargado es sencilla y sin riesgos, no os confiéis jamás —les dijo Elana volviendo la cabeza hacia ellos—. Ese es el motivo principal de que nosotras dos aún estemos vivas. ¿Me habéis entendido?!

—¡Sí mí capitán! —exclamaron los dos.

—Si la cabo o yo os damos una orden, por más extraña que os parezca, cumplidla al instante. Ni le deis vueltas, ni perdáis tiempo pensando. ¿Me habéis entendido?

—¡Sí mí capitán! —volvieron a repetir los dos.

—Estupendo.



Arisbeth se dispuso a recorrer los noventa y cinco kilómetros que separaban los dos cuarteles. Transitaron despacio los siete kilómetros que separaba el cuartel de la *autopista 20* o autopista Ayalon y una vez en su interior, aceleró hasta el límite permitido bajo la atenta mirada de su hermana.

Intercambiaron temas banales con los soldados para ir tomando confianza y empezar a conocerlos. Ellos les pidieron que les narrasen algo sobre las misiones más peligrosas que habían realizado. Querían conocer de primera mano los hechos que habían hecho de aquellas dos mujeres a pesar de su juventud, dos leyendas dentro del cuartel.

Elana les contó algunas viejas incursiones y les recomendó que siempre siguiesen sus órdenes y no cometiesen actos estúpidos e innecesarios de valor.

Al cabo de una hora llegaron a Tel Aviv rodeados de un intenso tráfico. En aquella parte de la autopista, unos setecientos cincuenta mil vehículos circulaban a diario. Estaba considerada una de las mejores autopistas de Oriente Próximo, dotada con un sistema de supervisión por cámaras de última generación y un mantenimiento de su infraestructura muy cuidado. En aquella zona, su anchura era de cinco carriles.

La conductora refunfuñó en voz baja debido a que tuvo que bajar la velocidad durante aquel tramo. El centro de mando al que se dirigía estaba en el otro lado de la ciudad y en aquellas horas de la tarde cuando la gente

abandonaba su lugar de trabajo para dirigirse a su hogar, el tráfico era extremadamente denso.

Estaba empezando a anochecer cuando llegaron a la base militar. Debido a que gran parte del alto mando se encontraba allí, las instalaciones eran más grandes que las de Haifa. Les detuvieron en la puerta de entrada.

Tenía una seguridad impresionante, con un doble muro que cerraba todo el recinto y un sistema de doble puerta metálica. En el suelo, barreras de enormes pinchos capaces de destrozar las ruedas de cualquier vehículo que intentase arrollarlas. En la parte exterior había cuatro soldados fuertemente armados. Uno de ellos, un cabo que portaba un fusil de asalto *TAR-21*, se acercó a la conductora. Medía en torno a un metro ochenta y complexión robusta.

—Buenas tardes. Documentación por favor —solicitó con voz educada, pero marcial, dejando claro que no se dejaba impresionar por las insignias de capitán.

Los cuatro ocupantes del vehículo le mostraron sus identificaciones, que él validó con un dispositivo electrónico parecido a una tableta tipo iPad.

—Capitán Safadi. El general Ghozlan le está esperando en su despacho. Ha llamado hace media hora preguntado si usted y el resto de su grupo había llegado.

—No me habían ordenado que me presentase a ninguna hora en concreto.

—Como comprenderá capitana, yo no estoy al corriente de ese tipo de cuestiones —le dijo en un tono respetuosos—. El general me ha ordenado que le diga que en cuanto llegue se presente ante él.

—¿Estaba enfadado?

—No me lo ha parecido. Solo me ha dado la sensación de que tenía algo importante que decirle.

—De acuerdo. ¿Su despacho sigue estando en el mismo edificio?

—¡Sí mi capitán!

El cabo se separó del vehículo e hizo un gesto hacia la parte superior del muro donde se hallaba situada una garita de vigilancia. Alguien del interior movió el control correspondiente y el vehículo pudo atravesar la primera puerta, deteniéndose ante la segunda. En el momento en que se cerró la primera, se abrió la segunda. Pasaron al interior y Elana le indicó a su hermana por donde tenía que circular.

Todo en aquellos edificios destilaba modernidad, eficiencia y alta tecnología. El ejército de Israel era una de las instituciones que más fondos recibía del gobierno. En un par de minutos llegaron a una de las cantinas del recinto.

—Bajaros aquí y tomaros algo sin alcohol. En cuanto termine con el

general, vengo a buscaros e iremos a las dependencias que nos asignen.

—¡Sí mi capitán! —respondieron al unísono.

—No quiero líos.

—¡Sí mi capitán!

—No me refería a vosotros. Vigíladla a ella e impedid que se meta en problemas.



Recorrió con prontitud la distancia que la separaba de las oficinas de los altos cargos. Vio como habían construido una nueva ampliación. Según había oído, era para alojar a la creciente división Cibernética, que seguía aumentando en efectivos. Así como los chinos habían creado la “*Unidad 61398*” dedicada al espionaje cibernético, el gobierno israelí hacía años que había previsto la importancia de los ordenadores e Internet en los nuevos conflictos bélicos y se les había adelantado generando la *Unidad 8200* más comúnmente conocida como *Sigint*. Si Israel como país, era una potencia mundial en todo lo relativo a la seguridad informática, su ejército hacía años que estaba a la cabeza de utilización de dichos medios. Es más, después de las fuerzas aéreas, y la artillería, probablemente las siguientes partidas mejor dotadas económicamente iban a la División Cibernética. Era una de las principales preocupaciones del Jefe de Estado Mayor.

El gobierno había promovido que decenas de empresas públicas y privadas se trasladasen a una zona del desierto del Neguev, para crear una ciudad a la que se ha denominado “CyberSpank”. Su objetivo es que Israel sea la número uno a nivel mundial en ciberseguridad.

Elana dejó el vehículo en un aparcamiento para oficiales en la entrada del edificio y atravesó los diferentes controles para llegar al despacho del general. Su secretaria le dijo que estaba aguardando y que le recibiría de inmediato. La adusta mujer se comunicó con él por teléfono, mantuvo una breve conversación en voz baja y a los pocos segundos se levantó y le pidió que la acompañase. Le abrió la puerta y cuando Elana la atravesó la cerró detrás suya.

El despacho del general era más lujoso que el de su coronel. No solo era más grande, los muebles que lo formaban a pesar de ser modernos y funcionales denotaban que eran de materiales caros. El hombre se había levantado de su escritorio y acercándose a ella, le tendió la mano.

—Buenas tardes capitana Safadi —le dijo con una sonrisa que aunque estaba claro que no le había costado componerla, se apreciaba en ella cierto nivel de sinceridad.

—Buenas tardes mi general.

—¿Qué tal el viaje?

—Sin problemas. Lento por la cantidad de tráfico entre Tel Aviv y Haifa —le contestó en un tono mesurado.

—Enhorabuena por su última misión. Nos ha eliminado una fuente de problemas y ha capturado a un importante enemigo de nuestro país. Esperamos extraerle información importante en breve.

—Gracias general. Solo cumplo con mi deber.

—Siéntese por favor.

Le señaló uno de los cinco sofás de cuero que, situados en una de las esquinas del despacho, reservaba como área de descanso. Rodeaban una pequeña mesa sobre la que había un florero con *Kalanits* blancas. Él tomó asiento en el contiguo. Adoptó una pose relajada, invitándole a Elana a hacer lo mismo.

—Le voy a explicar de manera concisa en que consiste la misión que van a llevar a cabo. En principio no debiera haber riesgos ni ser problemática.

—Entonces señor, con todo el respeto del mundo —y haciendo una parada efectista continuó despacio—, ¿para que se ha solicitado que se encargue de ello a un comando del *Sayeret Matkal*?

—Ahora se lo explico. La ocurrencia no es mía —y en un tono que quería expresar confidencialidad añadió—, viene directamente de la calle *Balfour* y aunque al principio no la compartía, ahora no me parece tan descabellada la idea del primer ministro. Los americanos van a realizar una misión diplomática en dos países en los que tenemos importantes intereses: Georgia y Turquía. Nuestros agentes del *Mossad* en Washington informaron al responsable de Asuntos Exteriores en Tel Aviv, que decidió que si nuestros aliados iban a venir a esta zona del mundo, era mejor que los acompañásemos. De esta manera participábamos en las negociaciones y a poder ser las inclinábamos a favor de nuestro lado de la balanza. Solicitó a nuestro mandatario permiso para ponerse en contacto con su colega de Estados Unidos y este se lo dio. Añadió que debería ir protegido por un comando de élite, aunque sin decirlo. A todos los efectos seréis un grupo especializado en este tipo de misiones de las fuerzas especiales pertenecientes a la policía de esta ciudad.

—¿Y teniendo en cuenta las diferentes posibilidades por qué nosotros señor?

—Porque tuvieron a bien consultarme: De las personas de cierto rango que conozco tú eres la que mejor domina el ruso y el turco. No en vano acabas de volver de ahí. Y por supuesto el inglés. Además, nuestro primer ministro quiere mostrar la importancia de las mujeres en todas las profesiones del país. Y por favor no te lo tomes a mal, si además nuestra representante es guapa, mejor que mejor.

—¿Cuál será el papel de mi equipo? —preguntó Elana educadamente, sin hacer ningún comentario sobre la mención a su belleza.

—Seréis los guardaespaldas de nuestro representante en las negociaciones?

—¿Quééé?

—Lo sé. Lo sé. No consideras que un comando del *Sayeret Matkal* deba malgastarse en una misión de ese estilo.

—Exacto. Pensaba que en el peor de los casos, íbamos a ir por delante de la delegación, analizando y neutralizando posibles amenazas, no que estaríamos a su lado. Nosotros hacemos otro tipo de cosas —Elana no pudo contenerse y exclamó—. Para ser la niñera de un político seguro que puede dedicar a otros efectivos. Además, muchas de nuestras misiones son de infiltración, no debe exponernos de esta manera al público. Seguro que habrá representantes de televisión radio y prensa.

—Calma capitán —ordenó en un tono más alto el general— no va a ser una misión que queramos publicitar, y además la mayoría de la atención, la coparan nuestros colegas americanos. Usted debiera estar en un tercer plano por detrás de ellos y de los novatos que ha traído con usted.

—¿Hay algún motivo más? —no se acababa de creer del todo lo que le estaba contando.

—Es usted muy perspicaz —respondió el general mientras una irónica sonrisa volvía a su rostro—. La misión americana viene protegida por miembros del DSS. Es un cuerpo especializado en amenazas contraterroristas e investigaciones internacionales contra embajadores y delegados de su país. Nuestro verdadero motivo es que usted espíe sus métodos, tecnología y forma de actuar, por si hay algo que podamos aprender o adquirir.

Ahora entendía Elana a aquellos viejos e intrigantes zorros. Aparentemente iban a ir como amigos y acompañantes, pero en realidad mientras el diplomático hebreo iba con la misión de sacar el máximo partido a nivel de relaciones exteriores, su comando lo hacía para intentar aprender nuevas tácticas de otro cuerpo de élite. Una misión escondida dentro de otra misión.

—Lo mismo que nosotros vamos a analizar el DSS, ellos pueden estar tramando lo mismo.

—Puede, pero no lo creo. En su comando, la única experta en inteligencia militar y alto secreto es usted. Por eso hemos permitido que vaya acompañada de novatos. No debe contar a su equipo el objetivo que verdaderamente tiene USTED en esta misión.

A Elana le dolía que no considerasen a Arisbeth lo suficiente buena para confiar en ella. Ella pondría en sus manos su vida. En función del transcurso de la misión vería si era necesario contarle el verdadero fin de la misma.

—No me gusta engañar a la gente en la que deposito mi confianza... y mi vida.

—Dado que no les va a contar nada, en sentido estricto no les está engañando.

—¿Piensa usted lo mismo cuando el *Mossad* le aplica el mismo tratamiento?

A pesar de lo suave que le había hecho la pregunta y la sonrisa exquisita que le había dedicado, el rictus en el rostro del general le indicó que no le había gustado nada.

—Mañana a estas horas deben presentarse en este despacho para que les presente a los miembros de la delegación americana y a los de la nuestra. Hemos determinado ya el armamento y la indumentaria que llevarán, pero mañana a primera hora preséntense en el almacén número uno de esta base con el fin de verificar que todo esté en orden. Es necesario que lleven ropa de paisano para diferentes ocasiones, por lo que además de elegir armamento, deben probarse los diferentes trajes y vestidos para acertar con las tallas. Durante su viaje es plausible que participen en comidas y cenas de gala, por lo que es necesario que vayan acordes a cada ocasión. Piense en las veces que se ha tenido usted que infiltrar.

—A pesar de ello señor, cuando una piensa que ha visto de todo, aparece una nueva misión que consigue que me vuelva a sorprender.

—Nuestro mundo es cambiante capitana. Por cierto, como no tiene nada que hacer en todo el día, les doy permiso para visitar mañana Jerusalén. No se metan en líos y estén a la hora prevista en este despacho.

—Si señor —respondió Elana rememorando la frase que no hacía muchos minutos les había dicho a los componentes de su equipo.

## 19. Jerusalén

*Jerusalén, 18 de septiembre.*

Con el fin de aprovechar la jornada al máximo, se levantaron temprano, se asearon y tal y como les había ordenado el general, se presentaron en el almacén número uno donde les estaban esperando. A pesar de que Elana les había prevenido sobre el tema de la vestimenta, no dejaron de sorprenderse, sobre todo Arisbeth, cuando les hicieron probarse trajes de etiqueta a los hombres y a las mujeres vestidos de fiesta.

—Tened cuidado con devolver toda esta ropa tal y como os la lleváis —les dijo sonriendo la persona que les estaba atendiendo—. Cualquiera de las prendas vale mi sueldo de tres meses.

—No tengo claro que vamos a proteger con mayor celo —dijo Aaron dirigiéndose en voz baja a Elana, de tal forma que nadie más los escuchase—: si a los diplomáticos o a nuestra ropa.

—Tendremos que repartirnos los objetivos —le respondió con una sonrisa.

—Bueno chicos —dijo Arisbeth—. La capitana y yo nos vamos a dar una vuelta por el centro de Jerusalén. A la tarde nos vemos. Acercadnos por favor a la parada de autobús.

—¿Por qué no cogen el vehículo con el que hemos venido desde Haifa? —preguntó Otoniel.

—Porque no queremos llamar la atención. Queremos ir de civil y pasar desapercibidas. Esperadnos en el aparcamiento que vamos en un momento a cambiarnos. A la vuelta, también os llamaremos para que nos vayáis a buscar.

Aunque hacía meses que no iban a aquella ciudad, sagrada para tres de las religiones monoteístas más importantes del mundo, recordaban perfectamente que el medio de transporte público más rápido era el autobús. El viaje a través de los sesenta y cinco kilómetros, duraba unos cincuenta minutos.

En hacerlo en tren era muy lento, por lo que el gobierno estaba construyendo una nueva vía férrea que uniese las dos ciudades. Todavía faltaban un par de años para que estuviese terminada.

Hacía calor, y ambas se decidieron por unos sencillos vestidos estampados de flores que les hacía parecer aún más jóvenes. Se subieron al autobús y comenzaron a hablar de temas banales, comentando el paisaje que atravesaban. Nadie en el autobús hubiese creído cuál era su verdadera profesión.

En cincuenta minutos pudieron divisar la *Torre de David*, una antigua ciudadela erigida en el siglo II a.C. que a lo largo de su historia fue derruida y vuelta a construir en diversas ocasiones por diferentes civilizaciones. Está cercana a la *Puerta de Jaffa*, lugar de entrada a la ciudad antigua. Una vez que el autobús llegó a su destino continuaron su paseo a pie, recorriendo dentro de los muros de aquella zona, las calles ocupadas por cuatro culturas: cristiana, judía, armenia y musulmana.

Primero se acercaron a ver la *Puerta de los Leones*, para después cruzando *Vía Dolorosa* recorrer parte del camino de Jesucristo hacia su crucifixión. En esa calle eludieron a los infatigables mercaderes que de manera similar a como se venía haciendo desde hacía siglos querían atraerlas hacia el interior de su tienda con el fin de que adquiriesen alguno de sus productos.

A pesar de la insistencia de sus vendedores, Arisbeth que era la que iba por delante abriendo camino, no se dejó engatusar. Se estaba reservando para *Machane Yehudah*, el tradicional mercado al que llegaron en unos minutos y donde verdaderamente le gustaba pasear y realizar compras.

En cuanto llegaron, sus ojos marrones empezaron a brillar de la excitación que sentía al moverse por los dos pasillos principales de aquel colorido lugar. Elana, agarrada de su mano, iba prácticamente en volandas, arrastrada por el paso alegre y vivo que llevaba su hermana. Su risa contagiosa, hacía que las dos hermanas no parasen de disfrutar del ambiente.

Con la algarabía de sonidos producidos por los vendedores ondeando y alabando sus productos, los disparos de las cámaras de los innumerables turistas, el fuerte olor de las especias, frutas, flores y comida tradicional de diferentes culturas, todo ello adornado por colores vivos, hacía que el moverse entre los puestos fuese una experiencia que avivase a la vez todos sus sentidos.

Compraron *Pita* rellena de berenjena, carne de cordero y salsa de yogurt, algunos dátiles y *Halva* como dulce para postre. Se aposentaron en una barra y unos bancos altos de madera de los que disponía en la calle, uno de los pequeños bares que rodeaban el mercado. Pidieron un par de té para acompañar la comida.

—Hermana, hace demasiado tiempo desde la última vez que pasamos un día juntas disfrutando de esta manera —dijo con una sonrisa en la boca Arisbeth.

—Sí, trabajamos demasiado y venimos poco por aquí. Le damos demasiados días de nuestra vida a nuestro país.

—Tú por lo menos, en esas misiones a las que no me dejas acompañarte, ves otras culturas, otros países... Yo, nunca he salido de Israel —y un tono levemente triste y nostálgico acompañó sus palabras.

—¡Pues es algo que remediamos muy pronto! —exclamó en tono alegre

Elana no queriendo que el ánimo de su hermana decayese— Durante este viaje, vamos a visitar dos países que nos has visto. Además, yendo con diplomáticos, viajaremos a todo lujo. Hoteles caros, vestidos elegantes, comida de *gourmets*.

—¡Tienes razón! ¡No había pensado en los próximos días de esa manera!

—Y a la vuelta, una de las posibilidades que les he ofrecido a nuestros tíos es viajar a Chipre. Si tú prefieres otro país y les convences, a donde queráis. Por mí, ¡encantada! A este paso, no nos vamos a gastar nunca el dinero que ganamos.

Para terminar de comer la *Halva* pidieron un par de té más. En el momento en el que el camarero se les acercaba, un grupo de cuatro jóvenes de su misma edad, bien vestidos, les abordaron.

—¡Camarero! ¡Haznos un sitio junto a estas jóvenes! Y no te preocupes, ¡que te vamos a hacer gasto!

—Por favor, no molesten a las señoras —les respondió el camarero, en un tono educado casi implorando, no queriendo tener problemas en su local.

—¡Obedece y calla! —dijo uno de ellos despectivamente.

Viendo la situación, las dos hermanas dejaron su comida sobre la barra, se bajaron de sus sillas y adquirieron posición de combate. No pensaban ser las que comenzasen la pelea, pero si las que la terminasen. Dos de los jóvenes del grupo que habían servido en el ejército, se percataron rápidamente de la situación cuando vieron cómo se cubrían la una a la otra y sobre todo cuando miraron aquellos ojos. Los dos pares brillaban y no era de miedo. Era de ganas de entrar en acción.

—¡Ashir! ¡Ven aquí! —exclamó uno de los acompañantes del que se había dirigido de malas maneras al camarero mientras le agarraba de un brazo y tiraba del él hacia atrás.

—¿Qué quieres?

—Esta pelea no la ganaremos —le dijo en un susurro, arrimando la boca a su oreja—. Por muy guapas que sean, son peligrosas. Mira sus ojos. Están deseando que avances un paso más. He visto esas posiciones de combate en los instructores de lucha que me dieron alguna clase de defensa personal cuando cumplí con el servicio militar. Yo no me enfrentaré a ellas. Te quedas solo.

El orgullo del tal Ashir, hizo que en un primer momento, se desprendiese del agarre de su compañero e hiciese mención de decir algo más, pero ni iba tan bebido, ni era tan estúpido. Al ver a sus amigos retroceder y cuando siguiendo las indicaciones de su amigo, miró aquellos ojos y la formación de defensa de las dos hermanas comprendió que era mejor alejarse de aquel lugar.

Cuando se marcharon, ambas mujeres volvieron a la barra y al terminar la comida, le dejaron una buena propina al camarero, por el mal rato que había

pasado.

No dejaron pasar por alto la visita al *Muro de las Lamentaciones*, probablemente el lugar más sagrado de su religión, vestigio del antiguo *Templo de Salomón*. Su nombre provenía de cuando el general romano Tito, dejó en pie esa pared del templo como triste recuerdo de que Judea, había sido vencida por Roma.

A la vuelta y de camino a la parada de autobús, Arisbeth se detuvo a la entrada de una de las tiendas. Un vestido le había llamado la atención.

—¿Qué te parece? ¿Crees que le gustara a mamá?

—Es precioso. Le encantará. Además, no sé qué don tienes que siempre aciertas con tus regalos —le respondió guiñándole un ojo mientras esbozaba una sonrisa.



Cinco minutos antes de la hora acordada, los cuatro miembros del *Sayeret Matkal*, se encontraban a escasos pasos de las puertas de la sala de juntas que les había mencionado el general. Estaba ubicada al otro lado del corredor de su despacho. Montando guardia, había un par de impertérritos soldados armados de fusiles de asalto israelí *Tavor* también conocidos por su nombre técnico como *TAR-21*. Elana se identificó ante uno de ellos, que después de decirle que aguardara, se introdujo en el interior de la sala. Al cabo de unos segundos salió y les comunicó que podían pasar.

Era una amplia sala en cuyo centro había una enorme mesa de reuniones a la que se podían sentar unas veinte personas cómodamente. Debía ser, donde el general con su equipo planificaba la estrategia a seguir en sus diferentes actuaciones. Dentro se encontraban ya el general, y tres personas más, todas ellas de pie cerca de una de las cabeceras de la mesa. Elana a pesar de la distancia pudo apreciar que estaban degustando un *Yarden Syrah*. El vino de una las bodegas de los Altos del Golán más internacionalmente conocidas: *Golan Heights Winery*. Ganadora de múltiples premios internacionales, se vanagloriaba principalmente de dos cosas: de tener unos terrenos y climatología similares a los de *Burdeos* o la *Toscana*; y de producir sus vinos al más puro *Kosher*, siguiendo las *Leyes del Kashrut*, que le fueron entregadas a Moisés en el Monte Sinaí.

Un hombre entrado en años que debía ser el embajador designado para la misión y dos personas entre treinta y cuarenta, que debían ser sus ayudantes. Una era una mujer que aunque no era guapa según los cánones de belleza actuales, resultaba atractiva. Era alta, rubia y sabía sacarle partido a su forma de vestir y arreglarse. El otro era un varón con planta de ejecutivo que se mantenía

cercano al de mayor edad.

Cercano a la puerta y procurando pasar desapercibido, estaba un hombre de estatura mediana y ojillos inteligentes, con el rango de teniente. Debía ser algún asesor personal del general. Ghozlan con un gesto cordial de saludo, les indicó que se acercasen. Al llegar a su altura tomó la palabra.

— ¡*Erew tow!* Esperamos que los integrantes del equipo americano lleguen en unos minutos. Me acaban de llamar desde el puesto de seguridad de la entrada al recinto para autorizar su paso. Si no les importa, aprovecharemos para conocer nuestros nombres. Les presento a la delegación del *Misrad HaHutz*. El responsable máximo de la misma Hiram Abentovi, su secretaria Saula Louk y su asesor adjunto Abian Plache. Por favor acérquense y les voy presentando mientras toman un vino con nosotros. Sírvanse ustedes mismos por favor.

Conforme los iba nombrado, los miembros de la delegación diplomática iban inclinando la cabeza ligeramente como saludo. A continuación, el general pasó a mencionar los nombres de los miembros del comando.

—Si esto fuese una misión de protección de unas pocas horas, no sería necesario presentarles a estos soldados, pero como van a convivir varios días juntos es necesario que se conozcan lo suficiente. La capitana Elana, la cabo Arisbeth y los soldados Aaron y Otoniel. Durante el viaje ellos no utilizarán sus nombres verdaderos. A la capitana se lo ocurrirá un nombre en clave para cuando estén en público.

Devolviendo el saludo de la misma manera, ahora fueron los soldados los que inclinaron levemente la cabeza conforme les iban mencionando. El general no consideró necesario presentar al teniente situado junto a la puerta.

—Antes de que lleguen los americanos a esta sala, mencionaremos un par de aspectos que les deben quedar claros a todos ustedes. En las situaciones de diplomacia, seguirán las indicaciones del señor Abentovi. En situaciones relacionadas con la seguridad del grupo, todo el mundo acatará las instrucciones de la capitana Elena. En posibles situaciones de conflicto de a quién de los dos obedecer, siempre, y recalco siempre, seguirán las ordenes de la capitana. Es por su seguridad. ¿Algún problema señor Abentovi?

—En absoluto. Me han hablado muy bien de la señorita Safadi. Según me he informado estamos en buenas manos.

—En las mejores. Se lo aseguro —aseveró el general.

Así como Elana durante el transcurso de la última parte de la conversación, se había mostrado indiferente manteniendo una postura recta y marcial, más propia de un desfile, su hermana y sus soldados, aunque intentasen disimular, no podían evitar el que se les notase la satisfacción que irradiaban al saber que su capitana estaba al mando.

Antes de que ninguno de los presentes tomase de nuevo la palabra, se oyó que alguien llamaba con los nudillos a la puerta solicitando permiso para entrar. El teniente se movió con celeridad, la abrió y dio paso a uno de los guardas que vigilaban el despacho.

—Señor —dijo dirigiéndose con un tono de voz discreta al teniente. Ha llegado la delegación americana que estaban esperando.

—Hágalos pasar —le ordenó el oficial con una voz carente de tonalidades.

—¡Sí señor! —y retirándose ambos de la puerta y abriéndola de par en par hicieron señas a las personas del otro lado para que entrasen.

Aparecieron en la sala nueve personas, vestidas todas ellas elegantemente. Por su fisonomía, su indumentaria, manera de moverse y actitud, era claro determinar cuáles eran los cinco miembros del DSS. Ninguno de ellos era mujer, aspecto que a Elana le pareció raro.

Últimamente en todos los actos públicos que se llevaban a cabo en Estados Unidos y aunque fuesen miembros de un equipo de seguridad, siempre había una representación femenina de cada una de las organizaciones presentes. El último presidente se había tomado aquel tema a nivel personal por consejo de sus asesores más cercanos. Los otros cuatro individuos eran los integrantes de la parte diplomática. Allí tampoco había mujeres.

—¡Buenas tardes! ¡Acérquense por favor! —les indicó el general con el mismo tono educado con el que había recibido al grupo de Elana.

Había pasado a expresarse en inglés, idioma que todos los israelíes presentes en esa sala hablaban a la perfección.

—¡*Schalom!* —exclamó en hebreo el de más edad de los americanos, queriendo parecer simpático— Mi nombre es Henry Peterson y soy el responsable de esta misión diplomática por parte de los Estados Unidos.

—¡*Schalom!* —le correspondieron los judíos.

El general volvió a presentar a los israelíes, aunque en el caso de los soldados no mencionó el rango de cada uno, y Henry a su vez, a los miembros de su delegación. Así como entre los miembros del equipo israelí se transmitía igualdad y cercanía, en el americano había un claro distanciamiento entre sus dos líderes y los hombres a su cargo. Henry y Bryson destacaban, y el resto de su personal permanecía ligeramente apartado, cediéndoles todo el protagonismo.

Elana centró su atención en el responsable de los hombres de la DSS, debido a que él no les quitaba ojo, ni a su hermana, ni a ella. Y no le pareció que se debiese a motivos estrictamente profesionales. Aunque memorizó cada uno de los datos que Henry mencionó, ella memorizó especialmente el nombre de aquel hombre: Bryson Ward.

Durante una hora, los representantes de ambas partes, principalmente los

dos diplomáticos y en menor medida el general, intercambiaron su punto de vista sobre los objetivos de la misión y la ruta a seguir durante el viaje. Quedó claro que, aunque viajaban juntos utilizando la misma logística de transporte y alojamiento en los países destino, cada equipo de seguridad y debido al uso de métodos y procedimientos diferentes, se iban a encargar de proteger y vigilar a las delegaciones de sus países.

Cuando nadie hizo más preguntas, Ghozlan dio por terminada la reunión. Al abandonar la sala y recorriendo el pasillo de camino a la salida, Bryson se las arregló para acercarse a Elana.

—¿Señora? —le dijo en voz baja para que nadie más les oyese.

—Dígame.

—Con la cantidad de tiempo que vamos a pasar juntos es mejor que nos tuteemos. Llámame Bryson.

—Como prefieras Bryson. ¿Qué quieres?

—Es la primera vez que vengo a Tel Aviv y no conozco a nadie, ¿Tu amiga y tú me podías acompañar esta noche a recorrer la ciudad? Podemos aprovechar para conocernos mejor y establecer algún tipo de estrategia conjunta —dijo guiñándole un ojo.

Aquel hombre no le había causado buena sensación desde que lo había visto en aquella sala. A su hermana y a ella las desnudaba con la mirada. Probablemente estaba acostumbrado a que, por su físico, su forma de vestir y sus probables influencias, un determinado tipo de mujer, allí en su país cayese en sus redes con facilidad. Todavía no conocía lo bueno que era realizando su trabajo, pero compartir con él el viaje iba a resultar muy pesado. Se temía, que en un momento dado tendría que pararle los pies.

—Estaría encantada —dijo disimulando su aversión, pero llevo dos días viajando sin parar y mañana seguimos con la misma racha, por lo que prefiero emplear la noche de hoy en dormir profundamente. Mi compañera —dijo con un leve toque de ironía en su voz, mientras le mostraba una radiante sonrisa—, tampoco creo que esta noche tenga ganas de salir a “dar una vuelta”. Por cierto, no se le ocurra intentar “ligar” con ella como si estuviese en su tierra. Al último americano que lo intentó, lo mandó al hospital.

—No estará usted..., ¿intentando protegerla?

—No, le estoy intentando proteger a usted.

## 20. Despliegue

*Tiflis, 18 de septiembre.*

Gracias a la información que habían recibido, contaban con tiempo de sobra para acercarse a Tiflis y preparar en detalle su misión. Habían decidido separarse y llegar a la capital de Georgia por dos rutas diferentes. Los rusos irían conduciendo el *Mercedes GLS400*, simulando la típica excursión de varios días en la que iban a tomarse unas veladas de juerga. Era frecuente ver a personas de esta nacionalidad que residían en Armenia, volver a ver a sus familiares de Georgia o a pasar unos días en su lugar de nacimiento. Era una de las consecuencias de la escisión de la antigua URSS.

La distancia entre capitales era de doscientos noventa kilómetros y a pesar de que había tramos de autopista como la M4 y M6, se tardaba unas cinco horas en llegar desde una ciudad a otra. No tenían ningún problema con los plazos de tiempo, aprovecharían para ir preparando su encargo.

Los otros dos integrantes del grupo, los musulmanes, iban a seguir otra ruta más apropiada para ellos, aunque tardasen más tiempo. Una diferencia adicional de dos horas no significaba nada en su plan. Ellos cogerían dos vuelos. Debido a la escasa distancia existente entre Erevan y Tiflis, no era frecuente la existencia de vuelos directos.

El primero les llevaría desde el *Aeropuerto Internacional de Zvartnots* al *Aeropuerto Internacional de Dubai*, con la compañía aérea FlyDubai en aproximadamente una hora y diez minutos. En Dubai les tocaría esperar unas tres horas, antes de subirse a otro vuelo con destino el *Aeropuerto Internacional de Novo Alexeyevka*. Todavía y a pesar de los años transcurridos, se seguía utilizando el viejo nombre que se le asignó durante la dominación rusa. En total, y si no había retrasos, el traslado les llevaría siete horas, un par más que el trayecto por carretera.

Fieles a sus hábitos de intentar pasar desapercibidos, habían reservado habitaciones en tres hoteles baratos de una zona de clase media de Tiflis donde era habitual ver entrar y salir huéspedes de todo tipo de culturas y fines. Desde comerciales griegos con bajo presupuesto para el alojamiento a turistas occidentales con mochilas al hombro.

Lukyan y Vladimir, se alojarían en una habitación doble en uno de los hoteles, Khalid y Bassem en otro y Sergei en solitario en un tercero. Para comunicarse, utilizarían los nuevos teléfonos de prepago que habían adquirido

para realizar aquel encargo.

—¿Jefe? —llamó Bassem andando por la terminal y antes de coger el taxi de camino a su alojamiento.

—¿Sí? —mientras durase la misión utilizarían el árabe para comunicarse y lo menos posible sus auténticos nombres en público o cuando hubiese posibilidades de interceptación de las comunicaciones.

—Hemos aterrizado en el aeropuerto y cogido un taxi, en unos veinte minutos estaremos en la ciudad.

—Bienvenidos. Dirigíos en cuanto podáis al restaurante en el que hemos quedado para cenar.

—Ok. En un rato nos vemos.

En cuarenta minutos estaban todos juntos en un pequeño reservado de un humilde restaurante decorado con cuadros de motivos florales y mesas rústicas de madera. Lo habían seleccionado previamente a su salida de Erevan.

Llevaban puestos diferentes gorras que ocultaban su pelo y hacían más complicada su identificación. También llevaban gafas de sol, incluso en locales con escasa iluminación. Los rusos, se habían dejado de afeitarse desde que habían aceptado el encargo. A los musulmanes no les hacía falta. Lucían pobladas barbas con el corte típico de los radicales del islam. Era una de las pocas tradiciones que habían mantenido desde que habían desertado de la organización terrorista.

—¿Habéis tenido algún incidente o problema en el avión o en las aduanas? —preguntó Lukyan cuando todos estuvieron sentados a la mesa

—Ninguno, cuando viajas en *Bussiness*, los empleados de la compañía aérea y del aeropuerto te miran de otra manera. —respondió con una sonrisa Bassem.

—Vosotros disfrutando de buen servicio de guapas azafatas, mientras nosotros recorríamos esas carreteras llenas de polvo y arena. A la vuelta cambiamos los papeles —repuso Vladimir más en broma que en serio.

En esos momentos se acercó a la mesa un camarero del local. Viendo que eran un grupo de gente peligrosa se dirigió a ellos con palabras amables.

—¿Qué desean los señores?

—Dejadme pedir a mí —dijo Vladimir a sus compañeros—. Sácanos una bandeja de *khachapuri*, un par de platos de *lobio tkemali*, dos de *khinkali* y de postre otros dos de *gozinake*. Si nos quedamos con hambre, ya te pediremos algo más. Para beber nos traes un par de botellas de *Kakheti*, una de *chacha* y otro par de agua fría.

—¿Qué has pedido? —le preguntó enarcando una ceja Bassem, que entre gustos personales y creencias religiosas, era muy especial para la comida.

—Tranquilo. Salvo el *Kakheti*, que es vino y la *chacha* que es grappa y por supuesto tienen alcohol, todo lo demás lo puedes tomar sin miedo. El *khachapuri*, es un pan relleno de queso fundido. Las *lobio tkemali* son unas judías rojas con salsa de ciruelas. Los *khinkali* son unas bolas de masa hervida, rellenas de carne con especias. Para terminar los *gozinake* son nueces caramelizadas. Si el cocinero es bueno, nos vamos a chupar los dedos.

—Bueno, al grano —manifestó Lukyan— según las instrucciones de nuestros contratistas, tenemos que ir a las once de la noche a la discoteca *Paradise* y preguntar por Gurgen. Él nos informará de los siguientes pasos a seguir.

Estuvieron disfrutando de la cena y de un buen café, dejando pasar tranquilamente el tiempo hasta la hora del encuentro. A pesar de lo modesto del local, servían buena comida. Señal clara de ello, era que estaba abarrotado.

A falta de media hora para la cita abandonaron el lugar, tras haber dado una buena propina al dueño, y se encaminaron a un par de calles más allá donde habían aparcado una furgoneta alquilada. El *Mercedes* lo habían dejado en el aparcamiento vigilado de la estación de tren y elegido un vehículo que llamase menos la atención.

Lucía la profunda oscuridad de una noche sin pequeñas lágrimas doradas en el cielo. Tras un breve recorrido por las desiertas calles de la ciudad, llegaron a su destino y dejaron la furgoneta alejada de la puerta principal de la discoteca.

Se dividieron en tres grupos y se dispusieron a entrar en el local colocándose en diferentes posiciones de la fila, de igual manera que el resto de los clientes que había en la entrada. Dos enormes individuos evitaban que entrase gente no deseada.

Una vez en su interior, Khalid se dirigió a una barra de las varias existentes, desde la cual tenía una visión casi completa de la sala. Bassem se colocó en otra y Sergei se ubicó en la salida trasera. Lukyan y Vladimir se acercaron al que parecía ser el relaciones públicas del garito. Era un hombre alto y bien parecido de unos treinta años de edad. No paraba de ir de grupo en grupo con una sonrisa de anuncio de dentífrico en la boca.

—Hola —le dijo Lukyan, deteniéndole en su camino por la sala, mientras el hombre miraba su cara intentando averiguar si lo conocía de anteriores ocasiones.

—¿Qué queréis? —preguntó en tono precavido a aquellos dos individuos que su experiencia le decía a gritos que eran peligrosos.

—Hemos quedado con Gurgen. Seguro que es buen cliente y le conoces. Nos ha dicho que estaría por aquí esperándonos.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó.

—Eso no es de tu incumbencia, llévanos a donde se encuentre —le ordenó mientras le ponía discretamente en su mano un par de billetes.

Aunque hizo un ligero ademán de seguir haciendo preguntas, la mirada de aquellos hombres le mostró claramente que se estaba metiendo en terreno pantanoso, por lo que abandonando su actitud les hizo un gesto con su muñeca llena de pulseras para que lo siguieran.

Bajo la atenta mirada del resto de los miembros de la banda, se internaron en un estrecho corredor a cuyos lados se hallaban las puertas de lo que debían ser reservados para fiestas más privadas.

—Pasen señores. Siéntanse libre de pedirnos *cualquier cosa* que necesiten —pronunció las palabras en un tono meloso y servil que dotaba de un amplio rango de posibles servicios las palabras que había pronunciado. Estaba claro que aquella era una habitación especial.

Mientras abría la puerta y les proponía pasar, pudieron contemplar una gran sala con espejos en las paredes y el techo, con luces de neón estroboscópicas que distorsionaban y ampliaban lo contenido en su interior. Contra los tabiques estaban apoyados una serie de amplios y aparentemente mullidos sofás repletos de cojines.

Delante de ellos, se podían contemplar mesas de cristal con copas de vidrio de diferentes colores. Era imposible averiguar el contenido de las mismas, pero no parecía que fuesen los licores normales y corrientes que se venden en las tiendas.

Pequeños montoncitos de polvo blanco y pastillas indicaban que no solo combinados de licores extraños se ingerían en aquel lugar. No había guardaespaldas, ni guardas de seguridad. Por lo visto, consideraban que las medidas del exterior eran suficientes para que nadie no deseado penetrase en su interior.

En el sofá del centro, con cabida para unas seis personas, había tres bellezas semidesnudas encima de un individuo de unos cincuenta años, de baja estatura, gordo y con pinta de no haber hecho deporte en toda su vida.

Lukyan le hizo una seña a Vladimir para que se acercasen despacio sin llamar la atención. Cuando estaban a unos dos metros de distancia, una rubia platino se dio cuenta de su presencia, pegó un chillido llamando la atención de su cliente, haciéndole girar el rostro en dirección a los recién llegados.

—¿Esperas visita? —dijo con la voz deformada por el exceso de alcohol.

—¿Eh? ¿Quiénes sois? —preguntó apartando a una morena que tenía encima.

—Somos quienes estabas esperando. Los que te pagan todo esto —le respondió con voz lenta, alta y firme para que sus palabras penetrasen la bruma

que cubrían sus ojos.

—¡Largaros! ¡Largaros! —les gritó a sus acompañantes apartándolas de su lado— Cuando termine os llamaré de nuevo para continuar con nuestra fiesta.

Las jóvenes recogieron sus ropas, dos de ellas algo de la droga de encima de las mesas y la tercera un par de copas de aquellos licores, y contorneándose despacio sobre sus elevados tacones delante de los dos rusos, abandonaron despacio la habitación.

Vladimir retrocedió para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada y durante un par de minutos junto con Lukyan revisaron la habitación en busca de cámaras y micrófonos. Encontraron un par de ellos y los inutilizaron.

—Espero que no les hayas contado muchos secretos a esas —le espetó Lukyan enseñándole los dispositivos electrónicos y viendo como un rictus de sorpresa asomaba a su rostro.

—¡Malditos sinvergüenzas!

—Después rellenas el libro de reclamaciones —repuso Vladimir con sorna.

Se acercaron al sofá donde estaba el hombrecillo y se sentaron uno a cada lado de manera amenazadora.

—Nos han dicho que vengamos a verte —dijo Lukyan dejando un abultado sobre lleno de billetes de cien dólares encima de la mesa.

—Tengo todo preparado —pronunció con voz pastosa. El hecho de ver todo aquel dinero, le había espabilado bastante el cerebro. Sacando una llave de seguridad de uno de los bolsillos de sus pantalones se la entregó—. Abre un solitario y amplio almacén situado en el número 21 de la calle *Atotsi*. Dentro tienen todo lo necesario para estar cómodos mientras dure su misión: camas, comida, bebidas, disfraces, armas, ordenadores y planos detallados de la ruta que va a seguir el convoy durante su visita a Tiflis. Mañana llegarán al almacén sobre las doce del mediodía cuatro hombres que se pondrán a su servicio. Son hombres duros, capaces de cualquier cosa que ustedes les pidan.

—No importa lo duros que sean en las calles, ¿tienen preparación militar? —preguntó Vladimir muy serio.

—Dos de ellos sí, los otros dos lo desconozco.

—Tenga —le dijo Lukyan mientras sacaba un móvil de su bolsillo y se lo entregaba. Era de teclado de plástico, sin pantalla táctil y sin ningún tipo de aplicación. De tecnología *GSM*—. Es de prepago y prácticamente indetectable. Lo utilizaremos para comunicarnos. Solo lo imprescindible.

Y sin más explicaciones se levantaron y abandonaron aquella habitación. Conforme fueron saliendo del local y acercándose a la furgoneta, el resto del equipo que les estaba cubriendo las espaldas se les fue uniendo.

—¿Qué tal ha ido? —les preguntó Bassem.

—Bien, sin problemas. Según el degenerado de nuestro contacto, tenemos todo preparado en un local que nos ha acondicionado. Vayamos a nuestros hoteles. Mañana nos levantamos temprano y vamos a verificar que tengamos todo lo necesario.

## 21. Tiflis

*Tiflis, 19 de septiembre.*

A la mañana siguiente ambas delegaciones se juntaron en un hangar reservado en el *Aeropuerto Ben Gurión* para el avión que habían traído los americanos para realizar el viaje: un *Gulfstream G650*. El modelo tope de gama en cuanto a plazas y acondicionamiento de la compañía aeronáutica radicada en Savannah.

“Estos americanos siempre tienen que manejarlo todo a lo grande” — pensó Elana y después recapacitando continuó—. “Quizás lo hagan con un doble sentido. Savannah está en el estado de USA con el mismo nombre que el país que vamos a visitar: Georgia.”

Personal al cargo del general había trasladado las ropas y el equipamiento que iban a utilizar en unos robustos contenedores del doble de tamaño de una maleta grande de viaje.

Los soldados habían dormido en el cuartel, los diplomáticos israelíes cada uno en su casa dado que vivían en aquella ciudad. Los americanos tenían reservadas varias suites en la planta noble como no, del *Hotel Carlton*. Elana apreció visualmente que tanto Henry como Bryson, tenían cara de no haber dormido mucho. Por lo visto, tal y como le había dicho el agente americano, al menos uno de los dos había salido a intentar aprovechar la noche. Esperaba que esa no fuese la tónica reinante durante el viaje.

Los miembros de la delegación israelí, lucían impecables trajes oscuros e incluso sus soldados, intentaban estar a la altura, a pesar de lo extraño que se les hacía estar enfundados en aquella ropa más propia de ejecutivos. Estaban excesivamente acostumbrados a la comodidad de sus uniformes militares.

Cuando todo el equipaje estuvo depositado en la bodega del avión, se dispusieron a subir al mismo. Bryson como la tarde anterior se las arregló para llegar a la escalera a la vez que Elana.

—Tenías que haber contemplador el amanecer desde la piscina de la terraza del *Carlton*. A esas horas el cielo está despejado y un baño te aclara las ideas. La vista del puerto deportivo es espectacular —le comentó Bryson en voz baja.

—Cuando ya has estado varias veces prefieres la vista que se aprecia desde el *Hilton* —viendo la cara de sorpresa que apareció en su rostro añadió guiñándole un ojo— Además, es más íntimo.

Como había temido, el americano iba a ser pertinaz en perseguirla durante el viaje. Una vez acomodados todos en la lujosa carlinga, el piloto pidió permiso a la torre de control para poder despegar. Al cabo de unos minutos abandonaron el aeropuerto.

Un vuelo comercial de *Georgian Airways* tardaba unas dos horas y media en recorrer los casi mil cuatrocientos kilómetros que separaban ambas ciudades. O mucho se equivocaba Elana o ellos rebajarían en media hora aquel tiempo.

Para aprovechar el vuelo, se dispuso a estudiar a los diferentes ocupantes. Sus gestos, sus costumbres, sus tics nerviosos y cualquier cosa que le pudiese suministrar algo de información sobre sus acompañantes.

Los miembros de los equipos de seguridad, habían separado el espacio que ocupaban por medio de una línea invisible. A un lado y cercanos a la cabina del piloto, los americanos, en el otro los israelís. Los diplomáticos y sus ayudantes ocupaban el centro del avión.

Nada más acomodarse en su sitio, Bryson se había acercado a un mini bar de lujo en la parte trasera, perfectamente equipado con todo tipo de bebidas, y había preparado un par de zumos de tomates con un dedo de vodka. Al pasar a su lado Elana no pudo resistirse.

—“Noches de artistas..., mañanas de payasos”. Aunque veo que usted procura mejorarlas a base de *Bloody Marys*.

—Hay que aprovecharse de los extras que te brindan las misiones.

Se dirigió hasta donde estaba Henry y depositó un vaso en su mano. Para Elana, había quedado claro que el diplomático y su jefe de seguridad compartían algo más que el trabajo, y que aquella no era la primera vez que viajaban juntos.

Le extrañó, ya que según la documentación que había leído, la DSS tenía suficientes hombres como para hacerlos rotar y preferían cambiarlos en cada misión. Con el paso de los años, habían visto que pese a las ventajas de que los guardaespaldas conociesen a las personas que protegían, en ocasiones eso les hacía intimar demasiado y relajarse. Era más eficiente y seguro que mantuviesen las distancias.

Los integrantes de ambos equipos de seguridad, repasaron las rutas que iban a seguir, principalmente en el interior de las ciudades, y a pesar de que entendían que el viaje no era especialmente peligroso, prefirieron no confiarse. Los componentes de los cuerpos diplomáticos se pusieron a preparar conjuntamente los acuerdos a los que querían llegar.

Elana junto con su equipo, estaba sentada en torno a una mesa de lujosa madera y debido a la presencia de los novatos, decidió aprovechar el viaje para darles instrucciones.

—Nos hemos repartido las posiciones dentro del convoy que recorrerá las

calles de Tiflis. Los americanos como era de esperar irán delante.

—¿No es más seguro ir detrás? —preguntó Aaron recordando la formación recibida— El vehículo que va por delante, ¿no actúa de “*liebre*”?

—En general sí, pero depende de muchos factores —explicó la capitana—: del número de vehículos, de las calles a atravesar, etc. En este caso el convoy será numeroso. Por delante irán cuatro motoristas y dos vehículos de la policía de Tiflis, otros dos coches con la delegación americana y a continuación nosotros en otros dos. Detrás nuestra, una formación de la policía georgiana en formación simétrica a la que va por delante. Dos coches y cuatro motos.

—¿En qué tipo de transporte nos moveremos por carretera? —preguntó Arisbeth.

—Los americanos y nosotros en *Chevrolet Suburban LTZ*. El hecho de que los servicios secretos de Estados Unidos las utilicen y de que hayan aparecido en infinidad de películas de cine, ha hecho que se hagan tremendamente populares. La mayoría de los gobiernos las han adquirido. Disponen de tres filas de asientos con capacidad para nueve personas y son muy espaciaosas. Me imagino que, como la mayoría de las dedicadas a servir de escolta, tendrán modificaciones de blindaje y potencia de motor. Quiero que os fijéis detenidamente en su disposición interna, cierres de puertas, blindaje por zonas, bloqueos y visibilidad desde todos los ángulos. Si vemos algún detalle en los vehículos que no nos gusta, lo compartimos de inmediato.

—Capitana, ¿qué formación vamos a utilizar en el interior y en el exterior de los monovolumenes? —inquirió Otoniel.

—Lo primero, a partir de este momento cuando estemos fuera de un entorno seguro, tendremos nombres en clave. Aaron serás *Magen1*, Otoniel serás *Magen2*, Arisbeth serás *Magen3*, y yo seré *Magen4*.

—Muy apropiado lo de utilizar la denominación de “*escudo*” —repuso Arisbeth sonriendo—. Aunque se me va a hacer extraño pasar de *Caza3* a *Magen3*. Me gusta más la primera palabra.

—Mientras estemos dentro de los *Suburban*, utilizaremos la siguiente formación: *Magen2* y *Magen3* con los dos asistentes de Hiram en el vehículo delantero. En el blindado trasero Hiram con *Magen1* y conmigo. Cada uno de nosotros iremos en una fila de asientos distinta y en un lado del vehículo diferente. Nos posicionaremos en los laterales: uno a la derecha y otro a la izquierda. Los diplomáticos se sentarán siempre en los asientos centrales.

—¿Cuándo estemos fuera de los vehículos? —preguntó Otoniel.

—Los escoltas americanos utilizarán la formación típica en rombo cubriendo a sus diplomáticos. Nosotros utilizaremos la misma que el servicio de seguridad del Papa: formación en rectángulo.

—¿Por qué?

—Porque si alguien piensa atacarnos, le complicaremos la estrategia a seguir al diferenciarnos del otro equipo. Además, permite cubrir más ángulos de visión. La *Guardia Suiza* lo tiene muy estudiado.



Habían aterrizado sin problemas en una zona reservada del *Aeropuerto Internacional de Tiflis*, donde una delegación del gobierno georgiano les estaba esperando. No se había invitado a los medios de comunicación. Después de unos breves saludos y de las fotos de rigor, se dirigieron hacia los *Suburban*, adoptando la formación que habían comentado durante el viaje.

Durante el trayecto, Elana aprovechó para acercarse al diplomático y en un momento en que estuvieron separados del resto, le informó en un susurro sobre los nombres en clave que ellos iban a utilizar durante su estancia en Georgia.

Aaron se sentó en la fila de atrás del blindado, mientras Elana lo hizo en la fila de en medio junto a Hiram. Ambos iban armados con fusiles de asalto *TAR-21* y pistolas *Glock*. Se habían puesto gafas de sol con los cristales muy tintados. Nada más acomodarse, empezaron a rastrear visualmente todo su entorno.

Como desde el comienzo del viaje, Hiram había estado prestando su atención al general y después a su homónimo de Estados Unidos, no había tenido tiempo de intercambiar con Elana más palabras que las de los breves saludos de rigor. Al estar junto a la joven y tener un rato disponible antes de la audiencia con el presidente, decidió ser cortés y entablar conversación con ella.

—¿Ha estado anteriormente en Georgia?

—Mejor que hablemos en hebreo. Es probable que estén grabando nuestra conversación en todo momento. Piense que estamos sentados en sus vehículos.

—¿No le parece que exagera?

—Es lo que haríamos nosotros. Y respondiendo a su pregunta: no. No estado nunca en este país, solo conozco de Georgia la documentación que nos han pasado.

—¿Cree que corremos peligro? —le preguntó Otoniel.

—No lo sé. Pero prefiero pensar que sí, estar preparada y que no ocurra nada, a todo lo contrario. Soy la responsable de todos nosotros.

—¿Y es tan buena como dicen?

Elana le seguía la conversación, sin quitar ojo de la carretera y de todo lo que les rodeaba. Tenía que pensar en que cualquiera podía ser su enemigo y que podía estar colocado en cualquier sitio. Desde una de las ventanas de los edificios que los rodeaban, se podía disparar un *RPG* o podía estar acechando un francotirador.

En una capital con tantos edificios, las posibilidades eran muchas. Paró de observar su entorno y durante unos segundos miró fijamente al diplomático que había quedado a la espera de su respuesta.

—Espero serlo. Mi especialidad es más la infiltración y el ataque que la protección. No suelo ejercer de guardaespaldas, suelo ser la que los elimino.

Hiram vio que aquellos ojos negros y profundos como una noche sin estrellas le decían la verdad. Estaba ante una depredadora. Hasta ese momento, el hecho de que en el grupo de protección hubiese dos mujeres, le había parecido que tenía un valor más relacionado con la imagen del nuevo Israel que con que se tomasen en serio las posibles amenazas. Aquella mirada le dijo mucho más que cualquier explicación de las que había recibido del general cuando este le aseguró que estaban en buenas manos.

—¿Y la cabo?

—Es mi hermana y es mucho más peligrosa que yo. No quisiera tener a ninguna otra persona vigilando mi espalda.

## 22. Diplomacia caucásica

*Tiflis, 19 de septiembre.*

Después de aquella respuesta, el diplomático se sumió en un silencio reflexivo. Elana no dejaba de analizar todo lo que se encontraban en su recorrido, mientras pensaba sobre aquella ciudad. Como tantas otras de esa zona del mundo, su historia había estado plagada de conflictos. En una de sus excavaciones se habían encontrado asentamientos humanos del año 4000 a.c., aunque la ciudad actual fue fundada en ambas orillas del río Kurá, en los distritos que hoy se conocían como Abanotubani y Metekhi, durante el siglo V por el rey *Vakhtang Gorgasali*.

De forma análoga a lo que ocurre con *Giuseppe Garibaldi* en Italia, se pueden encontrar estatuas que lo recuerdan por todo el país, siendo la más famosa la que desde una altiplanicie sigue velando por su ciudad.

Ubicada antiguamente en la *Ruta de la Seda*, entre Asia y Europa, la ciudad durante el devenir de los años ha sido a menudo importante en las relaciones de imperios antagonistas.

Era una ciudad de contrastes. Con zonas con diferentes estilos y épocas. Desde la *Avenida Rustaveli* ideada por el *Barón Haussmann*, parisino, que fue responsable durante el siglo XIX de parte de la remodelación de la capital francesa, a las estrechas calles del distrito medieval de Narikala. Y como no, había una importante cantidad de edificios de cemento frío y gris, reminiscencias de la época de la dominación por parte de la U.R.S.S.

En la actualidad, con un millón cuatrocientos mil habitantes es una importante ciudad desde el punto de vista industrial, social, comercial y cultural. Es una ruta de tránsito crucial en la energía mundial.

Desgraciadamente, la diferencia de clases en un país con semejante historia, era una vez más evidente. A pesar de su riqueza, a Elana le sorprendió la cantidad de gente que vieron pidiendo en las aceras, las esquinas y en las entradas de los comercios. Personas de todas las edades, desde ancianos a jóvenes, e incluso niños de menos de cinco años, solos, medio abandonados, reclamando limosna. Probablemente y según su experiencia, detrás de ellos alguna mafia se estaría aprovechando de su miseria.

Después de un rato de ver a Hiram guardando silencio, Elana pensó que quizás había sido un poco brusca con él y decidió ser ella la que retomase la conversación.

—Y usted, ¿es la primera vez que viene a negociar a Georgia?

—Durante el mandato de este presidente sí. Estuve en el anterior, ejerciendo de asesor. Fue una visita de cortesía y sin ninguna relevancia.

—Si es confidencial, no me responda. Estoy aburrida de cargar con tantos secretos —y el diplomático apreció en aquel tono de voz que no hablaba por hablar— ¿Lo que viene usted a negociar es importante?

Mientras paseaba su mirada de forma perdida por aquella complicada ciudad, el diplomático se entretuvo unos segundos pensando la respuesta.

—Lograr nuevos acuerdos para Israel siempre es importante. No somos un país cuya imagen sea positiva, ni en la prensa, ni en la mayoría de los gobiernos mundiales; por lo que conseguir nuevos aliados, o ampliar las relaciones con los existentes nos es altamente beneficioso. Si además como en este caso, el país con el que lo conseguimos está situado en esta zona del mundo donde estamos rodeados de enemigos, mejor que mejor.

—¿Queremos algo específico de ellos?

—Aumentar y consolidar nuestros vínculos comerciales, principalmente en temas militares —continuó Hiram, mientras le lanzaba una mirada irónica—. Pero, me imagino que ya estará al corriente.

—Pues no, el tema de ventas, no es uno de los que me encargo —repuso Elana que no perdía ojo del recorrido y de las calles y personas con las que se cruzaban.

—Y..., ¿del entrenamiento de fuerzas especiales?

—Tampoco. Mis superiores solo me asignan comandar un grupo pequeño de soldados.

—Ya... —dijo el diplomático, mostrando en su voz y en su rostro la incredulidad y escepticismo con que acogía las palabras de la capitana—. Desde el año 2000 hemos vendido a este país más de 400 millones de dólares en equipamiento, siendo su tercer suministrador más importante después de Estados Unidos y Francia. Hemos contado con diferentes ayudas, como el que uno de los Ministros de Defensa de los últimos años: *Davit Kezerashvili*, procediese de Israel. O que *Gal Hirsch*, el general que comandó nuestro ejército en la guerra del 2006 contra Líbano, haya sido asesor de las fuerzas de seguridad georgianas. Pero no solo comerciamos a nivel militar con armamento. Aunque usted no esté al corriente —continuo con ironía— Hemos entrenado a más de mil de sus soldados, muchos procedentes de sus fuerzas especiales.

—Espero que alguno de ellos esté dentro de los miembros de seguridad que nos han asignado ¿Les va a vender más armas?

—Lo intentaré, principalmente drones y el nuevo TAR-21 que usted utiliza —dijo señalando su fusil de asalto— pero tendremos que ver cómo se comportan

nuestros compañeros de viaje, que también quieren parte del pastel.

—Como no... —y ahora le tocó el turno a Elana imbuir a sus palabras un tono irónico.

—¡Mi capitana! ¡Flanco izquierdo tercera planta!

Con la velocidad de un rayo, la capitana se giró y cogiendo los prismáticos que llevaba al cuello dirigió su mirada en aquel sentido. El diplomático se retrepó en el asiento, intentando ocupar el menor espacio posible y dejando sitio para moverse a ambos soldados.

—Falsa alarma —dijo al cabo de un par de segundos que se hicieron interminables— Pero continúe así, sin distraerse.

Dirigió su mirada a Hiram y vio como éste había palidecido sensiblemente ante la posible amenaza. Queriendo distraer su mente y que se relajase, Elana volvió a entablar conversación.

—Entonces, ¿solo tratará relaciones comerciales militares?

—No. Entre Georgia e Israel mantenemos una política exenta de visados y los ciudadanos de los dos países se pueden mover libremente viajando entre ambos. Hemos trabajado en mejorar el comercio privado y desde hace años se estableció la *Cámara de Negocios Israel-Georgia*. Vengo a intentar potenciar los acuerdos que mantenemos en construcción, soluciones médicas y dentales, seguros y energía.

—Es cierto lo de la apertura. Algunos de mis amigos han venido a visitar este país sin ningún tipo de problema de aduanas.

En esos momentos, se oyó el intercomunicador de la radio estableciendo conexión. Elana, se llevó el dedo índice a la boca, para transmitirle al diplomático que se mantuviera en silencio.

—Aquí *Magen2*.

—Aquí *Magen4*.

—Nos indican que estamos acercándonos al Palacio Presidencial. Estaremos ahí en unos tres minutos.

—Perfecto. Manteneros alerta.

Y dirigiéndose de nuevo a Hiram, tanto para seguir con la conversación, como para infundirle seguridad, le preguntó:

—¿Qué sabe del Palacio Presidencial?

—Que su renovación ha sido polémica y se ha utilizado como arma electoral. El presidente anterior, *Mijail Saakashvili* empleó cinco años y gastó una ingente cantidad de dinero en acondicionar el palacio como su residencia particular. Él siempre defendió que solo había invertido siete millones de dólares. Hay algunos estudios que defienden que fueron cerca de doscientos. En un país como este, con la cantidad de mendigos que has visto por estas calles,

dicha decisión no fue bien acogida. Su opositor durante su campaña, aseguró al pueblo que él iba a dedicarlo a una universidad que se financiaría a medias con los americanos y que se trasladaría al edificio decimonónico de la embajada americana como parte del acuerdo.

—Y, ¿ha cumplido?

—Bueno, ... Como se suele decir: está en ello. En un rato, entraremos en el edificio y podremos comprobar si tiene pinta de universidad o no.

Al ver desde su posición la cúpula de cristal que destacaba por encima de los edificios de la calle que estaban atravesando, ambos soldados extremaron su vigilancia y el diplomático, de su posición relajada pasó a colocarse en una postura más tensa y envarada.

Al llegar a la explanada donde se encontraba la puerta principal de acceso, los vehículos de las fuerzas de seguridad georgianas abandonaron su posición en línea para formar una semicircunferencia. Los hombres de su interior descendieron armados con sus rifles de asalto y formaron un perímetro de seguridad en cuyo interior aparcaron los vehículos de ambas delegaciones.

En cuanto los *Suburban* se detuvieron el equipo de Bryson y el de Elana descendieron y adquirieron sus respectivas formaciones de rombo y rectángulo. Los miembros del equipo de seguridad americano, se sorprendieron al ver la elección de los israelitas, pero no era momento de ponerse hablar. Rápidamente se pusieron en movimiento, ascendieron las escaleras y entraron en aquel palacio.

En el interior les estaba esperando una representación de altos cargos del gobierno que les acompañaron al interior de un enorme salón donde se hicieron las fotos conmemorativas del evento.

Elana les había transmitido a sus hombres que cuando se movieran en el interior de edificios mantuviesen la formación de rectángulo, excepto cuando la delegación entrase en alguna sala. En ese caso dos de ellos se quedarían en el interior con el equipo diplomático, salvo que Hiram se lo impidiera por el tipo de negociación a mantener y otros dos en el exterior cubriendo los accesos.

Durante los primeros minutos los asesores de Abentovi y Peterson, recibieron de sus homónimos el detalle de la logística que les iba a acompañar ese día y los principales actos del siguiente. Acordaron que a primera hora de la mañana, repasarían como había ido la jornada anterior, y si era necesario modificar algo de la agenda prevista.

Debido a la hora que era, se desplazaron a otra sala habilitada como comedor, donde un cocinero de renombre local y sus ayudantes, les había preparado varios platos típicos de la zona este del país.

Los miembros de los equipos de seguridad de los cuerpos diplomáticos, se

dividieron en dos turnos la comida y en una salita contigua que les habían preparado, degustaron los mismos platos. Con la diferencia de que, mientras los miembros de la negociación saboreaban aquellos exquisitos manjares tranquilamente aprovechando para conocerse mejor, ellos lo tuvieron que hacer en la mitad de tiempo para estar todo el personal de seguridad listo cuando la comida de sus protegidos terminase.

A pesar del amplio número de efectivos de la policía georgiana que les habían asignado, Elana y Bryson preferían no fiarse y mantener ellos el control de la situación.

Después de la degustación, los responsables de la negociación de los tres países se encerraron en una sala con una gran mesa de reuniones, donde pasaron toda la tarde abordando diferentes temas. A las ocho dieron por finalizada la jornada laboral y volvieron a cenar al mismo comedor donde habían estado hacía unas horas. El cocinero eligió esta vez, otros platos del país.

Una vez terminada la jornada diplomática, se dispusieron a trasladarse al *Marriot*, el hotel que había exigido Peterson. Estaba claro que el americano, prefería locales de lujo pertenecientes a cadenas de su país. A Elana no le gustó dicha elección, situado en el centro de Tiflis, era inmejorable para hacer turismo, pero complicado de proteger. Solo tenía tres plantas de altura, por lo que cualquier francotirador desde uno de los numerosos edificios que lo rodeaban podía atentar contra ellos.

Había estudiado el edificio en detalle y constaba de demasiadas entradas y demasiadas salidas. Su anticuado y noble mobiliario, así como sus tradicionales candelabros de cristal y sus columnas doradas, no les iban a servir para parar una bala.

Tanto Hiram como Henry, dieron las gracias a sus homónimos de Georgia por lo buena que había sido la velada y lo productivas que habían comenzado las negociaciones. Todos creían que habían conseguido cerrar dos o tres acuerdos importantes.

Eligieron para abandonar el palacio la misma formación que a su llegada. En el caso de los cuerpos de seguridad georgianos, habían sustituido a los iniciales por otros de refresco. Elana, cuya obligación era no fiarse de nada ni de nadie, había ordenado a su equipo que memorizase cada cara del personal que les acompañase y que vigilaran cada uno de sus movimientos. Sacaban fotos disimuladamente de sus rostros y las enviaban a su cuartel general, donde las analizaban, estudiaban sus antecedentes y decidían si podían ser o no un peligro.

Llegaron al hotel sin incidentes y se fueron de inmediato a la planta tercera, donde tenían reservada una esquina del edificio aislada del resto. Todos los accesos a la misma estaban cubiertos por miembros de la policía de Tiflis. Su

equipaje, ya había sido trasladado desde su avión con anterioridad.

—¿*Magen4*?

—Dime *Magen1* —Elana estaba encantada con el comportamiento de los novatos hasta ese momento, cumplían sus órdenes a rajatabla sin cuestionar nada.

—¿Qué turnos de noche establecemos para vigilar a los nuestros?

—Ninguno —respondió Elana. Había observado el comportamiento de los americanos, y éstos habían decidido que la seguridad en el hotel era suficientemente buena. Disponían de francotiradores en los tejados y parejas de policías en todos los accesos al hotel— Los georgianos han dedicado bastantes efectivos a cuidarnos y parecen buenos. Vamos a tener un largo viaje, por lo que prefiero reservar fuerzas para cuando las necesitemos. Lo que si vamos a hacer, es: *Magen2* y *Magen3*, se acostarán una hora más tarde que los diplomáticos. Tú y yo, nos levantaremos una hora antes que todos ellos. De esta forma aumentaremos su vigilancia y cobertura, sin perder sueño.

*"No te acerques a una cabra por adelante,  
a un caballo por detrás  
y a un tonto por ningún lado.*

***Proverbio hebreo***

## 23. Depravado

*Tiflis, 21 de septiembre.*

Viendo como todo estaba controlado dentro del hotel, Elana le dijo a su equipo que iba a dar un paseo, que después de tantas horas de estar dentro de lugares cerrados como el avión, los monovolúmenes o las salas de reunión, le apetecía darse un pequeño paseo por los alrededores para airearse. De paso echaría un vistazo a la seguridad de la zona. Le preguntaron si quería que alguno de ellos le acompañase y a pesar de la insistencia de su hermana de ser ella, les dijo que no, que le apetecía dar un paseo y pensar en soledad. Les animó a que fuesen al bar del hotel a tomarse algo tranquilos. Por supuesto, sin alcohol. Además, al ir sola, llamaría menos la atención.

La noche había refrescado, por lo que se puso una negra gabardina, para guarecerse de la brisa que soplabla. Se encamino callejeando por *Kote Abkhazi* hacia la espectacular y moderna estructura de metal del *Puente de la Paz*, que sobre el río Kura une el nuevo y el viejo Tiflis.

Al alcanzar una de las orillas, se detuvo a contemplar el curso del río. Se había levantado una ligera neblina que hacía que el discurrir del agua, dejando atrás los árboles ofreciese una visión fantasmagórica de las cúpulas de las iglesias ortodoxas que se asomaban al fondo.

Mirando el flujo de la corriente pero sin verla, su mente se relajó y sus pensamientos acudieron a la misión que tenía entre manos. Los nuevos reclutas de su comando, se comportaban adecuadamente. Estaban atentos a obedecer con prontitud cualquier orden. Arisbeth, se había ganado en horas el respeto de Otoniel, y como siempre que estaban trabajando sus sentidos permanecían alertas.

En el poco tiempo que había tenido con Hiram para interesarse por la situación de las negociaciones, el embajador le había transmitido que iban por buen camino. Los miembros del gobierno georgiano, estaban siendo receptivos a sus propuestas.

Solo el imbécil comportamiento de Bryson, enturbiaba las relaciones entre el equipo de seguridad americano y el suyo, Aaron y Otoniel no eran tontos y se habían dado cuenta de la estúpida persecución que pretendía realizar sobre las dos hermanas. Esperaba que aquello no llevase a una confrontación directa.

Al cabo de un rato de estar parada entre aquellas orillas, vio como el frío empezaba a entrar en su cuerpo, por lo que siguiendo el mismo camino volvió al

hotel a paso vivo para recuperar el calor. En la recepción del edificio, Aaron le estaba esperando.

Elana decidió que antes de acostarse dieran una vuelta completa por el edificio, verificando de nuevo las medidas de seguridad. Habían dejado los fusiles de asalto en su habitación y solo llevaban las *Glock*. Comenzaron por los sótanos y fueron subiendo planta a planta verificando todos los accesos.

En cada uno de los pisos había fuerzas especiales de la policía local, vigilando las diferentes zonas. La mayoría de ellos les saludaron con deferencia. Llegaron a la azotea y salieron al exterior. En cada esquina había un francotirador apostado.

O bien el gobierno georgiano se había tomado en serio la seguridad de sus invitados, o aprovechaba su estancia para además hacer una demostración. Hacía una noche espléndida para un astrónomo. El cielo estaba despejado y a pesar de la contaminación lumínica inherente a una gran ciudad, se podía contemplar sin excesivos problemas las estrellas más importantes y sus constelaciones. Soplaban una ligera brisa y la temperatura, aunque algo fresca, no era desagradable.

La capitana se desplazó hasta el muro que con una altura aproximada de un niño de unos once años daba la vuelta a toda la fachada. Apoyó sus codos y se reclinó relajadamente sobre el mismo, contemplando el resto de las casas colindantes. Aaron, de pie a su lado, se debatía entre la postura firme que mantenía o el situarse junto a ella en la misma actitud.

—Ven aquí y relájate unos minutos —le dijo ella, dando una ligera palmada sobre el muro a su lado, animándole a colocarse en la misma posición que ella.

—Si señora.

Tras tantos meses de entrenamiento y haber adquirido el hábito de dirigirse a sus superiores con distanciamiento y deferencia, no le salía el tratar de tú a su capitana. En esos momentos y con su cabello ondeando al viento solo parecía una preciosa joven, en vez de uno de los miembros más mortíferos del *Sayeret Matkal*.

A Aaron, a pesar de todo lo que había oído sobre ella, todavía le resultaba difícil creérselo. Era demasiado guapa, demasiado sensual. Le era complicado alejar ciertos pensamientos de la cabeza cuando pensaba en ella y más teniéndola tan cerca. Probablemente en esa belleza, radicaba parte de su mortal eficacia. Sus víctimas se confiaban, hasta que ya era demasiado tarde. Y algo parecido debía pasar con su hermana, aunque su carácter más serio, conllevaba que fuese más difícil el acercamiento. Te hacía estar más prevenido.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes?

—Descolocado señora. Nunca me hubiese imaginado que horas y horas de

duro entrenamiento militar, iban a ser utilizadas para esto.

—Ya...

—¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que quieras. Somos compañeros.

—¿Cuántas misiones de este tipo realiza al año?

—Ninguna —y viendo la cara de sorpresa de Aaron continuó—. Es la primera en mi vida. Como tú, mi entrenamiento me lleva a eliminar a los enemigos de nuestro país, no a cuidar de nuestros diplomáticos. Sigo sin entender por qué nos han dedicado a nosotros a esta misión.

Elana consideró que no era necesario el contarle a aquel muchacho, que había una misión para ella dentro de la misión, y que consistía en vigilar y aprender de la DSS americana. Lo triste residía en que hasta el momento no había visto nada que mereciese la pena.

—De todas formas, no te relajés un solo segundo. La confianza mata.

—Si señora.

—Bueno, vamos a dormir que mañana puede ser un día largo y duro.

Bajaron a la tercera planta que a esas horas se encontraba vacía. Solo al otro lado del pasillo, junto a la escalera, se veían fuerzas georgianas. Su habitación se encontraba en uno de los límites de la zona reservada, separada de la delegación americana por las habitaciones ocupadas por el resto de diplomáticos y asesores. Hiram y Henry disponían de suites, y sus ayudantes de habitaciones individuales. Sus equipos de seguridad se habían repartido en habitaciones dobles.

Una sorpresa que se habían llevado Aaron y Otoniel, había sido el que Elana decidiese que las parejas que formaban su grupo, no se separasen ni para dormir. Ello aumentaba su conocimiento y confianza en el otro. Si cuando estaban de misión y dormían en el monte, o en una cueva lo hacían juntos, ¿por qué no lo iban a hacer en un hotel?

Aaron y Elana, entraron en su habitación y él de inmediato, se puso a recorrerla, abriendo armarios y revisando detrás de las enormes cortinas, el cuarto de baño y debajo de la cama.

—No hay nadie y no he encontrado cámaras de vigilancia.

—Estupendo. ¿Qué cama prefieres?

—Me da exactamente igual señora. No sé si podré pegar ojo. No he estado en un hotel de esta categoría en mi vida y menos dormido en una cama de estas características —y no pudiendo reprimir la curiosidad le preguntó—. ¿Usted suele dormir en este tipo de hoteles?

—Con mi sueldo y a nivel personal como turista no. En las misiones de infiltración, nuestro país pone a nuestra disposición todos los medios necesarios

—y viendo la sorpresa en el rostro de aquel soldado, le salió un guiño de complicidad como acto reflejo— Me quedo la más cercana a la puerta. Pégate una ducha fría. Te relajará.

Después de que Aaron terminase, fue ella la que se dio una ducha. Salió del cuarto de baño con un liviano camisón de color burdeos que justo le tapaba la cintura. Nada más dar unos pasos, se percató del error que había cometido al elegir aquel tipo de indumentaria.

Su precioso cabello hacía un extraño juego de color de luces con el camisón. Sus largas y bien torneadas piernas al descubierto y su pecho que la tela resaltaba al ondearse con sus movimientos, habían excitado a su acompañante. Su rostro lo decía todo. Ahora sí que el pobre muchacho iba a pasar un buen rato en vela.

—Duerma soldado —le recomendó, no creyendo que sus palabras fuesen a hacerle mucho efecto.



Sus sentidos bien entrenados le habían despertado al detectar un sonido discordante fuera de lugar en el tranquilo entorno en el que se encontraban. Prestó atención y volvió a escucharlo, era un grito, un gemido o un sollozo. Las habitaciones de aquella planta frecuentadas por ricos, habían recibido un tratamiento especial que prácticamente las insonorizaba. Sus huéspedes no querían que sus negociaciones y conversaciones saliesen de las paredes que los rodeaban.

Se visitó rápidamente y cogió su *Glock*. A su lado Aaron se encontraba apaciblemente dormido. No consideró necesario despertarlo. Salió de su habitación tomando todo tipo de precauciones para no producir ruido. Si había algún tipo de intruso, no quería alertarlo. Miró hacia las escaleras que daban acceso a aquella planta y donde se encontraba el mismo policía que había visto horas antes. Le dirigió un saludo sin alarmarlo y se encaminó hacia el lugar de donde provenían los ruidos, la *suite* de Henry.

Al llegar a la misma, pegó el oído a la puerta y pudo percibir los sonidos entremezclados de mujeres y hombres, todo ello distorsionado por el sonido de una música que tapaba el resto.

Abrió la puerta un poco y lo que vio en su interior lo dejó estupefacta. El diplomático americano se encontraba echado en la cama junto con dos niñas de unos trece años, todos ellos desnudos. Los jóvenes rostros expresaban la total apatía e indiferencia que los torpes manoseos de aquel hombre recorriendo sus cuerpos les producían. Por su expresión debían estar altamente drogadas.

En un inmenso sofá, la escena que se reproducía era similar, con la única

diferencia de que allí se encontraba Bryson y en vez de niñas, las protagonistas femeninas eran unas jóvenes de unos veinte años.

Al ver que allí, salvo las niñas, nadie corría peligro, y ante la sorpresa que le había producido la escena que tenía ante sus ojos, Elana había dejado a la puerta abrirse más. Lo suficiente para que Bryson la viese. Henry que también había debido ingerir algún tipo de estupefaciente, seguía en su limbo carnal. El escolta al verla, de un brinco se levantó del sofá y se dirigió rápido hacia ella.

—¿Quééé? ¿Te gusta lo que ves? ¿Quieres unirme a la fiesta? ¡Quítate eso y ven conmigo al sofá! Todavía queda sitio para una más.

Por el brillo de sus ojos, quedaba patente que también se había tomado algún tipo de excitante o había bebido demasiado. Elana con los dientes apretados y los ojos llenos de un fulgor asesino, se dispuso a dar la vuelta e irse a su habitación.

—¡Cerdos! —le espetó en la cara, mientras se giraba para marcharse. Ahora tenía la respuesta de por qué toda la delegación americana estaba compuesta por hombres.

Bryson en un estado cercano al paroxismo e inducido por lo que se había tomado, le agarró de una muñeca para impedirle que se marchase.

—¡Estúpida engreída judía! ¡Te voy a enseñar lo que es un auténtico hombre!

Antes de que el americano se diese cuenta, Elana con una técnica de *Krav Magá* se desprendió fácilmente de su agarre y con una proyección de cadera, lo volteó por encima de su cuerpo, acabando en el suelo con un terrible espaldarazo. La mullida alfombra de aquel cuarto, le libró de una importante contusión. En el mismo movimiento desenfundó la *Glock* y se la colocó en la boca, impidiéndole articular palabra.

A pesar de su estado, una luz en su cabeza le indicó que quizás le quedaban unos pocos segundos en este mundo. A sus ojos afloró una mirada en la que se mezclaba el odio y el pánico. Había subestimado a aquella mujer.

—Solo perdono la vida una vez.

Si la muerte hablaba, aquel debía ser el sonido de su voz.

## 24. Cambio de planes

*Tiflis, 21 de septiembre.*

Aaron y Elana se despertaron prácticamente a la vez. El sol asomaba a través de la rendija de separación de los enormes cortinajes. Ella se levantó, acercándose al enorme tocador de madera donde había depositado la diminuta radio militar.

—Aquí *Magen*4.

—Aquí *Magen*2 —se oyó en unos segundos.

—¿Todo en orden?

—Sin problemas. Nuestros representantes, se están despertando y estamos situados a sus puertas. En este edificio hay mucha vigilancia. No creo que corran peligro.

—Dadnos unos minutos para prepararnos y enseguida estamos con vosotros. Tengo una información importante que comentaros.

Elana se volvió hacia el soldado que en esos momentos estaba abandonando su cama. Vio como la miraba. La excitación estaba ahí, aunque había sido sustituida por el azoramiento al verse descubierto.

—Date una ducha rápida, nos vestimos y nos reunimos con el resto.

—Si señora.

Cuando ella terminó se vistieron con los trajes negros, los chalecos antibalas y cogieron las *Glock* y los *TAR-21*.

—Espera aquí un segundo.

Elana salió al pasillo y vio al resto del equipo. Estaban de espaldas a las puertas de Hiram esperando. Les hizo una seña para que se acercasen.

Entraron todos en la habitación de la capitana y en unos minutos, les contó rápidamente la escena con la que se había encontrado la noche anterior en la suite de Henry. No omitiendo el incidente con Bryson.

—¡Vaya cerdos! —exclamó su hermana con los ojos encendidos por la ira.

Aunque las miradas de los soldados expresaban lo mismo, no se atrevieron a añadir ningún comentario.

—Os lo cuento, para que tengáis claro con quien estamos viajando. No quiero que vuestras miradas o vuestros actos, delaten lo que os acabo de narrar. Lo he hecho, para que tengáis toda la información. Podría ser peligroso el que carecieseis de ella.

—¿Tenemos que hacer algo al respecto mi capitán? —preguntó dubitativo Aaron.

—En absoluto, como os acabo de decir haced como si no supieseis nada. Sobre todo, tú —dijo deteniendo su mirada durante unos segundos en su hermana. Sabía que no soportaba que la hubiesen ofendido y era muy capaz de ir a hacérselo pagar a Bryson—. Tampoco informaremos de nada de esto a nuestro equipo diplomático, podría influir negativamente en sus negociaciones. ¿Ha quedado claro? —Cuando todos asintieron continuó—. Volvemos a nuestros puestos.

Salieron de la habitación y se fueron a montar guardia a las puertas de sus representantes diplomáticos. En esos momentos un miembro de seguridad del equipo americano se dirigió hacía Elana.

—¿Señora? —le preguntó en un tono educado pero distante.

—¿Sí?

—El señor Peterson desearía hablar con usted antes de abandonar el hotel.

La primera intención de Elana fue decirle que ella no deseaba verlo a él, pero aquel hombre era solo un emisario que intentaría, al menos durante un rato, convencerla. Como no quería llamar la atención y que Hiram y su equipo notase que algo raro pasaba decidió acompañarlo.

—Quedaos aquí y esperadme junto con nuestros representantes —les dijo al resto de los componentes de su equipo—. Vuelvo enseguida.

En unos segundos entró en la suite que ocupaba el representante americano. El guardia que le había transmitido el mensaje se quedó fuera. Solo Henry estaba en el interior de la habitación. Impecablemente vestido y aseado, aunque su rostro mostraba los vestigios de una noche de sexo sin dormir.

—Buenos días capitana.

—Buenos días embajador —repitió en un tono carente de emociones.

—No quisiera que lo que usted contempló anoche enturbiara nuestras relaciones.

—Disculpe, pero usted y yo nunca hemos tenido ningún tipo de relación.

—¿Con quién ha hablado de esto? —preguntó en un tono de exigencia.

—Y... ¿a usted que le importa? —preguntó estirando las palabras.

—No quiero que lo que vio ayer interfiera en las complicadas negociaciones que estamos llevando a cabo Hiram y yo. Son importantes para nuestros respectivos países.

—Entonces, debiera haber pensado mejor sus acciones. Si tan satisfecho está de ellas y no tiene nada que ocultar, no veo cual es el problema. Aunque hay un dicho, creo que de origen español que expresa muy bien su situación actual: “donde está la olla, no metas la polla”. Y según lo que vi ayer, usted se afanó muy mucho en introducirla. Aténgase ahora a sus consecuencias.

—¡Usted no es nadie para juzgarme! —chilló con el rostro rojo de ira—

¡Invadió mis habitaciones sin permiso!

—Solo porque me pareció que corría peligro. Pero, el único asalto que estaba sufriendo era el de un posible ataque al corazón debido a su excitación o el de un contagio de enfermedades venéreas. Le recomiendo que cuando vuelva a su país pase un profundo reconocimiento.

—¡Cerde judía!

Elana recorrió como un rayo los dos pasos que le separaban de aquel hombre, mientras con un movimiento fluido imposible de seguir con la vista extraía un cuchillo de su cinturón y se lo ponía en el cuello. El rostro del diplomático pasó del rojo de la ira al blanco del pánico.

—Veo que ayer no tomó debida nota de lo que ocurrió con Bryson —pronunció las palabras despacio y en un tono de voz gélido como una noche en Alaska— Como le dije a él, perdono la vida solo una vez. Y no se equivoque conmigo, conozco al menos una docena de maneras de matarlo en las que parecería un simple accidente. Ayer mismo rodeado de esas niñas, hubiese sido un escenario ideal. Y..., tampoco sería el primer diplomático ni alto cargo en mi lista de eliminados.

—Lo..., lo siento —consiguió balbucear con esfuerzo, mirando aquellos ojos que no le mentían. No había ningún signo de duda, ni de piedad en ellos. Empezó a transpirar profusamente.

—Le voy a hacer un regalo, pero será el último. He contado lo que vi ayer a mi equipo. Es necesario por motivos de seguridad y para que no les pase como a mí y entren de nuevo es su habitación para ver un espectáculo dantesco —su cara reflejaba el asco y desprecio que sentía por aquel hombre—. Pero no, no le comentaré nada de esto a nuestros diplomáticos. No quiero que su depravada vida sexual merme nuestras posibilidades de negociación. Por supuesto, emitiré un detallado informe con las fotos que obtuve a mis superiores, e ingresará en el amplio grupo de cargos de su país de los que tenemos secretos. Quién sabe, quizás una noche le hagamos una visita pidiéndole algo a cambio de seguir guardándolos. A lo largo del viaje, con sus fiestecitas nocturnas, puede usted ir ampliándolo.

Y dedicándole una cruel sonrisa, le quitó el afilado cuchillo de su garganta y se marchó de aquella habitación. A sus espaldas oyó el sonido de los dientes de aquel hombre chirriando de rabia. Se había ganado un nuevo enemigo.



Iban en el interior de los *Suburban* manteniendo la misma formación que la jornada anterior cuando Aaron se dio cuenta de que no seguían la misma ruta y que se alejaban de la cúpula de cristal del palacio presidencial.

—Nos alejamos del palacio. ¿A dónde vamos *Magen4*?

—Ni idea.

—Disculpen —les interrumpió con cierta dosis de culpa en su voz Hiram — Se me había pasado el comentárselo. Ayer por la noche alteramos la agenda de hoy.

—Señor, son este tipo de cosas las que tienen que transmitírnos de inmediato para que no tomemos decisiones equivocadas —le dijo Elana en un tono cortés, pero que no admitía réplica—. Podemos pensar que nos están secuestrando y pasar a la acción equivocadamente.

—Lo siento capitana. Mil disculpas. No volverá a suceder, pero ayer estaba tan enfrascado en mis pensamientos sobre la negociación que se me olvidó.

Viendo el tono compungido de aquel hombre y la sinceridad que trasmitían sus palabras, decidió dar por terminada la reprimenda.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Ayer nuestras conversaciones fueron bastante bien. En los aspectos de industria y energía ampliaremos nuestros acuerdos. En lo militar, tanto nosotros como los americanos seguiremos entrenando a sus fuerzas especiales, y fue en el apartado de venta de fusiles de asalto donde tuvimos un empate. Para resolverlo, nos pidieron que hoy nos trasladásemos al cuartel principal de su ejército, aquí en Tiflis, para realizar una demostración práctica —bajando el rostro y el tono de voz añadió—. Y sí, siendo su equipo parte de la misma, se lo tenía que haber comentado para que estuviesen preparados. Le pido disculpas de nuevo.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Nos trasladarán a una zona de tiro y quieren que alguien de su grupo les haga una demostración práctica con los fusiles que llevan —añadió señalando el *TAR-21* que portaba Elana—. Los americanos harán una demostración equivalente con sus nuevos *M-4*. El ganador se lleva el pedido.

—Desde luego Hiram, podía habérmelo dicho antes. No me gustan las sorpresas —repuso con un tono de voz no excesivamente hiriente—. ¿Cuánto nos jugamos?

—Varios millones de dólares con los georgianos, pero lo más importante es el efecto dominó que se generará. Si nos llevamos el contrato, otros países se interesarán y seguiremos vendiendo. Es importante para Israel.

—¿*Magen2*? —llamó por el intercomunicador.

—¿Sí *Magen4*?

—Preparados. Cuando lleguemos a nuestro destino, tendremos que hacer una demostración con los *TAR-21* que llevamos encima. ¿Cuánta munición lleváis?

—Cuatro cargadores cada uno. Tal y como habíamos quedado *Magen4*.

—¿Señor Abentovi?

—¿Sí?

—Ha cometido usted dos estupideces no comentándome este hecho. Una: nos podíamos haber preparado mejor para la actuación. Dos: en los cajones que hemos dejado en el hotel, tenemos munición y armas como para una misión de asalto y se han quedado detrás nuestra.

—Lo siento de corazón Elana, pero desgraciadamente por más veces que le pida disculpas, no vamos a mejorar nuestra situación.

—Lo tengo claro. Pero tras la demostración vamos a disminuir la munición que llevamos con nosotros sensiblemente. ¿Hay algo más que se le haya olvidado contarme?

—Sí —menciono en un susurro casi inaudible.

—¿Qué?

—Después de la demostración del cuartel iremos de visita al museo *David Baazov*, un lugar donde se recoge la historia de nuestros compatriotas en este país.

—¿Quién ha alterado así nuestra ruta?

—Ayer durante nuestras conversaciones, uno de los miembros del equipo georgiano nos dijo que sería un honor para los gestores del museo el que les visitemos. Si se emite una nota de prensa de nuestra visita, ello refrendará el apoyo de Israel a la institución y seguramente recibirán más donaciones y visitas de turistas. No nos hemos podido negar a apoyar a representantes de nuestro pueblo en este país.

—Señor Abentovi, no, repito, no vuelva a retrasarse en comunicarme cualquier tipo de información que altere la ruta o los lugares que tenemos previamente programados —su tono había adquirido una frialdad que expresaba claramente su enfado—. Todo mi equipo está trabajando en su seguridad, no estamos de turismo. Por lo menos, *no nosotros*.

—¿*Magen2*?

—¿Si *Magen4*?

—Estudiad rápidamente toda la información que puedas conseguir sobre el museo *David Baazov*: ubicación, entradas, salidas, pisos, casas que lo rodean, etc. —ordenó mientras hacía una seña a *Magen1* para que hiciese lo mismo—. Estad especialmente atentos durante todo el resto del viaje.

En unos minutos llegaron a las puertas del cuartel. Les estaban esperando y retiraron las barreras de contención en cuanto el primero de los coches se acercó a las mismas. En unos minutos llegaron a la zona prevista para la demostración.

Como tenían acordado según su protocolo de seguridad, Aaron y ella se bajaron primero del *Suburban*. Elana le hizo una seña a Hiram para que se quedase en el interior y cogió del brazo al soldado llevándoselo unos metros aparte, donde nadie les oyese. Acercándose a su oído para impedir que cualquiera leyese sus labios le pregunto:

—¿Quién es mejor con el *TAR-21* Otoniel o tú?

—Él es algo mejor con la pistola, y yo soy algo mejor con el rifle.

—Entonces él realizará la demostración.

Aunque aquello no tenía ninguna explicación para aquel soldado, decidió que su misión no era tomar decisiones, sino acatar las órdenes de su capitana. Y se fiaba totalmente de aquella mujer.

## 25. Asalto al monumento

*Tiflis, 21 de septiembre.*

Las delegaciones de los tres países estaban situadas en la zona de espectadores del campo de tiro y un coronel del ejército georgiano aguardaba en la zona de disparo a los miembros de cada equipo de seguridad que iban a realizar la demostración: Otoniel por la de los israelís y Bryson por parte de los americanos. Estaba claro que aquel hombre le gustaba ser el protagonista. Por la mirada que le lanzaba a ella en particular, parecía que le fuese a dedicar la exhibición.

El coronel pidió al americano que le enseñase el funcionamiento del arma y que hiciese unos disparos de prueba contra una diana situada a cincuenta metros. Bryson realizó una buena puntuación.

A continuación, le tocó el turno a Otoniel. El soldado le explicó a su vez las características de su fusil y efectuó sus disparos. La puntuación fue inferior a la del americano. El coronel, les brindó la oportunidad de realizar otra tanda y el resultado fue similar al anterior, favorable de nuevo a Bryson. Esté lanzó una mirada de triunfo a Elana.

El coronel georgiano les pidió que le dejaran disparar con ambos rifles. Los blancos resultantes fueron similares, sin tener un claro ganador, aunque por la forma de manipular las dos armas, daba la sensación de que se sentía más cómodo con el *TAR-21*.

Cuando parecía que iba a dar por finalizada la demostración, Otoniel se acercó al georgiano y le dijo algo. El coronel asintió y cuando dio unas órdenes, un par de soldados se dirigieron a un edificio cercano. Aquello sorprendió a los espectadores.

A los pocos minutos volvieron, portando unas bolsas cuadradas transparentes de treinta centímetros de lado por unos tres de espesor. Las colocaron en un par de dianas, a una distancia de cien metros. Una vez todo en posición, el coronel les pidió a Bryson y a Otoniel que disparasen de nuevo. Ahora Elana era la que mostraba una sonrisa irónica dirigida al rostro demudado del tirador americano.

Los dos hombres ejecutaron cinco disparos. La bolsa a la que había disparado el americano seguía operativa, en cambio la del israelí había volado destrozada por los aires. El coronel repitió los disparos con uno y otro rifle, para acabar cogiendo el *TAR-21* y levantándolo en el aire, dirigirse a sus superiores indicando claramente cuál había sido el ganador y por lo tanto su elección

definitiva. El rostro de Bryson, era una máscara de odio y furia a pesar de intentar disimularlo. Cuando miró a Elana, apretó aún más los dientes y los puños de las manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hiram a la capitana.

Estaba claro que los *TAR-21* habían ganado, pero no comprendía los motivos.

—Como usted es probable que sepa, ambos rifles disponen de diversas configuraciones, desde lanzagranadas a miras telescópicas. Las posibilidades de elección son múltiples en función de la misión para la cual se quiera destinarlos. Tras el *Tratado de Ginebra* se utilizan tres tipos de munición: camisa metálica de cobre, *greentip* y perforante. La de cobre se fragmenta muy fácilmente al tocar el cuerpo humano. La perforante puede atravesar blindaje blando, como chalecos de *kevlar*, sin perder su letalidad. La *greentip* que es la que se utiliza habitualmente hace ambas cosas, pero sin un cañón lo suficientemente largo falla en ambos aspectos. Con ambos rifles puedes utilizar las tres, pero en el uso de *greentip* el *TAR-21* es netamente superior, ya que, debido a su mayor potencia, fragmenta a distancias mayores.

—Pero, los rifles que lleváis ambos equipos de seguridad ¿tienen la misma longitud!

—Eso parece a primera vista, pero nuestro *TAR-21* es un *bullpup*. Lo que implica que todos sus componentes: cargador, receptor, están ubicados tras el gatillo, es decir más cerca del hombro, por lo que el retroceso es más suave que en el *M-4*. Al estar más equilibrado se apoya mejor en el hombro y genera menor cansancio al apuntar durante tiempo prolongado. Para la misma longitud total que el *M-4* permite colocarle un cañón más largo que optimiza el quemado de la pólvora, dando como resultado mayor alcance, precisión y potencia. Usando munición *greentip* consigues que se fragmenten a mayor distancia. En la primera prueba a corta distancia, ambos rifles se han comportado igual. Siendo Bryson mejor tirador le hemos dejado que se confiase. Cuando le hemos pedido al coronel que sus soldados coloquen las dianas a cien metros y disparen contra gelatina balística, su rifle ha sido incapaz de fragmentar los *greentip*. Nosotros hemos hecho añicos la bolsa.

—Capitana es usted muy inteligente. Acaba de hacer que su país gane mucho dinero.

—¿Nos va a tocar a nosotros algo? —preguntó con una sonrisa.

—Me temo que no.

—¿Le afectará a usted algo en las negociaciones que los americanos hayan perdido?

—En Georgia no creo, prácticamente hemos terminado de tratar todos los

temas que teníamos encima de la mesa. No sé a qué tendremos que atenernos en Turquía. De todas formas, gracias capitana. Prefiero haber ganado. Vayamos a ver ese museo y a seguir obteniendo beneficios para nuestro pueblo.



El señor Peterson adujo que no tenía interés en visitar aquel museo y que se sentía levemente indispuerto, por lo que la delegación americana decidió volver al *Marriot*. Ello obligó a que las fuerzas de seguridad georgianas que les acompañaban tuviesen que dividir sus efectivos.

—Parece ser que a nuestros compañeros de viaje no les ha sentado muy bien perder —comentó Hiram.

—O eso, o que ayer a la noche Peterson ingirió algo que no le ha sentado excesivamente bien— repuso Elana con una sonrisa irónica.

A pesar de la reducción de personal, continuaron con la formación que habían mantenido durante toda la visita a aquella ciudad. Al llegar a la entrada del edificio, establecieron un semicírculo protegiendo la entrada al edificio.

Dos policías iban por delante, detrás Aristbeth y Otoniel, en medio los tres diplomáticos y en la retaguardia el resto del equipo. Habían cerrado el museo al público, abriéndolo solo para ellos. El director del mismo de nombre Eshkol, les estaba aguardando para aquella visita privada. Atravesaron las puertas y dos de los policías se quedaron en ellas vigilando aquel acceso.

Avanzaron hasta llegar a la famosa sala circular donde se exponían las piezas principales. Eshkol les fue explicando su procedencia, el camino que habían recorrido hasta llegar allí, los cuidados para su conservación y lo mucho que representaban para los judíos que residían en aquel país. Hiram aficionado a aquel tema, se había pegado al director y no se perdía ni una sola de sus palabras.

Después de recorrer toda la sala, les preguntó si querían ver una zona vedada al público donde se almacenaban las nuevas adquisiciones. Una vez restauradas y en función de su importancia, pasaban a una zona privilegiada de las vitrinas que estaban contemplando. Hiram emocionado le rogó que sí, que tenían tiempo de sobra para contemplar aquellas obras.

Tomaron por un lateral de la sala y se encaminaron hacia un estrecho corredor que terminaba en una puerta de madera. El director aceleró unos pasos para abrirla. Debido a su entusiasmo y a que el lugar parecía seguro, Hiram había adelantado unos pasos a sus guardaespaldas e iba enfrascado en su conversación con Eshkol.

¡BANG!

Al empujar la puerta, un individuo vestido de color negro con

indumentaria musulmana disparó a la cabeza del director que cayó fulminado. Dos hombres agarraron a Hiram y lo jalaron hacia el interior de la estancia, mientras el primero no cesaba de disparar.

—¡*Allahu Akbar!* ¡*Allahu Akbar!* —gritaron en árabe.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Apartaros de la línea de tiro! —gritó Elana mientras tiraba del resto de diplomáticos hacia atrás y los empujaba a cubierto detrás de las columnas y muebles.

Arisbeth ya estaba en el suelo disparando contra el terrorista abatiéndolo, pero varios más aparecieron para ayudarlo. Un par de ellos cerraron la puerta a pesar del riesgo que entrañó para sus vidas.

—¡Estamos ciegos *Magen4!* —exclamó *Magen1*.

—¡Son terroristas de ISIS! —gritó *Magen3*— llevan sus símbolos en sus ropas.

Los israelís solo tenían ante sí una puerta cerrada.

—¿Qué hacemos *Magen4?* —preguntó *Magen1*.

El tiempo pasaba e Hiram se alejaba más de ellos. La posibilidad de que el secuestro tuviese éxito aumentaba. De las decisiones que tomase Elana en los próximos segundos dependía la vida del diplomático.

—*Magen1* y *Magen2* destrozad esa puerta e intentad avanzar. Retrasad todo lo que podáis su avance. Mucho cuidado, habrán dejado hombres emboscados y desconocemos la configuración del edificio. Pueden tener granadas. *Magen3* y yo necesitamos todo el tiempo que nos consigáis. Saula, Abian, retroceded hasta la sala circular y parapetaros detrás de una columna. No abandonéis el edificio. Le hizo una seña a Arisbeth para que igual que ella les diese su *TAR-21*. Ambos diplomáticos como todos los israelís, habían prestado servicios militares y sabían disparar.

A los dos guardias georgianos, les dio en ruso las mismas instrucciones. En esos momentos llegaron los que se habían quedado en la puerta principal. Se sumaron a disparar contra la puerta.

—¡*Magen3* conmigo! ¡Corre!

Arisbeth siguió a su hermana en su desenfrenada carrera hacia la puerta principal. Sin detenerse, desenfundaron sus *Glock* y las amartillaron.

—¿Cuál es el plan?

—Espero que su objetivo sea secuestrarlo, sino ya estará muerto. En cualquiera de los dos casos tienen que tener al otro lado del edificio algún vehículo para escapar. Tenemos que llegar antes de que lo hagan. Cuando estemos cerca, haz lo mismo que yo.

—Seré tu sombra.

En esas situaciones era en las que se alegraba de tener a su lado a su

hermana. Al principio de sus misiones, el que le ocurriese algo le aterraba. Al contárselo, Arisbeth en vez de tener una agria discusión con ella, había bajado los ojos con una gran decepción en los mismos.

—No me consideras lo suficientemente preparada. No confías en mí —le dijo.

—No es eso tonta. No hay nadie en quien confié más en este mundo. Daría mi vida por ti, y lo último que quiero es que pierdas la tuya.

—Yo también daría la vida por ti, y si la pierdes, la mía no tendrá sentido. Si ayudo a que la mantengas, estaré prolongando la mía.

Ante tal razonamiento, se quedó sin argumentos. A partir de aquel momento, incrementaron sus ejercicios y se sincronizaron más. Eran en todo dos almas gemelas.

En esos momentos salieron del museo y sin perder velocidad comenzaron a dar la vuelta el edificio. En unos segundos llegaron a la acera de enfrente de la otra entrada. Era una sencilla puerta de hierro, que podía haber pasado desapercibida si no hubiese sido por los dos vehículos blindados que se encontraban allí aparcados.

—¡Para Arisbeth! —le dijo en voz baja mientras ella indicándole que hiciese lo mismo, se detenía detrás de un vehículo al otro lado de la calzada— Hemos tenido suerte, nuestros compañeros los han frenado o Hiram se ha resistido lo suficiente para demorarlos.

—¿Qué hacemos?

—Lo más importante es que no nos vean. Si no me equivoco, introducirán a Hiram en el primer vehículo y con el segundo protegerán su retirada. ¿Qué ves en ellos?

—En el primero está el conductor y un escolta en el asiento de atrás. En el segundo solo está el conductor. Eso refrenda lo que dices.

—Vamos a acercarnos agachadas sin que nos vean al primer *Suburban*. Nos situaremos en el costado opuesto a la salida del edificio, escondidas detrás de sus ruedas. Afortunadamente son de gran tamaño. En el momento en que vayan a introducir a Hiram en el vehículo, lo asaltamos, nos cargamos al piloto y al escolta, bloqueamos las puertas y nos largamos.

—De acuerdo. Voy a la rueda delantera. Yo conduzco.

Ambas hermanas se desplazaron silenciosamente y aprovechando el instante en que una furgoneta pasaba por aquella calle disminuyendo su visibilidad, se situaron detrás de ella y se acercaron a los blindados. En el momento en que estuvieron en paralelo a su posición, se arrojaron al suelo y se acercaron gateando hasta las ruedas, donde se encogieron esperando.

Elegir el instante adecuado para asaltar el vehículo, era de una importancia

vital. Si lo hacían demasiado pronto, eliminarían a los hombres del blindado, pero los hombres que llevaban al diplomático los verían, retrocederían y perderían su oportunidad de rescatarlo. Si lo hacían demasiado tarde, les darían tiempo para cerrar las puertas del blindado y huirían sin peligro. Sus pistolas no disponían de suficiente calibre y potencia como para atravesar aquella chapa metálica.

Los segundos se detuvieron y el lento avance del tiempo se les hizo eterno. De repente, oyeron disparos y voces en árabe. Desde su escondite, les pareció que eran tres los que iban en cabeza agarrando a Hiram. Pensando que con aquel tumulto y la tensión del momento estarían centrados en llegar al blindado, la capitana se arriesgó a asomar ligeramente la cabeza por debajo del *Suburban*. Estaban a unos pasos de entrar en el mismo.

—¡Adentro! ¡Adentro! —gritaron en árabe.

—¡Ahora! —chilló a su vez Elana.

Como un engrasado mecanismo de relojería, las dos hermanas se pusieron simultáneamente en movimiento y abrieron las puertas. De un brinco, Arisbeth saltó hacia el conductor mientras le disparaba dos tiros a la cabeza. Lo apartó hacia el interior y se puso al volante. En vez de cerrar la puerta como le había ordenado su hermana, la abrió parcialmente y disparó al conductor del vehículo posterior que se había bajado a ayudar a sus compañeros.

En el asiento de atrás Elana había eliminado al escolta de la misma manera que su hermana y saltado por encima de él, había llegado hasta Hiram. De un par de disparos, eliminó también al secuestrador que lo sujetaba y agarrando al embajador lo introdujo en el *Suburban*. La cara del diplomático mostraba una enorme sorpresa.

—¡Suba Hiram! ¡Suba! —le ordenó mientras tiraba de él.

Los reflejos de la parte subconsciente del cerebro de aquel hombre funcionaron mejor que su parte racional e hizo caso a aquella mujer que tan rápidamente se había hecho con el control de la situación.

—¡Acelera! ¡Acelera! —ordenó mientras bloqueaba el cierre de la puerta trasera.

Arisbeth pegó un pisotón al pedal y el vehículo salió disparado mientras su hermana intentaba tranquilizar al diplomático que rodeado de cadáveres estaba a punto de entrar en shock.

—¡Hiram! ¡Hiram! ¡Siéntese y no se preocupe! ¡Entre nosotras está a salvo! ¡Arisbeth! ¡Conduce en dirección al Palacio Presidencial!

Elana sacó su teléfono móvil y llamó al jefe de las fuerzas especiales que había acompañado a los americanos al hotel. En cuanto descolgó, no le dio tiempo a hablar.

—¡No han atacado! ¡Hemos tenido varias bajas! Mande refuerzos al museo y un par de ambulancias, así como a un equipo de investigación. Vamos de camino al Palacio Presidencial, envíe también refuerzos allí.

Arisbeth iba a toda velocidad por las calles de la ciudad saltándose todas las señales de circulación, entre bocinazos del resto de conductores. Iba centrada y totalmente fría haciendo caso omiso a las señales del resto de vehículos, esquivando y adelantando los coches que se interponían en su camino.

—¡Magen2! ¿Cómo estáis? —preguntó gritando por su intercomunicador Elana.

—¡Han alcanzado a Magen1! ¡Está muy grave! Se jugó la vida retrasando a los secuestradores para ganaros unos segundos. También han alcanzado a uno de los guardias que siguió sus pasos. El resto nos encontramos bien.

—Aguantad chicos y parapetaros donde podáis. Las ambulancias están de camino. Nosotros hemos recuperado a Hiram. Está a salvo y no tiene ningún tipo de heridas.

—¡Son ustedes increíbles mi capitán! —y a través de la línea se sentía el orgullo que a pesar de las tristes circunstancias embargaba al soldado—. Considero que los terroristas han huido y en estos momentos no parece que corramos peligro. De todas formas, permaneceremos a cubierto y alerta hasta la llegada de refuerzos.

Cortó la comunicación y miró al diplomático. Aunque el hombre intentaba dominarse y estar a la altura de las circunstancias, sus nervios estaban a flor de piel y sus ojos no paraban de mirar a uno y otro muerto. Ambos llevaban ropas negras de manufactura musulmana, con los símbolos y letras de ISIS cosidos en ellas.

—¿Son terroristas? —preguntó mirando a la capitana.

—Tendremos que averiguarlo.

Con su teléfono móvil, sacó varias fotos de aquellos cuerpos y mediante un programa que las encriptaba, las envió a la Unidad de Análisis de Información (UAI) de su cuartel. Acto seguido llamó al coronel. En unos segundos, su asistente personal le transfirió la llamada.

—¿Coronel?

—¿Sí? ¿Dígame capitán? —por el tono de Elana intuyó que no era una llamada de cortesía.

—Nos acaban de atacar en Tiflis. Iban vestidos y armados como terroristas de ISIS. Hemos eliminado a varios, pero también tenemos heridos graves. He mandado unas fotos de los muertos a la UAI. Necesito que les ordene que se pongan a trabajar de inmediato en su identificación y que cuando tengan resultados, me los envíen. Quiero saber a qué nos enfrentamos. Vamos camino

del palacio residencial, donde estaremos protegidos. En cuanto haya recopilado más información sobre el estado de todo nuestro equipo le llamo de nuevo.

Prolongar más la conversación era inútil, por lo que colgó. Tenía que estar atenta a lo que ocurriese en el exterior del vehículo. Todavía no estaban a salvo.

## 26. Evaluando pérdidas

*Tiflis, 21 de septiembre.*

Los hombres que quedaban del grupo asaltante, estaban en aquel almacén a las afueras de Tiflis desde el que habían planeado toda la operación. Con las cabezas gachas y los ojos encendidos por la furia Lukyan y Bassem, se miraban el uno al otro sin creerse todavía su fracaso. Solo ellos habían logrado escapar. Paseaban por el local dando vueltas y pegando patadas a todo objeto que se cruzaba por delante.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Estábamos a punto de conseguirlo! ¡Solo nos faltaban unos metros para subirnos al *Suburban* y largarnos con el diplomático! —chilló Bassem con un exceso de adrenalina surcando por sus venas— ¿De dónde salieron esas dos?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! —Lukyan de normal tan frío y calculador, mostraba en su rostro la misma ira que su compañero—. Pero nos han eliminado como si fuésemos aprendices. Dos tiros en la cabeza a cada uno de nuestros compañeros. Sin pensarlo, sin piedad, sin remordimientos. Eso implica entrenamiento y estar acostumbrado a ello. No son simples guardias de seguridad.

—Sí. Nos han colocado entre la espada y la pared. Por un lado, esas mujeres y por el otro sus compañeros. Vista su mortífera eficacia, si en vez de dedicarse a poner a salvo a su diplomático se quedan para cazarnos, ahora estaríamos muertos.

—Sí. Tuvimos suerte de poder huir en el otro vehículo. El resto de nuestros compañeros murieron allí.

—Cierto. Pero..., es culpa nuestra.

—¡¿Quééééé?!

—Programamos el secuestro como una banda de mafiosos del tres al cuarto. Igual que aficionados.

—¡¿Como?!

—Hemos planificado este secuestro como unos principiantes. Hemos pensado en el lugar, en las armas que llevaríamos, en los vehículos blindados, pero no hemos tenido en cuenta lo más importante.

—¿Qué quieres decir?

—Todo lo que hemos llevado a cabo esta mañana ha sido desde nuestro punto de vista. Mi instructor en la *Spetsnaz*, me escupiría en la cara. ¡Estúpidos!

—No te sigo...

—¿A quién nos enfrentábamos esta mañana?

—A unos guardaespaldas...

—¿A qué compañía de guardaespaldas crees que pertenecen esas dos mujeres que nos han barrido como si fuésemos moscas? ¿A *Academy*? ¿A *Falcon Group*?

—No. No me imagino a los israelíes contratando a personal de esas empresas para salvaguardar a sus diplomáticos.

—Piensa. Entonces, ¿quien queda? Cuando eras un miembro de ISIS, ¿que fuerza especial de los israelíes te infundía más miedo?

—Los *Sayeret Matkal*. Eran como sombras. Entrenamiento especial, armas de última generación. De repente los tenías a tu espalda, no los habías sentido y ya estabas muerto. Tuve la suerte de no encontrarme nunca con ellos, pero si pude ver los efectos de sus ataques. Solo la leyenda de los *Kidon* los supera.

—¿Qué? ¿Quiénes son los *Kidon*? Nunca había oído mencionarles.

—Se dice que son una unidad especial de asesinos dentro del *Mossad* que se dedican a eliminar terroristas que atentan contra Israel. Como una especie de doble cero de las películas de James Bond, con licencia para matar, pero llevada a la realidad. Nunca se ha podido demostrar su existencia.

—¿Crees que ellas lo son?

—No lo sé. *Kidon* evidentemente no. Podrían ser *Sayeret Matkal*, pero los israelíes no emplearían sus fuerzas de elite para proteger a un equipo diplomático en unas negociaciones tan sencillas como las que les traen a este país. La idea no me cuadra.

—¿Admiten mujeres en sus comandos?

—Sí, no tienen ningún problema mientras demuestren que valen tanto como los hombres. Suelen estar más entregadas para que no haya dudas de su eficacia.

—Tenemos que conseguir averiguar a qué nos enfrentamos. Si no fracasaremos de nuevo.

—¿Quieres continuar con el secuestro?

—Hemos fallado estrepitosamente y nosotros nunca lo hemos hecho hasta la fecha. Si no terminamos la misión, perderemos prestigio. Incluso puede que nuestros contratistas quieran castigarnos. Tendremos que tener mucho cuidado al volver a Erevan. Es probable que sea necesario dejar claras ciertas cosas mediante el uso de la violencia para que las mafias locales no piensen que van a poder con nosotros al perder a nuestros compañeros.

—Sí —dijo cabeceando como si quisiera apartar alguna idea de su cabeza — tendremos que demostrar a nuestros vecinos que no hemos perdido facultades.

—Además, ¿no quieres ganar ese dinero y de paso vengarte?

—Sí, sí que quiero. Principalmente vengarme —añadió con un brillo de odio en sus oscuros ojos.

—Vamos a intentar hablar inmediatamente con nuestro contacto en el gobierno. A ver qué más información podemos conseguir a través suya. Después nos dirigiremos a Ankara para planear un nuevo asalto. Aquí habrán reforzado las medidas de seguridad y nos resultaría tremendamente complicado.

## 27. Nuevo plan

*Tiflis, 21 de septiembre.*

Todos los miembros de ambos equipos diplomáticos se encontraban en sus habitaciones del Marriot. El gobierno de Georgia, había duplicado las medidas de seguridad y el hotel había sido tomado por las fuerzas especiales de la policía.

Solo faltaba un hombre: Aaron. Había caído tiroteado intentando alcanzar desesperadamente a los secuestradores de Hiram. Aunque el chaleco le salvó de la mayor parte de los disparos, una bala le acertó en la cabeza.

Otoniel estaba desolado, era la primera vez que participaba en un combate real, y había perdido a su compañero. No hacía más que echarse la culpa. Si hubiese sido más rápido..., si hubiese sido más preciso..., si hubiese sido más mortal. Por más que Elana le animaba diciéndole que gracias a él, el resto de los diplomáticos se habían salvado, aquello no le daba ningún consuelo.

Los sanitarios que les habían atendido de urgencia, habían suministrado a los diplomáticos sedantes, principalmente a Hiram, que a punto había estado de entrar en estado de shock. Una cosa es la preparación que otorga el servicio militar y otra es, que las balas anunciando tu muerte silben a tu alrededor. Afortunadamente, que las dos hermanas le hubiesen rescatado a tiempo, había obrado en beneficio de sus nervios.

La enfermera que les suministró los calmantes, no sabiendo como obrar con el soldado, le preguntó a Elana que hacer. Otoniel no quería ingerir nada porque lo consideraba un acto de debilidad, pero la capitana le dijo que si lo hacía estaría recuperado y operativo más rápidamente, por lo que al final no atreviéndose a llevar la contraria a su superior, accedió.

La capitana le ordenó a su hermana que se quedase con ellos para transmitirles seguridad y tranquilidad. Cogió el teléfono satelital que encriptaba las comunicaciones del interior de una de las maletas y subió a la terraza para poder hablar en soledad. El cielo estaba despejado y la ciudad callada. El tráfico circulaba normalmente y nada mostraba indicios del duro enfrentamiento que se había producido escasas horas en sus calles y de la sangre que se había vertido.

Llamó a su cuartel y pidió que quería hablar con el coronel. Esperaba que el análisis de las fotos hubiese dado resultados positivos. En unos segundos, y como muestra de que debía estar esperando aquella llamada, oyó su tensa voz.

—Hola capitana.

—Hola coronel.

—¿Me puede hacer un resumen?

—Ayer a la noche hubo un cambio de planes en la ruta a seguir hoy que Hiram no nos comentó hasta el último momento, demasiado tarde para analizar la situación: la visita al museo *David Baazov*. Cuando hemos llegado, nos han tendido una emboscada en la que han matado al director de la institución y se han hecho con Hiram. Afortunadamente, hemos conseguido rescatarlo cuando iban a huir. Arisbeth y yo hemos eliminado a cuatro de ellos. Otoniel y Aaron a otros dos, pero Aaron ha caído muerto por una bala en la cabeza. Otoniel cree que otros dos hombres han conseguido huir. Hablaban en árabe y llevaban símbolos de ISIS en sus ropas. Usted, ¿ha averiguado quienes son los de las fotos que le hemos enviado?

—Sí, mercenarios. De la peor calaña. Habéis hecho un bien a este mundo quitándolos de él. Ambos pertenecientes a una banda de cinco individuos que residía en Erevan, la capital de Armenia. Tres de ellos rusos, desertores de la antigua *Spetsnaz* y los otros dos, desertores de ISIS. Asesinos sin escrúpulos. Nadie los echara de menos.

—¿Quiénes son los del coche?

—Uno de ellos se llamaba Vladimir y el otro Khalid. Pásame cuando puedas las fotos que obtengas de la policía de Georgia, seguro hay algún integrante más de su grupo, Así sabremos quienes son los que quedan. Por mi parte, te mando las del resto de la banda por si te encuentras con alguno. Ten cuidado, son peligrosos. Hasta ahora habéis tenido suerte.

—Se llama entrenamiento. La suerte en este trabajo no existe. Por cierto coronel...

—¿Si capitana?

—¿Vamos a seguir con la misión diplomática? o ¿volvemos a casa?

—Todavía no lo sé. Lo que decida nuestro Jefe de Gobierno. En cualquiera de los casos, en unas horas mandamos un avión para repatriar el cadáver de Aaron. Si la misión se cancela, volveréis en él. Si no, seguiréis de nuevo camino de Turquía. De todas maneras, os mandaré dos hombres más de refuerzo. Perteneecerán a tu comando.

—De acuerdo. Mientras esperamos la decisión, me voy a acercar al cuartel de la policía o al lugar desde donde estén investigando lo que ha pasado y hablaré con el que esté al mando. Cuando tenga más información me pongo en contacto con usted.

—¿Le parece conveniente abandonar a los miembros del equipo diplomático?

—No corren peligro. Estamos en el *Marriot* y rodeados de muchos efectivos de la policía.

—Asegúrate de que estén protegidos, antes de marcharte a investigar

—Por supuesto. ¿Coronel?

—No me hace ninguna gracia el ir ganando nuestra apuesta.

Terminó la conversación y guardando el móvil satelital, sacó del bolsillo de su pantalón un terminal más convencional con el que llamó al responsable de las fuerzas de seguridad que los escoltaban.

Desde el incidente, el hombre había hablado con ella un par de veces disculpándose por no haber sido de más ayuda. Se sentía en cierta medida culpable por lo que había sucedido y temía que cuando las delegaciones diplomáticas abandonasen el país, lo degradasen y lo mandasen a vigilar alguna de las fronteras del país. Quería hacer todo lo que se encontrase en su mano, para minimizar sus daños. Para sus superiores era una vergüenza que aquello hubiese ocurrido en las calles de su ciudad y él era el máximo responsable de la seguridad de los extranjeros.

—¿Comandante Erekle?

—¿Quién es el encargado de la investigación y a donde se han llevado los cadáveres de los secuestradores que hemos abatido esta mañana?

—Los han llevado a la comisaria de la calle *Javakheti*, y está al mando el capitán Gocha.

—Voy a ir para allí. ¿Puede hacer que me atienda de inmediato? y que, ¿si se me ocurre que es conveniente hacer algo no lo cuestione?

—Ahora mismo. No se preocupe. Estará a su total disposición.

—De acuerdo, gracias.

Acto seguido y conforme se encaminaba hacia la puerta del hotel, llamó a su hermana.

—¿Sí *Magen4*? —respondió reconociendo el número de teléfono del móvil.

—Baja a la puerta principal. Vamos a hacer una visita al cuartel de la policía.

Le contó lo que había hablado con su coronel y con el comandante georgiano. Cogieron el *Suburban*, introdujeron la dirección de la comisaria en el GPS y se dirigieron circulando rápido hacia allí. Nada más llegar les franquearon la entrada sin problemas. Les estaban esperando. Un hombre de mirada adusta de unos cuarenta años, salió a su encuentro.

—¿Capitán Gocha? —le preguntó Elana en un ruso impecable.

—Sí. Me han dicho que me ponga a su disposición y que haga los que ustedes me digan —aunque estaba claro que no le hacía gracia el recibir órdenes de aquellas dos mujeres extranjeras, estaba resignado a acatarlas.

—Llévenos por favor a donde están los cadáveres —le urgió Elana en tono educado pero firme.

El capitán se internó en las dependencias de la comisaría hasta llegar a una zona de laboratorios. Entró en una de las salas donde se practicaban autopsias. Era blanca, estaba limpia y olía a desinfectante de quirófano y formol. En la pared de la derecha había una serie de filas de nichos metálicos donde se guardaban los cuerpos de los fallecidos. Sin más explicaciones, el capitán se dirigió a uno de aquellos compartimentos, abrió la puerta y tiró de la camilla de acero que se deslizó sobre unas guías bien engrasadas. El cuerpo del interior quedó al descubierto. Lo habían limpiado. Era Aaron. Los rostros de las dos israelís mostraron la ira que sentían.

—Es nuestro compañero. Mañana vendrán a por él para trasladarlo a nuestro país. Por favor veamos el siguiente.

Fueron recorriendo los nichos y grabando en su cerebro las caras de los que les habían asaltado, comparándolos con las fotos que les había enviado su coronel. Tres de los miembros de la banda armenia, se encontraban allí. El resto según el capitán de la policía eran simples delincuentes habituales de las calles de Tiflis. Debían haber sido contratados para realizar aquel trabajo.

El capitán les dijo que su superior le había pedido que por favor le ayudasen a redactar el informe de lo que había pasado aquella mañana en el museo. Ellas no tuvieron ningún problema en colaborar. Una hora después de haber entrado en la comisaria, se montaron en el *Suburban* y se dirigieron al hotel. Arisbeth conducía de nuevo. Aprovecharon que estaban solas para llamar a su compañero.

—¿Magen2?

—¿Si Magen4?

—Acabamos de salir de la comisaria, en unos minutos llegaremos al hotel. Según la información que nos envió desde nuestro cuartel el coronel Yeudiel, los que nos han atacado son una banda de cinco mercenarios residentes en Erevan. En la comisaria hemos visto los cadáveres de tres de los integrantes del grupo. Es de suponer que otros dos andan cerca. Te envió sus fotos. Pueden contar con apoyo local. Enseña las imágenes al responsable de las fuerzas de seguridad en el hotel y que las haga circular entre sus hombres.

—¿Quieres que vayamos a rastrear las calles? —preguntó Arisbeth— podemos empezar por los amigos de los delincuentes locales. Quizás alguien sepa algo.

—Si estuviésemos solas —le respondió sonriendo su hermana— eso es lo que haríamos. Tenemos que vengar a Aaron. Pero, por desgracia nuestra prioridad es proteger a los diplomáticos. Si vienen a por ellos, los neutralizaremos.

—¿Y si han huido de vuelta a Erevan?

—Cuando dejemos a Hiram y los suyos en casa, iremos a cazarlos.

## 28. Nuevo jugador

*Tiflis, 21 de septiembre.*

No tenía mucho tiempo. Si quería poner la idea que se le había ocurrido en marcha tenía que hacerlo ya, o dejarlo pasar para siempre. Y las oportunidades de ese calibre nunca se volvían a dar de nuevo. Si a él se le había ocurrido, era cuestión de minutos, a lo sumo una hora de que alguien más se diese cuenta.

Se quitó el elegante traje que llevaba y se puso un vaquero, una camiseta y una chaqueta de cuero. A pesar de que todas las prendas eran de marca, había que acercarse para detectarlo y de cualquier manera eran más discretas para moverse por aquella ciudad que el traje. Para dificultar su identificación, se colocó una gorra calada sobre el rostro y unas gafas de sol.

Salió a la calle andando a paso vivo y en cuando consideró que se había alejado lo suficiente y comprobado que nadie le seguía se montó en un taxi. Afortunadamente había verificado en Internet la dirección que había conseguido y copiado en un papel su nombre en georgiano.

¡Vaya país! No eran capaces de ponerse de acuerdo ni para utilizar el mismo lenguaje de escritura. Aunque se había instaurado el actual “*alfabeto georgiano*” de 33 símbolos, todavía convivían los tres alfabetos a partir del cual lo habían creado. El *asomtavruli* que había visto la luz en un monasterio georgiano radicado en Palestina en el año 430. d.C., pasando por el *nusjuri* aparecido en el siglo IX hasta el *mjedruli* del siglo X. En el año 2016 habían sido inscritos en la lista del “Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad” de la UNESCO.

El conductor reconoció la calle y puso el coche en movimiento. El tráfico no era excesivamente denso a aquella hora y el vehículo, aunque antiguo, se movía fluidamente.

—¡Cincuenta dólares si llegamos en menos de diez minutos! —le dijo en un ruso mediocre, mientras le enseñaba el billete.

Confiaba en que el taxista estuviese dentro del cincuenta y cinco por ciento de los habitantes del país que hablaban ruso debido al periodo de dominación de la URSS. Aunque, no fue necesario que le respondiese. El brillo de codicia que apareció en sus ojos al ver todo aquel dinero fue más que suficiente. Al ver la cara ropa que vestía el extranjero e intuyendo que no conocía la ciudad, inicialmente el georgiano había pensado dar un ligero rodeo para ganarse un dinero extra, pero con aquel acicate aquello dejaba de tener sentido. En unos segundos, el coche empezó a moverse por aquellas calles como si en vez de un

taxi, fuese una ambulancia. A base de bocinazos e insultos llegaron a su destino dentro del tiempo estipulado. Le entregó el billete y abrió la puerta para descender del vehículo.

—*Bolshoye spasibo* —le agradeció el hombre, mientras intentaba darle el número de su móvil y ponerse a su disposición para cualquier desplazamiento que tuviese que hacer mientras estuviese en Tiflis.

—*Poká* —le respondió alejándose sin hacerle caso.

Le había dado al conductor como dirección una calle situada a dos manzanas de su verdadero destino. Fue paseando deprisa, agachando la cabeza contra el pecho y mirando hacia el suelo. En tres minutos estaba en el portal de unos apartamentos de lujo. En aquellos momentos no se encontraba por allí el portero del edificio, por lo que aprovechó para abrir la puerta con una ganzúa. Se dirigió a los buzones para comprobar el piso exacto donde vivía la persona que había ido a buscar: cuarto piso, escalera F.

Se encaminó hacia uno de los dos ascensores y pulsó el botón del tercer piso. Una vez allí, ascendió una planta por la escalera interior. Había tenido suerte. No se había cruzado con nadie. Se acercó a la puerta y en un primer momento pensó en llamar, pero si él fuese la persona que vivía dentro, estaría con los nervios a punto de estallar. Primero lo intentaría con una ganzúa.

Extremando las precauciones e intentando meter el menor ruido posible, se puso a manipular la cerradura. Le costó unos segundos más que la del portal, pero venció su resistencia.

—“Después de todo, no voy a estar tan desentrenado como pensaba” —pensó mientras una cínica sonrisa aparecía en su rostro.

Empujó levemente la puerta y echó una ojeada. En el aquel gran salón no había nadie. Prestó atención a los sonidos y pudo identificar ruidos provenientes del otro lado de la casa. Se desplazó sigilosamente en aquella dirección. Entre los zapatos de suelo de goma que se había calzado y la gran cantidad de mullidas alfombras que había por todas partes, llegó silenciosamente hasta el cuarto de donde provenían los ruidos.

Colocado en el exterior, paralelo a la pared, escuchó a alguien mover cosas. Con un rápido movimiento asomó el rostro y lo volvió a ocultar. El dueño de la casa estaba introduciendo en una gran bolsa de deporte aquello que consideraba necesario y valioso para largarse por una buena temporada. Probablemente a Ucrania o a Rusia. Se le habían acabado los privilegios. Así son las grandes apuestas. O triunfas o te arruinas. Y a la persona que tenía a escasos metros le había fallado la jugada.

Extrajo la pistola que llevaba escondida en el interior de la chaqueta, le puso el silenciador y se acercó a él por la espalda. Cuando estaba a un par de

pasos, el otro debió notar algo, porque empezó a girarse en su dirección.

BUUFF, fue el siguiente sonido que escuchó mientras una bala le destrozaba la rodilla. Calló al suelo y empezó a chillar desesperado por el dolor. Al momento el cañón de la pistola se apoyó en su otra rodilla.

—Si sigues chillando, te vuelo la otra —le amenazó en ruso.

—¿Qué quiere? —le preguntó agarrándose la articulación destrozada mientras el miedo y el dolor dejaban paso a una inmensa sorpresa. A pesar de la gorra, las gafas y el cambio de indumentaria, el conocía a aquel individuo. Estaba seguro de que ese rostro lo había visto recientemente, aunque no recordaba donde.

—Información. ¿No es lo más valioso en nuestro negocio? —le dijo con una irónica sonrisa mientras le arrojaba una camiseta de algodón de entre la ropa que había encima de la cama—. Hazte un torniquete. Si me respondes lo que te voy a preguntar rápidamente, me marcharé como si nunca hubiese estado aquí. Quizás llegues a tiempo al hospital de salvar la pierna.

—¿Qué quiere? —repitió el georgiano desde el suelo apoyando la espalda contra la cama, mientras intentaba hacerse un nudo con la prenda en torno a su muslo.

—¿Quién te pagó para que desviases a la delegación israelí de su ruta inicial?

—Una banda de mercenarios armenios —contestó atropelladamente. No tenía ninguna intención de hacerse el héroe y llevarse otro balazo.

—¿Para quién trabajan?

—Para un grupo de fanáticos también armenios muy poderosos.

—¿Qué es lo que pretendían? ¿Liquidarlos?

—No su objetivo era secuestrar al embajador y pedir rescate al gobierno israelí. Es pariente del primer ministro.

—¿Cómo te pones en contacto con ellos?

—Con ese móvil. El número al que llamo es el único que está marcado —respondió señalando un teléfono que descansaba sobre una de las mesillas a la cabecera de la cama.

Sin dejar de apuntarle, se desplazó hasta el mueble y cogiendo el dispositivo repasó las últimas llamadas que había realizado. Solo había dos.

—¿Utilizáis algún tipo de palabra clave o contraseña para verificar quien llama?

—Conmigo no.

—¿Cuánto te han pagado?

—Doscientos cincuenta mil *Laris*.

—¿En dólares?

—Unos cien mil.

—Me imagino que para un país como este será mucho dinero.  
¿Describeme a los mercenarios?

—Son cinco, pero yo solo he visto a dos. Eran rusos, antiguos miembros de la temida *Spetsnaz*. En su día estaban asignados a esta ciudad. Todavía saben moverse por los bajos fondos. Si siguen manteniendo alguno de sus contactos, sabrán esconderse de la policía.

—¿Los otros tres?

—Según mis fuentes, otro ruso más, también de su antiguo equipo y un par de exintegrantes de ISIS.

—¡Vaya grupo! ¡Lo mejor de cada casa! —y analizando lo que acababa de escuchar llegó en un instante a una conclusión evidente— ¡Por eso simularon tan bien que eran miembros de la banda terrorista quienes cometían el atentado!

—El plan estaba bien trazado. Esas malditas mujeres lo estropearon liquidando a parte de los mercenarios y recuperando al embajador. ¡Putas! —exclamó con el rostro congestionado por la ira y el previsible *shock* que iba a sufrir en segundos debido a la herida— ¡Han arruinado mi vida!

—¿A dónde pensabas ir?

—No lo sé. Solo pensaba coger algunas cosas imprescindibles, dinero y largarme para esconderme en algún agujero. Los mercenarios pensarán que soy un cabo suelto y la policía sacará las mismas conclusiones que tú. Todos ellos vendrán a por mí.

—No te preocupes. Yo te solucionaré el problema —y apuntando a la cabeza le disparó un par de tiros, acabando con la exigua esperanza que sus primeras palabras le habían generado—. Gracias a la información que me acabas de suministrar voy a resolver un problema y de paso ganar un montón de dinero.

*"Si no vas a morder,  
no muestres los dientes".*

***Proverbio hebreo***

## 29. Ankara

*Ankara, 21 de septiembre.*

Había aterrizado en el aeropuerto de Tiflis, un avión proveniente de Tel Aviv para recoger el cadáver de Aaron y llevarlo de vuelta a Israel. Estaba a la espera de la decisión por parte de Hiram, de decidir si se volvían en él, o continuaban el viaje junto a los americanos. En la aeronave, habían llegado dos comandos más para reforzar el equipo de seguridad israelí.

En esos momentos, todos los miembros de las delegaciones diplomáticas de ambos países estaban en un salón del hotel *Marriot*, discutiendo cuales iban a ser los próximos pasos a dar después del atentado que habían sufrido. Había divergencias de opiniones.

—Hiram —argumentó Henry—. Es entendible que estés muy afectado, tras todo lo que has pasado esta mañana. Eres valiente. Cualquiera en tu lugar estaría en un hospital, tomando calmantes.

—Gracias por tus palabras —respondió el mencionado embajador—. Pero estoy menos tranquilo de lo que mi aspecto deje traslucir.

—A pesar de la triste perdida de Aaron, tu equipo de seguridad —continuó fijando su mirada sobre las dos mujeres— ha funcionado a las mil maravillas. No solo te han rescatado en minutos, si no que han aniquilado a los componentes del comando de ISIS que os ha atacado. Desde mi punto de vista, ya no existe peligro.

—Nuestro equipo de seguridad, tiene claro que no es un comando de ISIS, si no un grupo contratado de mercenarios y por lo tanto, mucho más peligrosos. No tenemos los suficientes datos para confirmar lo que usted está aseverando señor Peterson —apuntó Saula. La asesora de Hiram, era partidaria de volver a Tel Aviv— y no sabemos que tenían en mente cuando secuestraron al señor Abentovi. Tampoco sabemos cuántos miembros realmente componen el comando que nos ha atacado. Me parece arriesgado continuar nuestro viaje sin disponer de más información. Es la vida de nuestro embajador la que está en juego.

—Creo que exagera señora. Como diplomático tengo claro que me debo a mi país, principalmente cuando se me ha encargado una misión importante. He terminado mi trabajo aquí y yo pienso continuar hacia Turquía. Y he avisado a mi homónimo del país y nos esperan esta noche —y a continuación, con voz neutra, lanzó un ultimátum—. Nuestro avión partirá esta tarde y necesito que decidan si vienen o no con nosotros de inmediato.

—Usted es la responsable de nuestra seguridad —dijo Hiram dirigiendo su vista hacia Elana—. ¿Qué opina?

—Es una decisión difícil, y creo que todo lo que se ha mencionado, tiene su parte de verdad. Hemos eliminado a parte de los miembros del comando que le ha atacado. Lo normal en estos casos, es que lo que han huido, se escondan y decidan si más adelante van a volver a intentarlo. La planificación y logística necesaria para provocar un atentado como el de esta mañana es complicada y cara. Tendrá que determinar la investigación que han puesto en marcha las autoridades de este país, pero por mi parte apostaría a que alguno de los miembros del gobierno con los que usted decidió cambiar la ruta de nuestro recorrido y visitar el museo, están implicados y fueron sobornados para desviarnos y caer en la emboscada.

—Entonces, ¿está de acuerdo conmigo? —le interrumpió Henry—. Podemos seguir nuestro viaje

—He dicho, que todos lo que habéis hablado podéis tener parte de razón —respondió en un tono de voz seco Elana—. Puede que considerasen que no era necesario utilizar todos sus hombres, y haya los suficientes en su comando para intentar otro asalto. Si yo estuviese en el bando contrario, hubiese planificado en detalle un atentado en Tiflis y otro en Ankara, precisamente para tener un plan alternativo en caso de fracasar o no poder llevar a la práctica el primero. Por ejemplo, que nos hubiésemos negado a visitar el museo. No sabemos que conocen sobre la totalidad de nuestro viaje, pero estoy segura de que saben que vamos a ir a Ankara, lo mismo que sabían que íbamos a venir aquí. Adicionalmente, su fracaso les habrá puesto furiosos y puede que el afán de venganza y de culminar su misión, les lleve a volver a intentarlo.

—Si dejase la decisión en sus manos. ¿Cuál sería su elección? —le preguntó Hiram.

—Lo siento señor, pero no puede fiarse mucho de lo que yo elija. Si fuese por mí le intentaría convencer de que no hay ningún peligro y de que el viaje es tan importante para nuestro país que, a pesar de los posibles riesgos, es necesario que continuemos.

—Y, ¿por qué no puedo fiarme de usted y de sus argumentos?

—Por qué detrás de todas mis palabras —y su cara se tensó y se le iluminaron los ojos—, solo estarían mis ganas de utilizarle a usted y al embajador americano como cebos para cazar al resto del comando. El resto de los miembros de mi equipo y yo estaríamos deseando que de verdad lo intentasen para vengar la muerte de Aaron. Esta vez le aseguro que no se escaparía ninguno.

Durante un buen rato un profundo silencio se apoderó de la sala. Los

miembros del equipo americano, no habían acogido con agrado la idea de que para aquella israelí a partir de ese momento fuesen el reclamo a utilizar en una posible cacería.

Era manifiestamente claro que el resto del equipo de seguridad israelí apoyaba lo que había expuesto con tanta rotundidad su líder. Se podía leer en sus rostros que estaban deseando seguir el viaje con otros fines distintos a los diplomáticos.

—Continuaremos el viaje —anunció Hiram con una irónica sonrisa mirando a Henry—. No voy a ser más cobarde que usted. No voy a dejar a mi país en la estacada abandonando la misión que me ha confiado y sobre todo —añadió recalcando la frase y desviando la vista hacia Elana—, y ya que ha salvado mi vida esta mañana, no le voy a privar a usted y a al resto de su equipo de la posibilidad de aniquilar a los que han asesinado a Eshkol y a Aaron.

—Gracias señor —dijo Elana, mientras que, con un leve gesto de cabeza, acompañaba sus palabras. Señalando a los miembros de su grupo añadió—. Ninguno de nosotros le defraudaremos.

—Estoy seguro de que se esforzaran en ello.



Tanto Lukyan y Bassem se estaban empezando a poner nerviosos. Habían llamado en repetidas ocasiones al móvil de Gurgen, sin obtener ninguna respuesta, por lo que habían abandonado el almacén no considerándolo un lugar seguro. Se habían trasladado de nuevo a uno de los hoteles que habían reservado su primer día y se encontraban en la habitación decidiendo que hacer.

—¿Por qué ese maldito degenerado no nos contesta? —exclamó enfadado Bassem—. Cuando lo tenga otra vez delante lo mato.

—A lo mejor no tienes la oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que es probable que alguien del equipo israelí o de las fuerzas de seguridad georgianas haya caído en la cuenta de que Gurgén insistió en que fuesen a visitar el museo *David Baazov*, y que fue allí donde les tendimos una emboscada.

—¿Crees que lo habrán apresado?

—Seguramente. En estos momentos lo pueden estar interrogando, y ya sabes qué métodos utilizan en este país. Fui uno de los que se los enseñaron. Afortunadamente, no sabe nada sobre nuestras verdaderas identidades. Les ha podido dar la dirección del almacén donde hemos preparado el golpe, pero ya nos hemos largado de allí. Lo hemos limpiado de tal manera que tampoco encontrarán ninguna pista que les conduzca hasta nosotros.

—¿Qué hacemos? ¿Seguimos hacia Ankara y nos vengamos? o ¿nos volvemos a casa?

En esos momentos, el sonido del móvil que Lukyan estaba usando para aquel trabajo, se puso a sonar. En la pantalla pudieron identificar el número del móvil de Gurgen. Tras unos segundos, el ruso sacó de uno de sus bolsillos un distorsionador de voz digital que se puso delante de la boca y aceptó la llamada. Puso el teléfono en modo *manos libres* para que su compañero oyese la conversación.

—¿Quién es? —preguntó desconfiando de que al otro lado estuviese uno de los policías que podían haber arrestado a su contacto georgiano.

—Alguien que quiere proponeros un trato —respondió otra voz distorsionada. Por lo visto la persona que había efectuado la llamada, tampoco quería ser identificada.

—¿Quién eres?

—Los nombres son irrelevantes. Yo tampoco estoy interesado en los vuestros.

—¿Qué eres?

—Como acabo de decir, proponeros un trato. A ti y al resto de los que están escuchando. Como signo de buena voluntad, deciros que hace un rato os he librado de un cabo suelto. Vuestro contacto en el gobierno, no os delatará. Lo he liquidado.

Durante unos segundos se hizo un profundo silencio. El que había hecho la llamada, esperaba algún tipo de reacción por parte de los mercenarios. Si no se producía ninguna, era señal que estaban de acuerdo con lo que había hecho. Con su silencio dejaban claro que el eliminar a Gurgen, les libraba de un problema.

—Ahora que veo que apreciáis mi gesto, podemos continuar. Estoy al corriente de todos los detalles del viaje de los embajadores americanos e israelí, y dispuesto a compartirlos con vosotros para que tengáis éxito, donde esta mañana habéis fracasado. Es más, ante cualquier variación en el itinerario o en las medidas de seguridad, seré el primero en enterarme.

—¿Qué quieres a cambio?

—Una parte de lo que le correspondería a los que han muerto de vuestro equipo. La otra mitad para vosotros. Con un millón de dólares me conformo. Creo que es justo.

—¿Cómo sabemos que tienes la información que aseguras y que deseas participar en esto? Podrías ser un policía corrupto intentando chantajearnos o uno legal intentando averiguar nuestro paradero actual.

—No tenéis muchas opciones, por lo que seguiremos los siguientes pasos. En unas horas saldrá en los medios de comunicación la muerte de Gurgen. De

esta manera sabréis que os digo la verdad con respecto a que lo he eliminado. Después y como otro acto de buena voluntad por mi parte, en vez de pedir os la mitad de mi remuneración, solo me vais a ingresar en una cuenta bancaria suiza que os voy a dar a continuación 100.000 dólares. Si aceptáis mis condiciones, desplazaros a Ankara y preparaos para secuestrar al embajador israelí. Os iré informando en detalle de las medidas de seguridad adoptadas en torno a su alojamiento y durante el recorrido de su visita.

—Si aceptamos tu trato, queremos algo más.

—¿Sí?

—Información suficiente para poder vengarnos de las dos mujeres que eliminaron a nuestros compañeros.

## 30. Estás muerta

*Ankara, 23 de septiembre.*

Habían llegado la noche anterior al *Aeropuerto Internacional Esenboğa*, situado a treinta kilómetros de la capital de Turquía. Les estaba esperando una delegación del gobierno turco que les dio la bienvenida y les acompañó escoltados por varios coches y motos de la policía hasta un palacete que habían elegido para alojarlos y celebrar en él las negociaciones. Alertados del incidente de Tiflis, consideraban que era más seguro, hacerlo así.

Aquel lugar, tal y como les habían explicado a su llegada, era una residencia construida hacía tres siglos para servir de lugar de ocio a uno de los miembros de la familia del sultán *Mahmud I*.

Debido a lo tarde que habían llegado a la capital y las intensas emociones vividas a lo largo del día, habían decidido tomar una frugal cena y dirigirse a sus habitaciones.

Faltaba una hora para que amaneciese cuando Elana se despertó y vio que su hermana no estaba durmiendo. Parecía que llevase bastante rato despierta.

—¿No puedes dormir? —le preguntó.

—No me acabo de acostumbrar a estas camas tan blandas y lujosas —le respondió mientras le arrojaba una almohada a la cabeza —No como otras...

—Ya sabes. En mi casa de princesa no me falta de nada... —ironizó Elana. Aunque le encantaba disfrutar de aquellos sencillos momentos, estaban trabajando.

Se encontraban en la misma planta que Hiram, pero en unas habitaciones más sencillas en el extremo del pasillo. Les habían asignado a ellas una habitación y la de al lado a sus compañeros israelís.

—En vuestro país continuáis con: los chicos con los chicos y las chicas con las chicas. —dijo en un tono sarcástico el estúpido líder del grupo americano la noche anterior.

Elana temía que, si seguía con ese comportamiento, tendrían un enfrentamiento grave antes de que se acabase la misión. Intentaba evitarlo por todos los medios y apartar a Arisbeth de un posible incidente, pero aquel imbécil parecía que se empeñase en todo lo contrario.

De repente, oyeron varios golpes suaves en la puerta. Un ruido como de alguien tocando con los nudillos en la madera de una forma inconexa, como con nervios. Ambas hermanas se despertaron prácticamente a la vez y se miraron entre sí. Arisbeth se levantó primera.

—Ya abro yo. No hace falta que te levantes.

Vestida con el escueto camisón que debido al calor reinante usaban ambas hermanas para dormir, se desplazó sin meter ruido y se paró junto al marco, aguzando su oído. No escucho ningún ruido extraño salvo el repicar de nuevo de los nudillos. Abrió lentamente la puerta y vio a un guardia de los que vigilaban la casa. Lo reconoció de haberlo visto anteriormente recorriendo los pasillos.

—Buenas noches, ¿qué desea? —le preguntó despacio y educadamente la israelí.

—El comandante quiere verlas —le dijo en un pobre inglés arrastrando las palabras— me ha pedido que les avise.

—¿A estas horas?

—Debe ser importante. Quiere compartir con ustedes algún tipo de información importante relacionada con la seguridad de su equipo diplomático —al hombre le costaba buscar las palabras adecuadas.

—¿De que se trata?

—El comandante no me ha confiado nada. Soy un simple policía, sin rango. Solo me ha ordenado que venga a buscarlas y las acompañe a una habitación cercana.

—Espere un segundo. Nos vestimos y vamos —repuso Arisbeth.

Viendo que poca más información iba a obtener de aquel hombre, cerró la puerta y se dirigió a ponerse algo encima del camisón.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermana, que solo había entendido retazos de la conversación.

—Vístete. Por lo visto, el comandante turco quiere compartir con nosotras cierta información importante que le acaba de llegar.

—¿Han avisado a los americanos?

—Creo que de momento no. Parece que lo que han averiguado solo nos afecta a nosotros. Está en una habitación cercana, con que nos pongamos algo rápido, será suficiente. No creo que ahora vayamos a resolver nada. En unos minutos estaremos de vuelta.

Cada una de ellas, encima de su ropa interior, se puso un pantalón y una camisa de manga larga, así como calcetines y zapatos. Todo ello de color negro. No conocían las creencias religiosas del comandante, pero estaban en un país que cada día miraba más profundamente al islam.

Salieron al pasillo y siguieron al guardia a través de la planta hasta llegar a un estrecho corredor. Al final del mismo había una habitación. El guarda se paró y las dejó pasar mientras les cedía el paso. En el interior había poca luz. La puerta se cerró a sus espaldas.

—¡CUIDADOOO! —gritó Elana mientras propinaba un empujón a su

hermana.

Sus ágiles reflejos la salvaron, apartándola del camino de aquel cuchillo, pero su impulsivo gesto hizo que el brazo que la había movido, recibiese la puñalada.

Les habían tendido una trampa. Ellas estaban desarmadas y delante suya se encontraba un atlético ruso con una cruel sonrisa en la boca y armado con un *Karambit*, el mortal cuchillo de lucha filipino. Se separaron para ofrecer un menor blanco.

De repente, Elana se tambaleó con un gesto de sorpresa en el rostro. No era la primera vez que recibía cortes como el que tenía en el brazo. Ninguna vena, ni arteria había sido alcanzada, solo un ligero tajo en el músculo. No había perdido tanta sangre como para estar tan débil. Notaba que sus extremidades no le respondían.

—¡El *Karambit* está envenenado! —le costaba pronunciar aquellas palabras. Lo siguiente, lo hizo en hebreo—¡Cinturón! ¡Cinturón!

Y ante la aterrorizada mirada de su hermana se desplomó contra el suelo.

—Ahora tú —le dijo Lukyan en tono tranquilo y confiado mientras avanzaba hacia ella— vengaré a mis compañeros y después secuestraremos de nuevo a vuestro embajador.

Los ojos de Arisbeth sin un ápice de miedo en la mirada, destilaban una furia inmensa cuando pronunció:

—Estás muerto.

A pesar de la ira que la consumía, las últimas palabras de su hermana golpearon su cerebro: ¡Cinturón! ¡Cinturón! Elana siempre le decía que el entrenamiento y la concentración lo eran todo. Sobre todo, cuando imperaba la urgencia y el combate iba a ser a vida o muerte.

La comprensión llegó a su mente junto con las horas que su hermana y ella le habían dedicado a lo que a ella siempre le había parecido un juego. Incomprensiblemente para su agresor, le dio la espalda. Fue una maniobra de distracción para ocultar sus movimientos. Al segundo siguiente el ruso notó un fuerte impacto en la cara que lo paró en seco: *clanc*. Un segundo después volvió a notar otro fuerte impacto: *clanc*.

Con una cadencia sistemática e imparable, impulsado por la velocidad del seco golpe imprimido por aquella mujer, el cortante borde de la hebilla de acero de aquel cinturón le golpeaba el rostro hasta convertirlo al quinto impacto en una masa sanguinolenta. En vez de a la muchacha, ya solo veía una mancha borrosa. No podría aguantar a ese ritmo más de un par de minutos antes de perder el conocimiento. Uno de los golpes ya le había partido un par de dientes y otro cerrado un ojo.

Arisbeth solo pensaba en la urgencia de salvar a su hermana que, aun desplomándose, le dio la clave para neutralizar a su enemigo. Habían practicado durante horas aquel movimiento hasta alcanzar la precisión que estaba imprimiendo ahora a sus lanzamientos. Elana repetía hasta la saciedad que a pesar de todo su entrenamiento en artes marciales, lo mejor para contrarrestar a un arma corta, era un arma larga, sirviendo lo mismo un palo, una barra de acero o el golpe de una hebilla al extremo de un cinturón.

Lukyan intentó desplazarse hacia Elana, para utilizarla como escudo, pero la falta de visión y los impactos recibidos le hicieron moverse lentamente. De repente noto una brutal patada en su rodilla izquierda. La israelí, le estaba atacando por el costado opuesto a la mano que manejaba el *Karambit*. Uno de los cuchillos más peligrosos del mundo, no le estaba sirviendo de nada.

En un par de segundos notó que otra brutal patada le impactaba en el mismo lugar. Esta vez la rótula se rompió y su cuerpo se hincó de rodillas. Le quedó claro que aquella mujer había recibido la misma formación que él en la *Spetsnaz*, a partir de lo descubierto por la CIA hacía más de cuarenta años: que una rodilla después de dos impactos consecutivos se parte.

Estaba en manos de aquella mujer, salvo que se le ocurriese algo eficaz en los próximos segundos. Solo se le vino a la cabeza una cosa: lanzarle el *Karambit*. Con que solo le infligiese un leve corte, la sustancia que lo impregnaba haría que cayese a sus pies como su hermana.

Lamentablemente para él, era lo que Arisbeth llevaba esperando desde que había comenzado a golpearlo. Necesitaba que soltase el cuchillo desesperadamente. La mirada del ruso y la forma en que cambió el agarre le delató. Arisbeth se alejó de él para anteponer más distancia y agarró cada extremo del cinturón con una mano, improvisando una línea de escudo. No fue necesaria, la borrosa visión del ruso hizo que el lanzamiento saliese desviado.

La israelí se abalanzó como una tigresa a por el *Karambit* del suelo y con él en la mano se fue a por su contrincante. Le agarró la cabeza por detrás y le puso el arma en el cuello.

—¿Dónde tienes el antídoto?

El ruso no pronunció palabra alguna, solo se oyó escapar de su garganta el sonido de una sarcástica risa.

Arisbeth miró hacia su hermana. Sus extremidades no se movían, pero su pecho todavía bajaba y subía rítmicamente. Su rostro miraba en su dirección y aquellos ojos continuaban teniendo vida. Dos relámpagos plateados surcaron el aire. Dos líneas rojas aparecieron en los brazos de aquel hombre.

—¿El antídoto?

## 31. Angustia

*Ankara, 21 de septiembre.*

La sarcástica sonrisa del ruso, se fue congelando en sus labios mientras los músculos de su cuerpo se iban paralizando, adquiriendo la misma rigidez que el cuerpo de Elana. Quizás se había equivocado en su rápida decisión e iba a tener consecuencias mortales. Ya no había vuelta atrás. Se le había ocurrido que si aquel hombre se contagiaba de igual manera que su hermana, por miedo a la muerte, le confesaría donde encontrar el antídoto. Pero aquella sonrisa que aún permanecía en su retina, le decía que prefería irse al más allá acompañado.

—¿El antídoto? —gritó una vez más con el tono que da la desesperación.

En esos momentos oyó como la manilla de la puerta empezaba a girar, sin pensarlo se lanzó corriendo en aquella dirección. Debía ser el acólito que les había traicionado llevándoles a aquella sala, que venía a ayudar a su jefe a retirar los cadáveres.

No iba a llegar a tiempo, salvo...

Aprovechando el impulso de su carrera, se lanzó al suelo con los pies por delante, recorriendo los últimos metros patinando por aquel reluciente suelo. La mitad del cuerpo del guardia empezó a traspasar la entrada conforme empujaba la puerta. Desconfiado, había soltado la mano de la manilla para llevarla a su fusil de asalto.

El impacto del cuerpo de Arisbeth lanzado a toda velocidad contra aquella madera fue brutal, con tan mala fortuna para aquel hombre que le pilló la cabeza entre el marco y la jamba de madera. Antes de que se recobrase del impacto, la israelí ya estaba en cuclillas lanzando dos tajos con el Karambit, una en la pantorrilla y otra en la mano con la que sujetaba el arma.

En unos segundos se produjo la reacción de aquel individuo a la peligrosa sustancia, pero no la que esperaba Arisbeth. El cuerpo del guardia empezó a convulsionar de tal manera que aunque la muchacha ya estaba sujetando el fusil, no pudo impedir que disparase una ráfaga. Acto seguido, cayó al suelo lanzando espumarajos por la boca. Estaba claro que su organismo no había reaccionado igual que el de su hermana y el ruso.

“¿Que narices será el líquido que impregna la hoja del cuchillo?” —pensó, lanzando una mirada llena de ira y furia hacia Lukyan.

Su gesto era del todo inútil, su enemigo ya no le podía contestar, aunque tuvo la impresión de que aquellos ojos todavía vivos se estaban riendo de ella.

Oyó pasos de diversas personas que se desplazaban por el corredor. Los

tiros habían alertado al resto de las fuerzas de seguridad. Miró los cuerpos y el estado de la habitación. Le harían demasiadas preguntas y no era el mejor momento para responderlas. No mientras su hermana estuviese a sus pies en estado catatónico. No tenía mucho tiempo y tenía que preparar otro escenario.

“¡Piensa! ¡Piensa! ¡Piensa!” —se repitió a sí misma. Y sus neuronas trabajando al máximo bajo presión encontraron una posible solución—. “¡Ya lo tengo!”

Se acercó rápidamente al ruso y con su ropa, limpió la hebilla del cinturón hasta hacer desaparecer la sangre. Después se lo volvió a colocar. Acto seguido cogió el fusil del guardia por el cañón y refrotó la culata en la cara de Lukyan. También en la sangre que desprendían sus heridas. Lo arrojó a su lado. Las pisadas de los hombres del exterior se oían cada vez más cerca. Se desplazó de nuevo hasta el cadáver del guardia que les había traicionado y lo puso boca arriba. Se situó encima de su pecho y simuló que le estaba realizando maniobras de *reanimación cardiovascular*.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Respira! —chillaba para dar más veracidad a sus actos.

Justo a tiempo. Dos guardias turcos con las armas en posición de asalto, entraron en esos momentos en la habitación con todas las precauciones del mundo.

—¿Hay algún médico en el edificio? —les preguntó ella mirando en su dirección, sin dejar de hacer las maniobras de resucitación cardiopulmonar.

—Ni idea, respondió el más alto de los dos. ¿Qué ha pasado aquí?

—Primero llamen a su comandante y que traigan un par de ambulancias. Esos dos todavía están vivos.

Antes de que el policía utilizara su intercomunicador, el oficial al mando, dos guardias más y Otoniel entraron en la habitación. Al ver a su capitana en el suelo inmóvil, el israelí iba a preguntar algo cuando Arisbeth se le adelantó.

—¿Cómo podemos llegar más rápido al mejor hospital de la zona? Su vida pende de un hilo. Ha sido envenenada por ese terrorista —dijo mientras señalaba el cuerpo del ruso— y no he conseguido que confiese con qué.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el comandante.

—Después tendré todo el tiempo del mundo para explicárselo —repuso Arisbeth con un tono y una fría mirada que no admitían replica—. Primero el hospital.

Aunque estaba claro por el rictus del turco que no estaba acostumbrado a recibir órdenes de una mujer. Aquel hombre bregado en mil situaciones de peligro, se dirigió a los hombres que le acompañaban y les dijo:

—Coged el cuerpo de la israelí y del terrorista y salgamos al exterior. Los

trasladaremos al hospital con mucho cuidado y rápidamente, utilizando el helicóptero.

Con la tensión del momento, Arisbeth se había olvidado del aparato que les había sobrevolado desde su llegada como medida adicional de seguridad. Por lo visto, estaba cerca de la residencia.

Cogiendo su teléfono móvil, llamó al piloto. Debía haber más de uno haciendo guardia para estar disponibles las veinticuatro horas del día.

—¿Cuánto tardáis en tenerlo listo para despegar? Vamos de camino —le preguntó a la voz que descolgó al otro lado.

—Tres minutos señor. Antes de volver a la casa llenamos el depósito de combustible. Cuando usted llegue, estaremos preparados para alzar el vuelo.

—Señor —dijo la israelí dirigiéndose a él respetuosamente—. Cojamos también el cadáver. En el hospital tendrán un cuerpo más para analizar. A veces los muertos dan más información que los vivos.

—Cójnalo —ordenó a sus hombres.

—*Magen3*, ven con nosotros. Avisa al resto del personal de nuestro equipo que extremen la vigilancia sobre nuestros diplomáticos.

Cada cuerpo fue trasladado por cuatro guardias de seguridad, posicionándose cada uno de ellos en torno a una extremidad. Al llegar al helicóptero los depositaron con suavidad en el suelo de la cabina. También subieron Otoniel, un teniente y Arisbeth. Antes de que las puertas se cerrasen y el aparato despegase, el comandante agarró del brazo a Arisbeth deteniendo su subida y mirándole a los ojos le dijo:

—Yo me quedo aquí por si el ataque que han sufrido es una distracción o parte de algo más grande —y hablando más enérgicamente para que quedase claro añadió—. Me ocuparé personalmente de que sus hombres y los diplomáticos estén seguros. Voy a pedir más refuerzos, tanto para custodiar la casa, como para vigilarles a ustedes cuando lleguen a su destino. Teniente Mesut, haga que le pasen con el hospital para que despejen una zona de aterrizaje y estén preparados para atenderles de inmediato.

—Si señor —respondió firmemente el joven oficial de rostro cetrino, pelo hirsuto y mirada inteligente que les iba a acompañar.

—Otra cosa... —continuó en tono acelerado sin haber soltado el brazo de la muchacha—. Va a tener tiempo suficiente durante el vuelo para narrar al teniente lo que ha ocurrido en esa habitación. Quiero que se lo cuente todo, sin dejarse ningún detalle —y mirando el cadáver del guardia depositado en el suelo susurró—. Quiero saber cómo ha muerto mi hombre.

—Por supuesto comandante —respondió Arisbeth devolviéndole la mirada mientras se soltaba suavemente del brazo, cerraba la puerta y hacía una señal al

piloto para que elevase el aparato.

Una vez en el interior, la joven se aseguró de que el inmóvil cuerpo de su hermana estuviese lo más cómodo posible. Se sentía rara viendo que lo único que pudiese mover fuesen sus ojos. Le dolía en el alma aquella mirada. Intentando de alguna forma comunicarse con ella le dijo:

—En unos minutos estaremos en el hospital y sus especialistas encontrarán pronto el antídoto. Aguanta un poco hermana.

Después, mirando a los ojos al asesino que la había dejado en aquella situación, se arrodilló a su lado, acercó su boca al oído y bajando el volumen de su voz para que solo él le oyese, le susurró.

—Si ella muere, te juro que no verás el día siguiente. Y te aseguro que no será rápido.

Estaba nerviosa y le costaba mucho quedarse quieta en el asiento. Otoniel intentaba calmarla con la mirada. El teniente que estaba sentado enfrente suya, viendo su estado le dijo:

—Señora. Ya ha oído a nuestro comandante, necesito que me cuente que pasó en la habitación donde les atacó ese hombre —se lo pidió educadamente intentando que le prestase atención—. No se preocupe, yo me encargaré de redactar el informe, pero si no me lo explica ahora, cuando bajemos del helicóptero todo se volverá a acelerar y tardaremos en volver a estar tranquilos y sentados. Y mi comandante me amonestará por no haber cumplido sus órdenes.

Analizando fríamente la situación, Arisbeth se apercibió de inmediato de que al aterrizar, aquel hombre sería el más alto rango de las fuerzas de seguridad turca en aquel lugar, por lo que el personal sanitario y los guardias se pondrían a sus órdenes.

Tal y como estaba la situación política del país, nadie se arriesgaría a contradecir a un teniente de la policía. Si quería que atendiesen a su hermana debidamente, más le valía que el hombre que le estaba pidiendo amablemente que le ayudase dándole información, estuviese de su lado.

En el momento en que estaba eliminando al corrupto guarda y oyó los pasos de los policías que se encaminaban a la habitación en la que habían sido atacadas, cayó en la cuenta rápidamente en dos cosas: en que tenía que montar un escenario que refrendase su posterior declaración, y en que para que nadie pusiera en cuestión su versión de los hechos, tenía que convertir a aquel cadáver que tenía a sus pies que les había traicionado, en el héroe de la noche.

En el momento de preparar el lugar del ataque, se aseguró de contaminar las pruebas lo máximo posible. El hecho de que un abultado número de efectivos de la policía entrasen en la habitación pisoteándolo todo, también le había ayudado bastante, así como el retirar los cuerpos de inmediato sin sacar

fotografías.

Todos los presentes tendrían recuerdos de lo que habían visto, pero ninguno sería capaz de determinar en detalle lo que había ocurrido. Harían suya cualquier explicación que les pareciese lo suficientemente coherente.

—La capitana y yo estábamos dando una última ronda por nuestra planta, cuando ese buen hombre —narró mientras señalaba el cadáver—, “Ala lo tenga en su gloria”, se nos acercó. Nos dijo que había oído un ruido extraño en una zona de la casa que debiera encontrarse vacía cuando se dio de bruces con nosotros. Nos preguntó si teníamos algún problema en seguirle y nosotros le dijimos que no. Que encantadas le acompañábamos y que la seguridad de la casa era misión de todos.

Aunque ella era más una mujer de acción, dentro de la instrucción que había recibido como *Sayeret Matkal*, había una frase que se le había grabado a fuego: “*Cuando quieras engañar a alguien, cuéntale una verdad a medias. Será mucho más efectiva que una mentira*”.

—Al llegar a la habitación, el entró por delante y recibió la primera puñalada. La capitana que iba muy pegada a él, no pudo evitar el segundo corte. El guardia a pesar de que empezaba a convulsionar, pensando que iba a morir, me lanzó el fusil, mientras se arrojaba sobre el ruso. Eso me dio unos segundos de oro para recuperarme. Cuando el terrorista se deshizo de él y se abalanzó sobre mí, yo ya tenía el fusil agarrado por el cañón y lo reduje a culatazos —esta parte la contó muy deprisa, dándole poca importancia.

—¿Por qué no le disparó? —pregunto suspicaz el teniente.

—Porqué para salvar al guardia y a nuestra capitana, lo necesitaba vivo. Además, en un último acto de valentía, el guardia, había conseguido forcejear y hacerle un par de cortes con su mismo cuchillo. Yo, solo tuve que esperar a que la sustancia hiciese efecto.

—¿Consiguió sonsacarle algo antes de que ese veneno cumpliera su misión y le impidiese hablar?

—No, por más que lo intenté me resultó del todo imposible. Mire sus ojos —susurró Arisbeth mientras lo señalaba con el dedo índice—, desde que comenzó a correr por sus venas esa droga, tengo la sensación de que se está riendo de nosotros. El no saber qué es y ver a mi compañera en el mismo estado me está corroyendo las entrañas. Me viene a la cabeza la idea de que antes de atacarnos con el *Karambit*, él ya se tomó el antídoto y que está esperando que ella fallezca delante de sus ojos. Si eso ocurre —y la velocidad a la que hablaba se ralentizó, mientras su tono se volvía más frío y duro que el metal que les rodeaba—, será lo último que vea. Le sacaré los ojos antes de liquidarlo. Y no me importará quién lo esté custodiando.



## 32. Hospital

*Ankara, 21 de septiembre.*

Habían llegado al *Acibadem Hastanesi* hacía un par de horas. Gracias a la llamada telefónica de Mesut, la seguridad del hospital había despejado el aparcamiento y el helicóptero había podido aterrizar sin problemas. Tres equipos de sanitarios con camillas, se habían hecho cargo de los cuerpos y los habían llevado de inmediato a los quirófanos de la zona de urgencias del interior del edificio.

A pesar de las reticencias iniciales sobre hacerle la autopsia o no al cadáver, la tajante orden del teniente, eliminó todos los prejuicios de un plumazo. Los responsables del hospital le hicieron firmar un documento donde se les exoneraba de toda culpa.

A partir de ahí, se pusieron a trabajar en equipo a contrarreloj. Cuanta más información les diese el cuerpo del muerto, antes podrían poner remedio a los que todavía se encontraban vivos.

Ocuparon tres quirófanos consecutivos con el cadáver en el de en medio. Les sacaron sangre que llevaron urgentemente a analizar. Después de una hora, los médicos tuvieron claro el diagnóstico por unanimidad. Tanto las conclusiones de la autopsia como los resultados de las pruebas fueron concluyentes. Les aplicaron los medicamentos necesarios, y al cabo de una hora, el jefe de urgencias salió a comunicárselo al teniente, que junto a Arisbeth, estaba sentado en la sala de espera.

—¿Saben ya que veneno es y cómo contrarrestarlo? ¿Se recuperarán? —preguntó la israelí que había brincado de su silla plantándose de un salto delante del médico.

—Gracias a que no han tardado mucho en llegar al hospital y haber traído también al muerto, ya están fuera de peligro. Afortunadamente, este es un hospital con amplia experiencia en venenos. En esta parte del mundo se llevan usando desde tiempo inmemorial y las viejas tradiciones todavía no se han perdido —repuso cabeceando negativamente en tono bajo y triste. A los pocos segundos se repuso y su voz continuó hablando de manera profesional— A pesar de su fama, desechamos rápidamente la *Tetrodotoxina*. Si la hubiesen utilizado, ya estarían muertos. El pez globo pocas veces falla y no es un animal común por aquí. Como bloqueantes musculares y tras la autopsia que hemos realizado, apostamos por el *Vecuronio*, el *Pancuronio* y la *Tubocurarina*. Los resultados finales de los análisis determinaron que era un derivado de la *Tubocurarina*.

—¿Por qué murió el guardia?

—La *Tubocurarina* es un paralizante selectivo. Primero afecta a los elevadores de los párpados, de la masticación, de los miembros, músculos abdominales, de la glotis y, finalmente, intercostales y diafragma. No actúa sobre la consciencia; el paciente puede estar padeciendo un dolor horrible y ser incapaz de comunicarlo. La mayoría de la gente la soporta bien, pero como ocurre con casi todas las sustancias, hay diferentes reacciones. El guardia era hipersensible y la acción de la *Tubocurarina* fue global y prácticamente instantánea. Le paralizó los pulmones y el corazón. Nosotros les hemos dado a los otros dos pacientes, los medicamentos necesarios para contrarrestar sus efectos. Les tendremos en observación durante unas horas, pero mañana probablemente podrán salir del hospital por sus propios pies.

—Gracias doctor y por favor hágalas extensivas a todo su equipo —respondió la muchacha visiblemente agradecida.



Arisbeth contemplaba el apacible y dormido rostro de su hermana en aquella blanca cama de hospital. Parecía que una vez más aquel ángel de la guarda que cuidaba de ella había realizado su trabajo.

Mientras la miraba, sonreía para sus adentros. La mayoría de las personas fuera de su país, tenían la creencia de que solo los cristianos creían en una figura protectora celestial de ese estilo. Hacía años, visitando con su hermana una sinagoga, el rabino les dijo que una vez más otra religión, les había copiado una creencia que después habían extendido más que ellos. El ángel protector proviene del judaísmo antiguo.

En esos momentos, como si percibiese la presencia de su hermana, Elana abrió los ojos. Los medicamentos que le habían suministrado estaban haciendo su efecto, aunque todavía su mirada parecía recubierta de algún tipo de velo.

—Hola Arisbeth —pronunció con un tono bajo, ronco y pastoso debido a la medicación.

—Hola hermana —respondió con una voz plena de alegría y emoción—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mientras una arruga surcaba su frente debido al esfuerzo que estaba realizando para recordar.

—Nos habían tendido una trampa. Un policía corrupto al servicio de la banda de mercenarios que lleva intentando secuestrar a Hiram desde Tiflis, nos condujo con mentiras a una habitación del palacete que ocupábamos. Dentro nos estaba esperando Lukyan armado con un *Karambit* empapado en *Tubocurarina*, una sustancia que paraliza los músculos. Al entrar, lo viste y reaccionaste

primero empujándome hacia un lado, y recibiendo la puñalada que iba dirigida hacia mí —y bajando despacio la barbilla hacia su pecho como si estuviese avergonzada añadió—. Nunca dejarás de protegerme.

—Todavía me debe estar haciendo efecto, me siento torpe y relajada. ¿Qué efectos tiene esa droga? ¿Por qué la usó?

—La *Tubocurarina* igual que otros tipos de relajantes musculares, tiene la propiedad de inmovilizarte, pero no elimina el dolor. Quería desmembrarnos cuchillada a cuchillada con el *Karambit* y que sufriésemos mientras veíamos una lo que le hacía a la otra.

—¡Malnacido!

Y a pesar de los medicamentos, por unos segundos el velo de sus ojos desapareció sustituido por la ira. Al girar la cabeza, vio el vendaje del brazo. Intentó mover el otro para tocar la herida, pero sus extremidades todavía le pesaban demasiado. Su hermana, siguiendo el movimiento de sus ojos y el intento fútil de alzar el brazo le dijo:

—Afortunadamente estás bien. La herida que ves es un rasguño y solo estás atontada por el golpe que te diste contra el suelo en la cabeza al caer y los sedantes que te han suministrado. El médico me ha asegurado que mañana estarás en condiciones de abandonar el hospital por tu propio pie.

—¿Dónde están Lukyan y el asqueroso individuo que nos llevó a la trampa?

—El que nos traicionó muerto. Era hipersensible a la *Tubocurarina*. Suele ser relativamente frecuente, por lo que siempre que se inyecta, se hace bajo vigilancia médica, para poder tomar medidas correctoras. Su cadáver te ha hecho un buen servicio, ya que, al poder hacerle una autopsia exhaustiva, los médicos han empleado poco tiempo en averiguar lo que empañaba el *Karambit*. Gracias a ello se has podido tratar a Lukyan y a ti con celeridad. Él está en la planta de arriba, vigilado por agentes de la policía.

—¿Le has hecho una visita? —preguntó con los ojos refulgiendo.

—No. No me he querido apartar de ti.

—Ahora que estoy fuera de peligro y recuperándome, quiero que lo interrogues, y cuanto antes. Recuerda como en Tiflis, eliminaron a un presunto delator y se llevaron a otro a una cárcel al otro lado del país antes de que pudiésemos hablar con él. Si lo hubiésemos interrogado, puede que esto se hubiese podido evitar. No sabemos si todavía nos esperan más sorpresas. Y odio las sorpresas.

—Pero...

—Es importante. Tienes que ir. ¿Quién está vigilando mi puerta?

—Otoniel. No me fio de nadie más.

—Será suficiente. Además, no creo que tardes mucho en volver —dijo con una cruel sonrisa en su bello rostro.

—No —repitió su hermana—. No tengo intención de faltar mucho de tu lado.

Salió de la habitación, y allí en la puerta se encontraba con cara de pocos amigos Otoniel. Tenso y preparado, llevaba el *TAR-21* listo para usarlo.

—Vuelvo enseguida —le dijo Aristbeth—. A todo aquel que intente pasar y no venga junto al doctor con el que me has visto hablar, le das el alto antes de que se encuentre a menos de seis metros de esta puerta y le dices que vuelva acompañado. Si a pesar de tu aviso intenta pasar, lo matas. ¿Alguna duda?

—No señora. Ninguna —y su expresión delataba claramente la firmeza que iba a poner en cumplir aquellas órdenes.

Se encaminó al control de enfermeras que había en aquella planta y con una de sus mejores sonrisas abordó a la joven que se encontraba en aquellos momentos cumpliendo con su turno de guardia.

—*Assalamu alaikum* —saludó amablemente en árabe al ver que tenía el pelo cubierto con la *Hiyab* propia de las musulmanas devotas.

—*Walaikum as salam*.

Aunque estaba claro que a la joven no le hacía gracia la vestimenta europea de aquella mujer, el hecho de que le hubiese saludado educadamente, le hacía sentirse obligada a tratarla de la misma manera.

—¿Hay una lista de personas autorizadas a entrar en la habitación de la israelí? —preguntó señalando la habitación de su hermana.

—Sí, de momento por órdenes del teniente, solo puede entrar el doctor Kemal y la enfermera Damla.

—Gracias. ¿Hay también una lista de personas autorizadas para entrar en la habitación de Lukyan? Es el hombre que ha sido ingresado a la vez que ella.

La enfermera de manera eficiente, aunque no demostrando entusiasmo, introdujo a través del teclado del ordenador el nombre que había mencionado Aristbeth.

—Se encuentra en la habitación 305 del piso de arriba y según la información que consta aquí, solo pueden visitarlo los mismos sanitarios. Debe ser que al entrar a la misma hora y con igual diagnóstico ellos atendieron a los dos pacientes.

—Quisiera ir a ver al paciente de la 305, ¿podría introducirme en la lista de acceso?

—Imposible. Yo no tengo privilegios —viendo la determinación que expresaban los ojos de la israelita añadió— si intenta entrar sin permiso, el policía de la entrada se lo impedirá y se meterá en problemas. Cuando venga el

doctor o el teniente de la policía, puede hablarlo con ellos.

—Gracias.

Pero lo que pensaba hacer Arisbeth no podía esperar tanto. Cada segundo que pasaba era precioso. Tal y como le había dicho Elana, de un momento a otro trasladarían a Lukyan, a alguna cárcel perdida de Turquía fuera de su alcance.

Arisbeth se puso a recorrer los pasillos de aquella planta, pero no encontró lo que buscaba. Bajó al primer piso y al fondo del corredor pudo ver el vestuario de mujeres. Antes de entrar echó una ojeada a su alrededor. No viendo a nadie que se fijase en ella entró en el cuarto.

Era Turquía y no gastaban en taquillas individuales para los sanitarios. Las batas estaban apiladas en perchas colgadas en una sencilla barra de metal atornillada al techo. Se puso a recorrerlas rápidamente con la mirada, hasta que encontró lo que buscaba. También cogió un pañuelo negro de los múltiples que había, con el que se cubrió parcialmente la cara y una tablilla de las que se utilizaban para escribir los medicamentos a suministrar a cada enfermo.

Afortunadamente, además de ser el vestuario, había un pequeño armario en el que se almacenaban los medicamentos más utilizados y algo de instrumental. Cogió un estetoscopio para completar su disfraz y unas gafas abandonadas de concha que ocultaban en parte su rostro. Eran graduadas y no veía del todo bien a través de aquellos cristales.

Abandonó el cuarto y se dirigió a las escaleras sin que nadie se fijase en ella. Subió un par de pisos y se encaminó con paso firme hacia el control de enfermeras de aquella planta. Vio como el policía apostado en la puerta de Lukyan le echaba una ojeada. Al ser una sanitaria, no le prestó más atención y volvió a su posición relajada.

Arisbeth viendo que el control de enfermeras se encontraba vacío en esos instantes, se dirigió hacia él, hizo como que apuntaba algo en una hoja del mostrador y se fue con paso firme hacia la habitación 305. Al llegar a la puerta, le enseñó al policía su identificación.

En el vestuario había conseguido encontrar una bata perteneciente a la enfermera autorizada. Cada empleado del hospital debía tener dos o tres de repuesto. Como había supuesto, aquel individuo solo tenía una lista con un par de nombres. Nada de fotografías capaces de identificarla. Queriendo hacerse el interesante delante de aquella guapa enfermera, se demoró más de lo necesario en la lectura de la hoja. Después, haciendo un gesto levemente prepotente con el brazo, le dio acceso al cuarto.

La muchacha agradeció que una hora antes el comandante llamase al teniente para que fuese a reunirse con él y contarle todo lo que había averiguado. Era más fácil moverse por el hospital y sortear a los guardias sin su presencia.

Como muy bien había comprobado, era muy competente. Con algo de ayuda, haría carrera en el cuerpo de policía.

Arisbeth contempló aquel cuarto. Era idéntico al que ocupaba su hermana en la planta de abajo. Era curioso como ambos estaban recibiendo el mismo tratamiento, aunque uno de ellos fuese un asesino internacional. Aunque bien pensado..., quizás los dos fuesen asesinos profesionales. Pero tenía claro que tanto ella como su hermana estaban en el bando de los buenos.

Lukyan, el único ocupante de la habitación, estaba dormido plácidamente debido probablemente a los mismos sedantes que le habían inyectado a su hermana. La diferencia principal se hallaba en que el hombre de aquella cama metálica se encontraba amarrado de pies y manos.

Se acercó y tensó un poco más sus ataduras. Después, arrimando una silla de tal forma que ambas caras quedasen enfrentadas, utilizó el pañuelo que llevaba en la cabeza para amordazarlo. Le dio un fuerte pellizco en una mejilla para despertarlo. Tenía todo el rostro magullado de los golpes que le había infligido con el cinturón. Como el primero le hizo poco efecto, le dio un segundo más fuerte. A pesar de los sedantes, al reconocer a Arisbeth se despejó del todo. Hizo intención de moverse, pero comprobó que era inútil, estaba totalmente inmovilizado. Un rictus de pánico apareció en su rostro.

—Veo que me has reconocido. Soy la responsable de que te halles en este estado. La que te dio esta paliza —las palabras surgieron despacio de su boca para recordarle como lo había humillado— Elana está en la habitación de abajo debido a la droga que le proporcionaste. Gracias a que tu compinche murió por hipersensibilidad a la sustancia con que empapaste el *Karambit*, pudimos hacerle una autopsia rápida y averiguar que era *Tubocurarina*, por lo que los médicos han revertido sus efectos rápidamente. Tanto en su caso como en el tuyo. En unas horas estará reestablecida. Quizás venga a hacerte una visita.

Hizo una pausa para darle el suficiente tiempo para asimilar la información que le estaba suministrando. Segundos después continuó.

—No sé si sabías que Elana es mi hermana. Es lo que MÁS QUIERO en el mundo. LO QUE MÁS QUIERO. Haría cualquier cosa por ella. CUALQUIER COSA —pronunciaba las frases despacio en un tono glacial—. Y tengo delante a la persona que ha intentado matarla. Ambas somos *Sayeret Matkal* y eso significa que tenemos permiso del gobierno israelí para eliminar a los enemigos de nuestro país. En determinadas situaciones, sin juicios, sin clemencia. El único superviviente de tu banda, todavía anda por ahí. Es probable que con sus antiguos contactos de ISIS, intente escapar del país para llegar a Armenia. Eso solo le concederá unas pocas semanas más de vida. Cuando terminemos esta misión, mi hermana y yo junto con el resto de nuestro comando iremos a por él.

No dejaremos escapar a ninguno de los asesinos de Aaron. A ninguno.

Miró fijamente al rostro de aquel hombre, intentando determinar si sus palabras le estaban calando.

—Mi pueblo inventó lo del “*ojo por ojo*” hace muchos siglos. Ahora quiero que me cuentes todo lo que sabes: ¿por qué queréis secuestrar a Hiram? ¿Quién os contrató? ¿Cuánto os iba a pagar? Y todo aquello que sea relevante.

Lukyan apretó los labios indicándole con aquel gesto que no tenía intención de decir nada. Arisbeth lanzó un hondo suspiro mientras se colocaba unos guantes y sacaba de uno de los bolsillos de su ropa un afilado bisturí. Se puso de pie y con los dedos de la mano izquierda le abrió los párpados mientras situaba el afilado instrumento a un milímetro de su retina.

—No sé cuál es tu interés en permanecer callado, pero te voy a explicar en detalle que es lo que vas a conseguir si no cambias de actitud. Con este bisturí te voy a cortar el ojo en dos y te dejaré tuerto. Después te cortaré el tendón de Aquiles de la pierna derecha y te dejaré cojo. Acto seguido te cortaré una oreja y te dejaré medio sordo. No sé el estado de esterilidad en que te quedarás cuando te corte un testículo. Nunca nadie ha aguantado hasta llegar a ese extremo. Yo siento curiosidad, ¿y tú?

Y bajó el bisturí hasta que hizo contacto con el ojo. El hombre intentó decir algo. La mordaza se lo impidió. Arisbeth alzó levemente el afilado instrumental y le retiró de la cabeza la rígida sujeción de su mano.

—Si quieres hablar parpadea con ambos ojos un par de veces.

Con un rictus de sumisión, movió lentamente los párpados dos veces. Tenía claro que estaba en manos de aquella mujer. De aquellos rasgados ojos sin misericordia. El hecho de que le hablase despacio, era indicativo de que quería que le entendiese por encima de toda duda, no de que fuese a tener piedad. Probablemente cuando saliese de aquel hospital, su siguiente destino sería una cárcel de mala muerte en ese país o en otro que pidiese su extradición.

Le daba igual contarle todo lo que sabía, ahora que lo habían capturado, sus propios contratistas encargarían a alguien que lo liquidase para no dejar rastro. A partir de ahora, tendría que mirar a su espalda más frecuentemente. Al único al que no pensaba delatar era a Bassem, al último miembro en libertad de la banda. Al final iba a tener suerte y se iba a quedar con todo: los dos casinos, el dinero, etc. Quizá dedicase parte de ese dinero a intentar liberarle. Era poco probable, pero lo único a lo que poder aferrarse. No le quedaba nada más.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó con voz cansada.

—No me importa nada lo que hayáis hecho antes de vuestro último trabajo. Principalmente quiero conocer ¿quién os contrató? ¿Cuál era el objetivo de vuestra misión? ¿Principales implicados? y lo más importante, ¿quién ordenó

que nos mataseis a mi hermana y a mí?

### 33. Coartada

*Ankara, 21 de septiembre.*

Arisbeth no se creía la suerte que había tenido con el ruso. Cuando fue a su habitación, no confiaba en que iba a contarle tan en detalle la conspiración. O bien el estado de las drogas le habían debilitado excesivamente, o bien se daba por encarcelado en alguna prisión dejada de la mano de Dios en algún lugar de aquel país. Eso, si no acababa ahorcado. El gobierno turco en los últimos meses, se estaba planteando el restaurar la pena de muerte. Lo único que evitó, fue mencionar los nombres de sus compañeros. Pero esos nombres ya los sabía.

Algunos de los pormenores sobre el plan urdido contra la misión diplomática y en especial contra ellas asombraron a Arisbeth. Decidió que era urgente contárselo a su hermana para tomar medidas cuanto antes.

Abandonó al ruso y volvió tras sus pasos. Dejó la bata y el resto de cosas que se había llevado del cuarto en su sitio, cogió un par de cafés de la máquina de la planta baja y se dirigió andando despacio hacia la habitación de su hermana para no despertar interés entre las personas con las que se cruzó. Al llegar a la puerta, le entregó uno los calientes vasos a Otoniel.

—Gracias señora —le dijo el—. Me viene de perlas.

—De nada. No dejes que entre nadie. Tengo algo importante que comunicarle a la capitana y no deseo que nos molesten.

—No se preocupe señora. Le aseguro que ninguna persona traspasará ese marco.

Al entrar en la habitación, contempló cómo su hermana al ver que ella había atravesado el dintel de la puerta, se había incorporado en la cama y ya la esperaba sentada. Quedaba patente, que estaba recuperando su movilidad rápidamente.

—Te veo mucho mejor —sonrió mientras se acercaba al lecho.

—Sí. Sea lo que sea lo que me han dado los médicos, está funcionando estupendamente —aseveró mientras movía los dedos de las manos delante de su hermana como prueba de lo que decía.

No pudiendo aguantar la alegría que sentía, Arisbeth se le echó encima y le dio un fuerte abrazo. Durante unos segundos, siguieron en esa posición sin moverse. Después se incorporó y cogiendo una silla se situó junto a la cama. Elana pulsando un botón del mando junto a la cabecera, levantó la parte superior hasta quedar en la posición de sentada.

—Durante unos momentos, en aquel cuarto pensé que te perdía —se

sinceró Arisbeth.

—Somos demasiado duras. No es fácil acabar con nosotras —dijo esbozando una sonrisa de ánimo—. Tú sí lo neutralizaste en unos pocos minutos. Eres rápida, precisa y mortal. Estoy muy orgullosa de ti..., y te debo una.

—No. Yo no lo vi. Tu sí. De nuevo, te expusiste para salvarme y te llevaste la puñalada destinada a mí. Soy yo la que te debe una. Además, con lo del cinturón, me diste la pista de como pararle los pies.

—Vale, quedamos en tablas. ¿Te ha costado mucho que hable?

—La verdad es que no. Lo he encontrado totalmente derrotado. Pero todavía podemos correr peligro. Su cómplice anda suelto y no muy lejos de aquí.

En esos momentos oyeron disparos en el exterior de la habitación. Eran del arma de Otoniel. Las dos hermanas actuaron como movidas por un resorte. Elana saltó de la cama parapetándose detrás de ella. Su hermana se dirigió a la salida del cuarto con precaución. Abrió un par de centímetros la puerta y vio como Otoniel a cubierto desde la habitación de enfrente disparaba contra un hombre de negro que se refugiaba en la esquina del otro lado del corredor: Les separaban unos diez metros. Ella se tumbó en el suelo, apuntó y esperó.

—¡*Magen2!* ¡Una ráfaga corta al pecho y detente! —ordenó Arisbeth.

El subfusil del soldado acribilló la pared a la altura que le habían mandado durante unos segundos y después se hizo un mortal silencio. Si el intruso solo asomaba el tronco de su cuerpo para disparar, su posición sería incomoda y desequilibrada, sin muchas posibilidades de acertar. Para apuntar con precisión necesitaba dar un paso en el pasillo donde se encontraban los soldados israelitas para posicionar correctamente su centro de gravedad. O eso, o intentar largarse de allí. Arisbeth lo estaba esperando pacientemente. No se había movido, y continuaba cubriendo con su pistola esos pocos centímetros junto al suelo. En cuanto el pie sobresaliese del muro lo acribillaría. Pasó medio minuto y nada cambió.

—¡*Magen2!* ¡Cúbreme!

—¡No señora! Yo llevo mejores protecciones.

Y antes de que ella pudiese replicar nada se desplazó sin dejar de apuntar, hasta la esquina. Al llegar se asomó con precaución.

—¡No hay nadie! ¿Le persigo?

—¡No! ¡Vuelve aquí! ¡Es más importante seguir cubriendo el cuarto de *Magen4!*

El soldado retrocedió hasta la habitación sin dejar de vigilar el pasillo. En esos momentos se les unió Elana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—He visto a un hombre todo vestido de negro y con un pasamontañas en

la cara que daba la vuelta a la esquina del pasillo. Al estar preparado, he disparado primero, pero no ha habido suerte, creo que no le he acertado. Llevaba una pistola con silenciador.

En esos momentos los policías que estaban asegurando el hospital aparecieron doblando la esquina del corredor. Se encontraron con dos armas que les apuntaban.

—¡Somos policías! ¡Somos policías! —gritaron en árabe mientras se acercaban a ellos con las armas bajas— ¡Estamos a las órdenes del teniente Mesut! ¡No disparen!

Cuando los israelís se convencieron de que efectivamente pertenecían a las fuerzas armadas turcas, también bajaron sus armas.

—¿Están bien señoras?

—Si. Ha huido. Revisen el edificio. Tengan cuidado, va vestido totalmente de negro y lleva una pistola con silenciador.

—Tenemos más compañeros en camino. Revisaremos todo el hospital. Cuando tengamos noticias volveremos y les informaremos.

—De acuerdo. ¿Nos podíais dar balas?

Los policías les suministraron un par de cajetillas de proyectiles con los que Otoniel pudo rellenar el cargador de su fusil. Se marcharon a inspeccionar el edificio mientras las hermanas volvían al interior de la habitación y el soldado a su posición de cobertura en el exterior de la misma.

—No estás segura en este lugar —aseguró Arisbeth.

—Igual que en cualquier otro —respondió su hermana dando pasos rápidos y moviendo los brazos. Con aquel camión de hospital prácticamente se le veía todo el cuerpo al desnudo—. Lo que de verdad necesito es un arma.

—Te veo mejor. Ya empiezas a moverte con soltura. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, todavía noto algunas ligeras molestias. Es la misma sensación que tienes cuando por permanecer en una determinada posición durante mucho rato, se te duerme una parte del cuerpo. Pero me siento mejor. Algo lenta de reflejos, pero voy recuperando la fuerza por minutos. Y para demostrárselo, cogió los hierros de la cama de uno de los laterales y la levantó sin apenas esfuerzo.

—A este ritmo, en un par de horas estarás lo suficientemente bien para largarnos de aquí.

—Cuéntame lo que me ibas a decir cuando nos han interrumpido. ¿Qué te ha confesado nuestro asaltante?

Volvieron a sentarse en la cama, y su hermana estaba terminando de transmitirle la confesión del ruso, cuando se oyeron unos pasos apresurados por el pasillo. Se abrió la puerta de la habitación y apareció el rostro de Otoniel.

—Señoras, se acercan varios policías.

—¡Cierra la puerta y hazles perder unos segundos! —le ordenó Elana.

Mientras el soldado obedecía, ella se apresuró a introducirse en la cama, alisó la sabana y la manta, y simuló estar más impedida de lo que realmente se encontraba. En unos instantes, se oyó un intercambio de frases en el exterior tras las que Otoniel abrió la puerta del cuarto y dio paso a un hombre de uniforme.

—El teniente Mesut viene a verla —dijo el soldado a manera de introducción.

—Hola señoras —dijo el policía acercándose con una sonrisa en su rostro a la cabecera de la cama.

—Hola teniente —respondió Elana con voz apagada girando la cabeza en su dirección como si aquel movimiento le supusiera un gran esfuerzo.

—¿Qué tal se encuentra señora? —preguntó educadamente.

—Mejor, gracias. Con un enorme dolor de cabeza y con los músculos moviéndose a cámara lenta. Siento que me voy recuperando, pero excesivamente despacio.

—¿Qué ha pasado teniente? —preguntó su hermana.

—Tengo malas noticias. Han eliminado a su atacante del piso de arriba y al guarda de seguridad que pusimos en la puerta. Dos balas a cada uno de ellos. En la cabeza. Con precisión. Debía ser un profesional y probablemente utilizó un silenciador.

—Por eso no oímos nada hasta que vinieron a por nosotras —dijo Arisbeth—. ¿Lo han pillado?

—No. Se marchó del hospital sin que nuestros policías lo identificasen. Después de dispararles a ustedes, abandonó el edificio sin que llegasen a detenerlo. O utilizó alguna salida secundaria de este edificio, o su apariencia y vestimenta no generó sospechas. ¿Qué vieron?

—Dile al teniente que es lo que viste —le ordenó Elana a Otoniel mientras lo señalaba—. Fue él quien le hizo darse a la fuga.

—Lo siento señor. No vi mucho. Me ordenó *Magen4* —comentó el soldado mirando a Arisbeth— que estuviese de guardia y atento en todo momento. Eso me salvó. No había dejado de apuntar al recodo del pasillo con mi rifle como medida de precaución. Cuando aquel individuo apareció y vi en su mano la pistola, disparé. Solo se había asomado durante un segundo y al verme apretar el gatillo se escondió tras la esquina rápidamente. Parecía un asesino profesional. Llevaba pasamontañas, no le vi la cara. Era alto y musculoso. Lo siento teniente, no puedo decirle más.

—No se preocupe soldado y siga atento —le dijo el teniente dedicándole una sonrisa—. No quiero que les pase nada a ellas.

—Por encima de mi cadáver.

Y el teniente supo por el tono de su voz, que aquel soldado no había pronunciado la frase en vano.

—Pensaba en acompañarles al palacete con el resto de su gente, pero parece que está usted todavía demasiado débil para trasladarla —comentó dirigiéndose a Elana.

—Sí. Preferiría pasar la noche en el hospital mientras los fármacos terminan de hacerme efecto y así estar más recuperada. A este ritmo creo que el médico me concederá el alta mañana. Si sitúa más hombres en los accesos al edificio y con ellos dos —dijo señalando a Arisbeth y a Otoniel—, vigilando la entrada a mi habitación, no creo que mi vida corra peligro. Después de fallar una vez, no es fácil que vuelva a intentarlo.

—No se preocupe. He puesto en conocimiento del comandante lo que ha ocurrido y ha asignado ocho hombres más a vigilar el edificio, tanto por dentro como por fuera.

—Gracias teniente. En unos minutos me darán la cena para ver si los músculos interiores: estómago, intestinos, etc., comienzan también a trabajar. Después dormiré. Hoy ha sido un día complicado y me gustaría empezar a moverme y regresar junto a nuestro embajador en cuanto sea posible. Por favor, venga mañana al mediodía a visitarme. —Y haciendo una parada como si le costase hablar continuó—. Le estamos muy agradecidas por cómo se ha portado con todos nosotros.

—Es un placer señora. Lástima de habernos conocido en otras circunstancias —el tono de aquel apuesto joven sonaba a invitación mientras se desplazaba hacia la salida. En la puerta hizo una leve parada antes de abandonar aquella sala y añadió—. Mañana estaré aquí para acompañarla a su salida del hospital y custodiarla hasta el palacete.

—Estaremos encantadas.

—Una cosa más. ¿Quiere que relevemos a su hombre? —preguntó mientras señalaba hacia la puerta?

—Me temo que no. Ya le hemos dicho si quiere que lo sustituyamos por uno de nuestros compañeros del palacete, y nos ha respondido que vinimos tres, y que saldremos los mismos.

—Ya quisiera yo que mis hombres me fuesen la mitad de leales... —adujo mientras cabeceaba levemente.

Otoniel le acompañó durante unos segundos hasta la salida del hospital y a su vuelta, se apostó de nuevo junto a la puerta. Vigilante, impassible. En diez minutos, las encargadas de servir la cena llegaron acompañadas por un policía. Después de que Arisbeth las cachease a ellas y revisase la comida, depositaron la

bandeja encima de la mesilla de acero cercana a la cama. Después se retiraron.

—¡Qué bueno es sentirse viva! —exclamó Elana mientras saboreaba los sencillos platos del hospital.

Cuando terminó, abandonó la cama y mirando a su hermana le dijo:

—Dame tu ropa y tu arma.

—¿¿Quéeee?!

—Voy a cazar a ese miserable que ha matado al ruso y nos ha disparado a nosotros. No tendrá una segunda oportunidad.

—Todavía estás afectada por lo que te inyectó, déjame ir a mí.

—No. Mi actuación delante del teniente ha sido para generarnos la coartada perfecta. Nadie pensará que he abandonado esta habitación. La cena me ha sentado estupendamente y me siento totalmente recuperada. Mis piernas y mis brazos me responden sin problemas.

—¿Seguro? —le preguntó su hermana indecisa.

—Sí seguro. No te mentaría en esto. Con la información que le has sacado al ruso, las dos sabemos dónde encontrar al malnacido que se lo ha cargado y hace un rato quería que nosotras fuésemos las siguientes. Vosotros simulad que seguimos los tres aquí y no dejéis que nadie entre en la habitación. El médico pasara visita sobre las diez de la mañana y para entonces estaré de vuelta.

Arisbeth volvió al vestuario donde se había disfrazado de sanitaria y cogió el *hiyab*. Continuó buscando hasta que encontró lo que quería: una *abaya*. La típica túnica larga que usaban las mujeres musulmanas. Ambas prendas eran amplias, de color negro y estaba segura de que por su desgastada condición, nadie las iba a echar de menos.

Volvió al cuarto de su hermana y las dos hermanas se cambiaron de ropa. Después le pidió a Otoniel que entrase un momento al cuarto. Elana le explicó en detalle lo que pensaban hacer. Después, le preguntaron si le planteaba algún inconveniente moral lo que ellas tenían en mente realizar. Sin pestañear respondió que era un *Sayeret Matkal* al servicio de sus superiores. Lo que ellas hiciesen contaba con su total apoyo. Sin preguntas, sin condiciones.

## 34. Te lo advertí

*Ankara, 21 de septiembre.*

Abandonó el hospital moviéndose fuera del alcance de las cámaras de video vigilancia y por los laterales de los pasillos, simulando ser una musulmana devota que ocultaba su rostro de la vista de los demás. Su pobre vestimenta, el desplazar su cuerpo hacia un lado y el caminar de forma renqueante ayudaba a que nadie le prestase atención. Además, estaban más vigilantes de quien entraba, no de quien se marchaba.

Salió a la calle y después de andar durante unos diez minutos, asegurándose de que nadie la seguía se montó en un taxi. Con el *hiyab* desplazado sobre un lado de la cara, y la cabeza agachada le dijo en árabe al taxista con una entonación humilde y de clase baja la dirección a la que deseaba ir.

El acto de ocultar su rostro del ángulo de visión del espejo retrovisor fue totalmente innecesario. El conductor no le prestó durante todo el recorrido ninguna atención. Cuando llegó a la calle donde le había pedido ir, en un tono seco le exigió el importe de la carrera y tendió la mano hacia atrás sin ni siquiera mirarla. Ella siguiendo con su papel, le entregó unos billetes sin rozar su mano y esperó el cambio.

—*Choukran* —dijo educadamente mientras se bajaba del taxi ocultando en todo momento su rostro de la mirada de aquel hombre.

El vehículo le había dejado a unos quince minutos del palacete donde estaban alojados. Recorrió la distancia que la separaba con la misma discreción. Al llegar a unos doscientos metros de la residencia se detuvo en una esquina simulando que estaba descansando. Analizó en detalle el frontal que estaba viendo, pensando en la manera de colarse dentro sin que la detuviesen.

Después del atentado que habían sufrido, la vigilancia se había duplicado. Al cabo de unos minutos se puso en movimiento para que su estancia en aquel lugar no llamase la atención de los guardas de la entrada. Se dispuso a dar la vuelta al edificio caminando a una distancia prudencial.

Mientras recorría el recinto, descubrió varias cosas. La recia verja de hierro de tres metros de altura era prácticamente la única medida de seguridad disuasoria con la que contaba.

Estaba claro que aquella antigua residencia, solo se utilizaba con carácter institucional y de manera ocasional para alojar a visitas diplomáticas. Debido a

ello, debían considerar un gasto inútil el dotarlo de un sistema permanente de video vigilancia, estimando que era suficiente con asignar puntualmente para su seguridad efectivos de la policía de Ankara. En su lento recorrido pudo observar que habían destinado parejas de guardias a hacer rondas permanentes en torno a la verja del recinto, pero por su parte interior.

Cuando casi había dado toda la vuelta, encontró un punto débil. En uno de los laterales, habían dejado crecer un par de frondosos abetos, uno de los árboles más típicos de aquella zona del país. Estaban tan juntos que, entre sus troncos y las innumerables hojas de sus bajas ramas, formaban una especie de muro de unos dos metros de anchura que no dejaban ver el exterior.

Arisbeth se desplazó a aquella zona de la verja y esperó a que la ronda de los guardas pasara junto a los árboles. Entre que los dos policías iban hablando y con la vista dirigida al frente, pasó totalmente desapercibida. Sentada en el suelo contó los segundos que tardaron en volver a aparecer: unos tres minutos. Mucho de lo que necesitaba. Durante ese espacio de tiempo quedaba libre el acceso a una puerta del edificio que se encontraba a unos treinta metros de su escondite entre los árboles. Solo tenía que cruzar un jardín.

Mientras contaba la duración hasta la siguiente ronda, se anudó la *hiyab* como una máscara, impidiendo que se desplazase al moverse. Se quitó la túnica y la ató de forma que no le molestase. Agarró los barrotes de la verja y trepó por ella en un santiamén. Al llegar a la parte superior giró ágilmente por encima y utilizó el mismo método para bajar. Se lanzó a la carrera y cruzó en escasos segundos la distancia que la separaba de la puerta. Se dispuso a girar despacio la manija y la suerte le acompañó: estaba sin cerrar.

Empujó la puerta levemente y al no escuchar ningún ruido al otro lado, terminó de abrirla y se introdujo en el interior del edificio. Estaba en un pequeño pasillo con aspecto de que no era frecuente que el personal de mantenimiento o limpieza transitase por allí.

Había dos puertas a cada lado y una quinta al fondo que probablemente llevase a la parte central del palacete. Viendo la dejadez que reinaba en aquel espacio, y decidiendo que quizás alguno de aquellos cuartos podía valer para sus intereses, probó a entrar.

Tras la puerta del primero había una pared de ladrillos que lo tapiaba. Probó con el segundo y se encontró en un almacén de unos setenta metros cuadrados, donde se apilaban toda clase de trastos, desde muebles de todos los tipos a herramientas y materiales de fontanería y construcción. Por lo visto, allí se guardaban los elementos que se empleaban en las obras o restauraciones que se llevaban a cabo en aquella residencia.

Apiló unos muebles en una de las esquinas, dejando un hueco de un metro

entre ellos y la pared. Acto seguido cogió una vieja escoba de un rincón y limpió aquel espacio. Se colocó detrás de los muebles comprobando que no era visible desde la entrada. Ajustó la alarma del reloj que le había dejado Otoniel, se acostó y se dispuso a esperar a que oscureciese.

Cuando el sonido del dispositivo de su muñeca le despertó, lo apagó, se levantó y decidió que era hora de ponerse en movimiento. Salió del almacén viendo como el edificio estaba en penumbras. Con todo tipo de precauciones se dispuso a llegar al cuarto que les habían asignado a su hermana y a ella.

No sabía si al atravesar la puerta del final del pasillo se encontraría con unos salones y estancias llenas de luces o si por el contrario, estaría a oscuras. Teniendo en cuenta lo que les había contado el teniente Mesut sobre cómo se había aumentado la seguridad del palacete, era de vital importancia que descubriese a la mayor brevedad de tiempo posible cual era la ubicación de los guardias. Si había luz y guardias en cada esquina, o si todo estaba negro y los vigilantes estaban dotados de gafas de visión nocturna.

—“Bueno” —se dijo mirando fijamente el único camino a seguir—  
“Cuando te atraviese, sabré a qué atenerme y qué es lo que tengo que hacer”.

Se repasó su vestimenta para que estuviese lo más ceñida al cuerpo posible y abrió la puerta. Detrás, había unas escaleras que debían dar a la primera planta. El edificio se encontraba a oscuras. El desplazarse le llevaría más tiempo. Debía moverse previendo que hubiese guardias en cualquier ubicación y que estuviesen dotados de los medios apropiados.

Comenzó a moverse despacio, poniendo en acción todos sus sentidos, principalmente su vista y su oído. Tenía que localizar a los guardias, antes de que ellos la viesen a ella. En un par de ocasiones casi la descubren, pero su oído le avisó a tiempo, pudiendo esconderse mientras el policía que hacía la ronda por donde ella se hallaba, pasase de largo.

Llegó a su habitación sin incidentes. Tal y como había supuesto estaba vacía esperando su vuelta. Se encaminó hacia uno de los baúles y cogió lo que había ido a buscar. Escribió unas palabras en una hoja y con un brillo especial en los ojos salió de allí.



Tenía un vaso de cristal lleno de whisky en la mano y ya era la tercera vez que lo llenaba. Aunque el día podía haber salido más redondo si hubiese conseguido eliminar a aquellas dos malditas judías, estaba contento. Había conseguido hacer desaparecer todas las pruebas que lo incriminaban e iba a volver al día siguiente a casa.

Oyó que alguien llamaba a la puerta con los nudillos y se dirigió

lentamente a abrirla. En el último momento y a un paso de la hoja de madera se detuvo, decidiendo ser más prudente.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó en voz baja.

Se sorprendió cuando como respuesta notó que un papel pasaba bajo la madera y le daba en sus pies descalzos. Se agachó y pudo leer: “SOY UN REGALO DEL EMBAJADOR”.

—“Maldito sinvergüenza” —pensó mientras una sonrisa acentuada por el alcohol se pintaba en su rostro— “Confía tanto en mí que ya me había preparado un premio”.

Se pasó el vaso de whisky a la mano izquierda y giró la manilla con la derecha. Abrió la puerta y percibió en la oscuridad del pasillo una esbelta mujer de espaldas.

—¡Pasa! ¡Que nos vamos a divertir!

—Te aseguré que sí.

Se giró a una velocidad infernal, mientras le lanzaba un brutal puñetazo al diafragma. En el siguiente segundo, mientras el hombre boqueaba, con el pomo de un cuchillo le asestó un golpe en la sien. Cayó fulminado.



Había cortado una de las sábanas en tiras y lo había atado de pies y manos a una de las pesadas sillas de recia madera de la habitación, dejándolo completamente inmovilizado. Con otra de las tiras lo había amordazado. Cogió un jarrón de cerámica y vaciando su contenido, lo llenó de agua en el baño. Volvió a donde su prisionero y se lo arrojó a la cara. El hombre salió de la inconsciencia sobresaltado.

—Hola Bryson —le dijo con una voz fría como una noche en el ártico.

Al ver el rostro de quien le había dejado en aquella situación, peleó denodadamente contra sus ataduras sin mucho éxito. Los nudos estaban hechos a conciencia.

—Estoy segura que soy la última persona que esperabas ver. Yo sin embargo desde hace unas horas no hago otra cosa que desear este encuentro. Te voy a contar una historia y tú me vas a ir indicando si es tal y como te la narro o me faltan algunos datos.

—Uhm... Uhm... —a pesar de todos sus intentos, solo un pequeño gemido salió de sus labios.

—No necesito que te esfuerces tanto. Ya te iré solicitando cuando necesito tu colaboración. Bueno, empiezo. Unos fanáticos de Armenia, contrataron a unos mercenarios para que secuestrasen a Hiram por su vinculación familiar con nuestro primer ministro con el fin de intentar chantajear al gobierno israelí para

que defendiese el “*Holocausto Armenio*” en la ONU. Nos asaltaron en Georgia y los rechazamos, pero de alguna de las maneras descubriste lo que estaban tramando y decidiste que podías sacar tajada. Probablemente una parte de lo que les pagasen a los mercenarios. A partir de ahí, les fuiste pasando información de nuestra misión, hasta llegar a tendernos la sucia trampa de esta madrugada a mi hermana y a mí. Pensasteis que después de libraros de nosotras, podrías llegar más fácilmente a Hiram. De paso, conseguirías que el informe que tengo pendiente de realizar sobre el depravado de Peterson nunca se escribiese. Te debería un enorme favor que ya te encargarías de cobrarlo a su debido tiempo. Turno de preguntas. Estás descalzo y te he dejado que puedas levantar los dedos de los pies. Si la respuesta que me debes dar es afirmativa alza los dedos del pie derecho, para el no, sube los del izquierdo. ¿El embajador estaba implicado?

Bryson no hizo el menor intento de responder. Por el contrario, aumento su inmovilidad.

—Te he dicho que movieses los dedos de los pies. Para ello no necesitas las manos —dijo sin alterar el acerado tono de su voz.

Y lanzando una veloz cuchillada le clavó la mano izquierda a la silla. El rostro del americano se contrajo en un acusado rictus de dolor. Desclavó el arma y la situó encima de la derecha.

—¿El embajador estaba implicado? —preguntó de nuevo apretando suavemente.

Esta vez los dedos del pie derecho, se movieron contestando positivamente la pregunta.

—¿Él fue el que ideó aliarse con los armenios?

El pie izquierdo respondió negativamente.

—¿Fuiste tú el que decidió que tenerlos de vuestro lado sería muy provechoso? ¿Qué podríais sacar tajada?

Movió el pie derecho.

—¿El embajador decidió que debíamos morir mi hermana y yo?

Movió el pie derecho.

—¿Lo decidió porque le amenacé con redactar un informe sobre sus depravaciones sexuales para nuestro servicio secreto?

De nuevo el pie derecho.

—¿Sabes quienes son los *Kidon*?

El rostro del americano se tornó pálido y un sudor frío comenzó a recorrerle la cara. Sus ojos recorrieron los objetos a su alrededor por primera vez desde que había recuperado el conocimiento. Vio como Elana había montado un macabro escenario con símbolos de ISIS.

—Veo que sí. O al menos has oído algo. Soy una de las siete mujeres del

estado de Israel que poseen dicha acreditación. A veces me toca trabajar para la rama oculta del *Mossad*. Mientras la misma comisión especial que nos la ha concedido, no nos la arrebate, nadie puede pedirnos responsabilidades de nuestros actos. Además, nuestra especialidad es que parezca que ha sido otro el culpable —y moviendo el cuchillo delante de sus ojos, se acercó a su oído y le susurró lentamente—. Te advertí de que solo perdonaba la vida una vez.

## 35. Vuelta a casa

*Ankara, 22 de septiembre.*

Cuando el teniente Mesut saludó en la puerta a Otoniel y entró en la habitación del hospital, se encontró a las dos israelís, sentadas una junto a la otra. Su instinto le decía que allí había algo más que camaradería. Para él estaba claro que la relación entre ellas iba más allá de su trabajo. Por otra parte, le costaba imaginárselas como amantes. Nada le había mostrado indicios de que el cariño que existía entre ellas fuera de esa condición.

En fin, dado el poco tiempo que iban a permanecer en el país, era un misterio que no iba a poder aclarar. Ni era de recibo que se lo preguntase, ni esperaba que le diesen una respuesta. No tenía ningún interés en romper el ligero lazo de entendimiento que había formado con ellas durante los breves momentos que habían hablado. Su curiosidad no alcanzaba ese nivel de estupidez.

Además, después de conocer a través de su comandante con que eficacia habían eliminado a los cuatro terroristas del grupo que les había atacado en Georgia y como hacía unas horas la morena había neutralizado con un simple cinturón a un asesino internacional, tenía claro que prefería tenerlas como amigas que..., todo lo contrario.

Viéndolas sonreír alegres como unas jóvenes cualesquiera, una de ellas vestida con un sencillo camión de hospital, resultaba difícil imaginárselas como las armas letales que en verdad eran. Sus servicios de inteligencia no habían conseguido todavía averiguar a qué unidad de las fuerzas israelís pertenecían, pero personalmente dudaba mucho que fueran unos simples guardaespaldas de la policía de Tel Aviv como pretendían hacerles creer.

—¡Hola! ¿Qué tal se encuentra señorita...? —preguntó haciendo gala de una de sus mejores sonrisas.

—Buen intento teniente —le respondió ella, levantándose de la silla y acercándose hacia él.

Su infantil intento de conocer cómo se llamaba aquella preciosa joven, tal y como había previsto no había servido para nada. Lamentablemente, tampoco llegaría a conocer sus auténticos nombres. El comandante le había dicho que cuando se llamaban entre ellos en público, los miembros de seguridad israelí utilizaban el prefijo *Magen*, seguido por un número.

Su sorpresa fue mayúscula cuando aquella belleza le estampó un beso en cada mejilla. Aquel cabello de color caoba, suave como la seda, durante unos segundos le rozó el rostro. Su magnética atracción le descolocó durante unos

instantes. Estaba claro que eran peligrosas en más de un aspecto.

Cualquiera de las dos, podía hacer con un hombre lo que quisiera sin necesidad de ningún arma. Por un momento se imaginó con ellas en una enorme cama. Como si adivinase sus pensamientos, tardó unos segundos en separarse de él, recorriéndole despacio el cuello con una de sus uñas.

—Ahora tiene un recuerdo de mí, aunque no sea mi nombre— dijo con una sonrisa seductora.

Más allá de ella vio como la morena, le dedicaba una sonrisa similar. ¡Par de brujas! La imagen de la cama, junto con aquel par de besos, le iba a acompañar durante muchas, muchas noches.

—¿Alguna novedad que contarnos teniente? —preguntó Arisbeth.

—Sí —respondió con una voz nerviosa intentando recuperar la compostura—. Tengo malas noticias.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Elana.

—Han vuelto a atacar el palacete.

—¿Quién? ¿Cómo? —preguntaron ambas con una expresión de sorpresa en sus rostros.

—Todavía no tenemos suficiente información. Esta vez han elegido atacar a los americanos y han tenido más suerte que con vosotras. Entraron en la habitación del responsable de seguridad del equipo, Bryson, y lo han matado. En la habitación hay símbolos que hacen sospechar que ha sido una célula de ISIS, pero hasta que no tengamos más datos es demasiado pronto para estar seguros. Todavía no ha habido ninguna reivindicación al respecto y no queremos que el hecho se haga público, porque si no, algún grupo terrorista lo hará, aunque sea falso. Siempre hay quien desea atribuirse este tipo de atentados. Cuando ocurren estos sucesos, varios grupos se proclaman autores de los hechos. Hemos decidido esperar. Por desgracia ya no hay ninguna prisa.

—Teniente, ¿nos puede trasladar al palacete de inmediato? —preguntó Elana.

—¿Cómo? ¡Está usted convaleciente!

—Ya no, hace más de una hora que el médico me ha dado el alta. Me ha dicho que durante el resto del día notaré que algunos de mis músculos van a cámara lenta, pero que es probable que para la hora de cenar ya me encuentre prácticamente normal. Salid los dos de la habitación mientras me visto. —dijo lanzando una lenta y provocativa mirada a Mesut—. Volvemos de inmediato a la residencia. No podemos estar tres miembros del equipo de seguridad de nuestros diplomáticos en esta habitación perdiendo el tiempo. Disculpe teniente. No es que desconfíe de sus medidas de seguridad, pero nuestro embajador estará más tranquilo si nosotros nos encontramos cerca.

—Lo entiendo perfectamente —dijo encaminándose hacia la salida del cuarto acompañado de Arisbeth.

Agradecía las amables palabras de aquella mujer, pero él tenía perfectamente claro que sus hombres no estaban ni de lejos al nivel de entrenamiento y capacitación que el equipo de seguridad israelí. Un par de minutos más tarde, Elana salía por la puerta y todos se encaminaron al vehículo oficial del teniente.

Haciendo uso de las sirenas cuando el tráfico se hacía más denso, llegaron en unos veinte minutos. Se apreciaba que habían puesto más efectivos policiales en las puertas de acceso al edificio. Al ir acompañados de aquel oficial, no tuvieron ningún problema en acceder al recinto y después a la vivienda sin que nadie los entretuviese. Nada más atravesar la puerta principal, el teniente cogió su intercomunicador y llamó a su comandante.

Siguiendo sus indicaciones, recorrieron varios pasillos y al cabo de un breve lapso de tiempo, alcanzaron las puertas de lo que parecía un gran salón. Estaban cerradas y en el exterior de las mismas, había un par de musculosos policías con escopetas.

Viendo al teniente a la cabeza del grupo le saludaron y uno de ellos le abrió una de las hojas de madera para que entrasen. En el interior, de pie y sin hacer uso de la enorme mesa, se encontraban miembros del equipo de gobierno turco, del equipo diplomático judío, así como el comandante de la policía turca y los otros tres miembros del equipo de seguridad israelí. No había ningún americano en la sala, cosa que extrañó a los recién llegados.

Al entrar, todas las miradas se dirigieron hacia ellos y se hizo el silencio durante unos segundos. Fue el comandante de la policía turca quien lo rompió, cruzando rápidamente los metros que la separaban de Elana.

—Me alegro de que se encuentre usted bien —exclamó mirándola de arriba abajo.

—Muchas gracias comandante. Es usted muy amable —dijo ella en árabe tendiéndole la mano—. Se lo debo a la rapidez con que nos trasladó al aeropuerto y a las medidas de seguridad que cumpliendo sus órdenes el teniente Mesut, estableció en torno a mi habitación del hospital.

Tanto aquel hombre, como el teniente, como Elana, sabían que aquello no era cierto, sus medidas de seguridad no habían impedido que matasen al ruso, ni intentado matarla a ella. La rapidez con que actuaron Otoniel y Arisbeth fue lo que la protegieron y pusieron en fuga a su atacante, pero los miembros del gobierno congregados allí no tenían aquella información y ensalzar al comandante y al teniente delante de ellos, era un pequeño favor que solo le podía reportar futuros beneficios.

—Gracias a usted —le respondió él en un susurro que solo ella oyó gracias a la corta distancia a la que se había acercado.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó Hiram.

—Estupendamente señor. Los cuidados que me han prestado en el hospital han sido excelentes —respondió mirando de frente a los mandatarios turcos que se sintieron halagados—. No han ahorrado, ni en medios técnicos ni humanos para que me reestableciese lo más rápidamente posible. Gracias a ellos estoy ahora aquí.

—Nos alegramos mucho —dijo el Ministro de Asuntos Exteriores turco—. Desgraciadamente su colega americano no ha tenido tanta suerte. Pero no dude que cazaremos a los culpables. ¿Verdad comandante?

—Verdad excelencia —repuso el interpelado con una leve inclinación de cabeza.

Quedaba claro que el ministro estaba situado en la cadena de mando, en un nivel muy superior al del policía.

—¿Qué ocurre señor? —preguntó en voz baja en hebreo a Hiram.

—Estamos decidiendo que hacemos —le respondió susurrando—. El embajador americano, a primera hora de la mañana ha decidido terminar su misión. Han conseguido que el gobierno turco les suministrase un ataúd para el cadáver de Bryson y con la excusa de devolver el cuerpo antes de que se descompusiera a su familia, se han marchado al aeropuerto. Si no existen problemas de tráfico aéreo, calculo que en estos momentos estarán despegando.

—Parece una huida... —dijo Elana, mientras sus profundos ojos emitían un brillo extraño que escapó de la mirada del diplomático.

—Tenías que haber visto a Peterson. Su rostro reflejaba un increíble pánico y tartamudeaba al hablar. Temía seriamente por su vida. Los miembros del gobierno turco aquí presentes pensaban que le iba a dar un ataque al corazón. Todos hemos pensado que en su estado, lo mejor que podía hacer era volver a casa.

—Y ¿ahora qué pasa con su misión Hiram?

—Ahora es cuando de verdad empieza. Fíjate en las caras de los turcos — y esta vez fueron sus ojos los que brillaron a la vista de Elana—. Sin los americanos y con la culpabilidad que puedes apreciar en sus rostros, es el momento adecuado para conseguir concesiones. Nuestra jugada en este país era mejor desde el principio sin contar con la presencia de nuestros acompañantes. Nosotros siempre hemos tenido mejores relaciones con este gobierno. En su ausencia, podemos hablar con más libertad de ciertos temas en los que aprovechando este momento de debilidad, obtener mayores beneficios.

—Es usted un auténtico zorro.

—Tú y yo somos dos profesionales y defendemos los intereses de nuestro país por encima de todo. No tiene sentido dejar de aprovechar esta oportunidad que el destino nos ha brindado.

—El gobierno americano organiza y diseña el viaje, y pierde. Nosotros que vamos de acompañantes, ganamos.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos miedo.

*”La espada apareció en este mundo  
debido al retraso de la justicia”.*

***Proverbio hebreo***

## 36. No estabas a salvo

### *Washington D.C., una semana más tarde*

Hacía cuatro días que había aterrizado en el *Aeropuerto Internacional Libertad de Newark* procedente del *Aeropuerto Internacional de Ben Gurion* de Tel Aviv en un vuelo de doce horas de duración. Viajaba en clase turista, vestida con unos vaqueros y una sencilla chaqueta de cuero. Una gorra desgastada completaba su atuendo y junto con unas grandes gafas de sol impedían que se viese nítidamente su rostro.

Aterrizaron en la *Terminal C* y tras un paseo de veinte minutos, llegó a la estación de tren *Newark Penn* donde cogió el *Acela Express* con destino a Washington D.C. Se bajó en la parada de *Metro Center Station*, desde donde por vía subterránea se trasladó a su destino final.

Durante todo el recorrido, controló que nadie le seguía y que se había ocultado debidamente de las cámaras de video vigilancia. Había dado una amplia vuelta y elegido los sistemas de transporte más baratos. Estaba segura de que nadie le había seguido.

Llevaba un par de días alojada en aquel hotel sencillo de un barrio medio de aquella ciudad desde donde se manejaba una gran parte de la diplomacia del mundo. Lo que la mayoría de la gente no sabe, es lo peligrosa que es.

Según un estudio realizado en 2013 por la Universidad de Toronto, en México D.F. con sus altos índices de violencia y delincuencia organizada, se dan diez asesinatos por arma de fuego por cada cien mil habitantes. En Washington diecinueve, casi el doble.

El huésped del hotel, ni había leído el estudio, ni le hubiese preocupado conocerlo. En un enfrentamiento era difícil que resultase ser la parte eliminada.

Además, estaba de manera temporal en la capital de Estados Unidos, en cuanto terminase lo que iba a hacer, desaparecería de aquella ciudad como si nunca hubiese existido. Dedicaba el día a vigilar a Henry Peterson, esperando la oportunidad adecuada.

No había sido difícil averiguar donde vivía y era muy sencillo seguirlo. En aquellos dos días en los que no lo había perdido de vista desde la seis de la mañana hasta la medianoche, apenas había abandonado su residencia, y cuando lo había hecho, había sido para beber o comer en algún restaurante cercano. Su encierro le resultaba extraño. No se había desplazado a su despacho, ni a ningún otro lugar por motivos de trabajo.

Eran las once de la noche cuando la rutina de su presa cambió. En contra

de su habitual forma de vestir, no salió de su casa portando un traje de marca. Iba con unos simples vaqueros, una cazadora desgastada y una gorra calada de tal forma que no se le viese fácilmente la cara.

Fue sencillo ir tras sus pasos. Después de andar tres manzanas paró un taxi y se subió a él. Afortunadamente, había alquilado una potente moto japonesa para llevar a cabo su seguimiento. En una ciudad como aquella, era un vehículo que por sus dimensiones no llamaba la atención y que permitía salvar todo tipo de tráfico, por muy denso que fuese y meterse por todo tipo de callejones. Además, le permitía llevar puesto un casco y ser totalmente inidentificable.

La oscuridad obraba a su favor y conforme fueron alejándose del residencial barrio del diplomático e introduciéndose en una de las zonas más peligrosas de la ciudad, cerca del *Garfield Park*, junto a la *calle K SE* o la tristemente famosa *calle L SE*, donde el número de crímenes anuales se eleva ya a una media de doscientos cuarenta.

Lo mortal de la zona quedó patente por la velocidad que imprimió al taxi su conductor y a la cantidad de farolas con bombillas que no funcionaban, dejando aquel lugar aún más fúnebre y oscuro.

Al cabo de unos minutos, el coche dejó a su ocupante en una zona pobre, pero aparentemente más segura. Las farolas volvían a funcionar. Su perseguidor aparcó la moto y le siguió a pie a una distancia prudencial. Estaba claro que Peterson no quería que el taxista supiese su destino final. Tras andar un par de calles llegaron a un hotel.

El diplomático esperó en la acera sin entrar, hasta que una chica joven de cara aniñada llegó a su lado. Le cogió del codo como si fueran pareja y juntos se dirigieron hacia el interior del local. A pesar de lo tardío de la hora, durante el tiempo que estuvieron aguardando una pareja entró y otra salió. Estaba claro de donde provenían las ganancias principales de aquel lugar.

Se había posicionado en una de las esquinas del edificio, desde donde se veían dos de las paredes laterales y la mayoría de las habitaciones. Tuvo que esperar unos minutos, hasta que las tenues luces de una de las habitaciones del tercer piso se encendieron. Ahí estaba su presa.

Desde donde se encontraba vio que al final de la pared que daba a un callejón se hallaba la escalera de la salida de incendios del edificio. Moviéndose por las sombras llegó hasta ella.

No la podía alcanzar desde el suelo, porque el último tramo se desplegaba desde el primer piso. Eso no era un problema para una persona con su fuerza y agilidad. Se agarró con ambas manos a la tubería del desagüe y ascendió por ella unos metros. Tomando impulso, saltó y agarró con facilidad la escalera. Flexionando los brazos se subió a la misma. A partir de ahí, solo necesitó subir

andando tranquilamente por los escalones de hierro. Su calzado de goma, no emitió ningún tipo de ruido.

Abrió despacio la puerta que daba al pasillo de la tercera planta y asomó parcialmente su rostro cubierto por un pasamontañas. No había nadie. Se dirigió a la habitación que estaba buscando. El hotel tenía un amueblamiento sencillo, pero su dueño sabía lo que se hacía y a qué tipo de huéspedes iba dirigido su negocio. La inversión principal que había acometido era la insonorización de las habitaciones. Desde el pasillo exterior solo se oían sonidos apagados.

La cerradura de la puerta, era tanto electrónica con tarjeta, como de bombín clásico. Sacó unas ganzúas y con mucho cuidado para mantener el silencio, abrió un centímetro la puerta. Aunque se esperaba algo parecido, la escena le sorprendió.

La muchacha de rostro aniñado estaba atada a la cabecera de la cama de cara a la pared y totalmente desnuda, mientras el diplomático también sin ropa, se dedicaba a acariciar su culo en pompa con su cinturón. Quedaba patente por las cuerdas y el brillo de los ojos de aquel hombre, que de un momento a otro las caricias pasarían a convertirse en latigazos.

Por la posición del rostro de la mujer y la excitación de Peterson, la intrusa pudo acercarse sin problemas hasta estar a un metro de ellos. Era demasiado tarde cuando el diplomático la vio. Un golpe lo dejó sin sentido.

Al caerle aquel cuerpo de manera desmadejada sobre ella, la prostituta giró parcialmente el rostro. Antes de que pudiese gritar una mano le cerró la boca y otra los ojos.

—Si quisiera matarte, ya estarías sin vida. Si sigues mis instrucciones no te pasará nada —le dijo una voz distorsionada digitalmente. La atacante llevaba algo en la boca que hacía que su voz sonase extraña, no pudiendo identificar si su tono era femenino o masculino—. Te prometo si me haces caso no te haré daño. Mueve la cabeza afirmativamente si estás de acuerdo.

No había mucho que aquella pobre prostituta pudiese hacer en su situación, salvo confiar en aquella desconocida. A pesar de su juventud, había visto y sufrido demasiadas injusticias. Siempre había sobrevivido sometiéndose. Confió en que una vez más fuese así y asintió.

—A pesar de que llevo un pasamontañas, te voy a poner una capucha en la cabeza para que no veas nada. Además, ocultará tu identidad. Lo único que deseo es sacar unas fotografías de ese individuo. ¿Sabes quién es?

La chica negó con la cabeza. El hecho de oír que solo quería obtener unas fotos, le hizo creer que aquello iba a ser una vez más un simple chantaje y que no estaba acompañada por un asesino. Por lo menos, mientras hiciese dócilmente lo que le pidiese. Se dejó poner sin ninguna resistencia la prenda que tapanía su

cara.

—Mañana, él y tu estaréis en todas las primeras páginas de la prensa sensacionalista. Créeme, es mejor que no se te vea el rostro. Además, quiero que me ayudes con ciertas tomas. No te preocupes, en unos minutos desapareceré de tu vida para siempre.

Le fue diciendo como colocarse en diferentes posiciones de índole sexual absolutamente explícitas con el diplomático y fue tomando fotografías con su *smartphone*. En ellas se podía identificar claramente el rostro del hombre a pesar de las gafas de sol que le había puesto para ocultar que estaba sin conocimiento.

Cualquiera que las viese interpretaría que el diplomático estaba abusando de una menor. El hecho de haberle puesto una capucha a la chica reforzaría esa versión. Al cabo de unos minutos le dijo a la joven:

—Ya hemos terminado la sesión fotográfica. En unos minutos podrás vestirme y largarte de aquí. No te muevas que enseguida acabo.

Cogió su *smartphone* y se conectó a la *Wi-Fi* gratuita del hotel. Navegó por Internet hasta entrar en la página de Facebook del diplomático donde publicó las fotos. Después las envió a varios periódicos de tirada internacional.

—Ya está. Cuenta hasta doscientos, vístete y vete sin mirar atrás y llamar a nadie. Escóndete al menos durante una semana donde nadie te encuentre. ¿Me has entendido?

—Sí, lo he entendido —respondió ella temblorosa a través de la tela que le envolvía la cabeza.

Volvió tras sus pasos por el mismo camino que había utilizado, hasta llegar a su moto y volver a su hotel. Entró en el mismo y se quitó la ropa que llevaba puesta, la metió en una bolsa de plástico y se puso la alarma para despertarse a las tres y veinticinco de la madrugada. A los tres minutos de oír el sonido de su *Smartphone*, ya estaba en la calle. En unos pocos segundos vio dar la vuelta a la manzana a lo que estaba esperando dirigirse hacia ella.

Las noches anteriores había vigilado los contenedores con el fin de averiguar cuando pasaba el camión de la basura a vaciarlos. Un par de minutos arriba o abajo y allá estaba puntual sobre las tres treinta. Tiró la bolsa con la ropa con la que había obtenido las fotos de Peterson, unos veinte metros antes de que el camión llegase al contenedor. En unos segundos las tripas del enorme vehículo se la tragaron para siempre.

Volvió al hotel, donde durmió plácidamente hasta bien entrada la mañana. Después se dispuso a viajar durante una temporada por aquel país que no conocía. Decidió que ampliaría el alquiler de la moto.

## 37. Entierro

*Washington, 27 de septiembre.*

Esta vez se había decidido que la reunión tuviese lugar en un sitio alejado de la capital y más discreto; en el *Number One Observatory Circle*, la mansión que desde 1974 por acuerdo del Congreso, es la residencia oficial del Vicepresidente. Fue construida en 1893 y está ubicada en los terrenos que el Observatorio Naval posee en Washington.

De las treinta y tres habitaciones de que dispone la vivienda, habían elegido un amplio salón con muebles clásicos para juntarse. En su centro, una ornamentada mesa en la que reposaban dos jarras de cristal D'arques llenas de agua y una docena de copas a juego,

Sentados a un lado, estaban los tres asesores que habían acompañado durante el viaje diplomático a Henry Peterson, en el otro lado el Secretario de Estado con los asesores que estaban al corriente del viaje y que habían ayudado a planificarlo. El estar en aquel lugar y en aquella situación amedrentaba a aquellas personas. No les habían comunicado para qué les habían llamado.

—Buenos días señores —dijo amablemente.

—Buenos días Secretario.

—Probablemente se pregunten para que les he hecho acudir a esta sala. El motivo es simple y les aseguro que nuestra reunión acabará pronto. Hemos leído el informe que alguien de ustedes ha redactado, pero queremos que nos cuenten en pocas palabras su visión del viaje a Georgia y Turquía.

Los asesores se miraron entre ellos, y al cabo de unos segundos, el de mayor edad comenzó a hablar.

—¿Qué desea saber señor?

—¿Quién ha sacado más partido a las negociaciones de Georgia y Turquía?

—Los israelíes. Sin ningún tipo de duda.

—¡Estupendo! Nosotros planificamos el viaje, incurrimos en casi todos los gastos, y ellos se llevan los mayores beneficios. Eso nos pasa por ir acompañados de judíos. En cuestiones de negocios, siempre salen ganando.

—¿Por qué razón se nos adelantaron en Georgia?

—En casi todos los acuerdos comerciales salimos más o menos a la par, salvo en la venta de armas. La demostración que hizo el escolta que llevaban de sus *TAR-21* fue concluyente. Cuando Bryson pensaba que había ganado, lo machacaron.

—Bryson era el miembro de la DSS que ejecutaron los de ISIS

—Sí señor.

—¿Por qué perdimos las negociaciones en Turquía?

Así como a la pregunta sobre Georgia, había respondido de inmediato, ante la misma cuestión sobre Turquía se hizo un espeso silencio. Al cabo de unos segundos, el secretario miró por turnos directamente a los ojos de las personas que tenía enfrente y repitió en voz más alta la pregunta.

—¿Por qué perdimos las negociaciones en Turquía?

—Por los errores que cometió en las negociaciones el señor Peterson. Estaba muy nervioso y ausente. El israelí, sin embargo, aprovecho muy bien sus cartas —respondió esta vez con voz nerviosa el más joven.

—¿Consideran que el señor Peterson no estaba en plenas facultades para llevar a cabo las negociaciones?

—No. No lo estaba —respondió el asesor que no había hablado hasta ese momento, al cabo de unos segundos en los que nadie dijo nada. Ni era fiel a Peterson, ni quería manifestarse como el único en no responder—. Estaba nervioso y parecía que no le importaba el resultado del viaje. Como si tuviese en la cabeza otras preocupaciones.

—¿Piensan que colaboró de forma adecuada durante el transcurso de las negociaciones con la delegación hebrea?

—No —dijo el de mayor edad—. Daba la sensación de que en cierto modo quisiera competir y a la vez alejarse de ellos. No trabajó en equipo.

—¿Había alguna persona de entre la delegación judía que no le cayese bien? ¿Qué les causase algún tipo de problemas?

—Al principio todo iba estupendo, salvo que Bryson quería liarse desde el principio con cualquiera de las dos escoltas que acompañaban a la delegación israelí. A todos nos resultaba muy extraño que unas mujeres dedicadas a esa profesión fuesen tan guapas. Disculpe señor, pero cuando digo guapas, quiero decir verdaderamente hermosas.

—Estos hebreos, no dejan de darnos sorpresas.

—Algo de lo que no estamos enterados, debió pasar tras la primera noche en la capital de Georgia —comentó el segundo asesor—. Tanto Peterson, como Bryson les lanzaban miradas de odio, sobre todo a la de pelo caoba. Hasta prohibió a los miembros de la DSS que colaborasen en las tareas de vigilancia. De todas maneras, quedó palpable que los guardaespaldas israelís estaban más que perfectamente preparados. Aquellas mujeres, todo lo que tenían de preciosas, lo tenían de peligrosas.

—¿Creen que a medio plazo debiéramos repetir el viaje?

—Si nos ganamos de nuevo a los judíos y negociamos conjuntamente,

pienso que sí señor. Que podríamos mejorar el resultado en los dos países.

—Gracias señores. Por ahora es suficiente, pero por favor todo lo que recuerden del viaje, escríbanlo. No hace falta que redacten un informe oficial, pero volveremos a tener otra reunión de estas características y cuantos más datos aporten, mejor —dijo con una voz suave, pero que revestía un leve tinte de amenaza.



Al día siguiente, en esa misma sala que le había cedido para la reunión anterior, el Vicepresidente recibió al Secretario de Estado. Ambos acompañados de sus asesores. Los del Secretario, eran los mismos que habían asistido al interrogatorio de la delegación enviada a Georgia y Turquía.

—Buenos días señores —les saludó el vicepresidente educadamente.

—Hola Mike —le correspondió el Secretario de Estado,

El resto de los acompañantes se saludaron cortésmente con una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué nos puedes contar James? ¿Que hacemos con Henry Peterson?

—Ayer estuvimos con los asesores que lo acompañaron durante el viaje y nos comentaron que se comportó de forma extraña y torpe durante las negociaciones.

—¿Sabemos por qué?

—Las personas con las que estuvimos, fueron absolutamente incapaces de contarnos nada, salvo lo raro de su comportamiento. Esta mañana he llamado desde un teléfono seguro a mi homónimo de Israel y le he pedido que me diese su versión de los hechos.

—¿Y...? —preguntó con curiosidad el Vicepresidente.

—Al principio no quería enseñarme sus cartas. He tenido que hacer algunas concesiones. Le he prometido que le apoyaré en su siguiente petición en la ONU.

—Estos judíos, siempre sacan algo... ¿Qué información te ha dado a cambio?

—Que las fotos de Peterson que se han publicado en las principales redes sociales de Internet y en algunos periódicos, a ellos no les ha pillado por sorpresa. Que nuestro flamante diplomático ya les hizo a ellos una demostración similar en el *Hotel Carlton* de Tiflis. en Georgia.

—¡Mierda! ¿Tienen más fotos?

—Eso no me lo dijo, pero seguro.

—¿Has hablado con el defensor de Peterson y le has contado todo esto? ¿Con nuestro donante de fondos?

—Sí. Le he dicho que tenía que comentar este tema contigo y después decidir que hacemos. Él me ha dicho que no quiere tener nada que ver con todo esto. Que para él Peterson está muerto y ya no tiene entrada en su círculo de amistades, independientemente de lo que decidamos.

—¿Qué opinas James? —preguntó el Vicepresidente.

—En Tailandia ya le salvamos el culo y por lo visto no aprendió nada. Si los israelitas tienen fotos tuyas, le pueden chantajear y hacer que trabaje para ellos.

—No pinta bien...

—Intentar tapar lo que ya está publicado, nos va a dar pocos resultados y por supuesto nos va a salir muy caro. Si su máximo protector ha dicho que para él está muerto, lo mejor es enterrarlo.

—¿Cómo lo hacemos?

—Redacto un documento de cese con fecha un par de días anterior a la publicación de las fotos, diciendo que tras los malos resultados de las últimas negociaciones se le consideraba poco apto para seguir trabajando para esta Secretaría y que lo despedimos con la indemnización correspondiente.

—Eso es admitir que el viaje ha sido un fracaso, cuando en realidad los resultados no han sido tan desastrosos.

—Cierto, pero esos datos si los podemos manipular ante los medios. Es la única manera que tenemos de evitar que el escándalo nos salpique a nosotros. No nos es posible ganar en todo. Será fácil divulgar entre la prensa amarilla, siempre presta a vivir de estas noticias, que sus actos posteriores se debieron al exceso de consumo de alcohol en un local de mala muerte. Al no asimilar bien su cese tras tantos años de servicio, en su estado fue presa fácil e inocente de algún delincuente especializado en chantajes fotográficos a este tipo de personalidades que mediante el uso de *Burundanga*, los someten a sus órdenes. Incluso filtraremos algunos nombres de locales y malhechores.

—Ya —continuo el Vicepresidente— de esa manera, conseguiremos alejar de nosotros a cualquier periodista ávido de noticias. Le daremos a Peterson la oportunidad de pasar a ser víctima de las circunstancias y dirigiremos el interés de la prensa hacia los desalmados que lo eligieron de víctima. Por supuesto nosotros no dedicaremos ningún tipo de esfuerzo en encontrar a nadie. Bien orquestado James.

—Gracias Mike.

## 38. Despedida

*Tel Aviv, 22 de septiembre.*

Allí estaba, como tantas y tantas veces después de haber realizado alguna misión, sentada en el desgastado banco de madera de la entrada, esperando que el hombre del interior terminase lo que estuviese haciendo para darle paso. No tuvo que aguardar mucho, al cabo de unos diez minutos, el coronel le abrió la puerta y le indicó que pasase al interior.

Se sentó detrás de su escritorio en su viejo sillón. Nadie conocía por qué motivo todavía seguía manteniendo aquel mueble, a pesar de que en varias zonas el negro cuero ya había desaparecido. Corría la voz de que había llegado a la vez que él y que ambos abandonarían para siempre aquel despacho de la mano. Le señaló la silla al otro lado para que también se acomodase.

—¡Enhorabuena capitán!

—Gracias señor.

—El general Ghozlan en persona me ha llamado para que le diga que nuestro primer ministro está satisfecho con el resultado de las negociaciones y el importante papel que los *Sayeret Matkal* a su mando han tenido en las mismas.

—Gracias señor —repitió en el mismo tono neutro y distante.

—Y ya sabe, “*donde pan cortan, migas caen*” —es más que probable que nos asignen más fondos en los próximos meses.

—Me alegra mucho coronel —dijo sin variar su voz.

—¡Pues no lo demuestra!

Y después de estas palabras, se hizo un espeso silencio en aquel despacho, esperando que la mujer diese algún tipo de explicaciones. Viendo que no iba a ser así, retomó la palabra.

—Ya he leído su informe. No se preocupe, será clasificado de alto secreto. Muy pocas personas sabremos de su contenido. En este cuartel solo usted y yo. Solo los aspectos públicos de la misión se airearán en los medios. Que se han conseguido importantes acuerdos comerciales con Georgia y Turquía y se han abierto las vías para otros.

—¿Se silenciará la conspiración armenia?

—Sí. Nuestro primer ministro en próximas semanas, utilizará la información que usted ha conseguido para viajar a Ereván y obtener beneficios del gobierno armenio.

—¿Les chantajaremos?

—Digamos que le sacaremos un buen rendimiento económico a no airear sus trapos sucios.

—Entonces, ¿no vamos a ir a vengar al soldado Aaron?

—Me temo que no. Por lo menos no inicialmente. En función de lo que obtenga nuestro primer ministro, puede que cambiemos de opinión.

—Si es así, ¿me podría encargar a mí y a mis hombres la misión?

Por primera vez desde que empezase la conversación, los ojos de Elana se habían iluminado, hasta su cuerpo se había tensado.

—Capitana, no debemos convertir nuestras misiones en algo personal. Perdemos la visión de conjunto y el resultado es menos eficiente —expuso el coronel como si estuviese impartiendo formación a un novato.

—Le aseguro coronel que no se quejará de la eficiencia de los resultados si se me ordena eliminar esa amenaza para siempre —sus profundos ojos negros brillaron y su voz se tornó fría como el hielo.

—No se preocupe —dijo el coronel queriendo cerrar ese hilo de la conversación—. Si se da el caso, haré lo posible para que se le encomiende a usted ese trabajo.

—Gracias señor. ¿Tampoco vamos a ir a la caza del último miembro de la banda?

—Tampoco capitana. Lo siento, pero los americanos nos han pedido que no hagamos nada. El método que emplearon en la ejecución del tal Bryson es propia de ISIS, es más, están seguros de que el culpable fue Bassem intentando alejar las culpas de sí. La CIA sabe que perteneció a esa organización, e irán tras de él. El gobierno turco les ha pasado las escenas grabadas por las videocámaras del aeropuerto de Ankara. Las fechas coinciden con vuestra estancia allí.

—Lástima. Me hubiese gustado cazarlo.

—Ya lo hicisteis con el resto de los miembros de su banda.

—Sí, pero se nos escaparon dos aquel día.

De nuevo el silencio se cernió sobre la sala durante unos segundos.

—¿Capitana?

—Sí señor. ¿Sabe lo que le ha pasado a Henry Peterson?

—No. ¿Ha habido suerte y se ha muerto alcoholizado o de una sobredosis?

—Ya veo que tal y como como expone en su informe, no le hace mucha gracia ese depravado.

—Ninguna. Es un auténtico cerdo.

—Pues se le acabó el chollo. Por lo menos pagado por los contribuyentes americanos. Le han fotografiado en explícitas escenas de sexo y lo han publicado en varios medios. El gobierno lo ha cesado en sus funciones.

—Me alegro. Sí que debe haber algún tipo de justicia divina.

—¿Dónde ha estado usted estos días de vacaciones?

La pregunta parecía inocente, pero Elana creyó percibir algo en la entonación del coronel.

—Como le dije, con mis tíos de vacaciones. Se las debía desde hacía años. No nos hemos separado ni un minuto —al llegar aquí hizo una parada efectista para como si nada continuar—, y han disfrutado a lo grande. Si tiene la oportunidad pregúnteselo a Joshua.

—Capitana, nos conocemos desde hace años y hemos realizado muchas misiones juntos. A mí no me puede engañar, ¿me puede decir por qué está tan enfadada?

—Por qué en esta misión que todo el mundo considera que ha sido tan beneficiosa para nuestro país —explotó la joven sin poder contenerse—, hemos perdido a dos personas maravillosas.

—Sí que ha sido una terrible desgracia, pero que yo sepa solo hemos perdido al pobre soldado Aaron.

—¡Y a mi hermana! —exclamó mientras depositaba un sobre encima de la mesa—. Esta es su dimisión.

—¡¿Quéeee?!

Una tremenda sorpresa apareció en el rostro de aquel hombre curtido en mil combates y en el que ver un gesto emotivo era infrecuente. Cogió el sobre, lo abrió y empezó a leer la hoja de su interior.

*Estimado coronel*

*Después de más de siete años de servicio, he cumplido con creces el periodo inicial para el que me alisté y con mayor o menor acierto mis obligaciones para con el ejército y para con mi país. Ha sido un placer servir a sus órdenes.*

*Con este documento y respetando todas las leyes existentes, le presento mi dimisión.*

*Arisbeth Safadi*

El coronel leyó varias veces aquellas escasas líneas, no dando crédito a sus ojos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás esta misión tan productiva —y aquellas palabras salieron de su boca como si escupiese veneno—, le hicieron plantearse si lo que estaba llevando a cabo y viendo a su alrededor, era para lo que verdaderamente

se había alistado. Por cierto, he dejado otra copia en el registro, esta puede usted guardársela.

Viendo que no había mucho más que decir, Elana se levantó y se giró para irse. Cuando había dado dos pasos, se dio la vuelta y miró fijamente a los ojos de su superior. Seguía contemplando estupefacto aquel trozo de papel.

—¿Señor?

—¿Sí?

—No se olvide de que me debe trescientos *shekels*.



Aquella noche, en su cuarto, en el que ella consideraba su lugar de refugio, Elana volvió a leer otra carta que su hermana había dejado. Esta le había llegado aquella misma mañana a una cuenta de correo electrónico segura que utilizaban las dos hermanas cuando querían comunicarse.

Su contenido era indescifrable para todo aquel que no tuviese la clave correcta. Aquellas líneas le habían hecho derramar amargas lágrimas. Probablemente la última vez que había llorado, había sido cuando sufrió la agresión en el colegio. Esta vez le había dolido más.

*Querida hermana:*

*Se lo que te van a hacer sufrir estas pocas líneas y lo que van a afligir a nuestros tíos, pero créeme más me atormentan a mí. No te puedes llegar a imaginar lo que me ha costado escribirlas.*

*Entre el colchón y el somier de mi cama encontraras un sobre con mi dimisión del ejército. Hay dos hojas, una entrégala en el registro y otra se la das en mano al coronel. No lo entenderá. Probablemente solo él fuera de la familia, entiende lo que ha sido para mí servir a mi país bajo su mando y el tuyo. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.*

*Tú tampoco comprenderás porque me marchó. Hay una cosa que hemos dejado pendiente de hacer, y alguien tiene que encargarse de llevarlo a cabo. Por Aaron, por nosotras y por todas las chiquillas a las que ha maltratado impunemente. Uno de los principales culpables de todo este asunto no puede volver a su país y librarse de toda culpa. Tú eres capitana y con un espléndido porvenir por delante.*

*Si te lo hubiese contado en persona, me lo hubieses impedido. Sabes que a ti no te puedo negar nada, o aún peor, me hubieses acompañado y estropeado tu futuro. Nunca me lo hubiese perdonado.*

*No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero después de nuestro viaje se me ha*

*despertado la curiosidad de conocer más mundo. Tú con tus misiones de infiltración has tenido la oportunidad de recorrer otros países, posibilidad que a mí se me ha negado.*

*No sé si lo que veré por ahí, me animará a seguir este camino, o me arrepentiré y volveré a casa pronto. Tengo claro que cuando decida regresar, las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas para mí. Me queréis demasiado. Igual que yo a vosotros.*

*Cada poco tiempo, me pondré en contacto por esta misma vía y te iré contando que tal me va.*

*Tu hermana que te adora, Arisbeth*

**— FIN —**

## — A TI, QUERIDO LECTOR —

Si esta novela que tienes entre tus manos, ha hecho que pases un buen rato, me puedes ayudar a que siga escribiendo, sin más que regalarme un par de minutos de tu tiempo y dedicarme un comentario positivo en la página del libro en Amazon.es. Con ello conseguirás que otros lectores sigan tus pasos y también la adquieran.

Si escribes la reseña, envíame un correo electrónico contándomelo a [nlopezci@gmail.com](mailto:nlopezci@gmail.com) y recibirás dedicado un relato adicional. Agradeceré mucho los comentarios que me hagas sobre cualquier aspecto del libro. Eso me ayuda a mejorar.

Gracias por tu inestimable apoyo y nos vemos en la siguiente aventura.

***Nicolás López Cisneros***

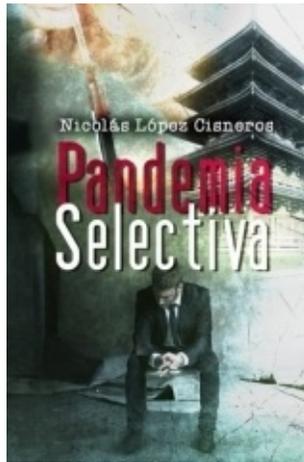
*Otras novelas de*  
**NICOLÁS LÓPEZ**



***Contrátame y gana***

Era el detective más caro y exclusivo del mundo. Sus servicios solo estaban al alcance de importantes corporaciones a las que les habían robado sus secretos y necesitaban urgentemente recuperarlos.

Ninguno de sus encargos tenía nada de vulgar o corriente, pero cuando aceptó su último trabajo, no podía imaginar que las cosas se iban a complicar tanto: la chica, el cliente y el objeto a recuperar.

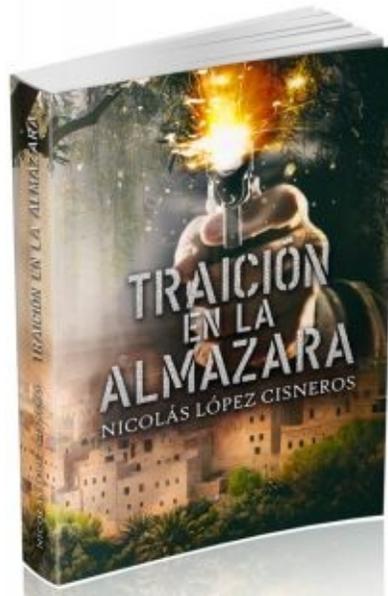


## ***Pandemia Selectiva***

Estaba cansado. Su último encargo le había reportado grandes ingresos pero había acabado con parte de su futuro. Pero cuando Yoko Yoshida, una de las jóvenes más deseadas de Japón, le pidió que se encontrara con ella, cogió el primer vuelo que salió para Tokio.

Para el resto del mundo era la heredera de una de las familias más poderosas de Japón. Para él su mejor amiga. La persona que le había ayudado a sobrevivir al Dojo Negro.

Cuando se acomodó en el asiento de aquel avión para encontrarse con ella, no podía imaginar que tendría que perseguir a la muerte por varios continentes.



## ***Traición en la almazara***

En una humilde almazara, sus propietarios, tras años de investigación descubren un nuevo método para producir aceite de oliva de altísima calidad.

Por un descuido, su hallazgo llega a oídos de una despiadada corporación, cuyo dueño no dudará en utilizar el asesinato y la traición para hacerse con aquello que le permitirá obtener enormes beneficios.

La acción transcurre en el triángulo del oro verde formado por España, Italia y Marruecos, mostrando la realidad de nuestros días, en donde después de años de predominio del vino, el aceite de oliva se revela como el nuevo producto al que rendir culto.

Un escenario, en el que los grandes restauradores, los establecimientos gourmet y las revistas de gastronomía, hunden o elevan a la categoría de divino un determinado producto.